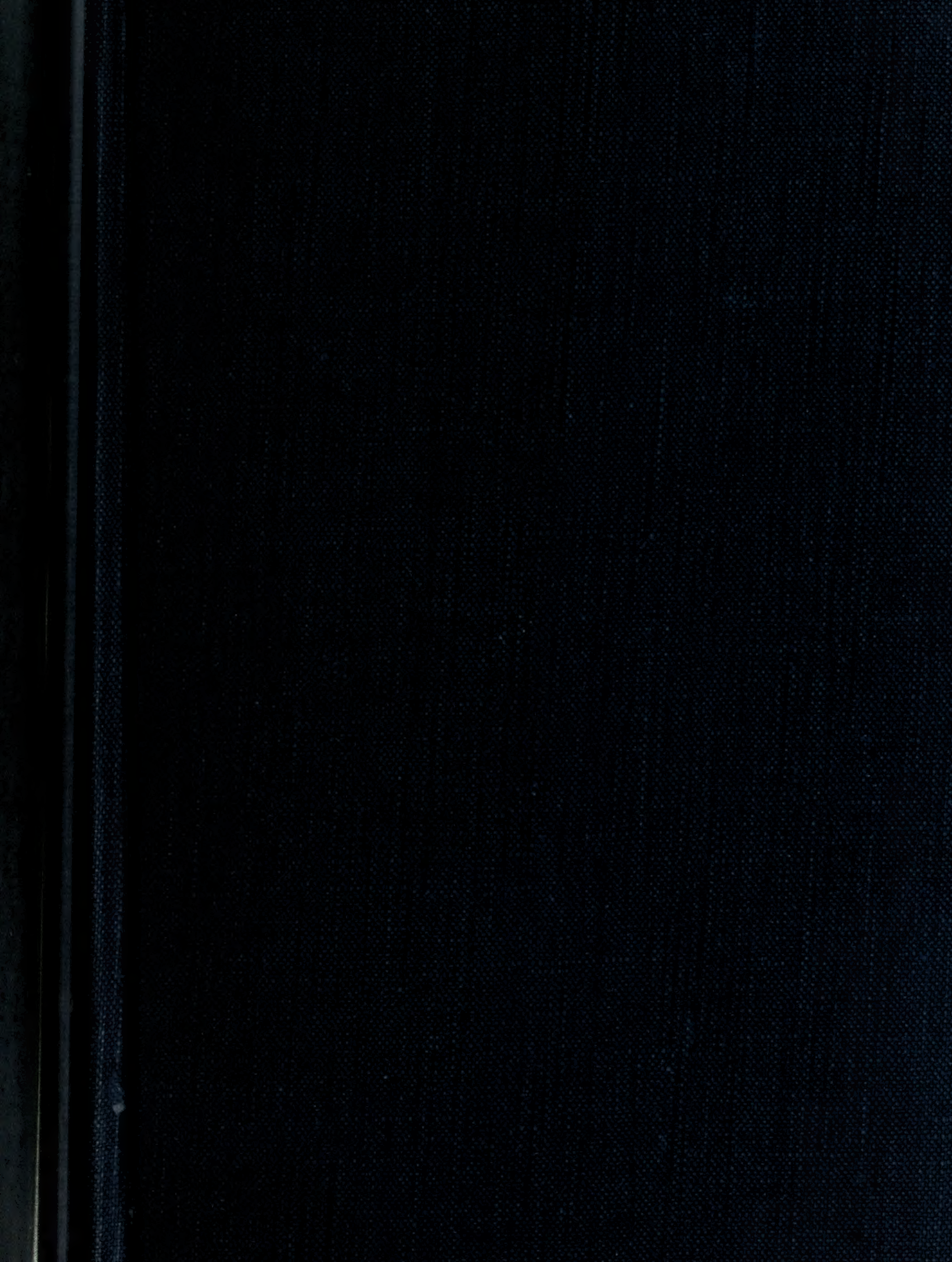
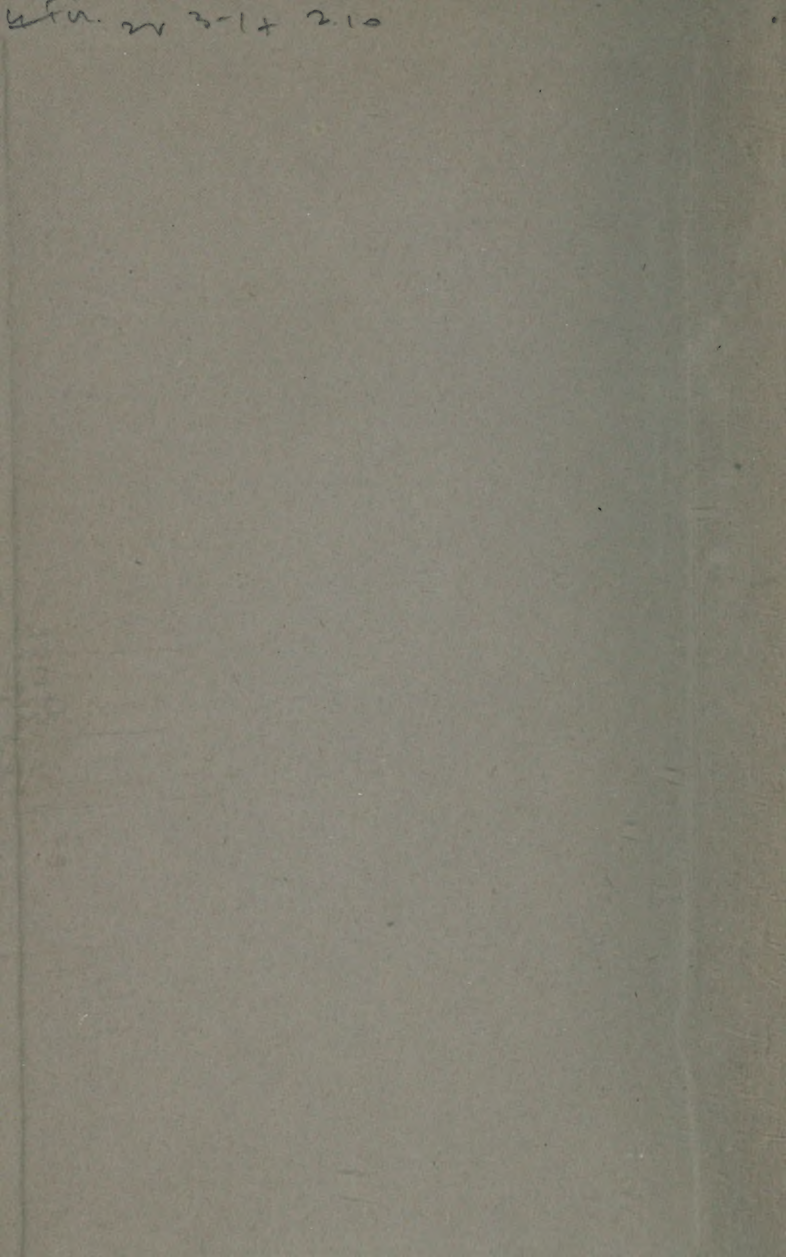



4 fr. 2v 3-1+ 2.10

EDITORIAL·AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispanoamericana.

V

Biblioteca de obras varias.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29, teléf. 14-30.—Madrid.

EL IDEAL POLÍTICO DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

F 41

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

I.—Orestes Ferrara: *La guerra europea. Causas y pretextos.*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—Alejandro Alvarez: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.
Precio: 3,50 pesetas.

III.—Julio C. Salas: *Etnología é Historia de Tierra-Firme. (Venezuela y Colombia.)*
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).
Precio: 4 pesetas.

IV.—Carlos Pereyra: *El Mito de Monroe.*
Profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.
Precio: 4,50 pesetas.

V.—José de la Vega: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia.)
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—M. de Oliveira Lima: *La Evolución histórica de la América Latina.* Precio: 4 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—Angel César Rivas: *Ensayos de historia política y diplomática.* Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—José Gil Fortoul: *El hombre y la historia. Ensayo de Sociología venezolana.*
De la Academia de la Historia, de Venezuela.
Precio: 3 pesetas.

IX.—José M. Ramos Mejía: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
Precio: 3,50 pesetas.

X.—Pedro M. Arcaya: *Estudios de sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.
Precio: 4 pesetas.

XI.—J. D. Monsalve: *El ideal político del libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de Historia de Colombia.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

H3Am.B
B6895
Ymo

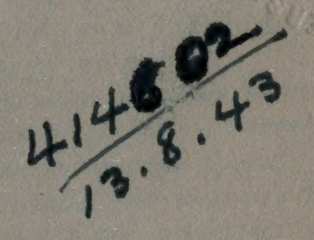
BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

J. D. MONSALVE
MIEMBRO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA DE HISTORIA, DE COLOMBIA

EL IDEAL POLÍTICO DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

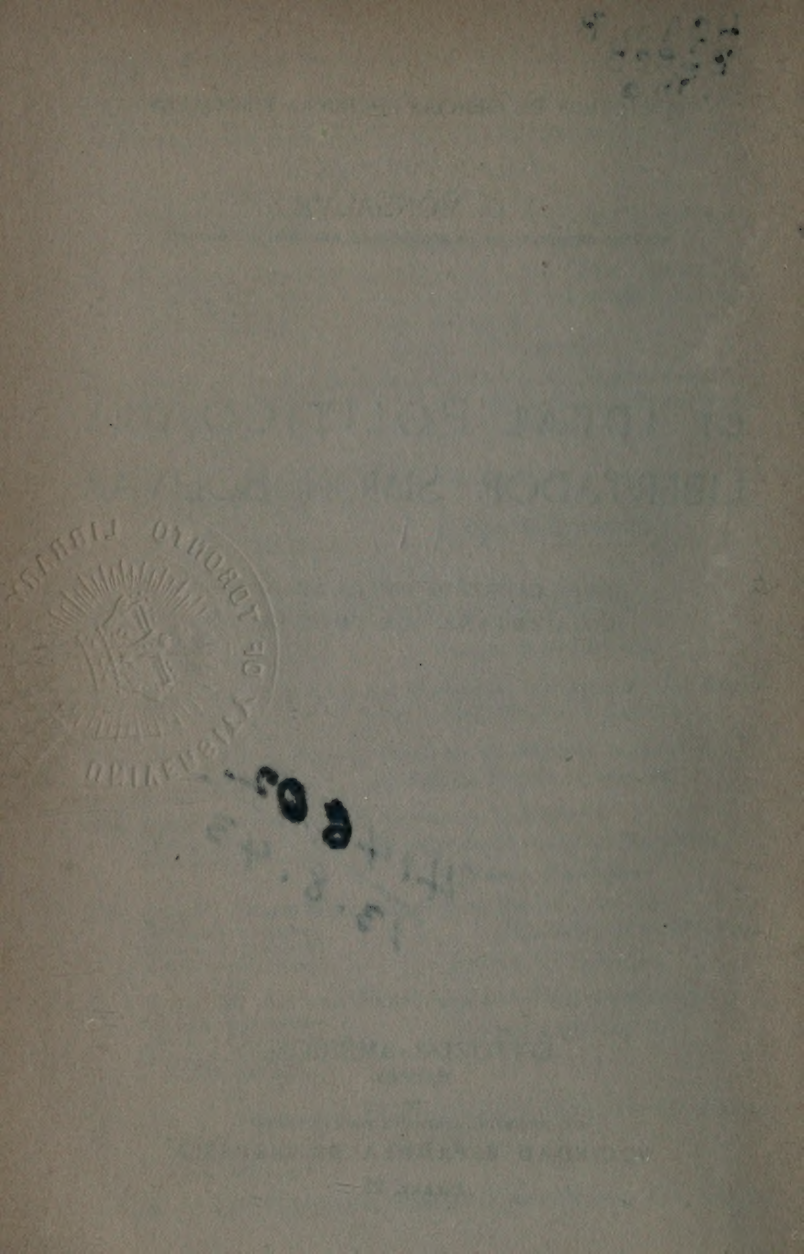
Vol. 1
(1783-1824)

(OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA)



EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25



PRÓLOGO

Bogotá, 12 de Febrero de 1916.

Señor general don José D. Monsalve.

Presente.

Mi querido amigo:

Grande honor me hace usted al empeñarse en que su laureado libro en que ha expuesto con erudición y exacto criterio el ideal político de nuestro Libertador, lleve en su primera página unas líneas suscritas por mi nombre.

Si el libro versara sobre alguna de las materias á que soy aficionado, yo hasta me atrevería á disertar en alguna forma sobre el asunto entre manos. Pero versando sobre un tema extraño casi á mis lecturas y tan importante como profundo, á mí no me toca, porque no puedo más, sino presentar á usted mis plácemes más sinceros y mis más fraternales parabienes, no sólo por el premio con que su obra ha sido coronada, sino por el realce que recibe su reputación

literaria y por el aumento que causa usted á nuestra literatura nacional.

Hace tiempo que admiro la aplicación de usted á los estudios históricos y que me complazco en los resultados que en ese honroso campo alcanzan su laboriosidad y sus talentos. Tiene usted ante todo vocación para esos trabajos y disciplinas, y como efecto de esa causa está dotado del instinto de investigación, mediante el cual descubre con gran felicidad importantes documentos de esta especie. Este es don de aquellos que nacieron para hallar la verdad en los senos recónditos y obscuros de lo pasado, así como los exploradores de minas y tesoros tienen el tino de descubrirlos entre los tenebrosos laberintos de las capas geológicas. De su estilo no hay para qué tratar, pues siendo, como es, cristalino, esmerado y sencillo, corresponde perfectamente al que debe usar quien se sienta en la cátedra veneranda y solemne de la Historia. Feliz es usted cuando aplica el método histórico, que es el método experimental, á la elucidación de temas referentes á la política y á las cuestiones sociales. Una síntesis hecha por usted hace mucho tiempo, después de pacientes y sagaces estudios, y en la cual logró trazar del modo más claro y sencillo el cuadro de nuestras revoluciones y guerras civiles, ha venido á ser verdadero lugar histórico, como se decía en otro tiempo, es decir, fuente segura de ilustración y

de crítica en la materia. Todos los que con posterioridad han necesitado escribir sobre el mismo asunto han empleado aquel resumen, ideado y ejecutado por su áurea pluma de historiador.

Si á esto se agrega la elevación y el acierto de su crítica, tan nivelada como luminosa, tan serena como imparcial, sus amigos y conciudadanos tenemos que reconocer en usted á uno de los alumnos que mejor sirven y que más prometen á la musa de la historia patria. Entre los excelentes resultados que va produciendo la justamente alabada Academia de Historia Nacional debe contarse el activo movimiento que ella ha despertado en los estudios é investigaciones de esta especie. La Academia, por obra de sus numerosos é ilustrados socios, es un centro nobilísimo de donde se difunde por todos los ámbitos de la patria el afán de estos estudios, que son el espejo de la vida nacional y el punto de apoyo para fundar el progreso de la República, emprendido y valorado de acuerdo con la experiencia y con las enseñanzas del pasado. No hay para qué enumerar aquí la constelación de autores que honran la Academia y que por ella son honrados. Ellos se distinguen por su consagración al estudio de los archivos públicos, por el método comparativo de sus investigaciones y por el patriotismo que informa sus labores, pues el cultivo de la historia patria trae en cada uno de sus frutos, ó un destello de gloria ó una

útil enseñanza para la República. Ojalá que de entre nuestros académicos vayan saliendo los autores que reemplacen pronto en trabajos de largo aliento á los primeros historiadores de Colombia y que así ella no se vaya quedando en zaga respecto del gran movimiento que en esta materia presentan las demás naciones latinoamericanas. Y ojalá que en ese número ocupe insigne puesto el autor de El Ideal de Bolívar, *como lo hacen esperar sus altas dotes, su acendrado amor á la causa pública y su consagración al más útil y acaso más bello ramo de la Literatura.*

Estos son los votos de su amigo afectísimo y estimador sincero q. b. s. m.,

MARCO FIDEL SUÁREZ.

EL IDEAL POLÍTICO DEL LIBERTADOR

I

Para que la Historia sea enseñanza y recuerdo de los pueblos, *el espejo de las naciones* y el ejemplo que deben seguir los conductores de las gentes, debe ser siempre comparativa y analítica. De nada servirían, ciertamente, las enumeraciones de personas, acontecimientos y fechas, si ellas no tuvieran otro objeto que el de ser recitadas por los memoristas ó dar pábulo á la pedantería; además de esto, sólo conociendo las ideas y tendencias de los caudillos que han conducido un pueblo, las costumbres que fundaron ó reformaron, las consecuencias de éstas y los antecedentes de las otras, y teniendo en cuenta los obstáculos que se interpusieron, las vicisitudes militares y las civiles, los desastres y padecimientos, la índole, carácter y habitudes de los individuos, es como puede apreciarse y juzgarse

el mérito de las obras grandiosas y complejas, la bondad de sus resultados, la necesidad de sus retoques y el progreso ó decadencia de la nación que ha sido objeto de todo ello.

De aquí que si la división del trabajo ha sido la concepción intelectual más favorable al progreso de todas las artes y las ciencias, en tratándose de monografías históricas crece de punto su importancia. Un estudio sobre el "Ideal político que germinó y se desarrolló en la mente del Libertador, puesta la obra en relación con las actuales condiciones étnicas, locales y religiosas de Colombia", es, sin duda alguna, uno de los estudios más apropiados á las circunstancias actuales de nuestra patria, porque no solamente ha de servir para reformar ó confirmar los juicios apasionados que se han formulado respecto de aquel genio extraordinario, sino porque en las accidencias especiales en que se ha hallado últimamente la República es preciso volver los ojos al pasado para enderezar nuestros pasos hacia lo por venir.

Además de poner en salvo la verdad histórica, tantas veces falseada por pequeños intereses de partido, un estudio como el que nos proponemos tendría, á ser realizado siquiera de calidad mediana, el mérito de reanimar el estímulo y las esperanzas de nuestros compatriotas. Cuando se entra á estudiar el carácter

íntimo de los grandes hombres que tuvieron influencia decisiva en la formación y desarrollo de nuestra patria, y se penetra en el medio en que ellos se movían, parece que respiramos el aire que ellos respiraron, que oyéramos su palabra elocuente y nos posesionáramos de sus ideas y sus enseñanzas; que contempláramos su porte, su gesto, su mirada, y como si nos hiciéramos familiares con su conversación y sus modales.

No es lo mismo, nos parece á nosotros, el ideal político hacia cuya consecución se dirigieron todos los pensamientos, actos y declaraciones de voluntad del Libertador Simón Bolívar, que las ideas políticas que él pudiera concebir durante su vida pública. La vía transitada por los caudillos destinados por la Providencia á conducir á los pueblos durante cierta época ó á través de ciertas vicisitudes, aseméjase á esos senderos tortuosos que el viajero va recorriendo por empinadas sierras y agrias cordilleras para trepar á lo alto de la montaña, habiendo de ser atravesadas por terrenos desconocidos. El ideal, la idea culminante, la meta perseguida, es el éxito, el término de la exploración beneficiosa, el coronamiento de la altura divisada; pero las ideas sugeridas paso á paso, unas veces confirmadas éstas, desechadas otras, corregidas aquéllas, rectificadas las de más allá, no son más que el

medio de llegar al fin. De aquí, pues, que al desarrollar el tema propuesto vamos siguiendo los pasos del ilustre personaje, no como la sombra que le acompaña en todos sus movimientos, sino como un crítico investigador que trate de inquirir cuál fué la meta perseguida por el hombre de Estado que fundó tres naciones y aseguró la independencia de todos los países hispano-americanos.

II

Nadie, á primera vista, comprenderá la excelsitud de la obra del Libertador sin comparar lo que era la América Meridional con lo que es en los días presentes. Para que un hombre llegue á concebir y á perfeccionar la idea de independizar un continente en que figuran diez y ocho naciones soberanas, dueñas de sus destinos, y haciendo parte de la sociedad internacional de todo el universo, y como base y consecuencia, al propio tiempo, de tal hecho, establecer una nacionalidad que asegurándose su propia independencia asegurara la de las demás, se necesitaba que ese hombre fuera uno de esos héroes cuya grandeza sobrepasa á la de los otros; y cuando se considera que tal hecho sale de los moldes or-

dinarios en que trabajan y se agitan los héroes comunes de la Humanidad, el asombro y la admiración crecen hasta igualarse con la procerítud de ese genio extraordinario.

Tal acontece al pensar en la obra de Simón Bolívar, porque es á todas luces claro que el ideal que desde temprano germinó y se desarrolló en esa mente creadora, y á la cual dedicó pensamiento, voluntad y energías, fué la de dar al continente meridional una absoluta independencia del poder europeo, y fundar una nación que debía ser, por lo menos, tan respetable como la de los Estados Unidos, con soberanía absoluta, instituciones propias, estatuto republicano, poderosa y capaz por sí sola de mantener la hegemonía de toda la América, que antes fuera sujeta al dominio español. Obra esta colosal, superior á los deseos de un hombre de capacidades comunes y más propia de los cerebros visionarios que de los reflexivos y calculadores.

A fines del siglo XVIII, el territorio que hoy comprende las repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador contenía tres millones de habitantes ó, en cifra exacta, dos millones novecientos mil, de los cuales la mayor parte, casi la totalidad, se componía de indígenas, pardos libres y esclavos, correspondiendo la menor á los blancos, que son ordinariamente los menos fuertes en la complexión física y

los de mejor constitución en voluntad, inteligencia y energía moral. Según los cálculos que á principios del siglo XIX dirigió el barón de Humboldt á Bolívar, la extensión de los tres países en conjunto es de noventa y dos mil leguas, que, como todos sabemos, está limitada al Norte por el Atlántico al Sur por el río Amazonas; al Oriente, parte; límites con el Brasil y la Guayana inglesa, y al Occidente, por el Océano Pacífico.

En los años de la guerra magna no se conocían ferrocarriles, ni buques de vapor; los caminos eran intransitables, las comunicaciones fluviales se hacían en lentísimos y malos barquichuelos y curiaras, movidas á fuerza de brazos; rara vez en champanes, casi siempre muy pesados, y las marítimas á duras penas se sostenían en buques de vela, abundantes en los países europeos y escasísimos en las regiones coloniales; aún no se habían inventado los telégrafos, y los correos postales eran tardíos, fuera de correr muchos riesgos en los vastos desiertos que atravesaban.

La ilustración estaba circunscrita entre las clases pudientes, y era la generalidad del pueblo, pacífica, respetuosa del poder constituído, ignorante y tímida en materia de revueltas políticas, enemiga de novedades y fanática en cuanto á creencias religiosas. Pensar en independizar de la metrópoli un pueblo de estos

para establecer naciones soberanas, mediante una gran lucha armada que no podía menos de sobrevenir, habría sido, para hombres que no fueran como nuestros próceres, pensamiento de dementes.

No había, sin embargo, tal demencia. Bien sabían nuestros próceres lo que pensaban, cómo lo hacían, y por qué medios podía llevarse á cabo una revolución. Las clases populares no estaban preparadas para ello; pero los españoles criollos sí lo estaban, y comprendían que después de haberse llevado á cima la independencia de las colonias inglesas, tarde ó temprano el mismo acontecimiento sucedería en la América española. En la misma Península se comprendió así por los hombres de pensamiento, bien que el Gobierno hiciera caso omiso de advertencias que oportunamente le llegaron. A propósito de esto copiamos los presentimientos del conde de Aranda:

La independencia de las colonias inglesas—decía el conde—acaba de ser reconocida, y esto para mí es un motivo de temor y pesar. Esta República federal ha nacido pigmea, por decirlo así, y ha necesitado el apoyo de la fuerza de dos Estados tan poderosos como la España y la Francia para lograr su independencia. Tiempo vendrá en que llegará á ser gigante, y aun coloso muy temible en aquellas

vastas regiones. Entonces ella olvidará los beneficios que recibió de ambas potencias, y no pensará sino en engrandecerse. Su primer paso será apoderarse de las Floridas para dominar el golfo de Méjico. Esos temores son, señor, demasiado fundados y habrán de realizarse dentro de pocos años si antes no ocurrieren otros más funestos en nuestras Américas. Una sabia política nos aconseja precavernos de los males que amenazan.

Por otra parte, el conde de Floridablanca estaba informado por las comunicaciones que don Bernardo del Campo, ministro en Londres, le había dirigido en 1784, dándole cuenta de una expedición que en Inglaterra se proyectaba por don Luis Vidalle, representante de varios americanos, quien al efecto tenía conferencias con lord Sidney, ministro del interior, con el general Darling y con su secretario, Mr. Barner. En la misma época el embajador español en Londres recibió el denuncio que sigue:

19 de Junio de 1784.

Señor embajador: hacia el mes de Febrero último llegaron aquí dos hombres que se decían encargados de ciertos asuntos políticos, por cuenta de un partido compuesto de los vasallos de su majestad católica en la América Meridional. El uno se llama Juan Bautista Morales y el otro Antonio Pita; ase-

guran que sus comitentes forman un cuerpo considerable por su número, fuerza é influencia. El uno se hace pasar por joyero y el otro por médico, y su residencia ordinaria se halla en la *Cité* ó sus arrabales. Por muy grande que sea el secreto que han guardado, el objeto de su misión y los progresos de su negociación son en parte conocidos, y si vuestra excelencia desea imponerse de ellos, la persona que tiene el honor de dirigirse á vuestra excelencia se los comunicará, siempre que se le indique el tiempo y lugar en que pueda leer á vuestra excelencia ó á la persona que goce de su confianza una memoria en que consta la relación de todo este asunto.

Como la persona que esto escribe está interesada en que nadie sepa que ella se ha dirigido á un ministro extranjero, por cualquier motivo, preferirá que se le designe para la conferencia un lugar distinto de la casa de vuestra excelencia.

El dador de ésta puede recibir la respuesta, si hay lugar á ella (1).

Las proposiciones hechas por D. Vicente de Aguiar y D. Dionisio Contreras, "vecinos *criollos*—dice el documento—del Reino de Santa Fe ó Nuevo Reino de Granada, hombres de talento, ricos, respetables; los primeros generales que dicho Reino nombró en las disputas que tuvo con España en el año de 1780", ádon

(1) Manuel Briceño, *Los Comuneros*, pág. 227.

Luis Vidalle, en 1783, en Curaçao, para que en nombre de ellos y de los habitantes del virreinato fuesen trasladadas al ministro inglés, fueron:

1.ª Que el ministro inglés, acordándose del apoyo que los Estados Unidos recibieron de la casa de Borbón para independizarse de Inglaterra, tomará bajo su protectorado el reino de Santa Fe, con las provincias de Maracaibo, Santa Marta y Cartagena.

2.ª Que Inglaterra despachará inmediatamente al virreinato, bajo bandera holandesa ó imperial, 10.000 fusiles con sus bayonetas y cartucheras, 1.000 sables, 200 culebrinas, 600 trabucos de caballería, balas, 30.000 libras de pólvora común y 1.000 libras de pólvora de la mejor calidad.

3.ª Que esos elementos fuesen enviados á Curaçao, encubiertos con supuesta carne de vaca salada, manteca, etc., teniéndose en cuenta que se indicaba esa isla por hallarse muy cerca de Bahíahonda, región habitada por los indios más enemigos de la dominación española.

4.ª Que dichos elementos deberían ser embarcados para la isla de Curaçao en un bergantín muy buen velero, y llegado allí sería despachado inmediatamente con D. Vicente Aguiar y D. Luis Vidalle para Bahíahonda, para que pudiesen ponerse en tierra

cuidadosamente las armas y municiones, y después pasar el barco á Jamaica.

5.ª Suplicar al Gobierno inglés la concesión de pagar tales elementos á prorrata de una onza por cada fusil, los sables á peso, culebrinas á veinte pesos, trabucos á ocho y la pólvora á uno por libra, etc.

6.ª Que la correspondencia fuese conducida por la vía de Curaçao, por conducto de don Luis, quien había de residir en aquella isla bajo disfraz de comerciante. Allí se habría de tener un barco muy velero que pudiese despachar al Gobierno de Jamaica en cualquier caso necesario, á fin de que el Gobierno inglés pudiese enterarse de las cosas más menudas que pasaran.

7.ª Que el Gobierno inglés impidiese ir á bordo de tal bergantín á toda persona que se hubiese empleado en cargarlo con aquellos elementos, y á toda persona ó personas que los hubiesen fabricado, y á las que conocieran á D. Luis ó al comisario que el Gobierno inglés quisiera nombrar.

8.ª Suplicatoria al Gobierno de la Gran Bretaña para que hiciera enseñar la lengua española á algunos oficiales, ingenieros y tropa, para que cuando estuviese bien encendido el fuego en el reino de Santa Fe, se le pudiesen pedir algunos de esos oficiales, siendo cierto que en el reino de Lima no se espera-

ba sino los primeros movimientos para tomar las armas, lo mismo que las provincias de Maracaibo, Santa Marta y Cartagena (1).

No eran estos los únicos preliminares de la guerra de la independencia sur-americana que por esta época se presentaban; ya los síntomas del movimiento se hacían notar desde Méjico hasta Chile y la Argentina, unas veces por el despertar del espíritu belicoso de algunos pueblos; otras, por los conflictos internacionales de España con Inglaterra, localizados casi siempre en las colonias.

Ni era menos anunciadora de los trastornos que habían de acaecer en los dominios españoles la decadencia creciente que estaba debilitando la monarquía de los Borbones, porque ya hacía cosa de ochenta años que las disensiones de política interior y los efectos de la prolongada guerra de sucesión venían empobreciendo de dinero, de energías y de hombres de Estado á la nación que un día pudo decir que en sus dominios no se ocultaba el sol.

---

(1) Manuel Briceño, *Los Comuneros*, páginas 228-231.

III

Tales eran las circunstancias de las colonias hispano-americanas cuando nació Simón Bolívar (1). Era éste hijo de D. Juan Vicente Bolívar y de doña María Concepción Palacios y Blanco, ambos de noble estirpe, de cuantiosa fortuna y dueños de los muy ricos señoríos de

---

(1) En la ciudad Mariana de Caracas, en 30 días del mes de Julio de 1783, el doctor D. Juan Félix Pérez y Aristiguieta, presbítero, con licencia que yo, el infrascrito teniente cura de esta Santa Iglesia Catedral le concedí, bautizó, puso óleo y crisma, y dió bendición á Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, párvulo que nació el día 24 del corriente, hijo legítimo de don Juan Vicente Bolívar y de doña María Concepción Palacios y Sojo (a), naturales y vecinos de esta dicha ciudad. Fué su padrino D. Feliciano Palacios y Sojo, á quien se advirtió el parentesco espiritual y obligaciones. Para que conste, lo firmo, fecha *ut supra.*

Manuel Antonio Faxardo.

(a) Es un error del cura, por ser Sojo uno de los apellidos de esa familia: la madre de Bolívar se llamaba D.ª María Concepción Palacios y Blanco. Pertenecía á esa misma familia Blanco, que dió conquistadores, fundadores y gobernadores á las provincias de Venezuela, desde los tiempos de la dominación española; que después, en los días de la Independencia, dió defensores y mártires á su país, desde el 19 de Abril de 1810 en que figura uno de ellos; que más tarde, en la época republicana, produjo hombres eminentes en la política y las letras como el presidente Guzmán-Blanco, el ministro don Eduardo Blanco, autor de *Venezuela Heroica* y el novelista, historiador y político don Rufino Blanco-Fombona. Véase el árbol genealógico del Libertador.

Aragua y Aroa, cuyas minas fueron de fama legendaria.

Apenas contaba aquel niño tres años de edad cuando murió su padre, y seis cuando murió la madre; pero encargado á la tutela de su tío materno D. Pedro Palacios y Sojo, éste se esmeró en la educación de su pupilo, á quien le proporcionó las enseñanzas que por entonces se adquirían en Caracas, y luego lo envió á Madrid en 1799, para que allí perfeccionara sus estudios.

Era el joven Bolívar inteligente, apasionado, de enérgicas resoluciones, locuaz, de fácil expresión, pronto entendimiento, viva imaginación y de temperamento nervioso; en la coronada villa enamoróse de una su parienta llamada María Teresa Toro, próxima del marquesado de ese nombre, y aunque el matrimonio hubo de diferirse por algún tiempo, á causa de que el adolescente contaba apenas diez y siete años, al fin se verificó el enlace. Es curiosa la carta en que Bolívar avisa á su tutor su proyecto de matrimonio; dice así en su primera parte:

Madrid, 30 de Septiembre de 1800.

Estimado tío Pedro:

No ignora usted que poseo un mayorazgo bastante cuantioso, con la precisa condición de que he de estar establecido en Caracas, y que á falta mía pase

á mis hijos, y de no, á la casa de Aristiguieta, por lo que, atendiendo yo al aumento de mis bienes, para mi familia, y por haberme apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como es mi señora doña Teresa Toro, hija de un paisano y aun pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita para evitar la falta que puedo causar si fallezco sin sucesión; pues haciendo tan justa liga querrá Dios darme un hijo que sirva de apoyo á mis hermanos y de auxilio á mis tíos.

Simón Bolívar.

Mientras llegaba el día de su matrimonio, Bolívar pasó de Madrid á París, en donde permaneció el año de 1801. Era el período febricitante de la gran revolución francesa, y aunque los biógrafos no dicen cuánto debió de influir en sus ideas y costumbres el escenario que contemplaba, es fácil adivinarlo; en las cartas, en las proclamas, en sus escritos y aun en su conducta de hombre de Estado se encuentran los rasgos, casi siempre suavizados, del hombre que sacó de Francia odio á los tiranos, amor á las ideas republicanas y un ligero tinte de volterianismo. Luego que regresó á Madrid casó con su prometida, vínose para Venezuela, y diez meses después falleció la que eligiera para compañera de su vida.

El disgusto y fastidio que le causó la muerte de una esposa que adoraba—dice el prefacio á la *Colección de documentos relativos á la vida pública del Libertador*—le inspiraron el deseo de viajar. Volvió á Europa; no pudo detenerse en Madrid por uno de aquellos bandos que produce la escasez del pan; visitó la Francia, Italia, etc., y retornó á Caracas por los Estados Unidos de Norte-América, poco antes de la revolución, trayéndola en la cabeza, en el pecho, en el alma.

Uno de sus encuentros en este viaje fué con el barón de Humboldt, que nos había visitado pocos años antes, y preguntándole qué le parecía de su proyecto, le respondió aquel sabio: "Yo creo que su país ya está maduro; mas no veo el hombre que pueda realizarlo"... Y lo tenía delante; pero él mismo no se conocía...

En su mediocrísima obra *Simón Bolívar,* en la página tercera, dice el marqués de Rojas:

En la primavera de 1805 emprendió (Bolívar) un viaje de recreo por Italia, Holanda, Alemania, y se dirigió más tarde á los Estados Unidos, de donde regresó á Caracas á fines de 1806, decidido, á la edad de veintidós años que entonces tenía, á vivir alejado de la política y ocupado exclusivamente en sus propios asuntos.

Hasta esa fecha no bullía en el cerebro de Bolívar, como lo afirman algunos historiadores, la idea de redimir á su patria.

El libro del marqués de Rojas es muy repleto, y adivínase en él la intención que el autor tuvo de no establecer toda la verdad de cuanto se roza con la vida del Libertador; por esto, la afirmación que hace, sin documento alguno justificativo, de que en el cerebro de Bolívar no bulló hasta 1806 la idea de redimir á su patria, cosa contraria á lo que han dicho otros historiadores, nos ha puesto á cavilar.

En 1850 el ilustre colombiano doctor Manuel Uribe Angel cultivó en Quito relaciones con D. Simón Rodríguez, quien en varias de las conversaciones con que daba rienda suelta á sus recuerdos de ayo, amigo y compañero de Bolívar, se expresaba así:

En Baltimore trabajé como cajista en una imprenta, y gané simplemente el pan. Permanecí en aquel destino durante tres años, y al cuarto me embarqué con dirección á Europa; llegué á Cádiz, y por Bayona me dirigí á la capital de Francia, en donde con mucho afecto recíproco me uní á Bolívar. Allá estábamos cuando la coronación de Napoleón, y por cierto que aquel día tan notable y feliz para los gabachos, Bolívar y yo no salíamos del hotel. La idea de un amo más sobre la tierra hacía hervir la sangre de aquel muchacho con imponderable indignación...

Después de la coronación de Bonaparte, de que

te hablé, viajamos Bolívar y yo en estrecha compañía y en íntima amistad, por gran parte del territorio de Francia, Italia y Suiza. Unas veces íbamos á pie y otras en diligencia.

En Roma nos detuvimos bastante tiempo, y para que sacies tu curiosidad voy á referirte lo que allá pasó.

Un día, después de haber comido, y cuando ya el sol se inclinaba al Occidente, emprendimos paseo hacia la parte del Monte Sagrado

Aunque esos llamados montes no sean otra cosa que rebajadas colinas, el calor era tan intenso que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y cubiertos por copiosa transpiración á la parte culminante de aquel mamelón. Llegados á ella nos sentamos sobre un trozo de mármol blanco, resto de una columna destrozada por el tiempo.

Yo tenía fijos mis ojos sobre la fisonomia del adolescente porque percibía en ella cierto aire de notable preocupación y concentrado pensamiento.

Después de descansar un poco y con la respiración más libre, Bolívar, con cierta solemnidad que no olvidaré jamás, se puso en pie, y como si estuviese solo miró á todos los puntos del horizonte, y al través de los amarillos rayos del sol poniente paseó su mirada escrutadora, fija y brillante, por sobre los puntos principales que alcanzábamos á dominar.

"¿Con que es esto dijo—el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y de los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su

tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector para reemplazar la tiranía del César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella á sus compatriotas, y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano, cien Calígulas, y por un Vespasiano, cien Claudios. Este pueblo ha dado para todo: severidad, para los viejos pueblos; austeridad, para la República; depravación, para los emperadores; catacumbas, para los cristianos; valor, para conquistar el mundo entero; ambición, para convertir todos los Estados de la tierra en arrabales tributarios; mujeres, para hacer pasar las ruedas de su carruaje sobre el tronco destrozado de sus padres; oradores, para conmover como Cicerón; poetas, para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos, como Juvenal y Lucrecio; filósofos débiles, como Séneca, y ciudadanos enteros, como Catón. Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la Humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco,

por no decir nada. La civilización que ha soplado por el Oriente ha mostrado aquí todas sus fases, ha hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto á resolver el gran problema del hombre en libertad parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo."

Y luego, volviéndose hacia mí, húmedo el ojo, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una animación casi febril, me dijo:

"Juro, delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso á mi brazo, ni reposo á mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español" (1).

Como dijo el inolvidable José María Samper, Bolívar dejó su cuna para ir, "cual si solamente lo grande y lo sublime pudieran inspirarle, á recibir en el Viejo Mundo, sobre el Aventino, ante la Roma de Catón y de San Pedro, el bautismo de inspiración inmensa y fecunda que reciben de Dios mismo los genios privilegiados" (2). La mayor parte de los historiadores y contemporáneos de Bolívar han sostenido que el Libertador formó en

---

(1) *Homenaje al Libertador en su centenario*, pág. 72.
(2) *Papel Periódico Ilustrado*, año II, pág. 379.

Roma la resolución de trabajar por la independencia de la patria, y á ello se refiere la estrofa de una oda célebre:

Te vió, si adolescente,
ya del cielo elegido, en las ruinas
del Capitolio, á inspiración potente
dilatando la mente,
soñar con las repúblicas andinas (1).

Por los años de 1799 á 1800 se fraguó una revolución en Venezuela que tuvo como resultado inmediato el que los cabecillas: uno, D. José María España, fuera ahorcado en Caracas, y el otro, Manuel Gual, fuera fusilado en La Guaira, según unos, ó envenenado por un español azuzado, según el marqués de Rojas (2). "La revolución de Gual y España—dice Baralt en su *Resumen de la historia de Venezuela*—manifiesta que la independencia no era una idea desconocida en el país; mas sólo pocos la tenían, si bien los más nobles, ricos é ilustrados; porque, á decir verdad, las clases más numerosas del pueblo, miserables é ignorantes, ni siquiera concebían el sentido de la palabra, mucho menos la conveniencia de va-

(1) *A la estatua del Libertador*, por Miguel Antonio Caro.

(2) En 1799 fueron ahorcados en La Guaira José Rusiñol, Narciso del Valle y Juan Moreno.

riar un orden de cosas á que las apegaban varias fuertes simpatías."

No era, no, desconocida aquella idea; más bien era fomentada, y por lo mismo es inconcebible que á ello fuese ajeno el Libertador; ilustrado, rico, noble, en contacto con las ideas francesas, espectador disgustado de la coronación de Bonaparte, miembro íntimo de la familia del marqués de Toro, ya para fines de 1806 Bolívar debía tener formada su filiación política, pues era el tiempo en que comenzaba á condensarse la tempestad. Por esta época José Caro, habanero, buscaba en París apoyo para insurreccionar al Perú; D. Pedro Fermín Vargas, del Socorro, hacía publicaciones en Jamaica, persuadiendo al Gobierno inglés á que protegiera la revolución de la Nueva Granada; los comisionados de Méjico pasaron á Francia y á la Gran Bretaña á ocuparse en la emancipación de su patria; Nariño solicitaba de Tallien su intervención en la independencia de Cundinamarca; O'Higgins organizaba una sociedad promotora de la revolución de Chile y Lima, y D. Francisco Miranda, después de dos expediciones frustradas, regresaba á Europa.

IV

No parece necesario ni aun oportuno repetir por modo detallado y prolijo las causas inmediatas y determinantes de los movimientos revolucionarios de las colonias sur-americanas en 1809 y 1810; á nuestro propósito basta repetir que en esos años se conmovieron Quito, Venezuela, Nueva Granada, Argentina Chile, Perú, Méjico; unas más ó menos violentamente, otras por medios más suaves, pero todas destituyendo á sus gobernantes y reemplazándolos por *Juntas supremas* encargadas del gobierno. Negándose á reconocer á aquella Junta de Sevilla, que, á nombre del rey cautivo. Fernando VII, asumió el gobierno de la monarquía y sus colonias, titulándose *Suprema de España é Indias*, los virreinatos, capitanías generales y presidencias de América, expusieron las causas de tal desconocimiento por medio de manifiestos, y no hacían otra cosa que imitar la conducta de la misma corporación de cuya obediencia se sustraían. Invadida España por los ejércitos franceses, destronado y cautivo el monarca, la Junta de Sevilla subrogada por la regencia de Cádiz, extendida por todas partes la anarquía, interceptadas las comunicaciones entre las colonias y la metró-

poli, y cansados los pueblos americanos (los hombres ilustrados, ricos y de posición, que los dirigían) del gobierno despótico de los subalternos españoles, esos movimientos revolucionarios tuvieron como objetivo asumir el gobierno propio; casi todas las Juntas hicieron constar que reconocían los derechos de Fernando VII, que se instalaban como gobiernos conservadores de esos derechos, y que lo hacían muy principalmente para contribuir por manera eficaz y poderosa á la defensa de la patria y expulsión de los invasores.

El Ayuntamiento de Caracas, constituído en Cabildo abierto el 19 de Abril de 1810, con diputados de diferentes gremios, desconoció el gobierno del capitán general D. Vicente Emparán, y la autoridad de la regencia de Cádiz, y al constituirse en Junta de gobierno declaró que lo hacía en nombre y representación de Fernando VII. En aquella época vivía Bolívar en sus ricas posesiones de Aragua; sus tíos D. Feliciano y D. Dionisio Palacios fueron signatarios del acta de independencia. ¿Por qué Bolívar, que figuraba entre los hombres de alta posición, no aparece firmando el acta con sus tíos, ni aun siquiera en el movimiento revolucionario?

Porque Bolívar estaba desterrado por ese mismo Emparam—y como varios otros patricios—á una de sus haciendas, con motivo de

haberse olfateado por el capitán general el fermento revolucionario de Caracas y sospecharse como agitadores Bolívar y otros.

Unas de las providencias tomadas por la Junta de Caracas fué el envío inmediato de una misión acreditada ante el Gobierno de la Gran Bretaña, á solicitar el apoyo de aquella potencia en favor de la revolución. Los comisionados nombrados fueron Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello. Las credenciales de estos señores estaban concebidas en estos términos:

Don Fernando Séptimo, rey de España y de las Indias, etc., y en su real nombre la suprema Junta conservadora de sus derechos en Venezuela.

Por cuanto para la subsistencia y conservación de las relaciones amistosas que han existido hasta ahora entre estas provincias y la Gran Bretaña es necesario delegar comisiones cerca del Gobierno de su majestad británica que representen los votos sinceros y generosos de Venezuela para estrechar más y más estos vínculos; reclamen sus derechos y entablen relaciones de recíproca utilidad entre estos habitantes y los vasallos de su majestad británica, y conviniendo á estas provincias no interrumpir la comunicación y buena armonía que existen entre ambos pueblos, tan necesarias para la confianza y seguridad comercial; por tanto, he venido en nombrar, como en virtud de las presentes digo y

nombro, en primer lugar, al caballero coronel don Simón Bolívar; en segundo, al comisario ordenador D. Luis López Méndez, y en calidad de auxiliar, al comisario de Guerra y oficial primero de mi secretaría de Estado, D. Andrés Bello, para que pasando á la corte de Londres presenten á su majestad británica, por medio de su secretario de Estado, la respetuosa consideración de este Gobierno; den cuenta de la instalación de la suprema Junta gubernativa de las provincias de Venezuela, en quien ha recaído, por substitución de los derechos del pueblo, en fuerza de mi imposibilidad y de la disolución del Gobierno que provisionalmente me representaba en la Península, la soberanía de las mismas provincias; reclamen la alta protección de su majestad británica; ofrezcan por parte de este nuevo Gobierno la más cordial alianza, bajo las garantías de las disposiciones pacíficas y amistosas en que se hallan estos pueblos con respecto á los vasallos de la Gran Bretaña, y sean el órgano de las comunicaciones que exijan entre unos y otros la necesidad y buena correspondencia, y no se opongan á las leyes fundamentales de la monarquía española.

Hágase entender á los interesados por la secretaría de Relaciones Exteriores, y tómese razón en las demás de este diploma.

Dado en el palacio de la suprema Junta de Caracas, á seis de Junio de mil ochocientos diez, sellado con el de mis armas, refrendado por el expresado secretario.

José de las Llamosas, presidente.—*Martín Tovar Ponte*, vicepresidente.—*Juan Germán Rossio*, secretario de Relaciones Exteriores.

Excelentísimo señor:

El coronel D. Simón Bolívar y el comisario ordenador D. Luis López Méndez están encargados por la Junta gubernativa de Venezuela de conducir al soberano de la Gran Bretaña los votos que hacen unánimemente los habitantes de estas provincias por la felicidad de su reinado y por la gloria de sus armas contra el enemigo común.

Los papeles que llevan consigo estos comisionados instruirán suficientemente á V. E. de los motivos que han producido en Caracas el establecimiento de un Gobierno más análogo á las circunstancias y más propio para precaver los riesgos inminentes de que nos hallamos amenazados. La sabiduría y la justicia de V. E. nos hacen esperar que aplaudirá la conducta de un pueblo generoso, fiel á sus deberes y cordialmente amigo de la Inglaterra, del pueblo que alzó en América los primeros gritos contra el opresor de la Europa, invocando la unión con la potencia que acaudillaba los esfuerzos de la libertad continental, y que consecuente á sus principios y á su conducta anterior ha dado á los demás de América el ejemplo más saludable en estas circunstancias, porque es el que mejor concilia los intereses particulares de los habitantes del Nuevo Mundo con los de todo el imperio español.

Será sensible que las pasiones de algunos individuos interesados en eternizar la antigua servidumbre americana conspiren á denigrar nuestros motivos y á atribuirnos principios incompatibles con los deberes de ciudadanos españoles, cuando sólo se nos oye reclamar los que corresponden á este honroso carácter.

Esperamos que V. E. se digne acoger las solicitudes que los comisionados llevan el encargo de representarle y de aceptar el testimonio de nuestro respeto y consideración.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Caracas, 6 de Junio de 1810.

Excelentísimo señor.

José de las Llamosas.—Martín Tovar Ponte.

Excelentísimo señor ministro de Estado de su majestad británica.

La Junta escogió, como se ve, para jefes de la misión, á dos revolucionarios connotados: Bolívar y López-Méndez. Entonces no se tra taba de pelear sino de buscar el poderoso apoyo de Inglaterra, que no se obtuvo, contra España. Por eso la exposición del buen señor marqués Rojas en su prevenida obra contra Bolívar, carece de profundidad. Leámosla, con todo. Dice así:

Algunas veces nos hemos preguntado qué pudo inducir á Bolívar á aceptar una misión que probablemente sería infructuosa, en vez de ocupar en circunstancias tan graves un puesto militar en el cual pudo haber prestado á su patria servicios más importantes.

En las crónicas de aquella época se da á este enigma la explicación siguiente: Bolívar, á su regre-

so de Europa en 1806, había decidido retirarse á la vida privada. Se dedicaba exclusivamente á estudiar y á gobernar sus intereses. Durante los tres años transcurridos hasta 1810 no cesó de protestar contra la tiranía de que era víctima su patria, pero tal vez no le pareció oportuno el momento para la redención de Venezuela opresa y exangüe; acaso en su claro juicio era inaceptable la fórmula de reconocer la autoridad de un rey de España.

Corre como válido el rumor de que la revolución del 19 de Abril sorprendió á Bolívar en sus hermosas posesiones de Aragua, y sólo á instancias de sus numerosos amigos se decidió á aceptar la misión en Londres, juntamente con López Méndez y Bello.

En cuanto á la actitud indiferente de Bolívar de 1806 á 1810, el marqués de Rojas padeció un error; ya veremos que en 1808 estuvo fraguando una conspiración.

No todos los historiadores están de acuerdo sobre los alcances políticos que los signatarios de las actas de independencia de los varios países sur-americanos quisieron darles. Para el que esto escribe es indudable que no todos los firmantes tenían el mismo pensamiento. Algunos firmaron con lealtad y buena fe la protesta de que el movimiento se hacía sin menoscabo de la soberanía española, y lo probaron, puesto que más tarde, cuando ya se

empeñó la guerra, se declararon por la causa realista, llegando algunos á ser mártires de ella; otros lo hicieron también de buena fe, pero desconocida esa buena fe, y ultrajados y perseguidos por los pacificadores españoles, hallaron por conveniente abrazar la causa de los americanos; y otros, bajo la fórmula realista, por astucia, quisieron encubrir el móvil verdadero de la revolución, que era el de la absoluta emancipación. Entre estos últimos, para no citar muchísimos, incluímos á Nariño y á Bolívar, quienes aunque no firmaron las actas las aprobaron con hechos, como las aprobaron todos los próceres que se pusieron al servicio de los nuevos gobiernos.

En cuanto á la independencia de la Nueva Granada, el 20 de Julio de 1810, dice el historiador Restrepo:

Fué curiosa la fórmula del juramento que prestaron en aquella célebre noche los miembros de la junta á presencia del ilustre Cabildo y en manos del diputado del pueblo soberano, como entonces se le llamaba: "Puesta la mano sobre los santos Evangelios", según narraba el acta, y con la otra formada la señal de la cruz á presencia de Jesucristo crucificado, dijeron: "Juramos por el Dios que existe en el cielo, cuya imagen está presente y cuyas sagradas y adorables máximas contiene este libro, cumplir religiosamente la Constitución y voluntad del pue-

blo expresada en esta acta, acerca de la fórmula del Gobierno provisional que ha instalado; derramar hasta la última gota de sangre por defender nuestra sagrada religión católica, apostólica, romana, nuestro amadísimo monarca don Fernando VII y la libertad de la patria; conservar la libertad é independencia de este reino en los términos acordados; trabajar con infatigable celo para formar la Constitución bajo los puntos acordados, y, en una palabra, cuanto conduzca á la felicidad de la patria."

Y hablando de los sucesos de 1813 en lo relativo á Nariño, se expresa en los términos siguientes:

Mientras hacía los preparativos para su partida Nariño invitó al colegio revisor á que tomara otra manera más decisiva. Tal fué la de que se declarase la independencia absoluta, desconociendo á Fernando VII, á cuyo nombre venía Sámano á destruir estos países, y erigiendo á Cundinamarca en un Estado libre, soberano é independiente. El mismo dictador abrió la discusión, y se debatieron con mucha libertad todas las razones que había en pro ó en contra del proyecto. La mayoría del colegio se decidió por la independencia absoluta, que fué proclamada solemnemente el 16 de Julio y se juró por todas las corporaciones y clases del Estado. Algunos ciudadanos, adoradores ciegos de los reyes, se denegaron á prestar el juramento y fueron expa-

triados, arrojándolos fuera de las provincias de la Nueva Granada (1).

Ya se ve, pues, que no todos los patriotas que tomaron parte en los movimientos revolucionarios de Sur-América eran partidarios de la independencia absoluta.

En la primera nota dirigida por Bolívar y López Méndez al marqués de Wellesley, ministro de Relaciones Exteriores de su majestad británica, se encuentran las declaraciones siguientes:

Londres, 1.° de Julio de 1810.

Los comisionados de la Junta suprema de Venezuela, presentando sus respetos al excelentísimo señor marqués de Wellesley, tienen el honor de indicarle, en virtud de lo que S. E. se ha servido insinuarles en su conferencia del jueves último, las miras de su Gobierno en la misión que les ha confiado.

El primer deber de los comisionados es suplicar á S. E. se sirva ser el intérprete de su profundo y respetuoso reconocimiento á la benévola acogida que su majestad británica se ha dignado dar á los votos del pueblo y Gobierno de Venezuela.

Impuesto S. E. de los principios que ha tenido la transformación política de aquellas provincias y

(1) *Restrepo*, t. I, pág. 220.

del espíritu que anima á la Junta suprema, no puede menos de ver en ellos la mejor garantía de la sincera disposición de los pueblos de Venezuela á conservar sus relaciones de amistad, comercio y buena correspondencia con los súbditos de su majestad británica.

Las solemes declaraciones de aquel Gobierno incluyen además la seguridad de que, muy lejos de aspirar Venezuela á romper los vínculos que la han estrechado con la metrópoli, sólo ha querido ponerse en la actitud necesaria para precaver los peligros que la amenazaban.

Independiente como está del Consejo de regencia no se considera menos fiel á su monarca, ni menos interesada en el éxito feliz de la santa lucha de España.

....

Los habitantes de Venezuela solicitan la alta mediación de su majestad británica para conservarse en paz y amistad con sus hermanos de ambos hemisferios.

Así habla la política. Se sondeaba el pensar del Gabinete inglés, que se ignoraba.

Por lo demás no es posible conciliar estas manifestaciones con el hecho de que Bolívar trababa en el propio Londres íntima amistad con el general Miranda, que, como ya hemos dicho, estaba huyendo de las autoridades españolas á causa de las dos tentativas que había hecho para insurreccionar á Venezuela; y

no sólo se relacionó con él, mas también lo trajo á Caracas y lo hospedó en su casa. Menos aún se avienen aquellas declaraciones con la conducta observada por el mismo Bolívar, quien por no ser enviado de una nación reconocida hubo de ser recibido en el gabinete particular de sir Ricardo Wellesley, en Apsley-House. Allí el coronel diplomático, olvidando sus declaraciones escritas y el texto de sus credenciales, y cometiendo el desacierto de mostrar las instrucciones que se le habían dado, "valiéndose en seguida de la lengua francesa, que hablaba con perfección—dice D. Miguel Luis Amunátegui en su *Vida de D. Andrés Bello*—, le dirigió un elocuente discurso, desahogo sincero de las pasiones fogosas que animaban al orador; discurso en el cual hizo muchas alusiones ofensivas á la metrópoli, y expresó deseos y esperanzas de una independencia absoluta".

Wellesley escuchó á Bolívar con la atención fría y ceremoniosa de los diplomáticos; pero cuando el impetuoso criollo hubo concluído le observó en contestación que las ideas expuestas por él estaban en abierta contradicción con las de los documentos que acababa de entregarle.

En efecto: las credenciales aparecían conferidas por una Junta que regía en Venezuela en nombre de Fernando VII y para conservar los derechos de

éste, y las instrucciones que Bolívar había pasado atolondradamente al ministro inglés ordenaban del modo más categórico á los negociadores, no que trataran de independencia, sino que solicitaran la mediación de la Gran Bretaña para impedir cualquier rompimiento con el Gobierno peninsular.

Simón Bolívar no halló nada que responder á tan contundente objeción.

La verdad del caso es que el ardiente joven, guiándose sólo por las ideas propias, había ido á la conferencia sin haber leído las instrucciones (1).

Don Pedro Urquinaona y Pardo, en sus *Informes sobre la insurrección de Caracas, Cartagena de Indias y Santa Fe de Bogotá*, que en 1.º y 3 de Junio de 1814 elevó al rey de España, dice:

....

En cuanto á lo primero, es constante que la causa instruída por la sala extraordinaria de justicia

(1) No queremos hacer alteraciones, aunque algunas no estarían, de más en esta segunda edición que hacemos de nuestra obra; pero para dejar la verdad en su punto respecto á la misión de Bolívar y López Méndez, léase la nota que ha puesto D. Rufino Blanco-Fombona á su edición crítica de las *Cartas de Bolívar*, 1799-1822, páginas 118-120. Es la última palabra en el asunto. Léase también nuestra nota en la página 114 de la presente edición.

establecida en Caracas, por el regente visitador de aquella Audiencia, D. Joaquín Mosquera y Figueroa, se justificó por deposición conteste de testigos caracterizados "que en el año de 1808, en las casas de Simón Bolívar y José Félix Ribas se reunían los Tovares, Texera, León, Anzola, los Toros, Salias, Montillas y demás notados de sediciosos; que allí trazaron el plan de erigir una Junta suprema con el objeto de deponer las autoridades legítimas, apoderarse del Gobierno y declarar aquella provincia independiente de la madre patria; que allí se brindó por la desmembración de la América, y que estos acontecimientos consternaron el pueblo y lo pusieron en una peligrosa fermentación" (1).

Agavillados en la casa de Simón Bolívar, inmediata al río Guaire, y afectando seguir las doctrinas manifestadas por el Gobierno en los momentos de su tribulación, trataron de destruirlo y establecer la independencia bajo el mismo plan de la Junta que alucinase al pueblo con el pomposo título de conservadora de los derechos de Fernando.

Para afianzar el juicio de este primer acontecimiento, manantial inagotable de las disensiones de la América, y demostrar que el proyecto de la Junta tomó desde sus primeros pasos el rumbo directo de la independencia absoluta á que por fin llegó el 5 de Julio de 1811, conviene, aunque parezca difuso, analizarle con los datos del proceso y por otros documentos que lo confirman. En aquél consta por pruebas de hecho que el marqués del Toro recibió dos cartas del proscripto Miranda invitándo-

---

(1) *Repertorio Colombiano*, vol. XX, núms. 3, 4 y 5.

le á promover en Caracas una Junta que tomase las riendas del Gobierno y ofreciéndole que el Gabinete inglés protegería la independencia de Venezuela. Los testigos Baraciarte, Anza, Huertas, Sanz, Sanabria y otros (comerciantes, abogados, etc.) afirman la existencia del complot en la casa de Bolívar, designan por concurrentes al marqués del Toro, Mariano y Tomás Montilla, José Félix y Juan Nepomuceno Ribas, y convienen en que el plan de estos facciosos se extendía á establecer la independencia, cuyo nombre resonaba en sus convites.

Denunciadas estas novedades proveyó el Gobierno la prisión de Matos, quedando adormecido hasta el mes de Noviembre, que despertó en la casa de José Félix Ribas, concurrente á la de Bolívar y sindicado en el proceso de Matos (1).

Con estos antecedentes y documentos basta para demostrar que el ideal germinado en la robusta y creadora mente del Libertador fué el de la independencia absoluta que debía tener su patria de la dominación española. Ideal éste que si al principio pudo estar circunscrito á las provincias de Venezuela, al desarrollarse conforme los acontecimientos fueron ensanchando el horizonte iba tomando las proporciones gigantescas de extender la ambicionada libertad á todo el continente de la América española.

(1) Loc. cit.

Pero esa meta, ese ideal de perfección, suponía labores adecuadas á la empresa; su brazo poderoso debería salir triunfante en las batallas; su enaltecida inteligencia debería fundar una nación independiente que garantizara la soberanía de las otras naciones; su enérgica voluntad debería resistir las mil contrariedades y vencer los obstáculos proporcionados á tan magna empresa; su inaudita abnegación debería desprenderlo de todo cuanto importara á su bienestar personal, y cuando ya tocara á coronar el fin de su sorprendente creación, imprimirle el carácter de su espíritu fecundo.

V

En Diciembre de 1810 regresó Bolívar de Londres trayendo á Caracas la noticia de la esterilidad de su cometido, pues el marqués de Wellesley ninguna esperanza hizo concebir de que Inglaterra asumiera una intervención; pero, en cambio, el venezolano dejó en el Gabinete y en toda la ciudad buenas y cordiales relaciones personales, impresiones simpáticas y amistades que más tarde fueron muy útiles á su patria. Los ciudadanos que habían constituído la Junta de gobierno como con-

servadora de los derechos de Fernando VII no vieron con gusto la llegada del *proscrito* Miranda con Bolívar; el pueblo, empero, hizo las mayores demostraciones de placer, de agasajo y de júbilo con que recibía entre los suyos al ilustre patriota; y era natural que algunos no quisieran ver en Venezuela á un caudillo cuya presencia implicaba una contradicción con los sentimientos expresados en el acta del 19 de Abril. Refiriéndose á la llegada de Miranda, dice Baralt:

Llegado á La Guaira todavía quiso desprenderse de él la Junta confiándole una dependencia diplomática; pero el pueblo le hizo saltar en tierra de mano poderosa, y en Caracas fué recibido con singulares muestras de honor y de respeto, aclamado por todos *padre y redentor de la patria.* También el Gobierno, queriendo entonces manifestar entusiasmo, le nombró teniente general y ordenó que se buscasen y destruyesen todos los documentos con que la administración anterior intentaba manchar su buena fama.

Mientras Bolívar estuvo ausente se sucedieron acontecimientos notables en América. En casi todas las provincias verificáronse movimientos revolucionarios, desde Méjico hasta Chile y Buenos Aires, que pretendieron sofo-

car las autoridades españolas con el apoyo de los lugares que no secundaban tales movimientos. En Chile, la Junta de gobierno, presidida por D. Mateo de Toro y Zambrano y con vocales de la fogosidad de los Carreras y los Rosas, se hizo reconocer en todo el país, tomó las medidas conducentes á la organización de un ejército que hiciese efectivas sus determinaciones y convocó á la reunión de un congreso general; en la Argentina corría ya la sangre de españoles y americanos, porque como los patriotas se vieran atacados por las tropas del virrey, hubieron de fusilar á unos cuantos de los principales reaccionarios, lo cual hizo que los realistas, irritados, lograran conmover contra el nuevo Gobierno las provincias del Paraguay, Córdoba, Potosí y Charcas; pronto los ejércitos realistas se vieron atacados y derrotados en *Suipacha* (7 de Noviembre), y las tropas de Goyeneche organizadas en el Perú, listas para salir contra Belgrano y Balcarce. En el Perú, el virrey José Fernando de Abascal alista y mueve las tropas sobre los insurrectos del Alto Perú y Buenos Aires, y sobre Quito, Pasto y Popayán; en Mejico, las tropas de Hidalgo y de Morelos se baten en batallas campales contra los sostenedores de las autoridades españolas, y en la Nueva Granada las provincias de Santa Marta, Ríohacha y Panamá se declararon por

el rey, en tanto que Tacón se preparaba á dominar el Alto Cauca.

Pero aún era más grave la situación de Venezuela. Aquí habían secundado el movimiento de Caracas otras provincias; pero las de Guayana, Coro y Maracaibo enarbolaron el estandarte de la contrarrevolución. La guerra estaba establecida de hecho desde el golfo mejicano hasta el límite de Patagonia; en Venezuela lo fué de hecho y de derecho, porque la regencia de Cádiz decretó el bloqueo de los puertos venezolanos (1.° de Agosto de 1810) y envió con carácter de comisario regio á don Ignacio Cortabarría, quien en 21 de Enero (1811) procedió en consecuencia con las facultades omnímodas de que venía investido, y procedió á hacer efectivo el bloqueo decretado; y como con la determinación de la regencia se levantó un partido favorable á los intereses de España, y ese partido tenía grandes influencias sobre la clase de los esclavos, pardos y campesinos, que se alborotaron en grado máximo, pronto se vió correr la sangre en los campos de batalla, unos favorables, adversos otros, al nuevo orden de cosas.

No influyó poco en todo esto la noticia detallada que se tuvo en Caracas de las espantosas matanzas de los patriotas hechas en Quito el 2 de Agosto de 1809. Estaba á la cabeza de las fuerzas independientes el marqués del

Toro, ya triunfador en los combates de Coro, Aribarnaches, Sabaneta, cuando llegaron Bolívar y Miranda.

Por entonces se hacían las elecciones para constituir el Congreso nacional, que se instaló el 2 de Marzo, y del cual uno de los primeros actos fué organizar el poder ejecutivo, encomendado á los señores Baltasar Padrón, Cristóbal Hurtado de Mendoza y Juan Escalona. Cortabarría, situado en Puerto Rico, apelaba á todos los recursos de su imaginación para seducir y levantar los pueblos contra el nuevo Gobierno; expidió patentes de corso, entre otros á D. Juan Gabazo, que era el más activo; envió una expedición marítima á órdenes de D. Juan Puelles, á que apoyara una conspiración preparada en Cumaná; Pedro Sierra, Félix Elizalde, Valdés y otros encabezaron una revolución en los valles de Aragua; la Junta de Guayana hizo contrarrevolución y aprisionó á los patriotas, que fueron enviados á Puerto Rico; el 5 de Marzo los catalanes se apoderaron del castillo de San Antonio en Cumaná; los pueblos del Orinoco se decidían por los realistas, y en Valencia estalló formidable rebelión.

El malogro—dice Baralt—de estas reacciones mal calculadas y peor dirigidas empeoraba la situación

de los negocios sin beneficiar la causa de los realistas. Conocieron por ellas los patriotas que ya no era posible con sus enemigos ningún avenimiento; que era preciso volver al estado de cosas alterado el 19 de Abril, por medio de un sometimiento incondicional que los entregaría indefensos á la venganza española, ó hacer frente al peligro y arrostrarlo por completo declarando la independencia. En semejante alternativa resolvieron adoptar el último partido, que era el fin más noble, el más digno de su valor, y, bien considerado, el más seguro. Se tentaría la fortuna en el campo de batalla Si probaba favorable, la gloria estaba alcanzada y la libertad de la patria adquirida; si adversa, recibirían la muerte en generosa lid, no en los cadalsos. .

Ya en Nueva Granada también se derramaba la sangre americana.

Fácil es comprender si el Gobierno de Venezuela podría seguir desempeñando su objeto en nombre y representación de la corona española, cuando por otra parte Bolívar y Miranda habian organizado la sociedad patriótica, compuesta de más de doscientos jóvenes de los más exaltados.

En el discurso pronunciado por el coronel Simón Bolívar en aquella sociedad en la sesión del dia 3 de Julio de 1811, el orador se expresó de esta manera:

... No es que haya dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de esta unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animarnos á la gloriosa empresa de nuestra libertad; unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fué mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso nacional lo que debiera estar decidido. Y ¿qué dicen? ¡Que debemos comenzar por una federación! Como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. ¡Que debemos atender á los resultados de la política de España! ¿Qué nos importa que España venda á Bonaparte sus esclavos ó que los conserve, si estamos resueltos á ser libres? Esas dudas son triste efecto de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan? La Junta patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oir á la Junta patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sur-americana: vacilar es perdernos.

Que una comisión del seno de este cuerpo lleve al seno del soberano Congreso estos sentimientos.

"La proposición, refiere un historiador, fué aprobada. Al día siguiente, 4 de Julio, llevó el doctor Miguel Peña la palabra de la Sociedad ante el Congreso. El 5 declaró esta Asamblea

la independencia de Venezuela." (1) La suerte quedó echada (2).

Esta declaratoria fué un reto al partido realista, que no tuvo inconveniente en aceptarlo al punto. Por lo pronto los españoles de Canarias residentes en Caracas fraguaron una conspiración en las cercanías de esta ciudad contra el nuevo Gobierno, pero fué reprimida sin derramamiento de sangre; en seguida ocurrió la sublevación de Valencia, fuerte, vigorosa y despechada, y como el general Miranda, que era á la vez diputado al Congreso y general del Ejército, fuera destinado contra los rebeldes, después de vencerlos con sacrificio de ochocientos muertos y mil quinientos heridos republicanos, tomó la ciudad á fuego y sangre, distinguiéndose entre los más esforzados combatientes el coronel Bolívar.

Después de la rendición de Valencia, en que los vencedores fueron tan generosos como valientes, se sucedieron en Venezuela los de *Chichiriviche*, *Santa Cruz*, *Soledad*, *Uracoa*, *Tabasca*, *El Pao*, *Caratal*, unos propicios y

(1) Blanco-Fombona: *Cartas de Bolívar*, *1799-1822*, pág. 48, ed. Louis-Michaud, París.

(2) «Esta Junta tuvo tal prestigio en la opinión pública á causa de la exaltada elocuencia de sus principales hombres, que es lícito asegurar que se debe exclusivamente á ella la declaratoria de independencia de 1811».—*El general Miranda*, por el marqués de Rojas, pág. 31.

otros contrarios para los patriotas, y en la Nueva Granada los de *Guapuzcal* y *Guabito;* relativamente á este último afirma el historiador Restrepo que "por órdenes de Juan José Caicedo los prisioneros patriotas eran colgados en largas horcas y lanceados allí, precediendo corridas y juegos de los patianos á caballo". Ya no era posible, pues, la reconciliación entre las naciones contendoras, porque si no se habían tolerado las Juntas de gobierno que se habían constituído en favor de Fernando VII, ¿cómo habían de tolerarse Gobiernos que se proclamaban independientes? El brigadier Cajigal había traído nuevos refuerzos á Coro, cuyo comandante militar era D. José Ceballos; éste resolvió emprender una campaña por el interior, contando con la base de las tres provincias reaccionarias y con el apoyo moral y material de todos los realistas. En su tropa llevaba al oficial Domingo Monteverde, que, desobediente é insubordinado, se adelantó hacia las poblaciones ocupadas por ejércitos patriotas, y á poco, por triunfos alcanzados más por obra del acaso que por inteligencia militar, vino á ser persona distinguida en quien se aunaban la perfidia, la presunción y la crueldad.

Los triunfos de Monteverde comenzaron á hacer más grave la situación. El Congreso concedió al Gobierno facultades omnímodas y

extraordinarias para que afrontara tales accidencias; el Gobierno las delegó en el marqués del Toro, y por no haberlas aceptado éste se nombró dictador con el título de generalísimo al general Miranda. Militar avezado á todas las ocurrencias de la guerra, Miranda hizo todo cuanto estuvo á su alcance para estimular el patriotismo, avivar el entusiasmo, reunir recursos, reclutar y armar hombres; con el fin de hacer cara á Monteverde estableció su cuartel general en Maracay, y como principal disposición aseguró la plaza y fortaleza de Puerto Cabello y la confió al jefe más digno de su confianza, que lo era el coronel Bolívar.

Si ya este caudillo había empezado á ver la estrella de las victorias que buena y fielmente le acompañó desde las ardientes playas del Caribe hasta las heladas cimeras del Alto Potosí, también comenzaba ya á seguirlo esa sombra de contratiempos y de trances amargos que no le abandonó desde el 30 de Junio de 1812 hasta el día que expiró en San Pedro Alejandrino.

La división y efervescencia de los partidos había tomado en los pueblos venezolanos los caracteres de una guerra civil. Los españoles Manuel y Pedro Villapol, Francisco Solá, Francisco González Moreno, los Campo Elías, y muchos otros peninsulares, reconociendo las razones que tenían los americanos para

proclamar su independencia, se afiliaban al partido de los patriotas, de la misma manera que batallones enteros de americanos sostenían el partido de los realistas. El fanatismo religioso acudía también con sus llamas á incendiar más la hoguera de las pasiones, y para colmo de tantos contratiempos dolorosos vino el terremoto del jueves santo de 1812 á aumentar las angustias de los pueblos.

En medio de tantas divisiones—dice Restrepo—, angustias y miserias como rodeaban al pueblo de Venezuela, y cuando la mayor parte de sus habitantes sólo pensaban en aplacar á Dios irritado con procesiones, limosnas, penitencias públicas y otros actos de piedad y devoción, el azote de la guerra vino á reagravar los estragos de la Naturaleza. En Barquisimeto, donde se hallaba el cuartel general republicano, mandado por el coronel Diego Tacón, ha perecido la mayor parte de la tropa, y á su comandante, por una rara fortuna, se le sacó muy estropeado de entre las ruinas. Sabiendo esto Monteverde, envió su vanguardia de doscientos hombres, mandada por el capitán D. Francisco Mármol, quien ocupó la ciudad el 2 de Abril. Dos días antes sus moradores, aterrados, habían jurado al rey, movidos por los sermones de uno de sus curas, que imitando al fraile Mota clamaba sobre los escombros aún recientes que el terremoto era castigo del cielo, por el atroz delito de haber declarado la independencia. En Yaritagua, después de un sermón

idéntico, se juró al Gobierno del rey como una expiación al Ser Supremo. Imitó el mismo contagioso ejemplo la ciudad del Tocuyo, y los pueblos inmediatos, que proclamaron al rey, apresurándose á comunicarlo á Monteverde.

Asegurado éste por sus flancos, pudo dedicarse á sacar de entre las ruinas del cuartel de Barquisimeto algunos elementos militares. Extrajo, en efecto, siete cañones de artillería, seiscientos tiros de esta arma, fusiles, balas, pólvora y cincuenta tiendas de campaña, auxilios que le eran muy útiles para continuar la campaña que tan bien le iba saliendo. Con la mayor facilidad había ocupado una grande extensión del país, llamado por sus aterrados habitantes y precedido por las seducciones de algunos eclesiásticos. El cura Torrellas se distinguía entre éstos como el apóstol más celoso de Fernando VII.

Los pueblos, seducidos y aterrorizados, proclamaban al rey como el mejor específico para aquietar la tierra y contenerla en sus convulsiones naturales. Aún hicieron más: sus habitantes tomaron las armas y contribuyeron con todo lo que les exigía la rapacidad de los realistas para engrosar las filas de Monteverde y merecer por este medio que Dios les perdonara sus pecados políticos. He ahí la doctrina de los fanáticos é ignorantes clérigos que sostenían el partido español en las provincias de Venezuela, doctrinas que por algún tiempo consiguieron mantener el poder absoluto contra los principios eternos de libertad é independencia, pero que hoy cubre de merecido oprobio á los eclesiásticos y seglares que las proclamaron.

Luchábase con desesperación en *Macareo, Siquisique, Carora, Sorondo, Araure*, cuando Miranda, contemplando á Monteverde á ochenta leguas distante de donde pudieran llegarle socorros, y sabiendo que estaba escaso de elementos, creyó aprovechar la oportunidad de estrecharlo y rendirlo. El intento, sin embargo, fué vano, porque habiendo tenido el realista algunos triunfos y teniendo á retaguardia el apoyo de las tres provincias occidentales, pudo llegar hasta San Mateo, por lo cual Miranda hubo de retroceder á La Victoria y contar con el auxilio de Puerto Cabello, que era contar con el de Bolívar.

Mas la suerte había resuelto lo contrario de lo que esperaba el jefe patriota. La guerra empeñada por los enemigos no solamente era la del exterminio material, sino también el empleo de la perfidia, de la difamación y de la traición en toda sus formas: cuando el coronel Bolívar menos lo pensara, el oficial indigno y venal, aquel Fernández Vinoni que expió sus crímenes en la horca levantada sobre el campo mismo de Boyacá, poniéndose á la cabeza de la guarnición que se le había confiado y de los presidiarios y presos políticos que había en la fortaleza, enarboló el pabellón español y rompió fuegos sobre la plaza.

Bolívar—dice el marqués de Rojas—, que era el jefe militar de la plaza, hizo cuanto pudo por someter los rebeldes, pero sin resultado alguno. Disputó la ciudad y sus alturas á viva fuerza, buscó la muerte por doquiera; pero abandonado por la tropa y extenuado después de cinco días de combate y fatigas, embarcóse para La Guaira, seguido apenas de algunos oficiales de su Estado Mayor (1).

En relación con este acontecimiento, don Nicolás González Chaves se expresa en su *Estudio cronológico de la guerra de la Independencia* así:

Faltaba á los patriotas una nueva amargura que debía causar la traición de D. Francisco Fernández Vinoni; éste se la brindó á Bolívar presentándole la copa de hiel y sangre que atormentó por más de un motivo su gloriosa existencia. Bolívar había sido encargado por Miranda del sitio de Puerto Cabello; y aunque había recibido tal comisión con disgusto por creerla inactiva, la desempeñaba con el interés y patriotismo que siempre le caracterizó. El jefe inmediatamente responsable de aquel suceso era el comandante Pedro Aymerich, quien cometió la falta de separarse del puesto donde su deber y el honor le habían colocado, y aprovechando esta corta ausencia el capitán Francisco F. Vinoni, entendido

(1) Página 46.

ya con los presos, y hallándose ese día mandando la guarnición, enarboló la bandera en el castillo (30 de Junio), puso en libertad á los detenidos y contribuyó con sus soldados á consumar el crimen más inaudito y atroz, de aniquilar á la República; *y como el castillo de San Felipe domina la plaza y sus baterías, rindió los buques fondeados en el puerto y comenzó á batir la ciudad.*

La angustia de Bolívar fué extremada; la defensa no era posible. A pesar de todos los esfuerzos de Bolívar, que fueron inmensos, pudo sostenerse tres días (1); y como por aquel golpe de infamia inesperado había quedado con pocos soldados, pidió urgentemente auxilios á Miranda. Monteverde, al saber aquel suceso tan favorable á su causa, apura sus marchas, y con la noticia de la proximidad de los realistas se pasan á ellos los destacamentos patriotas.

¡Todo era adversidad y contratiempos para la patria! Bolívar hizo el último, el más aventurado esfuerzo para probar su patriotismo y su constancia: se desprendió de los últimos doscientos hombres que le quedaban y los puso á órdenes de los coroneles Jalón y Mires para que le saliesen al encuentro al enemigo, y en el sitio llamado San Esteban se empeñó un combate, en el que los patriotas quedaron derrotados.

En Puerto Cabello se lidiaba por Bolívar, á pesar de hallarse casi solo; y el castillo entregado á los

(1) En los partes oficiales de Bolívar y en la correspondencia con los sublevados consta que fueron cinco días de constante batallar.

realistas derrama el fuego sin descanso, incendiándose el bergantín de guerra *Argos*. Situación era ésta para Bolívar la más triste y desesperante, y así pretendió aún defenderse con cuarenta hombres que aún le acompañaban; pero éstos bien pronto le abandonaron. El 6 de Julio se encontró sin más compañeros que los jefes Tomás Montilla, Francisco Ribas Galindo y Miguel Carabaño y resolvió embarcarse en Borburata en el *Celoso* (1).

Tan pronto como los postas avisaron á Monteverde la pérdida de Puerto Cabello, este jefe procedió á abrir operaciones sobre las fuerzas de Miranda, que se hallaban en La Victoria. El viejo soldado de las guerras de Francia, comprendiendo cuán grandes serían para Venezuela los resultados de su derrota, procuró cuanto antes un avenimiento con el enemigo, por lo cual firmó una capitulación (25 de Julio), según la cual el realista se comprometía á que serían respetados la vida, los bienes y la libertad de los patriotas comprometidos en la revolución, cualesquiera que hubieran sido sus opiniones y hechos, obligándose el generalísimo á entregar las provincias ocupadas por los republicanos y todos los elementos que de guerra tenían; y como los jefes patriotas quedaban en libertad de permanecer en Vene-

(1) Página 114.

zuela ó salirse del país, él resolvió tomar rumbo hacia la Nueva Granada en la corbeta inglesa de guerra *Saphire*, que estaba surta en el puerto de La Guaira. Para el 29 de Julio, fecha en que Monteverde ocupó á Caracas, estaban en aquel puerto listos á espatriarse Miranda, Bolívar, Ayala, Montilla, Castillo, Madariaga y otros.

Estaba entonces en La Guaira, como gobernador político y subdelegado de Hacienda, el doctor Miguel Peña, ese hombre malévolo que años más tarde fué el instigador de las desavenencias entre Páez y Santander, que malquistó á Bolívar con Páez, y que, por último, fué, en gran parte, responsable del malogro de la obra del Libertador y de la disolución de Colombia; hombre rastrero en sus procedimientos, indigno en sus ambiciones y en sus venganzas plebeyo, deseoso de quitarse de encima la superioridad de Miranda, fraguó al día siguiente (30 de Julio) un complot en aquel puerto entre las autoridades locales y otros individuos para arrestar á Miranda (1), quien

(1) «Aunque los móviles fuesen patrióticos, el hecho fué verdaderamente criminal; un acto de rebelión, castigado con pena de muerte por todas las ordenanzas militares, que sirvió de pernicioso ejemplo en el curso de la guerra de Independencia y posteriormente durante la existencia de la República.»—*El general Miranda*, tor el marqués de Rojas, pág. 48).

á las tres de la mañana del 31 de Octubre estuvo ya preso y encerrado en un castillo; y como el traidor Peña saliese inmediatamente para Caracas á comunicarle á Monteverde, en el camino encontró al posta que éste había enviado con la orden de cerrar el puerto y la de detención de Miranda y compañeros. El infortunado generalísimo fué llevado de prisión en prisión hasta el arsenal de la Carraca de Cádiz, en donde con un dogal al cuello permaneció sujeto á una pared hasta el día 14 de Julio de 1816, en que, abrumado de tristezas, expiró.

Aunque no viene á este estudio la biografía militar del Libertador, se nos ha hecho indispensable extendernos en este episodio, por que recuerda uno de aquellos contratiempos extremadamente amargos que envenenaron la existencia del gran caudillo. Así como los realistas, en su tarea de difamación y su empresa de sembrar desconfianzas, rencores y rivalidades entre los patriotas, hicieron creer que el integérrimo D. Andrés Bello había denunciado la conspiración de Caracas, y que el precursor de los libertadores de Venezuela, general Miranda, había capitulado en La Victoria en cambio de 16.000 onzas de oro, así también hicieron poner en tela de discusión la lealtad y el honor militar de Bolívar, y aun lo hicieron aparecer como traidor á Miranda. Por

fortuna no hubo peligro de que á este patriarca le llegara el envenenado dardo al corazón, porque Bolívar estuvo informándolo día por día sobre aquellos aflictivos acontecimientos con partes oficiales y cartas explicativas que el ilustre viejo guardaba en sus archivos y que lograron salvarse; pero es lo cierto que durante más de setenta años estuvieron esos documentos ignorados y que durante ese tiempo hubo personas de criterio extraviadas por el error y la mentira suspicaz.

VI

Cuando por la traición del doctor Miguel Peña, el general Miranda fué apresado en La Guaira, el teniente coronel Cerveriz, comisionado de Monteverde, fué á conducir á Caracas á los patriotas que en aquel pueblo se encontraron con Bolívar; pero éste, burlando la vigilancia del conductor, y disfrazado, logró escaparse y llegar primero á la ciudad y encontrar refugio en la casa de un amigo. Sin duda que el traicionado en Puerto Cabello no hubiera escapado de la ferocidad del pérfido violador de la capitulación de La Victoria si no se hubiera encontrado en Caracas el generoso español D. Francisco Iturbe, quien, haciendo

uso de las influencias que con Monteverde tenía, consiguió después de muchas instancias un pasaporte á fin de que Bolívar pudiera salir con algunos amigos suyos para el extranjero. A esto se debió que, acompañado de José Félix Ribas, Manuel Díaz, Francisco Bolívar y otros lograra embarcarse con dirección á Curaçao, el 27 de Agosto, en la goleta *Jesús, María y José*. De aquella isla pasó á Cartagena (14 de Noviembre), que se había erigido en Estado independiente y que se encontraba en plena guerra contra la provincia de Santa Marta.

Con el ideal de libertar á la patria y establecer la independencia absoluta de ella, Bolívar solicitó servicio en las tropas de Cartagena, y lo consiguió, siendo llamado por el Gobierno local de allí y por influencias del doctor José María Salazar, reconociéndosele en el empleo de coronel. Allí mismo hizo conocer del Gobierno del Estado y del Gobierno general de las *Provincias unidas de Nueva Granada* la suerte miserable en que había dejado á Venezuela, por medio de una memoria en que explanaba la causa de los desastres y algunas de las ideas políticas que para entonces había concebido.

A su memoria vinieron las discusiones del Congreso nacional venezolano y las de los partidos sobre federación y centralismo; re-

cordó cómo las disputas estériles respecto de la forma constitucional de la República habían distraído el tiempo que debió emplearse en una preparación para la defensa; cómo la falta de unión de las provincias que habían proclamado la independencia las hacía perecer aisladamente; que los combatientes patriotas que luchaban en el *Estado oriental* no habían auxiliado al general Miranda, ni éste á aquéllos; y es de suponer que, aunque no lo dijese explícitamente, vino á su recuerdo que desde que se verificó la revolución de Venezuela y Nueva Granada se firmó un tratado de alianza y federación ofensiva y defensiva entre los dos Estados, y que, sin embargo, las dos naciones estaban luchando aisladamente y sin prestarse el concurso que debería aumentar su resistencia y garantizarles una suerte común (1). Así, en la memoria que dirigió al Gobierno de Nueva Granada en Diciembre de 1812 desde Cartagena sobre las causas de la pérdida de Venezuela, se encuentran los siguientes conceptos:

Estos ejemplos de errores é infortunios no serán enteramente inútiles para los pueblos de la América

(1) Este tratado se firmó entre D. José Acebedo Gómez y el doctor José Cortés Madariaga, como representante de los dos países.

Meridional que aspiran á la libertad é independencia...

La Nueva Granada ha visto sucumbir á Venezuela; por consiguiente, debe evitar los escollos que han destrozado á aquélla. A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de Nueva Granada la conquista de Caracas. A primera vista parecerá este proyecto inconducente, costoso y quizás impracticable; pero examinado atentamente con ojos previsivos y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad, como dejar de ponerlo en ejecución probada la utilidad...

Nótese muy particularmente que Bolívar contemplaba entonces la inminencia de que los realistas vinieran triunfantes de Venezuela sobre las provincias neogranadinas; que á tiempo que ellos luchaban en Pasto y Popayán contra los patriotas y Cartagena pugnaba contra Santa Marta, en el interior se había desencadenado la guerra civil entre el Congreso federal y el presidente de Cundinamarca por sólo disputar sobre la forma como debería constituirse la nación, y que Bolívar, con altísima prudencia, no reconocía determinadamente ni al uno ni al otro gobierno, sino á ambos ó á cualquiera de ellos, que á los dos se dirigía ó á ninguno; cualesquiera que fuesen sus opiniones no se adhirió ni á la causa

de los centralistas, ni á la de los federalistas.

Una vez que el coronel Bolívar fué llamado al servicio y destinado por el gobierno de Cartagena á la comandancia militar de Barranca, con sujeción al jefe Pedro Labatut, que comandaba en el Magdalena las fuerzas patrióticas, el jefe venezolano se sintió con el tedio de la inactividad y la inercia; por estar el enemigo muy cerca, en el Peñón de Tenerife, pidió autorización á su jefe para ir á combatirlo, y como le fuese negada, "Bolívar, más sensible á los gritos del honor, olvidó los de la disciplina, y sin autorización de su jefe Labatut se dirigió con un puñado de valientes contra las fortificaciones de Tenerife, apoderándose (Diciembre, 23) de toda la artillería y buques, con lo cual dejó expedita la comunicación del río, y siguiendo sobre Mompós desalojó también de allí al enemigo.

„Por esto al gobernador D. Manuel Rodríguez Torices lo separó del jefe Labatut, y lo nombró jefe de operaciones en el Magdalena"; ya con esto, marchando de triunfo en triunfo tomó á Guamal, forzó el paso de El Banco, triunfó en el puerto de Ocaña, y salió victorioso en Chiriguaná y en Tamalameque, con todo lo cual quedó franco el río para el comercio interior, y tomó á los españoles para el gobierno de Cartagena muchas embarcaciones, más de cien piezas de artillería, gran número de

fusiles y pertrechos. Entonces el coronel de la Unión D. Manuel del Castillo, jefe militar de la provincia de Pamplona, que se encontraba en Piedecuesta con tropas desarmadas y huyendo de los realistas comandados por el coronel D. Ramón Correa, invitó á Bolívar para que viniera en auxilio de los patriotas á libertar el valle de Cúcuta, á lo cual accedió tan pronto como obtuvo el permiso de Cartagena y la autorización para disponer de cuantos elementos fuera posible, con el objeto de armar las tropas inermes y aumentar las fuerzas.

No hay para qué detenerse á pensar si Bolívar aceptaría con gusto la invitación de Castillo.

Desde que Bolívar fué invitado por Castillo—dice Restrepo—á concurrir al acontecimiento que se meditaba de desalojar la división española regida por Correa, concibió el atrevido proyecto de restablecer la república de Venezuela; así lo anunció al gobernador Torices y al presidente del Congreso en su primera comunicación.

Habiendo conseguido inspirar su entusiasmo y sus nobles sentimientos á las tropas emprendió una marcha rápida desde Ocaña, desalojando los destacamentos enemigos de La Aguada, Salazar, Arboledas, Yagual y San

Cayetano, hasta ponerse al frente del grueso del contrario, ya reconcentrado en las alturas de San José de Cúcuta, en donde el 28 de Febrero le infligió formidable derrota, arrebatándole artillería, fusiles, pertrechos y un gran botín en mercancías y efectos de valor. Como era natural, Bolívar, allí en la línea fronteriza de su patria, vencedor, y viendo que el enemigo iba á buscar asilo y á cometer las acostumbradas depredaciones en el suelo que ambicionaba libertar, no podía contener los ímpetus de volver á combatir en favor de su ideal. Así, pues, apenas hecho efectivo el triunfo que acababa de alcanzar, dirigió al Poder ejecutivo de Nueva Granada una comisión con instrucciones para conseguir auxilios con el objeto de libertar á Venezuela, y un oficio en que decía:

Excelentísimo señor:

....

La suerte de la Nueva Granada está íntimamente ligada con la de Venezuela; si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también, porque la esclavitud es una gangrena que empieza por una parte, y si no se corta, se comunica al todo y perece el cuerpo entero.

No haciendo mención de las infinitas razones de conveniencia y política que nos estimulan violentamente á tomar parte en las desgracias de Vene-

zuela, que se extenderán al resto de la América no remediándolas á tiempo, el solo deber que impone el honor á todo pueblo colombiano, que debe estimar la justicia y el valor de la libertad, sería más que suficiente para ponernos las armas en la mano y marchar todos los que son servibles á la gloria de redimir á sus hermanos y destruir á los tiranos.

Cuartel general de Cúcuta, á 4 de Marzo de 1813.

Simón Bolívar.

A propósito del proyecto de Bolívar y de la comisión enviada desde Cúcuta, el Sr. Restrepo se expresa así:

Habiendo conseguido dar libertad á los hermosos valles de Cúcuta, Bolívar se ocupó en su gran proyecto de expeler de Venezuela á cerca de seis mil hombres que la dominaban, para la España, regidos por Monteverde, orgulloso con sus recientes victorias. Despachó, pues, al coronel venezolano José Félix Ribas, á fin de que se trasladara á Tunja y á Santa Fe á solicitar auxilios para la empresa, tanto del Congreso de la Nueva Granada como del jefe de Cundinamarca, Nariño. Bolívar escribió al presidente de las Provincias Unidas pidiéndole permiso de llevar las tropas de la Confederación y que le diera los recursos necesarios para sostenerlas. Autorizó á Ribas para entrar en cualesquiera tratados y estipular las indemnizaciones que Venezuela debía satisfacer á la Nueva Granada, en caso de ser

libertada por sus armas. Bolívar pintaba la empresa como fácil por el descontento general de los pueblos de Venezuela, y como necesaria para asegurar la independencia del territorio granadino.

Apenas había dado este paso cuando recibió (Marzo 21) el despacho de brigadier al servicio de la Unión y el título de ciudadano de la Nueva Granada, acompañados con expresiones las más lisonjeras y honrosas de parte del Gobierno general. El presidente Torres concibió desde las primeras operaciones de Bolívar una idea muy ventajosa de su genio y distinguidos talentos. El coronel Manuel Castillo llegó también á Cúcuta con algunas tropas poco tiempo después de haber sido libertados los valles, y la división republicana ascendió á más de mil hombres, con mil doscientos fusiles. Castillo era comandante general de Pamplona, de cuya provincia dependían las villas del Rosario y San José de Cúcuta; estaba al principio en tan buena inteligencia con el brigadier Bolívar, que solicitó y obtuvo del Congreso que se diera á éste el mando en jefe de la división.

Empero tan buena inteligencia fué de breve duración. Muy pronto pocos días corrieron después del arribo de Castillo sin que principiaran las desavenencias entre los dos jefes. Un bando publicado por disposición de Bolívar, en que se titulaba *comandante en jefe de las tropas de Cartagena y la Unión*, fué lo primero que motivara una reconvención de Castillo, fundada en que todas eran tropas de la Unión. Bolívar contestó que había hecho esa distinción porque estaba decidido firmemente á no mezclarse en las disensiones civiles, y hasta á no

obedecer al Congreso granadino si le quería ocupar en la guerra civil; pues él sólo pensaba en libertar á su patria de los enemigos que la oprimían, y que si no se le mandaba ir á Venezuela, tampoco pondría á las órdenes del Congreso la columna de tropas de Cartagena, para todo lo cual había solicitado providencias del gobernador Torices, de quien tenía instrucciones reservadas.

Cuántos disgustos le causó á Bolívar el coronel Castillo y cuántas desgracias atrajo sobre la patria la conducta de éste, son cosas sabidas por todas las personas que se han interesado en la historia de Colombia y Venezuela; pero sigamos á Bolívar en esa marcha triunfal á que, en pos de su predilecto ideal, lo arrastraba el destino. La necesidad de la unión entre la Nueva Granada y Venezuela estaba en la conciencia de venezolanos y neogranadinos. En tanto que éstos se destrozaban en sangrienta guerra civil, olvidando los peligros que amenazaban por el Norte y por el Sur, los venezolanos oprimidos por el ejército de bandidos que comandaban Monteverde y sus tenientes dirigían á los habitantes del ex virreinato la alocución en que se leen estos lamentos:

¡Pueblos de la Nueva Granada, hermanos, amigos y compañeros!

Vosotros, corazones sensibles, si es que aún permanecen en la tierra la compasión y la ternura, mirad por nosotros, compadeceos de nuestras penas, aliviad nuestros tormentos. ¿Será posible que os hagáis sordos á los lamentos de tantas víctimas desgraciadas que ven pendiente de vuestra caridad el momento de su redención? ¿Para cuándo reserváis vuestros fraternales oficios, protecciones bien entendidas y generosas liberalidades? ¿Qué objetos más dignos de vuestra compasión detenida que estos hermanos vuestros que arrastran las cadenas de un yugo extranjero, la vergüenza de la razón y la humanidad? ¿Por qué rehusáis sacrificar una parte de vuestros intereses en favor de vuestros hermanos? El horroroso cuadro de nuestras miserias, ¿no será capaz de franquear vuestros cofres y de armar vuestros brazos fuertes para destruir á nuestros tiranizadores? Sabed que ni la sangre, ni el favor, ni la amistad, ni el oro, ni la plata pueden abrir las prisiones tenebrosas en que nos tiene encerrados la rabia de nuestros conquistadores: ni aun tenemos el débil consuelo de derramar nuestras lágrimas en el seno de nuestros parientes y amigos. La más cruel incomunicación separa al hijo del padre, al esposo de la esposa, y hasta el ejercicio santo de la religión nos está en cierto modo prohibido.

Innumerables hijos de la desventurada Venezuela gimen en la más dura opresión, y sólo alienta su sufrimiento la esperanza consoladora de que sus hermanos los granadinos se compadecerán de

su triste suerte y volarán á romper sus cadenas. ¿Qué esperáis, pues? Nosotros os conjuramos ante el numen tutelar de la Patria, por los vínculos de la fraternidad, por las obligaciones de la alianza que hemos contraído, por la santa causa que defendemos, por la augusta y divina religión que nos es común, á que marchéis veloces á defendernos, á traernos la victoria á los campos desolados de Venezuela, la alegría y la redención á vuestros afligidos hermanos. Venid á plantar el pabellón de la independencia sobre los arruinados muros de La Guaira; no perdáis la gloria de ser los redentores de un suelo que vió nacer la libertad. (1)

Los neo-granadinos escucharon con patriótica atención y ocurrieron al reclamo de los venezolanos.

Mientras Ribas se dirigía á Tunja y Bogotá á cumplir su cometido, Bolívar estableció su cuartel general en Cúcuta y avanzó sus fuerzas al otro lado del Táchira hasta la villa de San Antonio, en donde el mismo día (1.º de Marzo), lleno de júbilo y entusiasmo, dirigió una proclama á los venezolanos, en que les decía:

Vosotros tenéis la dicha de ser los primeros que

(1) Groot: *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, t. III, apéndice, página 44.

levantáis la cerviz, sacudiendo el yugo que os afligía con mayor crueldad, porque defendisteis en vuestros propios hogares vuestros sagrados derechos. En este día ha resucitado la república de Venezuela, tomando aliento en la patriótica y valerosa villa de San Antonio, primera en respirar la libertad, como lo es en el orden local de nuestro sagrado territorio.

Venezolanos: Vuestro júbilo es igual á la grandeza del bien que acabáis de recibir; y aunque éste es superior á todos los sentimientos que puede inspirar la Naturaleza, no iguala al que experimenta mi alma siendo el instrumento de vuestra redención, y recibiéndola yo también como hijo de Venezuela, de mis compañeros de armas, los ínclitos soldados de Cartagena y de la Unión.

Si en esta proclama se ve el extraordinario interés que animaba á Bolívar para que los dos pueblos de Nueva Granada y Venezuela quedasen vinculados por el esfuerzo común, por los lazos de la gratitud y por una misma suerte, en la que expidió el 13 del mismo mes hace renovar los mismos sentimientos y augura para más tarde el hecho de que la América entera deberá su libertad á sus subalternos. Así les decía:

Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela, que ve respirar ya una de sus provin-

cias al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera, que empieza aquí y debe terminar en el país que me dió la vida. Vosotros, fieles republicanos, marcharéis á redimir la cuna de la independencia colombiana, como los cruzados libertaron á Jerusalén, cuna del Cristianismo.

Yo, que he tenido la gloria de combatir á vuestro lado, conozco los sentimientos magnánimos que os animan en favor de vuestros hermanos esclavizados, á quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad vuestros temibles brazos y vuestros pechos aguerridos. El solo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del cielo.

La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión. No; su confianza no será vana; Venezuela verá bien pronto clavados vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y de La Guayra.

Corred á colmaros de gloria, adquiriéndoos el sublime renombre de libertadores de Venezuela.

El Congreso de la Nueva Granada envió á Bolívar como auxilio para la campaña de Venezuela los cuadros de los batallones 3.°, 4.° y 5.° de la Unión, y el general Nariño otra expedición compuesta de 125 hombres armados,

y, además, fusiles, artillería y pertrechos. De estos hombres, la mayor parte eran jóvenes de lo más selecto de nuestra sociedad, distinguidos por su ciencia, su valor, su dignidad personal, su posición social y su riqueza. Cuando Bolívar vió constituída la columna con que iba á abrir operaciones sobre los realistas de allende al Táchira con el carácter de *Libertador de Venezuela*, que le dió el Congreso, escribió á Nariño acusándole recibo de la expedición y de los elementos de guerra (10 de Marzo), desde su cuartel general de Cúcuta:

¡Oh qué bello espectáculo se presenta, señor presidente, sobre el teatro del Nuevo Mundo, que va á ver una lucha quizás singular en la Historia; ver, digo, concurrir espontánea y simultáneamente á todos los pueblos de Nueva Granada al restablecimiento, libertad é independencia de Venezuela, sin otro estímulo que el de la humanidad, sin más ambición que la de la gloria de romper las cadenas que arrastraron sus compatriotas, y sin más esperanza que el premio que da la virtud á los héroes que combaten por la razón y la justicia!

Vuestra excelencia será el primero que, penetrado del júbilo más puro, aplaudirá sus propias acciones, las de sus conciudadanos, y, sobre todo, los magnánimos esfuerzos y sacrificios de los ínclitos guerreros de la Nueva Granada, con quienes voy á

tener la dicha de combatir por la redención de Venezuela y gloria de estos Estados.

Abrió Bolívar su marcha sobre la provincia de Mérida sin que Correa le aguardase para combatir ni en San Cristóbal ni en ningún otro lugar. Así fué que entró en la ciudad de Mérida el 31 de Mayo, y el 1.° de Junio convocó al ilustre cabildo, estableció el gobierno republicano según instrucciones del Congreso, y, consecuente con sus ideas, se propuso arraigar en los meridanos los sentimientos de unión y confraternidad que debían ligar á los habitantes de los dos países. En el discurso que el día 4 le dirigió á la municipalidad de Mérida, le dijo:

....

La gloria del Congreso y del Ejército que os ha redimido consiste en la magnanimidad de sus designios, que no son otros que los de destruir á vuestros verdugos y poneros en actitud de gobernaros por vuestras constituciones y por vuestros magistrados.

Nuestras armas redentoras no han venido á daros leyes, ni menos á perseguir al noble americano; han venido á protegeros contra vuestros natos y crueles enemigos los españoles de Europa, á quienes juramos una guerra eterna y un odio implacable, porque ellos han violado el derecho de gentes y de

las naciones, infringiendo los tratados y capitulaciones más solemnes, persiguiendo impíamente al inocente y al débil, reduciendo los pueblos enteros á la indigencia y la desolación, degradando el santo carácter del sacerdocio y cargando de prisiones á los ministros del altar, a los magistrados, á los defensores de la patria y á toda clase de ciudadanos, por el solo delito de ser americanos.

Aceptar, ilustres meridanos, las congratulaciones que á nombre del Congreso de Nueva Granada tengo el honor de haceros, reponiéndoos en el uso de vuestra autoridad, que sin duda será ejercida con la dignidad que corresponde á un Gobierno independiente, y yo me lisonjeo de que muy pronto veréis en medio de vosotros á vuestros magistrados del poder ejecutivo provincial, que han sido ya invitados por mí para que vengan á llenar las funciones de su ministerio. en cumplimiento de las generosas órdenes del Congreso, que ha tomado á su cargo el restablecimiento de la Constitución venezolana que regía en los Estados antes de la irrupción de los bandidos que ya hemos expulsado de toda la provincia de Mérida, y arrojaremos más allá de los mares, si el Dios de los ejércitos protege la causa de la justicia...

A lo cual contestó el presidente de la municipalidad:

Señor general:

La grandeza del bien presente no puede ser esti-

mada ni exactamente conocida sino por quien ha sufrido los males de que nos vemos librados. Y ¿quién podrá dibujarlos? La ciudad destruída por un sacudimiento de la Naturaleza nunca visto; sus ruinas amasadas con la sangre de sus hijos; huérfanos llamando á sus padres; viudas llorando á sus esposos, que no debían de ver ya más; ricos empobrecidos... Nuestros antiguos tiranos aprovechan aquel momento desastroso para redoblar las cadenas; los hijos de la patria ó huyen esparcidos ó se abandonan á la suerte, sin ser por eso más bien tratados. Los sacerdotes del Señor, los magistrados venerables, hasta el simple labrador, abrumados de grillos, cubiertos de insultos más pesados que la muerte, se ven tendidos en campo raso y transportados á los pontones y mazmorras de Maracaibo, Puerto Rico y Puerto Cabello, y... ¿cuál, pues, será la medida de nuestro reconocimiento á la mano libertadora que aleja de nosotros tanta ignominia? ¡Bendita sea para siempre la nación granadina! ¡Gloria al sabio Congreso que la representa y dirige!, y gloria á Venezuela que os dió el ser á vos, ciudadano general.

Entusiasmados los habitantes de estos pueblos y las tropas con el sentimiento de la solidaridad y con la persuasión de que venezolanos y granadinos eran hermanos que debían correr una misma suerte y concurrir á un mismo fin, ya despertaba el espíritu público y se hacía manifiesta la idea de que la unión de los

dos países debía proveer á su libertad; así, pues, en Mérida comenzó á engrosarse la columna *Libertadora de Venezuela* con los muchos voluntarios que se presentaba á tomar las armas; y como Bolívar, por otra parte, no tenía tiempo que perder sin exponerse á un desastre seguro é irremediable, continuó su marcha hacia Trujillo, que ocupó prontamente (15 de Junio), y en la cual su principal medida política fué su famosa *Proclama de Guerra á muerte.*

El Congreso de Nueva Granada no dió facultades al general Bolívar más que para libertar las provincias de Mérida y Trujillo; seguir de allí sobre el centro de Venezuela sería una usurpación de poderes, además de un acto de insubordinación; pero ¿le era dable al comisionado regresar al territorio neogranadino en las circunstancias en que se hallaba? Si esto hacía, reuniéndose todos los enemigos se le vendrían encima, sería arrollado al alcanzarlo, los pueblos reconquistados serían víctimas indefensas de la saña de los reconquistadores; la Nueva Granada sería invadida por un ejército numeroso que contaría con el apoyo y refuerzo de los que por el Sur, por Santa Marta y por Casanare, la amenazaban, y el efecto moral de todo esto sería para los pueblos, en gran manera, desastroso. Con arranque de genio poderoso y perspicaz, Bo-

lívar echó la suerte. Su resolución fué la de "obrar con la última celeridad y vigor; volar sobra Barinas y destrozarle sus fuerzas para dejar de este modo á la Nueva Granada libre de los enemigos que la puedan subyugar".

Tan fundadas eran las razones que Bolívar aducía, y de tan convincente manera las expresó, que el Congreso le aprobó esa desobediencia, habiendo seguido el jefe obrando bajo su responsabilidad y como mejor le parecía.

Con esa resolución y actividad que caracterizaban á Bolívar, éste ocupó el 1.° de Julio á Barinas, en donde le quitó al enemigo elementos de guerra de todas clases, y después de derrotar en Niquitao á D. José Martí con ochocientos hombres, en Horcones á D. Francisco Oberto con más de mil, en Tinaquillo y Taguanes á D. Julián Izquierdo con dos mil ochocientos, ocupó á Caracas el día 6 de Agosto. Y dice Larrazábal en su *Vida de Bolívar*, ya citada:

Que se considere al héroe caraqueño en medio de un concurso de más de treinta mil almas, recibiendo los homenajes sinceros de todo un pueblo que acababa de libertar, manifestados por la más tierna sensibilidad y expresados por las aclamaciones repetidas de *¡Viva nuestro Libertador! ¡Viva la Nueva Granada! ¡Viva el salvador de Venezuela!* Una mul-

titud de hermosas y brillantes jóvenes, vestidas de blanco y con coronas de laurel y flores en las manos corrían en medio del tumulto para tomar la brida del caballo; al verlas, Bolívar echó pie á tierra, y entonces le agobiaron con el peso de coronas tan bien merecidas, derramando dulces lágrimas aquel pueblo que contemplaba al modesto vencedor lleno de admiración y de ternura.

El día 8 Bolívar se dirigía á los venezolanos en estos términos:

¡Caraqueños! El ejército de bandidos que profanaron vuestro sagrado territorio ha desaparecido delante de las huestes granadinas y venezolanas, que animadas del sublime entusiasmo de la libertad y de la gloria, han combatido con un valor divino, y han llenado de pánico terror á los tiranos cuya sangre regada en los campos ha expiado una parte de sus enormes crímenes. Vuestros ultrajes han sido vengados por nuestra espada libertadora, que á un solo golpe ha inmolado los verdugos y cortado las ligaduras de las víctimas...

VII

Uno de los muchos actos de soberbia cobarde ó de cobardía soberbia de Monteverde fué

la de salir huyendo de Valencia á encerrarse en Puerto Cabello tan pronto como supo el desastre de Izquierdo, enviando al coronel Fierro la orden de que defendiera á Caracas como pudiera. No era este jefe para tamaña empresa, por lo cual, inmediatamente que sintió las tropas libertadoras en sus cercanías, envió cerca de Bolívar una comisión parlamentaria, compuesta de D. Francisco Iturbe (de gratos precedentes), Dr. Felipe F. Paúl (patriota moderado), fray Marcos Ribas, el marqués de Casa León y D. José Vicente Galguera, quienes propusieron una capitulación. Bolívar los recibió muy bien y les acordó la paz de manera muy honrosa, comunicándolo así á la municipalidad de Caracas, en oficio que, refiriéndose á las condiciones, decía:

Para demostrar al universo que aun en medio de la victoria los nobles americanos desprecian los agravios y dan ejemplos raros de moderación á los mismos enemigos que han hollado el derecho de las gentes y han violado los tratados más solemnes, esta capitulación será cumplida religiosamente, para oprobio del pérfido Monteverde y honor del nombre americano.

No quiso Monteverde ratificar la capitulación de su subalterno, y Fierro salió huyendo

con sus tropas para La Guaira, acompañado de los autoridades políticas, dejando la ciudad abandonada á los desórdenes y rapacidad de malas gentes; los cuarteles quedaron con armas y municiones dañadas, clavada la artillería y todos los habitantes á merced del vencedor. Sin embargo de la guerra sin cuartel con que los españoles habían sembrado el odio y la venganza por todas partes, y de que el decreto de guerra á muerte promulgado por Bolívar no era una simple amenaza, los batallones vencedores que ocuparon á Caracas no sólo se manejaron con moderación, sino que fueron un motivo de tranquilidad para sus moradores. Bolívar lo comunicó el 14 de Agosto al Congreso granadino, expresando entre otras cosas lo siguiente:

...Tantas provincias encadenadas salen de la nada á figurar en el globo; un ejército europeo derrotado y los opresores destruídos hacen respetar el nombre de las armas granadinas y venezolanas; en lugar de americanos pusilánimes y estúpidos, que representaban la España, han visto hombres intrépidos é inteligentes, aniquilar á su caudillo más ponderado... Caracas mira á la Nueva Granada como á su libertadora.

Cuando ya Bolívar había dictado las provi-

dencias adecuadas al sostenimiento del orden y la tranquilidad de las familias de la ciudad, convocó á la municipalidad y á muchos padres de familia y personas prudentes, de influencias y conocimientos en materias políticas; todos ellos le aclamaron *Libertador*, le confirmaron oficialmente ese título y lo proclamaron solemnemente jefe supremo del Estado, para que, como general en jefe del ejército, empuñara las riendas del Gobierno. A este respecto el Sr. Restrepo se expresa así:

Según las instrucciones que había recibido del Gobierno general granadino, debía restablecer en Venezuela el Gobierno federativo y las autoridades que depuso la invasión de Monteverde. En las tres provincias antes libertadas había cumplido tales instrucciones; pero en la de Caracas le pareció funesto, lo mismo que á sus consejeros, semejante restablecimiento en aquellas circunstancias. Constituir entonces un Gobierno tan débil como el federal habría sido lo mismo que entregarse por segunda vez á los españoles. Así Bolívar manifesto á sus conciudadanos la urgente necesidad en que se veía de encargarse por algún tiempo del mando supremo, y las reformas que juzgaba necesarias en la constitución del Estado para darle una administración concentrada y vigorosa, cual convenía en aquellos días de peligro.

Sin embargo, añadía el Libertador:

Nada me separará de mis primeros y únicos intentos: vuestra libertad y vuestra gloria. Una asamblea de notables, de hombres virtuosos y sabios debe convocarse solemnemente para discutir y sancionar la naturaleza del Gobierno y los funcionarios que hayan de ejercerlo en las críticas y extraordinarias circunstancias que rodean á la República. El Libertador de Venezuela renuncia para siempre y protesta formalmente no aceptar autoridad alguna que no sea la que conduzca á nuestros soldados á los peligros para la salvación de la Patria.

A fin de sincerar su conducta dió cuenta al Poder ejecutivo de la Unión de los poderosos fundamentos que había tenido para adoptar aquella resolución. No hay duda alguna que era del todo necesaria para la defensa y organización del país libertado. Hubo entonces opiniones contrarias de algunos patriotas visionarios, seducidos todavía por el ejemplo de los Estados Unidos del Norte, á pesar del crudo desengaño que habían tenido por causa de la gran debilidad del Gobierno federativo: ellos deseaban su inmediato restablecimiento en Venezuela, mas triunfó el partido de la concentración del Poder mientras se despeja-

ba el horizonte político. Establecióse, por consiguiente, una verdadera dictadura en la persona de Bolívar, á la que hicieron oposición los exaltados liberales ó federalistas, que sólo estaban por sistemas especulativos de gobierno, sin atender á su eficacia ni á las circunstancias del tiempo y del país.

No era satisfactorio al Libertador ejercer con tan discutible origen la autoridad de su Gobierno, aunque tenía el convencimiento íntimo de que era necesario y de que la anarquía que pudiera sobrevenir era equivalente á un desastre como el de 1812. Inmediatamente invitó por la Prensa al público de Caracas y de las otras provincias libres para que suministraran ideas que deberían ser bases constitucionales. En seguida comisionó á los muy ilustrados y respetables patriotas doctores Francisco Javier de Ustáriz, Miguel José Sanz y á otros para que elaboraran un proyecto de Constitución provisional. Los señores Sanz, Alzuru y Ustáriz, cada cual presentó el que mejor le parecía, resultando de ello que en el fondo de la organización todos estuvieron de acuerdo. El del último, que fué titulado *Plan de Gobierno provisorio para Venezuela*, traía sus primeros cuatro artículos de la siguiente manera:

Artículo 1.° El supremo Poder legislativo residirá en el general en jefe del ejército libertador, sin otras restricciones que las que provengan del Congreso general de la Nueva Granada, su comitente, hasta la paz.

Art. 2.° El Poder ejecutivo residirá igualmente en él, bajo las mismas restricciones, con especialidad en lo que respecta á la fuerza armada de mar y tierra.

Art. 3.° Todo lo gubernativo, económico y de policía estará á cargo de sus respectivos magistrados, bajo la dependencia del mismo general en jefe.

Art. 4.° La parte judicial, civil y criminal ó contenciosa del Ejército y de las rentas nacionales queda al cargo de sus respectivos jueces ó tribunales, con entera independencia de toda otra autoridad que la de las leyes establecidas ó que se expidieren.

Era la primera vez que Bolívar se veía investido de autoridad política y civil. Puede asegurarse que hasta esos días el Libertador no sólo no había ambicionado ser gobernante civil de una nación, sino que ni aun había pasado por su mente esta idea. No había recibido educación para ello, no tenía instrucción sólida en ciencias políticas ni había tenido ocasión ni oportunidad para probar el veneno de la ambición de mando como no fuera en los combates.

Pero vino la ocasión en que su deber, su patriotismo, la necesidad de no perder una

obra realizada con inmensos sacrificios, el honor propio y el de su nación comprometidos ante los intereses y la opinión de la Nueva Granada, la vida misma del Libertador y la de sus compatriotas se lo exigieron; era, pues, preciso aceptar la situación tal como se presentaba, y asumió la dictadura.

En este caso el Libertador quiso, como era natural, poner el peso de su autoridad, su prestigio, sus fuerzas militares al servicio de su ideal político, es decir, á la libertad de la América Meridional, principiando por hacer más estrecho el vínculo que debía unir á la Nueva Granada con Venezuela en un sólo cuerpo de nación. Ese es el significado que le damos al oficio que Bolívar dirigió, con fecha 14 de Agosto, al Gobierno residente en Bogotá, que dice:

Excelentísimo señor presidente:

Los adjuntos impresos impondrán á V. E. de la ocupación de todo el territorio de Caracas por las tropas de mi mando, del miserable estado en que se halla reducido Monteverde en Puerto Cabello con las reliquias deshechas de sus fuerzas y de las medidas adoptadas para imprimir á la administración suprema de la República una marcha más rápida y enérgica sobre las bases de la libertad política y civil.

Los inextinguibles y fervientes deseos que desde

el glorioso día 19 de Abril ha manifestado Venezuela de establecer y conservar las más estrechas relaciones de amistad, unión y alianza con los hermanos de América, los expresa de nuevo con mayor vehemencia desde el momento en que han sido removidas las fuertes trabas que el tirano le opuso. Me apresuro, pues, á comunicar á V. E. que tales son los sentimientos que me animan, y me prometo que los admitirá y apreciará el Gobierno, estando convencido de que sólo una íntima y fraternal unión entre los hijos del Nuevo Mundo, y una inalterable armonía en las operaciones de sus respectivos Gobiernos, podrán hacerlos formidables á nuestros enemigos y respetables á las demás naciones.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Caracas, Agosto 14 de 1813.—3.° de la Independencia y 1.° de la guerra á muerte.

Excelentísimo señor.

Simón Bolívar.

Excelentísimo señor presidente de Cundinamarca.

Sin descuidar el objetivo principal, Bolívar atendía con la mayor prudencia á las buenas relaciones que la naciente República debía mantener con los extranjeros, así para que éstos honraran á Venezuela con sus buenas recomendaciones como para granjearle las simpatías de los países neutrales; puso esmero en la reorganización del servicio público, haciendo

que los empleados se consagraran al cumplimiento de sus deberes; atendió con cuidado al incremento de la Hacienda pública, y ya para continuar en sus fatigas militares nombró gobernador y jefe político al doctor Cristóbal de Mendoza, sujeto insospechable en cuanto á idoneidad y amor á la independencia.

Pero la dictadura de Bolívar se encontró frente á frente con otra dictadura. El general Santiago Mariño, que, con Piar, los Bermúdez, Arismendi y otros había invadido y libertado las provincias orientales, había sido proclamado jefe supremo de Oriente. Venía el joven Mariño con la aureola de su corta edad, triunfando de Boves y Morales—los dos grandes monstruos de las fuerzas españolas—, y, como el ángel exterminador, por dondequiera hacía efectivo el decreto de guerra á muerte. Su valor, su actividad, la resolución que caracterizaba todos sus actos y movimientos lo hacían en gran manera útil á la causa de la emancipación.

Mucho desagradó á Bolívar la noticia de la dictadura de Mariño. No que el primero de éstos fuera por este entonces ambicioso de mando y de poder, aunque en Bolívar fuera explicable y justificable tal ambición por las eximias capacidades que le hacían competente para el mando; no que se creyera con mejores títulos que los de su egregio compatriota,

pues siempre dió pruebas de una verdadera y no fingida modestia; no que se sintiera rivalizado por el jefe de Oriente, pues Bolívar sabía estimar y agradecer los servicios que á su patria hacían todos los que trabajaban por la independencia; Bolívar no veía ni podía ver con agrado aquella dictadura, porque ella suponía dualidad de gobiernos, pluralidad de opiniones, diversidad en la acción y anarquía en las operaciones militares.

El jefe militar es brazo y músculo del gobierno civil; de manera que si éste especula ú ordena mal, el trabajo de aquél es labor perdida, muchas veces de sacrificio contraproducente; y recíprocamente, un mal jefe militar hace estériles y aun desastrosas las órdenes y concepciones más inteligentes y más bien combinadas. En las circunstancias en que se hallaba Venezuela era necesario un dictador, pero uno solo.

Era un imposible moral y político que Bolívar, con las ideas que profesaba, con el enemigo al frente y con esa grande alma que se agitaba dentro de su pecho, se pusiera á disputar con Mariño sobre prerrogativas de gobierno. Por otra parte, ante la salvación de la patria, ¿qué importaba una dictadura de más ó de menos? ¿Sería el caso de imitar la desastrosa rivalidad que tanta sangre y tantas lágrimas costó á la Nueva Granada?

Poquísimos fueron los días que estuvo el Libertador en la ciudad de Caracas; la reunión de la representación nacional, la organización del Gobierno y su característica actividad en los asuntos militares, todo lo obligaba á no tener un momento de reposo. Dejando encargado de la guarnición de La Guaira al ciudadano José Leandro Palacios, y de la jefatura militar de Caracas al coronel José Félix Ribas, salió de su ciudad natal dirigiéndose á Valencia, en donde debía atender á las dificultades que por todas partes surgían.

El coronel Ribas debía ocuparse en combatir á los enemigos del territorio que se le había encomendado, porque al puerto de La Guaira debía llegar de un momento á otro la expedición realista que salida de Cádiz traía el coronel Salomón; en los valles del Sur de la misma capital, el teniente coronel Montilla (Francisco) debía someter á los indios y negros que proclamaron en esos días á Fernando VII; el teniente coronel García de Sena fué destinado contra el indio Reyes Vargas, que comandaba mil realistas en Coro; al coronel Montilla (Mariano) fué despachado á batallar contra Yáñez, que ya venía sodre Barinas; el indomable Campo Elías salió á batirse contra Boves; y por todas partes venían sobre el cuartel general Correa, Lizón, Matute, Tíscar, Ceballos y otros,

como si se hubieran dado cita para destruir las fuerzas del Libertador. Era indispensable acabar cuanto antes con Monteverde, estrechando el cerco de Puerto Cabello, tener al mismo tiempo el abrigo de aquella plaza y hacer frente á los muchos enemigos que se acercaban.

Con tal objeto invitó Bolívar á Mariño para que concurriera á la expugnación de Puerto Cabello con la escuadrilla que tenía en Cumaná; pero como sucede siempre donde hay pluralidad de gobiernos, razones y pareceres, resultó que aquel auxilio no llegaba, y el Libertador tuvo que levantar el sitio, porque el partido de Salomón trajo á los sitiados muchos recursos tanto de personal como de municiones y otros elementos de guerra. "Nada consideraba Bolívar más importante que la rendición de la plaza de Puerto Cabello; porque pudiendo los españoles recibir auxilios por ella, adoptarían la facultad de renovar la guerra. Por tal razón dispuso que las fuerzas sitiadoras estrechasen lo más posible el sitio; escribió á Mariño, á quien la fortuna coronaba en el Oriente, y que había sido reconocido jefe supremo en las provincias orientales, felicitándole por las brillantes acciones con que había redimido aquella porción del territorio venezolano, le convidó para que juntos se consagraran al servicio de la patria común y le

pidió su escuadrilla para bloquear á Puerto Cabello. Cercado por tierra el baluarte de Monteverde—le decía—y bloqueado por mar, no resistirá mucho tiempo“ (1).

La entrada de la expedición de Cádiz fué un terrible acontecimiento para los patriotas, especialmente por el efecto moral que causó; en los libertadores, de desconfianza; en los realistas, de entusiasmo y de valor.

Inútilmente luchaban hasta casi apoderarse de las fortalezas los soldados de Bolívar en las cercanías de Puerto Cabello, en la colina del pueblo interior, Mirador de Solano, y Las Vigías; hubo necesidad de levantar el sitio para obligar á Monteverde á que saliera á combatir en campo raso, lo cual se consiguió y dió por resultado infligirle dos tremendos golpes, el uno en Bárbula, que costó la vida del inclito

(1) «Si en estas circuntancias Mariño y sus guerreros, libres de toda atención, hubieran querido combinar sus esfuerzos con los de Bolívar, ¿quién puede dudar que los enemigos de la República habrían quedado enteramente destruídos?... Por otra parte, no puede alegarse para su inmovilidad, ni ignorancia de los sucesos ni repugnancia de Bolívar á su cooperacióu. Por el contrario, solicitóla éste siempre con el mismo empeño y tenacidad que ponía en todas sus cosas, hasta el extremo de ser creíble la hipérbole de un contemporáneo respetable, testigo presencial de los sucesos. »Las súplicas del Libertador estaban escritas—dice—hasta con la sangre derramada en nuestros campos de batalla«.—Baralt: *Historia de Venezuela*, tomo I, pág. 172.

Girardot, y el otro en Las Trincheras, en donde fué vengado el joven héroe con el honor correspondiente á las armas granadinas. Monteverde volvió á encerrarse entre las inexpugnables fortificaciones de Puerto Cabello, y mientras esto sucedía verificábanse los combates de San Casimiro de Guiripa, Cerritos Blancos, La Guaira, Mosquitero, en donde triunfaban las fuerzas unidas de granadinos y venezolanos, y luchaban con suerte varia Mariño y sus compañeros en el caño de Santa Catalina, Achaguas y Bobare.

Aún seguían los ejércitos enfrentados y continuando la lucha por todos los cuatro puntos cardinales, cuando el Libertador comenzó á gustar la cicuta del poder. Por una parte se le discutían los títulos con que había sido investido del supremo Gobierno, otros le suponían ambiciones de mando, y más allá levantaba la cabeza el principio federalista, reliquia malsana de la constitución de 1811. Natural era que en situación tan angustiosa, apenas principiada la campaña é iniciada no más la etapa de las batallas desesperadas, Bolívar viera toda la enormidad del peligro con que le amenazaban unas ideas políticas que habían de arruinar la empresa comenzada.

Volvió, pues, á Caracas, en donde una representación compuesta del Cabildo y muchas personas notables, le otorgó el empleo

de general y lo nombró capitán general de los ejércitos de Venezuela; allí dictó las disposiciones que más acertadas creyó para asegurar la tranquilidad de los pueblos, para manifestar sus deseos de que llegara el momento de pasar su autoridad á otras manos y para hacer la protesta de que mientras la causa de la independencia estuviera tan amenazada como lo estaba, llevaría enérgicamente adelante su plan de gobierno, á despecho de la oposición. Así, cuando el gobernador de la provincia de Barinas, D. Manuel A. Pulido, dirigía á Bolívar una nota en que, invocando la Constitución de 1811, que daba autonomía á las provincias confederadas de Venezuela, le hacía observaciones y exigencias acerca de mantener el sistema federal, el caudillo le contestó el 13 de Octubre:

A nada menos quisiera prestar materia que á las sospechas de los celosos partidarios del federalismo, que puedan atribuir á miras de propia elevación las providencias indispensables para la salvación de mi país; pero cuando penden de ellas la existencia y fortuna de un millón de habitantes y aun la emancipación de América entera, toda consideración debe ceder á objeto tan interesante y elevado.

Lamento ciertamente que reproduzcáis las viciosas ideas políticas que entregaron á débil enemigo

una República entera, poderosa en proporción.

Recórrase la presente campaña y se hallará que un sistema muy opuesto ha restablecido la libertad. Malograríamos todos los esfuerzos y sacrificios hechos si volviéramos á las embarazosas y complicadas formas de la administración que nos perdió.

¿Cómo pueden ahora pequeñas poblaciones, impotentes y pobres, aspirar á la soberanía y sostenerla?... En la Nueva Granada la lucha de pretensiones semejantes á las vuestras degeneró en una abominable guerra civil que hizo correr la sangre americana y hubiera destruído la independencia de aquella vasta región, sin mis esfuerzos por conseguir una conciliación y el reconocimiento de una suprema autoridad.

Jamás la división del Poder ha establecido y perpetuado gobiernos; sólo la concentración ha infundido respeto, y yo no he libertado á Venezuela sino para realizar este mismo sistema. ¡Ojalá hubiera llegado el momento de que pasara mi autoridad á otras manos! Pero mientras dure el peligro actual, á despecho de toda oposición, llevaré adelante el plan enérgico que tan buenos sucesos me ha proporcionado.

Si un Gobierno descendiera á contentar la ambición y la avaricia humanas pensad que no existirían pueblos que obedecieran. Es menester sacrificar en obsequio del orden y del vigor de nuestra administración las pretensiones interesadas, y mis innovaciones, que en nada exceden de la práctica del más libre Gobierno del mundo, serán tenidas á toda costa, por exigirlo así mi deber y mi responsabilidad.

En la misma fecha el doctor Miguel José Sanz hacía conocer, como ya lo había hecho el Sr. Ustáriz, las *Bases para un Gobierno provisional de Venezuela*, que redactó por el encargo de que antes hemos hablado, y que hizo preceder de una exposición de motivos. De esa pieza recortamos:

En los asuntos de Estado, de Guerra y de Hacienda debe tener (Bolívar) omnímodas y absolutas facultades, porque no pudiendo hacerse la guerra sin noticias exactas y sin rentas, es preciso que intervenga y disponga arbitrariamente de todas, y que respecto de estos ramos sea legislador y ejecutor, sólo con dependencia del Gobierno de Nueva Granada, hasta que pacificadas las provincias, esparcidas y afianzadas las verdaderas ideas, extirpadas las falsas, y los pueblos instruídos, nombren sus representantes en concurrencias libres y legítimas, y éstos formen la Constitución permanente y estable de que partan leyes justas, equitativas y acomodadas á la naturaleza del país, carácter y clases de sus habitantes.

El artículo 1.º de estas bases decía:

El ciudadano Simón Bolívar, brigadier de la Unión y general en jefe de las tropas libertadoras, natural y políticamente es llamado á ejercer los po-

deres legislativo y ejecutivo en materias de Estado, Guerra y Hacienda, en todo el territorio de Venezuela, sin más limitación que entenderse y acordarse con el Congreso de la Nueva Granada.

El artículo 2.°, así:

En consecuencia, tiene la facultad exclusiva de entablar las negociaciones convenientes y necesarias con las potencias del mundo para que éstas reconozcan la independencia de Venezuela, y con el Congreso de la Nueva Granada para la unión proyectada.

Para todo se multiplicaban la actividad y la inteligencia de Bolívar; instituyó la Orden de Libertadores, creó rentas y ordenó la distribución de los gastos, estableció la Caja Militar, propendió por las vías de comunicación, atendió al régimen interior y aconsejó y supervigiló las decisiones del gobernador político. Sin embargo, no podía envainar la espada; con esa movilidad asombrosa y con ese espíritu impulsivo que á todas partes lo llevaba, ejercía el gobierno civil y al mismo tiempo batallaba sin descansar. Mientras en las provincias orientales luchaban Mariño y compañeros contra las escasas fuerzas realistas que los jefes españoles dejaban á modo de estra-

tagema, éstos, de acuerdo con los que por Occidente sostenían la causa del rey, confluían sobre la de Caracas para aniquilar á Bolívar.

El brigadier Ceballos salió con 1.300 hombres de Coro y derrotó en Yaritagua al coronel García de Sena; Yáñez invadió con 1.500 la provincia de Barinas, como para que el señor Pulido viera justificadas las previsiones del Libertador; Ceballos, unido á Oberto, vuelve á desbaratar á los patriotas en Barquisimeto; Salomón vuelve á salir de Puerto Cabello, con el fin de sujetar los valles de Aragua; pero los patriotas lo vuelven á derrotar en Vigirima, y en Araure fueron escarmentados duramente Yáñez y Ceballos juntos (5 de Diciembre), mientras Boves y Morales derrotaban á los republicanos en el Guárico y entraban como tigres en los valles de la provincia de Caracas.

No obstante tal situación, era peor la anarquía entre los jefes.

Mariño—dice el marqués de Rojas—había libertado las provincias orientales, y sus compatriotas le habían nombrado dictador; Bolívar había redimido el Occidente, y había merecido por sus triunfos el mismo título. El derecho de ambos era idéntico; las aspiraciones eran las mismas, la ambición no es á veces un defecto, sino una noble cualidad, y la ambición de Bolívar era ciertamente mucho más grande que la de Mariño. ¿Por qué no se entendieron

aquellos dos hombres en bien de la pratria común? La razón era obvia: porque Bolívar tenía una inteligencia propia y privilegiada, y la de su competidor era pobre para regir un Estado.

Bolívar concebía y ejecutaba, en tanto que Mariño, de carácter débil y complaciente, ejecutaba simplemente las concepciones de sus tenientes y amigos, entre los cuales algunos había dominados por una ambición desmesurada. Si Mariño hubiera desconocido abiertamente la autoridad de Bolívar y proclamado la independencia de las provincias orientales, habría sido menos perjudicial á la causa general, que limitándose á prestar algunos auxilios á Bolívar, siempre á medias y con extrañas reservas. Su error consistió en la debilidad del carácter, pero no en el exceso de su ambición, como lo han escrito algunos.

VIII

En los últimos días del mes de Diciembre de 1813 la revolución de independencia marchaba con auspicios más halagüeños á causa de los triunfos obtenidos por el ejército libertador; pero, en verdad, no estaban las cosas para inspirar confianza en el ánimo de Bolívar, porque si por una parte las fuerzas realistas se multiplicaban de modo sorprendente y de tal manera que pudiese decirse que los patriotas no poseían más territorio que el pi-

sado por sus pies, y los jefes enemigos todos confluían con el resuelto propósito de aniquilar á los patriotas, por otra al Libertador le inquietaba sobremanera la mal disimulada rivalidad de Mariño. El año de 1814 principió, pues, con un acto de alta política, cual fué el que Bolívar, dejando sus campamentos, se presentara en Caracas, reuniera allí en el convento de San Francisco una grande asamblea popular, compuesta de los hombres más importantes del país, y renunciara (Enero, 2) la autoridad de que se le había investido para que se eligiera con entera libertad á quien se creyera conveniente, y dió un informe detallado sobre su gobierno y sus operaciones militares.

A las diez de la mañana—dice Larrazábal—el gobernador político, D. Cristóbal Mendoza, presidía una asamblea esencialmente popular.

La más dulce satisfacción se pintaba en los semblantes de todos. Al presentarse el general Bolívar, el aplauso fué intenso y llegó hasta el delirio.

¡Qué entusiasmo! Los corazones se dilataban en las más dulces esperanzas...

El rasgo de desprendimiento y libertad con que el vencedor sometía su conducta al juicio de los que todo lo debían, inflamó los espíritus, llenándolos de admiración... que se resolvía instintivamente en *vivas* y en voces frenéticas de alabanza.

Y en realidad, ¿qué espectáculo más bello que el de un guerrero, valiente como Reinaldo, virtuoso

como Wáshington, objeto del respeto de los enemigos, y de la fe y gratitud de los suyos, viniendo á dar cuenta de su conducta, después de haber conseguido, si no asegurado, el triunfo de la más santa de las causas?... *Sic pulchra, ante ipsum, non fuerunt talia usque ad originem:* ¡Nunca se vieron antes cosas tan grandes y admirables!

Más que todo produjo una honda sensación el hecho de ver aquel dictador omnipotente tributar, el primero en la América del Sur, su homenaje y sumisión á la soberanía del pueblo. Este acto sublime, de eminente republicanismo, fué el presagio brillante y persuasivo de que no podrían existir jamás tiranos usurpadores en el suelo americano.

Abierta la sesión en el silencio más profundo, dijo:

¡Ciudadanos! El odio á la tiranía me alejó de Venezuela cuando vi á mi patria segunda vez encadenada; y desde los confines lejanos del Magdalena, el amor á la libertad me ha conducido á ella, venciendo cuantos obstáculos se oponían á la marcha que me encadenaba á redimir á mi país de los horrores y vejaciones de los españoles. Mis huestes, seguidas por el triunfo, lo han ocupado todo y han destruído el coloso enemigo. Vuestras cadenas han pasado á nuestros opresores. y la sangre española que tiñe el campo de batalla ha vengado á nuestros compatriotas sacrificados.

Yo no os he dado la libertad. Vosotros la debéis

á mis compañeros de armas. Contemplad sus nobles heridas, que aún vierten sangre, y llamad á vuestra memoria á los que han perecido en los com bates. Yo he tenido la gloria de dirigir su virtud militar. No ha sido el orgullo ni la ambición del poder los que me han inspirado esta empresa. La libertad encendió en mi seno este fuego sagrado; y el cuadro de mis conciudadanos expirando en la afrenta de los suplicios, ó gimiendo en las cadenas, me hizo empuñar la espada contra los enemigos. La justicia de la causa reunió bajo mis banderas á los más valerosos soldados, y la Providencia justa nos condujo á la victoria.

Para salvaros de la anarquía y destruir los enemigos que intentaron sostener el partido de la opresión, fué que admití y conservé el poder soberano. Os he dado leyes; os he organizado una administración de justicia y de rentas, y, en fin, os he dado un Gobierno.

¡Ciudadanos! Yo no soy el soberano; vuestros representantes deben hacer vuestras leyes; la Hacienda nacional no es de quien os gobierna. Todos los depositarios de vuestros intereses deben demostraros el uso que han hecho de ellos. Juzgad con imparcialidad si he dirigido los elementos del poder á mi propia elevación, ó si hecho el sacrificio de mi vida, de mis sentimientos, de todos mis instantes por constituiros en nación, por aumentar vuestros recursos, ó más bien, por crearlos.

Anhelo por el momento de transmitir este poder á los representantes que debéis nombrar; y espero, ciudadanos, que me eximiréis de un destino que alguno de vosotros podrá llenar dignamente, permi-

tiéndome el honor á que únicamente aspiro, que es el de continuar combatiendo á vuestros enemigos; pues no envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada.

....

En un segundo discurso, ante esa misma Asamblea, ese mismo día dijo, entre otras cosas:

¡Compatriotas! Ejércitos grandes oprimían la República, y vísteis un puñado de soldados libertadores volar desde la Nueva Granada hasta esta capital, venciendo todo y restituyendo á Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas á su primera dignidad política. Esta capital no necesitó de nuestras armas para ser libertada. Su patriotismo sublime no había decaído en un año de cadenas y vejaciones. Las tropas españolas huyeron de un pueblo desarmado cuyo valor temían y cuya venganza merecían. Grande y noble en el seno mismo del oprobio, se ha cubierto de mayor gloria en su nueva regeneración.

Vosotros me honráis con el ilustre título de *Libertador*. Los oficiales, los soldados del Ejército, ved ahí los libertadores: ved ahí los que reclaman la gratitud nacional. Vosotros conocéis bien los actores de vuestra restauración: esos valerosos soldados; esos jefes impertérritos. El general Ribas, cuyo valor vivirá siempre en la memoria americana junto con las gloriosas jornadas de Niquitao y Barquisimeto. El gran Girardot, el joven héroe que hizo

aciaga con su muerte la victoria de Bárbula. El mayor general Urdaneta, el más constante sereno oficial del Ejército. El intrépido D'Elhuyart, vencedor de Monteverde en Las Trincheras; el bravo comandante Elías, pacificador del Túy y libertador de Calabozo; el bizarro coronel Villapol, que despeñado en Virgirima, contuso y desfallecido, no perdió nada de su valor, que tanto contribuyó á la victoria de Araure; el coronel Palacios, que en una larga serie de encuentros terribles, soldado esforzado y jefe sereno, ha defendido con firme carácter la libertad de su patria; el mayor Manrique, quien dejando sus soldados tendidos en el campo se abrió paso por en medio de las filas enemigas con solo sus oficiales Planes, Monagas, Canelón, Luque, Fernández, Buroz, y pocos más cuyos nombres no tengo presentes y cuyo ímpetu y arrojo publican Niquitao, Barquisimeto, Bárbula, Las Trincheras y Araure!

De estos discursos hemos copiado lo más saliente, así para demostrar la sinceridad con que el Libertador renunciaba el ejercicio del poder supremo, como para dar una idea del modo cómo el gran militar reconocía y estimulaba los servicios de sus valerosos compañeros, y la hermosa cualidad de su modestia, que nunca le abandonó en ninguna de las gloriosas etapas de su vida.

Es evidente para nosotros que si en la conciencia de las personas que concurrieron á tan

respetable asamblea no se hubiera reconocido la superioridad de Bolívar, la necesidad de tenerlo como jefe civil y militar y la convicción de que sólo un Gobierno unipersonal podía salvar la independencia, bastaba discurso tan elocuente como el que se acababa de oir para aceptar la renuncia. Pero no hubo ninguno de los individuos de la multitud presente que asintiera á semejante dimisión. De los varios discursos pronunciados en aquella solemnidad extractamos el del gobernador político, doctor Cristóbal Mendoza, y el del presidente de la municipalidad, D. Juan Antonio Rodríguez.

El primero dijo, entre otras cosas:

... Sin embargo, yo me atrevo á anunciar á nombre de este pueblo ilustre que tengo el honor de presidir, que sería exponernos á una nueva ruina si en la situación presente se tratase de una innovación sustancial ó de una convocatoria general que reorganice la República, disuelta una vez por la debilidad é insubsistencia de sus bases primitivas, y que, no perdiendo de vista la necesidad de establecer un Gobierno y de formar un cuerpo de nación respetable, sólo debemos encargar á este mismo jefe, cuya liberalidad de ideas, cuya actividad y pericia se ven tan acreditadas, que trabaje desde luego en la unión indisoluble de Venezuela occidental con la parte oriental y con todas las provincias libres de la Nueva Granada, á cuyo Congreso gene-

ral toca por naturaleza formar la nueva Constitución, manifestando con esta confianza nuestra gratitud al Libertador, á quien por el mismo pueblo doy las gracias.

El Sr. Rodríguez, en nombre de la municipalidad de Caracas, se expresó de la siguiente manera:

... El Gobierno de V. E. tiene el carácter propio de una dictadura, de este recurso al cual las grandes repúblicas, los hombres más amantes de la libertad fiaron mil veces la salud del pueblo, las más de ellas con éxito feliz. Este es el que nosotros hasta ahora hemos palpado, pues ¿á qué mudar de método? Dictador, pues, V. E. en su patria, acábela de salvar y no distraiga su atención hacia ningún objeto que no sea el del exterminio de los tiranos.

....

Continúe V. E. de dictador; perfeccione la obra de salvar á la patria, y, cuando lo haya conseguido, restitúyale el ejercicio de su soberanía planteando el Gobierno democrático.

Las aclamaciones que siguieron á estos discursos y la manifestación general con que tan imponente concurso invistió del poder supremo al Libertador, hicieron que éste aceptara

la posición que se le ofrecía, y entonces agregó las siguientes palabras:

... Yo no soy como Sila, que cubrió de luto y de sangre á su patria; pero quiero imitar al dictador de Roma en el desprendimiento con que abdicando el supremo poder volvió á la vida privada y se sometió en todo al reino de las leyes.

Semejante espléndida manifestación expresó la libre y espontánea voluntad de los que compusieron la Junta; Bolívar aseguró su autoridad, vió alejado el principio de la anarquía, cobró mayores bríos para proseguir en pos de su ideal de la independencia americana combatiendo á los enemigos, y Mariño vióse obligado á someterse á la autoridad suprema del Libertador, viniendo poco después á reunírsele con 3.500 hombres.

El 14 de Enero el Libertador escribió desde el cuartel general de Maracay a sir Richard Wellesley (1) una carta en que, después de

(1) Al tropezar nuevamente con este nombre recordamos que en la pág. 18 hay algunos conceptos tomados de la *Vida de Don Andrés Bello*, escrita por el chileno D. Miguel Luis Amunátegui, que últimamente han sido rebatidos á la luz de nuevos documentos por el fuerte y donairoso escritor venezolano D. Rufino Blanco-Fombona en su obra titulada *Cartas de Bolívar*, publi-

compendiar los sucesos más notables desde su salida de Venezuela para Curaçao y Nueva Granada, le decía:

Ya habían pasado diez meses de subyugación.

El sistema opresor del Gobierno español, la índole cruel de los individuos de esta nación, la ven-

---

cada cuando ya estaba escrito este libro. En la nota que el Sr. Blanco-Fombona pone en la pág. 18 del t. I se coloca la verdad histórica en su verdadero punto respecto de la habilidad de SIMÓN BOLÍVAR como diplomático y sobre el modo como debía conducirse ante la corte de Inglaterra conforme á sus instrucciones. Los argumentos que aduce los refuerza con la carta del acucioso historiógrafo D. Carlos A. Villanueva, que dice así:

«París, 26 de Mayo de 1912.

»Sr. D. Rufino Blanco-Fombona.—Ciudad.

„Mi querido amigo:

„Me es grato acusar recibo de su carta de ayer, cuyos particulares paso á contestar. El estudio que hice en Londres, en el propio *Foreing Office,* con vista del expediente de la Misión Bolívar, destruye toda la narración de Bello en cuanto á la primera conferencia de nuestros diplomáticos con el marqués de Wellesley, que es el punto sobre lo que usted desea esclarecimiento.

„Bolívar no entregó al marqués las instrucciones, sino las credenciales; y si lo hubiera hecho no pudo el marqués leerlas por ser bastante largas. Me fundo en que no las entregó, en el hecho de que ellas no existen en el expediente, donde sólo están las credenciales y la

ganza que animaba á todos y los resentimientos particulares, son consideraciones que harán imaginar á usted el espantoso cuadro que ofrecía en estos espantosos días mi patria desdichada. En efecto: ya se hallaba en agonía mortal.

Las mazmorras encerraban, por decirlo así, pueblos enteros. Allí, amontonados unos sobre otros, los venezolanos estaban cargados de cadenas, reducidos á un nocivo y escaso alimento, y perecían en aquellos sepulcros, donde un arte perverso no permitía la entrada al aire ni á la luz. Las ciudades estaban desiertas; no se veía más que á los soldados del bárbaro, insultando las lágrimas de la esposa y

---

nota de la Junta suprema al secretario de Estado de su majestad británica.

„Ni es cierto que Bolívar se hubiera ido á la conferencia como un atolondrado, sin leer las instrucciones. Es evidente que las leyó, puesto que habló de *independencia*, tal cual ellas se lo mandaban.

»Es extraño que la memoria faltase á D. Andrés en tan interesante cosa, cuando ella se mantiene clara en otros puntos cuya verificación he practicado en los documentos originales.

«En el fondo de su narración encuentra la crítica, apoyada en circunstancias varias, una malquerencia de Bello para con Bolívar, originada tal vez en el abandono en que dejó Colombia en Londres al eminente publicista. Bolívar no tuvo culpa en que le dejara en la mayor miseria en Londres, ni en aquella triste injusticia de no darle á él la plenipotencia de Colombia, á que tenía derecho por su saber, virtudes y servicios. Estas fueron cosas de Santander.

»Su amigo y colega,

Carlos A. Villanueva.

de la madre, pues el resto de los hombres vivía en las selvas más retiradas, donde huían de los satélites de la opresión.

Represéntese ahora usted que el despotismo atacó todos los estados de la sociedad. Los prófugos ó los encadenados eran los agricultores, eran los comerciantes, los artesanos.

No había rentas, y el pillaje suplía su falta. Desaparecieron los labradores, y se incendiaron sus chozas. Aldeas grandes y pequeñas fueron reducida á cenizas. Añada usted que las propiedades que no podían ser saqueadas fueron embargadas; y los fraudes de los depositarios, el abandono en que estuvieron, consumaron la ruina general.

Estos fueron los primeros pasos hacia atentados más horrorosos. No se habían visto otras escenas sangrientas que las de San Juan de los Morros, donde los vecinos pacíficos fueron casi todos inmolados en las calles, en sus casas y en los montes, adonde se acogieron, crueldades que ejecutaban por sus propias manos los más notables jefes españoles.

Pero en aquellos días que yo me acercaba á Venezuela empezó á correr la sangre sobre los cadalsos, y la hoz de los asesinos mutilaba las víctimas en el seno del reposo doméstico.

La villa de Aragua, en Barcelona, la capital de Barcelona, las ciudades de Calabozo y Espino, vieron sucederse días funestos de carnicerías humanas, al tiempo que las tropas que yo mandaba, tan fieras como las águilas y más veloces en sus marchas, penetraban por todas partes y salvaban las víctimas. En poco más de un mes, Venezuela, que ofrecía poco antes un aspecto desolador, se ve de

nuevo cubierta de sus hijos libres; se ve resucitar la Naturaleza y los hombres en los campos cultivados y en las ciudades habitadas.

Las cadenas que arrastraban los americanos doman entonces el furor de los tigres opresores. El general Mariño, que en el oriente de Venezuela, con cuarenta hombres, había emprendido el más audaz proyecto, logró en el famoso campo de Maturín derrotar en una gran batalla á Monteverde.

La isla de Margarita, desarmada y teniendo en prisiones la mayor parte de los principales habitantes, tiene el arrojo de arrostar al tirano y sus tropas, y auxilia después á los vencedores de Maturín, que acabaron entonces de libertar las provincias orientales.

. . . .

La debilidad, ó más bien la nulidad de nuestra situación, me obligaba al mismo tiempo á estar en el campo de batalla y á la cabeza del Gobierno. Los recursos tenía que crearlos, y también que dirigirlos; y véame usted constituído por la necesidad jefe supremo del Estado y general del Ejército.

. . . .

Yo ejerzo aún el poder supremo. Yo protesto, sin embargo, á usted que no son mis miras de elevarme sobre mis conciudadanos. Ansío por el momento de convocar una representación del pueblo, para transmitir mi autoridad. El 3 de este mes, en una asamblea popular que invité espontáneamente, justifiqué mis operaciones, presentando los informes de los tres secretarios de Estado. En un discurso que dirigí á la asamblea terminé renunciando la autoridad.

Los oradores y el pueblo se elevaron contra esta resolución y consentí continuar de jefe supremo hasta el día que, destruídos los enemigos, pudiera volver á la vida privada, protestando al mismo tiempo no recibir autoridad ninguna aunque el mismo pueblo me la confiara.

He referido muy ligeramente á usted un acontecimiento, sin duda, extraordinario; pero como los principales sucesos se han detallado en nuestros papeles, yo me tomo la libertad de remitir á usted á ellos para que los considere en toda su extensión (1).

Ya por estos días se había tenido conocimiento de que los muchísimos prisioneros realistas existentes en Caracas, Valencia y La Guaira habían proyectado dos veces una conspiración; y que se estaba tramando otra que sería apoyada por los jefes enemigos que se aproximaban. Por todas partes confluían éstos, y dondequiera se ponía á prueba la indomable energía del Libertador; con suerte próspera unas veces, y otras adversa, se batían los batallones patriotas contra los realistas en Nutrias, Barinas, Baragua, Ospino, La Puerta, La Victoria, Hervor, Estanques, Charavalle, Cagua, y en una serie de combates en el sitio de San Mateo, saliendo triunfantes los inde-

(1) Marqués de Rojas: *Op. cit.*, pág. 107.

pendientes en los más reñidos y desastrosos de éstos, pero siendo muy cierto que mientras los republicanos eran más humanitarios y estaban casi olvidados de que la guerra se hacía á muerte y sin cuartel, los españoles en ninguno de los casos en que obtenían ventaja perdonaban á ninguno de los enemigos que cayeran en su poder: todos eran pasados á cuchillo inmisericordiosamente. Uno de los muchos ejemplos de tan espantosas carnicerías fué la que Rosete hizo en Ocumare, lugar en donde Ribas encontró, después de derrotar á ese sanguinario, más de trescientos cadáveres de niños y mujeres insepultos. Tampoco había conseguido el Libertador, después de muchos esfuerzos, que los jefes españoles aceptaran un canje de prisioneros.

Así marchaban las cosas cuando Bolívar. asediado por todas partes, estrechado por ejércitos superiores, tuvo conocimiento de otra conspiración preparada por los prisioneros de Caracas y La Guaira, que estaba á punto de estallar con el apoyo de Rosete, en momentos en que el Libertador estaba enfrentado contra Boves y sus siete mil hombres, y con escasísima guarnición para sujetar á los conspiradores. No era el caso para pensar largo tiempo en el conflicto. Bolívar comunicó esta lacónica orden:

Cuartel general libertador.—Valencia, 8 de Febrero de 1814.—2.°—A las ocho de la noche.

Por el oficio de V. S. de 4 del actual, que acabo de recibir, me impongo de las críticas circunstancias en que se encuentra esa plaza, con poca guarnición y un crecido número de presos. En consecuencia ordeno á V. S. que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna.

Bolívar.

En tres días se verificaron los fusilamientos de La Guaira, Macuto y Cardonal, llegando el número de prisioneros sacrificados á mil trescientos, según unos, y mil seiscientos, según otros. Hecho este muy comentado, y elogiado ó censurado, conforme á la imaginación y sentimiento de los diferentes escritores. Para juzgar de la justicia de semejante acto es preciso colocarse en las circunstancias en que se encontraba Bolívar como militar de altísimos quilates, como patriota y como hombre de corazón que esquivó verse en semejante necesidad cuando tanto gestionó el canje de prisioneros. El Sr. Gil Fortoul, en su *Historia Constitucional de Venezuela*, estima como un momento sombrío ese de la vida del Libertador, aquel en que estableció la igualdad de represalias, y también otros escritores han hecho coro á los vituperios con que quisieran

abrumarlo escritores realistas; para nosotros es fuerza ver al grande hombre en el apogeo de un período terrible en que á la luz de su espada vengadora y sirviendo á la causa de su nobilísimo ideal, echa la apuesta sobre la suerte futura de los dos formidables contendores, y que sin miedo ni á los juicios de la Historia, ni a las iras desencadenadas, ni al odio sanguinario de los hombres, echa la misma suerte sobre su existencia. Aquel acto de Bolívar era decir al partido contrario, á todo el imperio español, á un enemigo que se tenía por invencible: *ó la independencia de mi patria, o mi muerte*. Así lo entendieron los españoles, y desde luego grabaron en su mente la idea de que era preciso eliminar á Bolívar, cualquiera que fuese el medio de que hubieran de valerse; por eso poco después se puso á precio su cabeza, junto con la de Mariño, Arismendi y otros.

Una de las pruebas más concluyentes de que Bolívar no se apartó del respeto al derecho de gentes es que viendo la orfandad en que se hallaba la República por ausencia de los ministros del altar, aseguró al ilustrísimo señor arzobispo el respeto que le era debido, y de que careció bajo el imperio de las fuerzas realistas, á pesar de ser copartidario de ellas; y no sólo le aseguró ese respeto, sino que lo llamó a cumplir su sagrado ministe-

rio (1), por lo cual el ilustre prelado expidió una pastoral en que reconocía el Gobierno republicano y ordenaba reconocerlo y

---

(1) El ministro del despacho se dirigió al ilustrísimo señor Coll y Prat, desde el cuartel general de San Mateo, en los siguientes términos:

«Ilmo. señor:

»El estado actual de la guerra y las asechanzas que sobre esa ciudad promueven los facciosos hacen temer á S. E. sufra algún asedio; y le sería sobremanera sensible que V. S. I. se viese envuelto en él, ó en otra catástrofe más espantosa á que las vicisitudes nos pueden conducir. En tales circunstancias y deseando ponerle á cubierto de todo insulto, que es consiguiente al desorden con que los enemigos del sosiego y de la religión santa de Jesucristo proceden, cree muy conveniente que sin pérdida de momento emprendiese V. S. I. su regreso á la capital de Caracas, como tanto lo ha deseado; bien sea por la vía de Puerto Cabello, en donde en el de Borburata hay buques proporcionados para conducirle á La Guaira y á su comitiva; ó por la Cabrera, con la escolta necesaria para la seguridad de su persona, que franqueará este gobierno militar.

»Los cuidados de S. E. no calmarán mientras no sepa que V. S. I. ha abrazado uno de estos medios y puéstose en marcha; ni el clamor de los habitantes de Caracas por su presencia, que tanto anhelan, cesará hasta que lo vean en su seno. Lo comunico á V. S. I. de orden de S. E., y espero se sirva avisarme su resolución para participársela.

»Dios guarde á V. S. I. muchos años.

Rafael D. Mérida.

»Cuartel general en San Mateo, 23 de Marzo de 1814-4.º»

obedecerle. Y de tal manera procedía el Libertador en semejantes asuntos, que no solamente conseguía amenguar la fuerza moral que unía el clero á la metrópoli, sino que consiguió la decisión y el auxilio de los más importantes y eminentes sacerdotes, hasta el punto de que éstos contribuyeron con dinero y las más valiosas joyas para formar el tesoro que debía servir para el sostenimiento de la guerra.

Era una victoria que ponía de manifiesto la pulcridad que presidía la administración pública y el respeto y atenciones á que se hizo acreedor el Libertador, así como la fidelidad, el desprendimiento, la confianza y el abandono de sí mismo con que el caudillo se entregó al servicio de la emancipación patria.

Cuando Bolívar acababa de rechazar por última vez á Boves en el sitio de San Mateo, y el heroísmo de Ricaurte demostró hasta dónde llegaba la resolución de los americanos, se presentó Mariño con su ejército á ponerse á las órdenes del Libertador. Boves levantó el sitio y se dirigió sobre el jefe oriental, pero éste, que le aguardó en Bocachica, le causó al realista terrible desastre, haciéndole dejar en el campo cerca de mil hombres. Multiplicáronse las operaciones militares y las batallas.

Urdaneta, defendiéndose de Calzada, logró

llegar á Valencia, plaza que debía defender hasta perder la vida, por orden que recibió del jefe supremo; Ceballos, que estableció el sitio, hubo de levantarlo, unido á Boves, que llegaba huyendo de Bolívar, y como hubiese sido comisionado para perseguirlos el general Mariño, éste fué derrotado por los españoles en San Carlos.

Tales eran las emergencias de la campaña cuando el presidente del Estado de Cartagena le escribió una honrosa comunicación á Bolívar participándole los honores y distinciones que á éste le había decretado aquel Estado por los eminentísimos servicios que estaba prestando á la independencia sur-americana.

Al recibir esa comunicación y el decreto de honores, el Libertador contestó:

... Más grande es el honor que se hace; más extensa es la generosidad de V. E.; más difícil me es expresar el vivo reconocimiento que me inspira. No puedo hacer más por el virtuoso pueblo de Cartagena que dar mi vida en su defensa cuando no la necesite mi patria. ¡Ojalá pueda él, después de haber contribuído tanto á la libertad de Venezuela, disfrutar de esta gloria inmortal, en la paz y en la unión con Venezuela y los demás pueblos de la Nueva Granada, formando una nación de hermanos! Este es el voto de mi corazón, y por cumplirlo

consagraré todos los instantes de mi vida, hasta sacrificarla.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Simón Bolívar (1).

Señor comandante de La Guaira, ciudadano José Leandro Palacios.

Bolívar, que á la sazón había intentado estrechar el sitio de Puerto Cabello, tuvo que regresar á Valencia á reorganizar las fuerzas que á órdenes de Mariño habían sido derrotadas, y de allí salió con su ejército para Carabobo, en donde el 28 de Mayo ganó una de las más duras y célebres batallas de esta época al capitán general brigadier Juan Manuel Cajigal. Inmediatamente procedió Bolívar á enfrentarse otra vez contra Boves, que se aprestaba en Calabozo, para lo cual despachó á Mariño con dos mil trescientos hombres á situarse en la villa de Cura, mientras él iba á Caracas á traer buenos refuerzos, puesto que el enemigo tenía ocho mil soldados de todas armas, bien equipados y municionados.

Pero Mariño cometió el error de situarse frente á las fuerzas de Boves en el punto de La Puerta que ya había sido funesto á los patriotas por falta de conocimiento del terreno.

(1) Blanco y Azpurúa: *Documentos para la vida pública del Libertador*, etc., etc., t. V, pág. 88.

"A tiempo que pasaban estas cosas—dice la *Historia de Venezuela*—se presentó Bolívar y tomó el mando; bien quiso el Libertador excusar el combate en aquel punto ó conocer mejor las condiciones del terreno; mas ya no había tiempo. Boves mismo conoció aquella inspiración de su enemigo y precipitó el combate antes de que se pudiera corregir aquel error que servía de apoyo á su esperanza." El desastre de las fuerzas republicanas fué completo. Mariño salió en fuga, tomando la serranía del Pao de Zárate; Bolívar y Ribas marcharon á Caracas por La Victoria, el primero de éstos, aun á pesar de las amargas impresiones del desastre, procurando crear nuevos recursos, levantar la opinión y dando órdenes á sus subalternos para sostener las posiciones y seguir luchando.

Pero Boves prosiguió picando la retaguardia de Bolívar; los defensores de la Cabrera sucumbieron en la lucha; D'Elhuyart tuvo que levantar el sitio de Puerto Cabello y marcharse á La Guaira, al mismo tiempo que sucumbían los heroicos defensores de Valencia. El Libertador logró reunir entre Caracas y Aragua dos mil hombres, á los cuales juntó otros mil, que al mando del coronel Bermúdez le envió Mariño desde Cumaná. En Aragua se le presentó el segundo de Boves, el feroz Morales, á la cabeza de ocho mil soldados. Natural

fué que Bolívar rehusara entrar en un combate tan temerario, y que en caso de arriesgarlo lo hiciera, como lo pretendía, en las afueras de la población, al abrigo de las barrancas que la cercan y en ancho campo para desplegar las maniobras; mas no fué así: el coronel Bermúdez, imperioso, irascible, con la idea de conocer mejor las posiciones, se empeñó en combatir, y Bolívar, acaso cohibido con la idea de que se le tomara por autoritario y tirano, consintió en que se diera la batalla; de aquí resultó otro desastre que dió por resultado el que los patriotas tuvieran mil muertos y que Bolívar saliera en derrota con algunas fuerzas pequeñas para Barcelona, y Bermúdez, casi solo, para Maturín (1).

(1) Con motivo de la aproximación de las fuerzas de Boves á Caracas en persecución de Bolívar, éste tuvo que desocupar esa capital, siendo uno de sus mayores empeños la protección de una numerosa emigración de gentes respetables que huían aterradas y despavoridas como si se tratara de otro terremoto como el de 1812. «El 6 de Julio--dice el Sr. Fortoul en su obra ya citada—Bolívar desocupa á Caracas con los escasos restos de sus tropas, y seguido de numerosa emigración de paisanos, mujeres y niños (más de diez mil almas) emprende retirada á Barcelona. «El camino de Chacao—dice el historiador español Heredia—estuvo todo el día cubierto de una columna de gentes de todas clases y edades, que huían despavoridas, á pie y cargando cada cual con lo que podía, de las cuales casi todas perecieron en el viaje al rigor de cuantas calamidades pueden

En Cumaná reunióse un consejo de guerra, al que concurrieron Bolívar, Mariño, Ribas, Ascue, Valdés, y otros, y allí se discutió libremente sobre lo que debía hacerse en circunstancias tan desgraciadas para la República; entonces se resolvió que las tropas marchasen á Maturín, en tanto que Bolívar y Mariño, embarcándose en la escuadrilla que mandaba el aventurero italiano Bianchi, seguían á Margarita con el fin de poner en seguridad el rico tesoro con que contaban para comprar armamento y otros elementos de guerra, tesoro que se componía principalmente de las joyas preciosas y donativos del alto clero de Caracas. Mas he aquí otras de las amargas pruebas que aguardaban al jefe republicano: el miserable aventurero, con el pretexto de pagarse los haberes que le adeudaba la República, puso mano violenta sobre el depósito, y con cínica franqueza declaró á Bolívar y á

---

imaginarse. De las cuarenta mil almas á que llegaba el vecindario de aquella hermosa capital, quedaron las monjas de los dos conventos de la Concepción y el Carmen, algunos frailes, el arzobispo, y, á su ejemplo, los canónigos, y como cuatro ó cinco mil personas que tuvieron resolución para esperar la muerte en sus casas, sin exponerse á encontrarla más cierta entre los riesgos de la fuga.« A los tres meses de horrenda peregrinación, los que pudieron llegar á las costas de Cumaná se embarcaron poco á poco para Margarita y las Antillas inglesas«.

Mariño que se alzaba con esos valores, y no les concedió sino á fuerza de súplicas unos pequeñísimos recursos y dos buques para que de la isla se trasladaran á Cartagena.

¡Ojalá hubieran seguido los dos jefes esta primera inspiración! No lo hicieron así, determinando regresar á Carúpano, en donde Ribas y Piar, con la ficción de declararlos desertores, se habían alzado con el poder y usurpado la autoridad de los jefes. ¡Quién lo creyera!: Ribas, el mimado de Bolívar, el hijo, el honrado, el protegido, el ensalzado, la hechura de Bolívar, y Piar, el valeroso jefe en quien Bolívar y Mariño habían depositado tanta confianza; Ribas y Piar decretaron la prisión de los jefes libertadores, y fortuna fué que el mismo Bianchi, que había causado el despojo de que se ha hablado, interviniera en favor de ellos con sus amenazas y lograra la libertad y el embarco de ambos jefes, que tomaron rumbo á Cartagena.

Son estos dos hechos bien expresivos: por un lado, de la fuerza de voluntad, de la constancia y de la fe que animaban al Libertador; ellos hubieran puesto espanto en el corazón de otro hombre, que al sentirse tan amargamente desengañado de sus compañeros hubiera sido presa del desencanto y la dejadez; y por otro, de la clase de hombres y de ambiciones que le rodeaban. ¡Unos en busca de pi

llaje, que no de gloria, traicionaban la confianza en ellos depositada; otros, estimulados por el brillo de sus victorias, por la fama de su nombre, por falta de modestia y por sobra de ambición, enardecían la envidia y la rivalidad contra el caudillo que los colmaba de honores! Estos hechos eran signos que caracterizaban el germen del mal que dentro de sí misma llevaba la revolución, que fué desarrollándose más y más y que terminó por gangrenar todo el organismo. Pero dejemos á Ribas, á quien poco después asesinaron los realistas; dejemos á Piar sosteniendo una campaña agonizante; dejemos al constante y leal Urdaneta abriéndose camino por entre los enemigos de Mérida y Trujillo hacia la Nueva Granada, y sigamos en pos de Bolívar, que se dirige por Cartagena á Santa Fe en busca del Congreso neogranadino, á darle cuenta de sus actos y operaciones de campaña.

A tiempo de partir de Carúpano, Bolívar dirigió á los venezolanos y á las escasas tropas que debían continuar en la brega mientras regresaba, un elocuente manifiesto. En él se ve el interés siempre acrecentado que tenía de hacer solidaria la suerte de los dos países de Venezuela y Nueva Granada; la conciencia que tenía de su predestinada misión para libertar estos pueblos; la dignidad personal y política que lo retraía de discutir su con-

ducta ante sus propios émulos y detractores, y la fe que abrigaba de que el más alto Tribunal encontraría justificados sus procedimientos; y el designio de mantener entre sus conciudadanos el fuego sagrado del amor á la independencia mientras volvería á proseguir sus campañas con los auxilios que esperaba del Gobierno granadino. Oigamos parte de ese manifiesto:

....

En vano esfuerzos inauditos han logrado innumerables victorias compradas al caro precio de la sangre de vuestros heroicos soldados. Un corto número de sucesos por parte de nuestros contrarios ha desplomado el edificio de nuestra gloria, estando la masa de nuestros pueblos descarriada por el fanatismo religioso y seducida por el incentivo de la anarquía devoradora...

La convicción de mi inocencia me la persuade mi corazón, y este testimonio es para mí el más auténtico, bien que parezca un orgulloso delirio.

He aquí la causa por qué, desdeñando responder á cada una de las acusaciones que de buena ó mala fe se me pueden hacer, reservo este acto de justicia que mi propia vindicta exige, para ejecutarlo ante un tribunal de sabios que juzgarán con rectitud y ciencia de mi conducta en mi misión á Venezuela: del supremo Congreso de la Nueva Granada hablo; de ese augusto cuerpo que me ha enviado con sus tropas á auxiliaros, como lo han hecho

heroicamente hasta expirar todos en el campo del honor.

Es justo y necesario que mi vida pública se examine con esmero y se juzgue con imparcialidad. Es usto y necesario que yo satisfaga á quienes haya ofendido, que se me indemnice de los cargos erróneos, á lo cual soy acreedor. Este gran juicio debe ser pronunciado por el soberano á quien he servido; yo os aseguro que será tan solemne cuanto sea posible, y que mis hechos serán comprobados por documentos irrefragables. Entonces sabréis si he sido indigno de vuestra confianza ó si merezco el nombre de Libertador.

Yo os juro, amados compatriotas, que este augusto título que vuestra gratitud me tributó cuando os vine á arrancar las cadenas no será vano. Yo os juro que Libertador ó muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir hasta volver seguidamente á libertaros por la senda del Occidente, regada con tanta sangre y adornada con tantos laureles. Esperad, compatriotas, al noble, al virtuoso pueblo granadino, que volverá ansioso á recoger nuevos trofeos, á prestaros nuevos auxilios y á traeros de nuevo la libertad, si antes vuestro valor no la adquiriese. Sí, sí: vuestra virtudes solas son capaces de combatir con suceso contra esa multitud de frenéticos que desconocen su propio interés y honor...

Combatid, pues, y venceréis. Dios concede la victoria á la constancia.

Simón Bolívar.

Llegaron á Cartagena Bolívar y Mariño el 25 de Septiembre. En esa ciudad gobernaba el coronel Manuel Castillo, aquel jefe que alimentara contra el Libertador una enemistad implacable, la misma que tienen las tinieblas contra la luz y la envidia contra el mérito; ese jefe, que no quiso acompañar á Bolívar en la campaña de Venezuela por no ser su subalterno, pretextando que la expedición era temeraria y que su jefe meditaba proyectos descabellados, se había empeñado en desacreditar las operaciones de Bolívar, durante su ausencia, haciéndolo responsable de la pérdida y desgracias de Venezuela, y no solamente había hecho publicaciones injuriosas contra él, sino que le irrespetó hasta en su vida privada. Aparte de esto, se hizo circular la noticia de que las tropas de Urdaneta, que penetraban por la provincia de Pamplona, venían desmoralizadas y minadas por la deserción, cosa que resultó perfectamente falsa. Tales circunstancias hicieron que Bolívar no se demorara en Cartagena; pronto remontó el río Magdalena, tomó por Ocaña hacia Pamplona, logrando que las tropas de Urdaneta lo encontraran y con júbilo lo aclamaron al saludarlo; y luego se dirigió á Tunja á presentarse como acusado y á dar cuenta de su conducta ante el Congreso general de la Nueva Granada. Cuando se aproximaba á

esa ciudad, el doctor Camilo Torres, á la sazón presidente del Congreso, le envió un hermoso caballo, que Bolívar no quiso aceptar, diciendo: *Antes de aceptar ningún presente, yo debo dar cuenta de mi conducta en la misión que recibí de libertar á Venezuela.* Y cuando llegó, presentóse en la barra de aquella corporación, sin aceptar el puesto de honor que se le ofreció, refiriendo la serie de triunfos y peripecias que le acompañaron en toda la campaña; "habló—dice Larrazábal—con elocuencia, con inspiración, como quien tenía la fuerza en el decir; pintó en un bello cuadro los accidentes prósperos y adversos... y concluyó pidiendo que se le juzgara con justicia y se fallara con imparcialidad".

Fué entonces cuando el eximio presidente del Congreso le contestó: "General; vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con ella volveréis á rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre."

Aún existía la división política entre federalistas y centralistas neogranadinos, que tanta sangre había costado en los campos de batalla y que tanto pábulo daba á las facciones, con ventajas para los realistas y beneplácito

de ellos, quienes por modo disimulado pero eficaz fomentaban las desavenencias. El Gobierno federativo resolvió valerse de la espada de Bolívar para proceder á someter al presidente de Cundinamarca y hacer entrar esta entidad en el Gobierno federal, lo cual se consiguió prontamente, pues Bolívar, nombrado general en jefe de la Unión y capitán general de los ejércitos, sometió al presidente don Bernardo Alvarez, después de cruento combate en las calles de Bogotá (12 de Diciembre), todo lo cual hizo crecer la reputación de Bolívar ante el Congreso.

Bolívar no era federalista; ya hemos visto cuán necesaria estimaba él la unidad en el Gobierno. Las ideas políticas, unas veces fijas como efecto de arraigadas convicciones, y otras variables como instrumentos de ensayos sometidos al examen de la experiencia, no son para los conductores de los pueblos sino antorchas de que se sirven para indagar en senderos desconocidos é inciertas lejanías. Sirvió al Gobierno federal porque lo consideró de su deber y porque de acabar con la anarquía y con las facciones que aniquilaban la nación esperaba grandes bienes para la patria (1). La meta principal, el fin de su con-

(1) Santa Fe, Diciembre 20 de 1814.

... Uno de los bienes que han de seguirse de esta concentración de autoridad es la unión de fuerza y de

ducta y de sus pensamientos era la libertad de Venezuela y Nueva Granada, soberanía que se señalaba como fundamento de la hegemonía sur-americana, sin la cual creía incompleto el éxito de sus empresas. Esto es lo que manifestó al Gobierno general cuando, ya otorgados los auxilios que pidió, dirigió su discurso de despedida para partir á la costa atlántica á someter á Santa Marta, Ríochacha y Maracaibo y regresar de allí á Venezuela, como que siempre estimó la unión de venezolanos y granadinos indispensable para sostener la independencia de ambos países. En aquel discurso, pronunciado el día 13 de Enero de 1815, expresó tales ideas en el párrafo siguiente:

....

Sí; V. E. ha dirigido sus esfuerzos y miras en todo sentido: El norte es reforzado por la división

---

recursos, una guerra más activa y más eficaz, como lo espero, la total extinción de nuestros enemigos en la Nueva Granada y Venezuela. Para reorganizar el ejército del mando de V. S. y hacerlo capaz de hacer sus marchas y cumplir su objeto, espero que V. S. me envíe inmediatamente un estado general de las fuerzas que haya á sus órdenes, detallando en cuanto sea posible las especies de armas, etc...

Simón Bolívar.

(Oficio al coronel José María Cabal.)—Blanco: *Op. cit.*, t. V, pág. 200.

del general Urdaneta; Casanare espera los socorros que lleva el comandante Lara; Popayán se verá auxiliado superabundantemente; Santa Marta y Maracaibo serán libertados por el soberbio ejército de venezolanos y granadinos que V. E. me ha hecho el honor de confiar. Este ejército pasará con una mano bienhechora rompiendo cuantos hierros opriman con su peso y oprobio á todos los americanos que haya en el Norte y Sur de la América Meridional. Yo lo juro por el honor que adorna á los libertadores de Nueva Granada y Venezuela; ofrezco á V. E. mi vida, como el último tributo de gratitud, ó hacer tremolar las banderas granadinas hasta los más remotos confines de la tiranía... (1).

Tales palabras eran confirmadas con apreciaciones de carácter personal que dirigió en un oficio al presidente de la Nueva Granada, cuando en vísperas de marchar á Cartagena se vió obligado Bolívar á contradecir un libelo que en aquella ciudad escribía el general Castillo:

... Por la libertad de mi patria he abandonado los blasones de una distinguida nobleza; me he privado de las delicias de una grande fortuna; he expuesto mi existencia por salvar la vida al coronel Castillo y á mis conciudadanos; todas mis pasiones las he sacrificado á la salud pública; únicamente he con-

(1) Blanco: *Op. cit.*, pág. 212.

servado las que pueden contribuir á la destrucción de nuestros enemigos (1).

IX

Con tres batallones y un escuadrón, que componían cerca de dos mil hombres, salió Bolívar para la costa el día 24 de Enero (1815). No llevaba todos los elementos de guerra que necesitaba para emprender la lucha contra los realistas de Santa Marta; pero conducía las órdenes del Gobierno general para que le dieran armas y municiones las autorides de Cartagena, plaza que las tenía en abundancia. Habiendo dejado 700 hombres guarneciendo la ciudad de Mompós, se acercó á los alrededores de Cartagena en demanda de los elementos que había menester. ¡Cuán grande debieron ser la sorpresa y la amargura del Libertador cuando vió que el general Manuel Castillo y sus cómplices—pues los tuvo —, haciendo renacer antiguas rivalidades personales le negaron los elementos que solicitaba y atendieron primero á enojosas y pequeñas trivialidades que á la gran causa de la independencia!

(1) Blanco: *Op. cit.*, t. V, pág. 224.

Por una vez solicitó el Libertador los auxilios necesarios, y le fueron negados; por segunda vez, y también le fueron negados. Hubo discusiones, se exacerbaron los ánimos de todos los jefes, pero en balde. Un consejo de guerra resolvió que Bolívar tomara por la fuerza lo que de manera tan antipatriótica se le negara; por lo cual ocupó el cerro y fortaleza de La Popa é intentó bombardear la ciudad. Pero el patriotismo y la alteza de carácter de ese eximio jefe se oponían á semejante medida. A las órdenes del presidente de la Nueva Granada, que le mandaba emprender operaciones sobre Cartagena, contestó en 7 de Febrero que más bien renunciaba el mando del ejército que se le había confiado si su presencia había de ser causa de una guerra civil, pues él (Bolívar) ofrecía sus servicios para que fueran útiles no más que á la libertad de América (1).

(1) El Libertador decía al secretario de Guerra el 7 de Febrero de 1815:

«... Si el mando de este ejército que me ha concedido el Gobierno ha de ser causa de una guerra civil, lo renuncio desde ahora con el mayor placer. He pedido servir contra los enemigos comunes y nunca he deseado aumentar los males de mi patria.

«Ahora de nuevo ofrezco mis servicios al Gobierno general, pero servicios *sólo útiles á la libertad de la América* y sólo fatales á los defensores de la causa de los tiranos españoles.

«Simón Bolívar.»

Mientras así pasaban las cosas en la ciudad heroica, mientras la discordia civil y las bajezas personales agitaban sus furores, el capitán general D. Francisco Montalvo, residente en Santa Marta, se aprovechaba de la división intestina. Los realistas se apoderaron de Barranquilla y Soledad; desertados por insinuación de los cartageneros casi todos los soldados que cubrían á Mompós, esta ciudad cayó después en poder de los españoles. Al fin de un quinto y último esfuerzo consiguió Bolívar que se celebrara entre él y el general Castillo un armisticio que pusiera fin á la desavenencia, firmado por ambos el día 3 de Mayo. Pero el primero de éstos, hombre inteligente, de mundo, magnánimo y experimentado, comprendía que esa tregua no acabaría con los partidos ni con las rivalidades; él era generoso y perdonaba, pero sabía también cómo se mantiene el fuego bajo el rescoldo de las susceptibilidades personales; por otra parte estaban llegando las noticias de la grande expedición pacificadora que comandaba D. Pablo Morillo, y bien comprendía la esterilidad de los medios de defensa allí donde se ocultan rivalidades y emulaciones. Bolívar, con el alma entristecida, con el despecho de pensar que ni aun el honor de morir por la patria le tocaría, con la idea terrible de la nostalgia en tierra extranjera, pero satisfecho de dejar sa-

crificados su amor propio, su porvenir, sus bienes y su gloria en aras de la reconciliación para acabar con los partidos, hizo dimisión del mando, entregándolo á Palacios y a Mariño, y se despidió, para ir á buscar hospitalidad en playas forasteras.

El mismo día en que Bolívar se embarcó para Jamaica (8 de Mayo) dirigió su nota especial de despedida al presidente de la Nueva Granada. En los párrafos que se transcriben se advierte la tristeza de quien tiene el presentimiento de las desgracias venideras, pero también la abnegación y el desprendimiento de quien tan sentidamente se despedía:

Excelentísimo señor:

....

Cualquiera que sea mi suerte en lo adelante, mi último suspiro será siempre por mi país. Siempre conservaré en mi memoria la gratitud que debo al Gobierno de la Unión, y jamás olvidaré que los granadinos me abrieron el camino de la gloria. Aseguro á V. E. que cualesquiera que sean los días que la Providencia me tenga aún destinados, todos, hasta el último, serán empleados al servicio de la América.

El sacrificio del mando, de mi fortuna y de mi gloria no me ha costado esfuerzo alguno. Me es tan natural preferir la salud de la República á todo, que cuanto más sufro por ella tanto más placer interior recibe mi alma. Yo no seré más general; iré á vivir

lejos de mis amigos y compatriotas, y no moriré por la patria. Pero habré hecho un nuevo servicio con dar la paz por mi ausencia. Si yo permaneciese aquí, la Nueva Granada se dividiría en partidos y la guerra doméstica sería eterna. Retirándome no habrá más partido que el de la patria, y con ser uno siempre será el mejor.

Excelentísimo señor: Yo no pido por recompensa de mis servicios más que el olvido de mis faltas; ¡quiera Dios que puedan equilibrarse! Protesto á V. E. la sinceridad de mis intenciones, el amor que profeso á mis conciudadanos y el respeto y obediencia que debo al Gobierno.

Acepte V. E. los testimonios de una gratitud sin límites.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Excelentísimo señor.

Simón Bolívar.

Cuartel general en La Popa, Mayo 8 de 1815—5.°

No imitó Bolívar la conducta de Coriolano ni la de otros personajes más ó menos notables que en todas partes y en todas épocas han aparecido confundiendo las cuestiones personales con los sagrados intereses de la patria; aquel nobilísimo corazón era incapaz de pasiones mezquinas, y la energía mental de tan vigoroso cerebro no era para abandonar el ideal sublime de la independencia americana. En Kingston consagró sus sentimientos y

su mentalidad al proyecto de llevar á cabo sus ideales. Por carta de 27 de Mayo escribía al Gobierno granadino:

... Mi constancia y mis deseos por el bien de la patria me hacen emprenderlo todo: trabajaré incesantemente sin reparar en las dificultades.

....

Permítame decir de paso estas cuatro palabras: *amo la libertad de la América más que la gloria propia*, y para conseguirla no he ahorrado sacrificios. Si V. E. me da crédito hará un acto de justicia.

Puesta su cabeza junto con la de Mariño, Arismendi, Piar, Bermúdez, á precio bien ambicionable (1), acaso porque el brigadier

---

(1) Bando decretado por D. Salvador Moxó, capitán general de Venezuela, que después huyó de sus mismos compatriotas, por exacciones inicuas en la capitanía:

«A fin de poner término á las maquinaciones con que por todas partes turban la tranquilidad pública de las provincias de Venezuela los rebeldes españoles Simón Bolívar, José Francisco Bermúdez, Santiago Mariño, Manuel Piar y Antonio Brion, después de haber agotado los recursos que ofrecen la compasión y benignidad para traer al verdadero reconocimiento de sus errores á todas las personas que siguen las detestables máximas de rebelión de que están empapados aquellos sanguinarios, que abandonados á la desesperación intentan por

D. Salvador Moxó quiso vengar los fusilamientos de La Guaira y Macuto, en aquella isla soportaba el Libertador no solamente las angustias de la pobreza (1) y la necesidad de ocultar á las exigencias aristocráticas de aquella isla la difícil situación en que se encontraba, sino también los riesgos de ser asesinados

---

todos medios acaudillar gentes para sostenerse en su iniquidad, he tenido á bien decretar: que cualquiera persona que aprehendiere viva ó muerta la de aquellos traidores, y cualquiera otra de su especie, como Juan Bautista Arismendi en Margarita, será remunerado con la cantidad de diez mil pesos en que se tasa la cabeza de cada uno de ellos, cuya cantidad se abonará por la real Hacienda. Y para que llegue á noticia de todos, imprímase y circúlese.

„Dado en Caracas á 25 de Mayo de 1816.

„Salvador de Moxó.“

(1) Cuando Bolívar hacía á D. Luis Brion una reseña de la situación de América le hacía varias recomendaciones para que se interesara por la independencia, y le daba algunas instrucciones en carta fechada en Kingston á 16 de Julio de 1815; le decía:

“... En cuanto á mí, yo me hallo dispuesto á hacer todo por mi país; por la misma razón estoy procurando obtener socorros de este Gobierno, que me serán prestados, si no hoy, será mañana ú otro día. Mientras tanto estoy viviendo en la incertidumbre y... en la miseria. Yo mismo no voy á esa isla, porque no quiero perder la confianza que hacen de mí estos señores, pues como usted sabe, las manías aristocráticas son terribles. Carabaño informará á usted de todo.“—Blanco, *op. cit.*, t. V, página 300.

á cada momento. ¡Cuán cara había de costarle la persecución de aquel ideal que en su mente creadora germinara! Dormían Bolívar y Félix Amestoy, caraqueño emigrado también, en una misma estancia, el primero en una hamaca y el otro en una cama. En una de esas noches Amestoy se recogió en la hamaca mientras llegaba Bolívar, y en ella se quedó dormido. Cautelosamente se llegó allí un negro esclavo, de nombre Pío, y creyendo que el que allí dormía era Bolívar, lo ultimó á puñaladas. El negro Pío fué ahorcado por su crimen; pero no por esto quedó la vida del Libertador más segura contra las asechanzas que le ponían los enemigos.

En aquella especie de ostracismo, pero de ostracismo activo, fué cuando el Libertador soltó la vena de su inspiración política, escribiendo un ligero opúsculo que con el nombre de *Contestación de un americano meridional á un caballero de esta isla*, contiene y expresa cuantas convicciones se arraigaban en el alma del campeón sur-americano. Revela aquel escrito un conocimiento completo de las condiciones etnográficas de la América del Sur; allí se encuentra su profesión política: liberal enemigo de la demagogia, partidario de los gobiernos republicanos, antifederalista en cuanto á la organización de los gobiernos, y conservador en cuanto á las instituciones; con

visión profética comprendió que llegaría un tiempo en que se le calumniara de monarquista, y desde entonces cimentó la defensa manifestando la imposibilidad de que él fuera partidario de la monarquía, apoyando en razones su opinión; pasaba por su mente la importancia del canal de Panamá como lazo de unión de todas las naciones de la tierra, el establecimiento en la misma ciudad de una Dieta anfictiónica que discutiría los grandes intereses y acontecimientos de todo el mundo, y aseguraría quizás la paz universal; veía crecer ante su imaginación el cuadro de su ideal ya realizado; Colombia, la gran Colombia, compuesta de todas las naciones de la América del Sur que estaban empeñadas en la guerra de independencia, ó á lo menos la gran confederación sur-americana sostenida por la base de una nación que fuera capaz por su importancia, grandeza y poderío de asegurar y mantener la soberanía é independencia de sus compañeras. Veamos algunos trozos de tan interesante documento:

. . . .

La Nueva Granada, que ès, por decirlo así, el corazón de la América, obedece á un Gobierno general, exceptuando el reino de Quito, que con la mayor dificultad contiene sus enemigos, por ser fuertemente adicto á la causa de su patria, y las

provincias de Panamá y Santa Marta, que sufren no sin dolor, la tiranía de sus señores. Dos millones y medio de habitantes están esparcidos en aquel territorio que actualmente defienden contra el Gobierno español bajo el general Morillo, que es verosímil sucumban delante de la inexpugnable plaza de Cartagena.

En cuanto á la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rápidos y sus devastaciones tales, que casi la han reducido á una absoluta indigencia y á una soledad espantosa, no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de la América. Sus tiranos gobiernan un desierto, y sólo oprimen á tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una tristen existencia: algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven combaten con furor en los campos y en los pueblos internos hasta expirar ó arrojar al mar á los que, insaciables de sangre y de crimen, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América á su raza primitiva. Cerca de un millón de habitantes se contaba en Venezuela, y sin exageración se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todo resultado de la guerra.

....

Este cuadro representa una escala militar de dos mil leguas de longitud y novecientas de latitud en su mayor extensión, en que diez y seis millones de americanos defienden sus derechos ó están oprimi-

dos por la nación española, que aunque fué en algún tiempo el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo. ¿Y la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad, permite que una vieja serpiente, por sólo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte de nuestro globo? ¡Qué! ¿Está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ya ojos para ver la justicia? ¿Tanto se ha endurecido para ser de este modo insensible? Estas cuestiones, cuanto más las medito, más me confunden; llego á pensar que se aspira á que desaparezca la América; pero es imposible, porque toda la Europa no es España. ¡Qué demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la América, sin Marina, sin tesoro y casi sin soldados! Pues los que tiene apenas son bastantes para retener á su propio pueblo en una violenta obediencia y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política? Lograda que fuera esta loca empresa, y suponiendo más aún, lograda la pacificación, los hijos de los actuales americanos, unidos con los de los europeos reconquistadores, ¿no volverían á formar dentro de veinte años los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?

. . . .

Los acontecimientos de Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas á nuestro carácter,

costumbres y luces actuales. En Caracas el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas y elecciones populares, y estos partidos nos tornaron á la esclavitud. Y así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de la ineficacia de la forma democrática y federal para nuestros nacientes Estados. En Nueva Granada las excesivas facultades de los gobiernos provinciales y la falta de centralización en general han conducido aquel precioso país al estado á que se ve reducido en el día. Por esta razón sus débiles enemigos se han conservado contra todas las probabilidades. En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen á nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan á ser nuestra ruina Desgraciadamente estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en el grado que se requiere; y, por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia.

Es más difícil, dice Montesquieu, sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre. Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos que nos muestran las más de las naciones libres sometidas al yugo, y muy pocas de las esclavas recobran su libertad. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir institucio-

nes liberales y aun perfectas; sin duda por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar á su mejor felicidad posible, la que se alcanza infaliblemente en las sociedades civiles cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. Pero ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance á la esfera de la libertad sin que, como á Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza.

....

M. de Pradt ha dividido sabiamente á la América en quince á diez y siete Estados independientes entre sí, gobernados por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto á lo primero, pues la América comporta la creación de diez y siete naciones; en cuanto á lo segundo, aunque es más fácil conseguirlo, es menos útil; y así no soy de la opinión de las monarquías americanas. He aquí mis razones, el interés bien entendido de una república se circunscribe en la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. No ejerciendo la libertad imperio, porque es precisamente su opuesto, ningún estímulo excita á los republicanos á extender los términos de su nación en detrimento de sus propios medios, con el único objeto de hacer participar á sus vecinos de una constitución liberal. Ningún derecho adquieren, ninguna ventaja sacan venciéndolos, á menos que los reduzcan á colonias, con-

quistas ó aliados, siguiendo el ejemplo de Roma. Máximas y ejemplos tales están en oposición directa con los principios de justicia de los sistemas republicanos; y aún diré más: en oposición manifiesta con los intereses de sus ciudadanos, porque un Estado demasiado extenso en sí mismo ó por sus dependencias, al cabo viene en decadencia y convierte su forma libre en otra tiránica; relaja los principios que deben conservarla, y ocurre por último el despotismo. El distintivo de las pequeñas repúblicas es la permanencia; el de las grandes es vario; pero siempre se inclina al imperio. Casi todas las primeras han tenido una larga duración; de las segundas sólo Roma se mantuvo algunos siglos, pero fué porque era república la capital y no lo era el resto de sus dominios, que se gobernaban por leyes é instituciones diferentes.

....

Por estas razones pienso que los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, prerirían las repúblicas á los reinos, y me parece que estos deseos se conforman con las miras de la Europa.

No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos por ser demasiado perfectos y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores á los nuestros; por igual razón rehuso la monarquía mixta de aristocracia y democracia que tanta fortuna y esplendor ha procurado á la Inglaterra. No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas, ó en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos

opuestos que nos conducirían á los mismos escollos, á la infelicidad y al deshonor. Voy á arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América: no la mejor, sino la que sea más asequible.

....

Los Estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizás una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán á tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra! como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio.

La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan á convenir en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, ó una nueva ciudad que con el nombre de *Las Casas*, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía honda. Esta posición, aunque desconocida, es más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil y su situación tan fuerte que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganado, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serían civilizados, y nuestras posesiones se aumentarían con la adquisición de La Goajira. Esta nación se llamaría Colombia, como un tributo de justicia y

gratitud al creador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés, con la diferencia de que en lugar de un rey habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio, y jamás hereditario si se quiere república; una cámara ó senado legislativo hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo de libre elección, sin otras restricciones que las de la Cámara Baja de Inglaterra. Esta constitución participaría de todas formas, y yo deseo que no participe de todos los vicios. Como esta es mi patria, tengo un derecho incontestable para desearla lo que en mi opinión es mejor. Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un gobierno central, porque es en extremo adicta á la federación; y entonces formará por sí sola un estado, que si subsiste podrá ser muy dichoso por sus grandes recursos de todos géneros.

Poco sabemos de las opiniones que prevalecen en Buenos Aires, Chile y el Perú: juzgando por lo que se trasluce y por las apariencias, en Buenos Aires habrá un gobierno central en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus divisiones intestinas y sus guerras externas. Esta constitución degenerará necesariamente en una oligarquía ó una monocracia, con más ó menos restricciones, y cuya denominación nadie puede adivinar. Sería doloroso que tal cosa sucediese, porque aquellos habitantes son acreedores á la más espléndida gloria.

El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y vir-

tuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, á gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino á pensar que será la chilena.

Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde ó nunca á corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado: estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad de opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre.

El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza á apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos ó se humilla en las cadenas.

Aunque estas reglas serían aplicables á toda la América, creo que con más justicia las merece Lima por los conceptos que he expuesto y por la cooperación que ha prestado á sus señores contra sus propios hermanos los ilustres hijos de Quito, Chile y Buenos Aires. Es constante que el que aspira á obtener la libertad, á lo menos lo intenta. Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia: los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por esta-

blecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si concibe recobrar su independencia.

....

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen á la América. ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos é imperios, á tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante á la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un Congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones.

Consumábanse por este tiempo los horrores del sitio de Cartagena, y Quito, Nueva Granada y Venezuela eran sojuzgadas por las armas del rey de España. Comprendieron entonces los cartageneros cuánta era la falta que

hacía la presencia del Libertador á la cabeza de los ejércitos republicanos. Dos comisionados partieron de Cartagena á invitar oficiosamente á Bolívar para que viniera otra vez á servir á la Patria. El libertador les contestó así:

Yo me consideraría degradado al rango de los crueles y pérfidos españoles si aborreciese á mis conciudadanos, á estos hermanos por quienes he combatido tantas veces y cuya libertad es mi única pasión. Un americano no puede ser mi enemigo ni aun combatiendo contra mí bajo la bandera de los tiranos. No siendo, pues, susceptible de recibir impresiones de odio, y siendo el más tierno amante de cuantos deben el ser á mi patria idolatrada, protesto bajo el sagrado de mi palabra de honor que he olvidado las ofensas de los que extraviados, sin duda, por el error pensaron dañarme: toda idea de venganza está lejos de mi corazón. (2 de Diciembre de 1815) (1).

Y en realidad, toda idea de venganza estaba muy lejos del corazón del gran Bolívar; más lejos aún, si tan innoble sentimiento pudiese dañar los intereses de la patria. Justamente es en los días que comienzan en Enero de

(1) Blanco, *op. cit.*, t. V, pág. 365.

1816 cuando se advierte la abnegación con que perseguía su grande ideal, la fortaleza de ánimo con que se hizo superior á todas las dificultades con que topara, la paciencia sublime con que venció los obstáculos de carácter moral, y la resolución y energía con que acometió empresas que más parecían actos de temeridad.

De Kingston pasó Bolívar á Haití á tiempo que se le reunían muchos emigrados del desastre de Cartagena y algunos dispersos de los que habían quedado en Venezuela: Mariño, Piar, Mac Gregor, Bermúdez, Cedeño, los Piñeres, Briceño Méndez, Zea, Ibarra, Justo Briceño, Soublette y otros. En esa isla Bolívar fué bien acogido y atendido por el presidente Petion, y reanudó su amistad con D. Luis Brion, emprendiendo con éste una expedición que contó además con el apoyo de Mr. Southerland. Era el tiempo en que los realistas guarnecían mejor todos los puertos venezolanos y establecían su imperio con mayores seguridades; en que D. Pablo Morillo y sus tenientes se divertían haciendo rodar en los cadalsos las cabezas más ilustres de la Nueva Granada, y tal vez de Sur-América; en que se activaban las providencias á fin de acabar con la existencia del Libertador.

No eran las dificultades de dinero, no la falta de armas y municiones, no la vigilan-

cia de los cruceros españoles lo que más pudiera atormentar á Bolívar. Ciertamente atormentábalo muchísimo más la ruindad de la pasiones humanas, que tantas veces disparan el dardo envenenado contra los más grandes ideales y los más importantes intereses. Vencidas por ahora las rivalidades y discordias que embarazaban los proyectos libertadores, al fin se organizó una expedición, compuesta de siete goletas mercantes armadas en guerra y 250 hombres de desembarco. Cuando era tiempo de emprender la marcha Bolívar convocó en Los Cayos, en la casa de la señora Juana Bruvil, á los patriotas emigrados, con el objeto de organizar el mando de la expedición, ponderándoles la magnitud, importancia y peligros de la empresa; pero lleno de fuego y poseído del entusiasta amor á su acariciada idea les añadió—dice Larrazábal—: "La justicia nunca ha necesitado de grandes recursos para triunfar: Venezuela tiene hijos que sabrán sacrificarse por la patria; además, la experiencia de lo pasado nos obligará á dirigirnos con prudencia y con aquel tino que es hijo de la desgracia: *los destinos de la América* y los milagros del patriotismo deben ser nuestra única esperanza"; concluyendo con una excitación á que se nombrara jefe de la expedición. Y continúa el biógrafo citado:

Brion habló en seguida y representó la necesidad de que tal nombramiento recayese en la persona del general Bolívar. "En Venezuela—dijo Brion—se elegirá un jefe supremo, á cuya elección concurrirán los demás patriotas que allí existen; pero aquí nosotros debemos nombrar al general Simón Bolívar jefe de la expedición."

Sostuvieron ese dictamen con plausibles y eficaces argumentos Marimón, Durán y Zea, todos tres granadinos.

Opusiéronse Aury y Bermúdez, diciendo que ellos creían que la dirección de aquella empresa, tan ardua como era, debía confiarse á una Junta de tres ó cinco miembros. ¡Burlaban la conciencia, juicio del alma, instinto del hombre moral; porque era imposible que allá en su pecho sintiesen ellos en verdad lo que decían! Si el éxito de la expedición demandaba rapidez y energía, ¿cómo se prescindía de Bolívar para echarse en manos de un cuerpo colegiado, lento siempre en sus resoluciones?

La totalidad de la Junta, empezando por Mariño, aprobó la propuesta de Mr. Brion á los gritos de *¡Viva la patria!*

Aury se ausentó...

Bermúdez y Montilla quedaron nominalmente excluídos, por su conocida y censurable enemistad con el Libertador.

Mariño fué nombrado mayor general del ejército; Brion, almirante de la escuadra, y Zea, intendente.

Ducoudray Holstein alcanzó el título de subjefe de Estado Mayor, destino de que se apartó á poco, y fué ventajosamente reemplazado por el teniente coronel Carlos Soublette.

Comentando incidente tan deshonroso para los émulos de Bolívar, dice Baralt:

Tales eran los recursos que Bolívar llevaba para medirse nuevamente con los españoles en el momento que éstos, dueños ya de Venezuela, conquistaban á poca costa el Nuevo Reino de Granada, y cuando conservaban aún intacto en una y otra tierra el más brillante y numeroso ejército que hubiese visto América. En la vieja Europa, donde la cultura y la riqueza han multiplicado tanto los medios de acción y movimiento, no podían nunca concebirse las dificultades que se oponían á estos proyectos extraordinarios de Bolívar, hijos al parecer de la presuncion ó la locura. Distancias inmensas, sin puentes por lo común y sin caminos, desiertos intransitables; *compañeros ambiciosos, á quienes la desgracia llevaba á su lado como amigos, y que se declaraban enemigos á la primera luz de triunfo ó de esperanza:* contrarios pujantes, implacables, activos: para éstos los recursos de dentro y fuera; para él las estrecheces. Regístrense los anales de las revoluciones; véanse las de Suiza, Holanda, Estados Unidos, Francia; todo en ellas favorecía la causa nueva contra la antigua. Medítese luego con detención en la empresa de Bolívar, y habrá de confesarse que jamás suma igual de embarazos se había opuesto á ningún proyecto humano; que jamás caudillo popular tuvo menos medios de defensa y de resguardo; y, finalmente, que nunca la constancia fué probada en sucesión más larga de victorias y reveses.

X

Estaba para zarpar la expedición con rumbo á la costa firme cuando el aventurero Aury, que quedó profundamente despechado con el incidente de la casa de la señora Bruvil y era copartidario de los émulos de Bolívar, recurrió al medio de hacer embargar y retener la goleta *Constitución*, diz que para pagarse los servicios prestados á la Nueva Granada en el sitio de Cartagena. Adversa le salió al aventurero la resolución del gobernador, y entonces, con el fin de disminuir el número de los expedicionarios y sembrar entre ellos el espíritu de discordia, apeló á la seducción, haciéndoles promesas halagadoras para que le siguieran á engrosar las fuerzas libertadoras de Méjico. A tan insidiosas intrigas el Libertador opuso sus razonamientos ante el presidente de Haití y el gobernador de Los Cayos, manifestándoles que ellos no podían reconocer ninguna Junta ni autoridad mejicana en el territorio haitiano, ni permitir que saliera expedición alguna bajo el pabellón de aquél país; que los conatos de Aury eran opuestos á la causa de la libertad; y que la reclamación sería atendida por el Gobierno de Colombia cuando se realizara su independen-

cia, por lo cual debían prevenir á los capitanes de los buques no había sobre éstos más autoridad que la del mismo Bolívar, ó que esas embarcaciones no saldrían de Los Cayos. Las representaciones de Bolívar dieron buenos resultados, y así la expedición que tenía lista salió del puerto de Aquín el 20 de Marzo á las diez de la mañana, conduciendo al Libertador con su estado mayor y el almirante Brion en la goleta *Bolívar*, cuyo capitán era el de fragata Renato Beluche; en la *Mariño*, capitaneada por el comandante Tomás Duboville, iban el escocés Mac Gregor, Piar y otros oficiales, y el resto de la expedición en la *Constitución*, *Piar*, *Brion*, *Feliz* y *Consejo*, comandadas por los tenientes de navío Juan Morué, J. Pinell, Antonio Rosales, Lominé y Fernando Ferrero.

La expedición enderezó rumbo hacia Margarita, isla en donde Arismendi, con sus esforzados margariteños, había enarbolado triunfante el lábaro de la independencia, y cuyas heroicas luchas eran admirables. Por inconvenientes de navegación no llegaron sino el 3 de Mayo; pero con la buena suerte de haber apresado de paso las goletas realistas *El Intrépido* y *La Rita* y de haber hecho creer que la expedición era sumamente pujante y numerosa, lo que hizo que los españoles abandonaran el castillo de Santa Rosa. En una asam-

blea popular que se reunió en esta isla, Bolívar fué nuevamente aclamado jefe supremo y Mariño su segundo. En aquella asamblea, que fué tan numerosa como podía serlo, dadas localidad y circunstancias, no solamente se trató del mando militar sino también de la organización de un gobierno provisional. "Es preciso—manifestó el Libertador—confiar el mando supremo al que merezca más la confianza de la asamblea. Lejos de desear que la elección resulte en mí, la temo, no sólo por la gravedad del encargo, sino porque ella puede excitar celos que serán funestos á la causa de la libertad de la patria. Yo sirvo tan gustoso mandando como obedeciendo (1). Al día siguiente dirigió el Libertador á los venezolanos la siguiente proclama:

SIMÓN BOLÍVAR

Libertador de Venezuela, general en jefe de sus ejércitos, etc.

Venezolanos:

He aquí el tercer período de la República. La inmortal isla de Margarita, acaudillada por el intrépido general Arismendi, ha proclamado de nuevo el gobierno independiente de Venezuela, y se ha sostenido con un valor sublime contra todo el imperio español. Nuestras reliquias dispersas por la caída de Cartagena se reunieron en Haití: con ellas,

(1) LARRAZÁBAL: *Op. cit.*

y con los auxilios de nuestro magnánimo almirante Brion, formamos una expedición que, por sus elementos, parece destinada á terminar para siempre el dominio de los tiranos en nuestro patrio suelo.

¡Venezolanos! Vuestros hermanos y vuestros amigos extranjeros no vienen á conquistaros: su designio es combatir por nuestra libertad para ponernos en actitud de restaurar la República sobre los fundamentos más sólidos. El Congreso de Venezuela será nuevamente instalado donde y cuando sea vuestra voluntad. Como los pueblos independientes me han hecho el honor de encargarme la autoridad suprema, yo os autorizo para que nombréis vuestros diputados en Congreso, sin otra convocación que la presente, confiándoles las mismas facultades soberanas que en la primera época de la República.

Yo no he venido á daros leyes; pero os ruego que oigáis mi voz: os recomiendo la unidad del gobierno y la libertad absoluta, para no volver á cometer un absurdo y un crimen, pues que no podemos ser libres y esclavos á la vez. Si formáis una sola masa del pueblo, si erigís un gobierno central y si os unís con nosotros, contad con la victoria.

¡Españoles que habitáis en Venezuela! La guerra á muerte cesará si vosotros la cesáis: si no, tomaremos una justa represalia y seréis exterminados. Venezolanos: no temáis la espada de vuestros libertadores; vosotros sois siempre inocentes para vuestros hermanos.

Cuartel general en la Villa del Norte, á 8 de Mayo de 1816.

Simón Bolívar.

El 1.º de Junio estuvo el Libertador con la escuadra republicana en Carúpano, puerto que ocupó venciendo poca resistencia, y de allí envió á Mariño á organizar un cuerpo de tropas en Güiria, y á Piar con la misma comisión á Maturín. No atacaron los realistas acantonados en Cumaná á órdenes del brigadier Cires á las fuerzas republicanas, porque las supusieron demasiado numerosas, lo cual facilitó el que éstas se reembarcaran tranquilamente hacia el puerto de Ocumare, entrada por donde el Libertador proyectaba subir rápidamente al centro de la provincia de Caracas.

En aquel puerto expidió en forma de proclama su decreto de 6 de Julio, en que derogaba la guerra á muerte y declaraba la libertad de los esclavos: "Ningún español--decía —sufrirá la muerte fuera del campo de batalla. Ningún americano sufrirá el menor perjuicio por baber seguido el partido del rey ó cometido actos de hostilidad contra sus conciudadanos. Esa porción desgraciada de nuestros hermanos, que ha sufrido las miserias de la esclavitud, ya es libre. La Naturaleza, la justicia y la política piden la emancipación de los esclavos; de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres: todos serán ciudadanos." Allí mismo ofrecía el Libertador convocar el Congreso general y daba cuenta

de las comisiones confiadas á los generales Mariño y Piar (1).

En la psicología de Bolívar y en el estudio de sus sentimientos morales, ambas cosas indispensables para desentrañar y comprender el ideal político de aquella mentalidad sublime, se advierten caracteres tan admirables, que son suficientes para exhibirle superior á los grandes caudillos que le han precedido en las más gloriosas páginas de la Historia. Fué igual á Alejandro en el atrevimiento de sus expediciones, á César en la audacia de su estrategia, á Cromwell en el valor con que desafiaba el poder de una monarquía secular, á Gustavo de Suecia en la actividad, á Napoleón en la grandiosidad de sus campañas militares y políticas, á Wáshington en sus condiciones de cordura y de civismo; pero ninguno de ellos tuvo en medio de sus grandes afanes, en los períodos de prueba y de fatiga, ni en los alborozos de la gloria, aquel sentimiento nobilísimo y humanitario que deseara los triunfos con la menor efusión de sangre y que tuviera compasión de la raza infeliz de los esclavos. Y es que aquellos hombres trabajaban para su propia gloria y por su interés personal, y Bolívar realmente perseguía un ideal que por hacerlo verdadero lo caracteri-

(1) SIMÓN BOLÍVAR: *Discursos y Proclamas*, págs. 182-183, ed. Garnier hermanos, París.

zaba con su sello natural, que es la religión; por la compañera inseparable de ésta, que es la caridad, y con la base más firme, que es el desprendimiento y la abnegación de quien lo persigue.

Dictado el decreto ó proclama ya transcrita fué despachado Soublette con 300 hombres á invadir los valles de Aragua, lo cual fué motivo para que el feroz Morales, que se hallaba en Valencia y que tenía tropas de línea en Caracas, pues Morillo lo había despachado desde Ocaña á atacar a los expedicionarios patriotas, lograra derrotarlos en Los Aguacates, y con ello los hiciera retroceder á Ocumare. Un consejo de guerra convocado por Bolívar resolvió la retirada de las tropas á Choroní, á juntarse con otra fuerza patriota y seguir á los Llanos á unirse con las fuerzas de caballería de Monagas y Zaraza. En el puerto sólo habían quedado de la escuadra dos transportes y un buque de guerra al mando de Villaret.

Aprobada la resolución del consejo por Bolívar—dice Rojas en su citada obra—quiso éste activar él mismo el envío de su cuantioso parque, y con este motivo se trasladó á la Marina, algo distante de la población, disponiendo que se le diera aviso de cualquier novedad. La inesperada aproximación de Morales fué causa de que se resolviera á emprender

la retirada á las ocho de la noche, y así se le participó á Bolívar con uno de sus edecanes, el cual, por cobardía ó traición, le dijo que los enemigos estaban entrando ya en el pueblo y las tropas expedicionarias replegando al trote. Villaret levó anclas y se preparó la fuga con sus dos transportes. La consternación fué inmensa: hasta se tiraron al agua varias personas que allí estaban, buscando á nado las embarcaciones antes de partir.

Bolívar, juzgando ya imposible incorporarse á su fuerza, cedió á las repetidas instancias de todos y se embarcó en el buque de guerra, yendo en pos de Villaret.

Y á este respecto dice el Sr. González Chaves en sus *Notas descriptivas de 1816:*

La noticia de Alzuru fué luego desmentida por otra bien diferente que trajo el comandante Borrás; pero ya no había medio de participarla á Villaret, á quien Bolívar le hizo tomar rumbo á Choroní; pero las goletas que acompañaban á Villaret maliciosamente retrasaban la marcha, y al fin sus capitanes se alzaron y viraron sobre Bonaire, en cuyo caso fué preciso seguirlos. Al siguiente día, alcanzados ya, manifestaron los infames audazmente que retenían la carga y las goletas á pretexto de pagas; Bolívar solo era impotente para reducir á aquellos perversos, que esperaron el conflicto para reagravar la ya muy angustiosa situación. Villaret, indi-

ferente á todo, parecía inclinarse á los capitanes, cuando la fortuna le deparó á Bolívar el poderoso auxilio de la escuadrilla de Brion, que regresaba de Curaçao, y que segunda vez salvaba á Bolívar y favorecía otra vez á la República; Brion obligó á los alzados á restituir lo detenido, y Bolívar se dirigió (19 de Julio) á Choroní á tiempo que supo hallarse este punto ocupado por los realistas, por lo que regresó á Bonaire y de aquí siguió á Güiria, donde llegó el 11 de Agosto.

Bolívar pudo, al fin de innúmeros afanes y mil sudores del alma, llegar á Güiria, en donde estaba Mariño con las fuerzas republicanas.

Otro atentado más infame, otra conspiración más detestable que las anteriores aguardaba allí al Libertador, á quien la Providencia ponía á prueba todos los días, y cuyo amor á la causa que defendía habría de purificar más y más en el crisol de los sufrimientos. En los otros atentados y conspiraciones tratábase solamente de arruinar la autoridad del jefe supremo; en ésta se atentó por sus mismos subalternos contra su vida. Mariño se hizo nombrar primer jefe y Bermúdez segundo de éste. La Historia refiere esa escandalosa tramoya en pocas palabras; desde el momento en que Bolívar pisó tierra, Bermúdez comenzó á trabajar ahincadamente con Mariño para que desconociese á Bolívar. Bermúdez, ofendido,

exasperado, despechado, lleno del odio que engendra la emulación y que sostiene la nulidad mental, no podía ser el más fiel consejero; pero Mariño, tentado también de la envidia, de la rivalidad y del deseo de suplantar al Libertador, era movido por la más ligera insinuación. Recibió con despego y con disgusto al Libertador, le desobedeció la comisión de ir con sus tropas á Maturín á reunir sus fuerzas con las de Piar para invadir la Guayana, tramaba por medios ocultos, y, por último, el 22 de Agosto, pretextando que el jefe supremo había abandonado la expedición cuando marchó en pos de Villaret, á los gritos de *¡Abajo Bolívar! ¡Vivan Mariño y Bermúdez!* estalló una asonada de que el mismo Bermúdez era el promotor y quien llegó á amenazar la vida de su ilustre jefe.

Este acontecimiento, que no es ciertamente de los más notables en la vía dolorosa recorrida por el Libertador en prosecución de su ideal, sirve no sólo para conocer el temple del alma, la energía moral del grande hombre, mas también para revelar la clase y condiciones de algunas personalidades que, muy patriotas y muy valerosas en los campos de batalla, eran, por otra parte, un grande obstáculo para la adquisición de la independencia; y también para hacernos saber que entre los muchísimos americanos que trabajan y sacri-

fican su vida con absoluta abnegación, había algunos, sin embargo, que batallaban por ambición, ya de los honores del mando, ya de influencias sociales, ya de interés vil y rastrero.

Destituído Bolívar por aquel nefasto acontecimiento, llena el alma de amargura, se trasladó á Puerto Príncipe, en Haití, decepcionado de los hombres, pero más inflamado en ardoroso patriotismo; retiróse á trabajar en sentido menos visible por la patria, pero resuelto á no volver á ocupar puesto con autoridad y mando. No suceden las cosas como humanamente se piensa.

A tiempo que José Miguel Carrera se dirigía á Bolívar desde Londres dándole cuenta pormenorizada de los esfuerzos extraordinarios que hacían Buenos Aires, Chile y el Perú para independizarse, y el proyecto de Belgrano parecía llevarse á cabo proclamándose la monarquía independiente de La Plata con el nombre de D. Juan de Portugal, de la familia de Braganza; y Pueyrredón supremo director de la guerra en ese mismo país, felicitaba á Bolívar y con los más encomiásticos elogios lo estimulaba á seguir en la lucha por la independencia de Venezuela y Nueva Granada, tenía también noticias de la deplorable anarquía que desmoralizaba los ejércitos patriotas venezolanos, en donde los cabecillas ambiciosos no lograban más que ensangrentar inútilmente al país.

"Tanto Arismendi como los ejércitos del Centro—dice el autor del *Estudio Cronológico*—se dirigieron á Bolívar, el primero por carta de 22 de Septiembre y por conducto del señor Francisco Olivier, y los segundos por carta también del 27 del mismo Septiembre.

Y en cada una de estas manifestaciones se expresaban los sentimientos más tiernos de gratitud, ofreciendo además sumisión y obediencia, solicitando que viniera á ocupar el puesto donde la patria y la independencia lo habían colocado; suplicándole también olvidase las trágicas y lamentables escenas de Güiria. El Sr. Zea fué el encargado de solicitar personalmente de Bolívar aquella gracia; el comisionado salió de Barcelona en la goleta *Diana*, armada en guerra, en dirección á Puerto Príncipe; aquí había llegado también Brion con el mismo objeto, y juntos se dirigieron al Palacio de Petion, donde se hallaba el Libertador: "*Subsiste todavía un resto de buenos patriotas*—le dijo Zea á Bolívar—, la patria vive alimentada de una esperanza; pero le falta un hombre superior, capaz de convertir esa esperanza en realidad. Llenos de esta idea, los pueblos y el ejército han vuelto su vista al general Bolívar, *á la primera cabeza de la guerra.*" Bolívar ahogó entonces en el abismo de su generosidad y de su propia grandeza los ultrajes é insultos recibidos."

No podía ser sordo Bolívar al clamor de la patria cuya libertad era la base de la libertad de América, y haciéndose superior á sus émulos regresó, ya para no volver á salir del país, trayendo á Venezuela una segunda expedición de Los Cayos. Al poner el pie en la isla de Margarita expidió aquella proclama en que una vez más ponía de manifiesto sus reconocidas ideas políticas y con lo cual pudiera acallar las voces de la emulación. Decía así:

SIMÓN BOLÍVAR

Jefe supremo de Venezuela, capitán general de sus ejércitos y de los de la Nueva Granada, etc., etc.

¡Venezolanos!

Los pueblos, los generales y los ejércitos, por el órgano del general Arismendi me han llamado. Vedme aquí. Vengo á la cabeza de una cuarta expedición, con el bravo almirante Brion, á serviros, no á mandaros.

¡Venezolanos! Vosotros me habéis confiado la autoridad en los dos últimos períodos de la República. Vosotros me habéis obligado á subir al tribunal y á combatir en el campo. No he podido llenar á la vez tan opuestos destinos. La patria ha sufrido en la administración y en la guerra. Vencedor, no he podido alcanzar los frutos de la victoria por atender á los cuidados del gobierno. La justicia, la política y la industria han sufrido cuando me he ocu-

pado en defenderos. Así, una necesidad imperiosa exige de vosotros la inmediata instalación del Congreso, para que tome cuenta de mi conducta, admita la abdicación de la autoridad que ejerzo y forme la Constitución política que debe regiros.

¡Venezolanos! Vosotros habéis sido convocados por mí desde el mes de Mayo para constituir el cuerpo legislativo, sin prescribiros restricción alguna, autorizándoos para escoger la época y el lugar. No lo habéis hecho: los sucesos de la guerra os lo han impedido; pero ahora debéis apresuraros á ejecutarlo como las circunstancias lo dicten. La patria ha estado y estará frecuentemente en orfandad en tanto que el magistrado sea un soldado. Las vicisitudes de la guerra son tan varias y terribles, que apenas pueden preverse, mucho menos evitarse: las transacciones del gobierno exigen un establecimiento más constante. Un hombre mismo no puede moverse y estar en reposo. Vosotros, pues, debéis dividir las funciones del servicio público entre muchos de los ciudadanos que poseen las virtudes y el talento que se requieren para el ejercicio del poder.

Si aquellos que fueron legítimamente constituídos por los representantes de los pueblos en el primer período de la República existiesen libres y entre nosotros, les veríais ocupar las dignidades que les fueron conferidas; pero la más deplorable fatalidad nos priva de los servicios de estos funcionarios. Los más se hallan ausentes, muchos oprimidos, muchos muertos y otros son traidores. No obstante que su autoridad ha prescrito, habiendo terminado sus funciones, yo los habría convidado á continuar de nuevo el gobierno de la República.

Ellos no aparecen en el seno de la patria libre; es, pues, indispensable reemplazarlos.

¡Venezolanos! Nombrad vuestros diputados al Congreso. La isla de Margarita está completamente libre: en ella, vuestras asambleas serán respetadas y defendidas por un pueblo de héroes en virtud, en valor y patriotismo. Reuníos en este suelo sagrado, abrid vuestras sesiones y organizaos según vuestra voluntad. El primer acto de vuestras funciones será señalado por la aceptación de mi renuncia.

Cuartel general del Norte de Margarita, Diciembre 28 de 1816.

Simón Bolívar.

XI

Inmediatamente dirigióse Bolívar á la costa firme, siempre con el ánimo de invadir la provincia de Caracas, encontrándose con Arismendi en Barcelona el día 1.° de Enero de 1817, y reuniendo unos 700 hombres, con los cuales se dirigió al interior hasta el cerro de Clarines, en donde, habiéndose encontrado con Francisco Jiménez á la cabeza de las tropas realistas, éstas los derrotaron (9 de Enero), obligándolos á replegarse á la misma ciudad.

Ya Mariño y Bermúdez, aparentemente arrepentidos del escándalo de Güiria, reco-

nocieron la autoridad suprema de Bolívar, quien resolvió dirigirse á Guayana á unirse con las fuerzas de Piar, no sin dejar á sus anteriores rivales importantísima comisión. Antes de partir el Libertador había pensado temerariamente en sostenerse en Barcelona, pero comprendiendo lo desacertado de esta operación, dadas las fuerzas con que contaba y las muchas que sobre él se dirigían; pensando que su presencia sería más benéfica en la Guayana y que por este lado podría desarrollar un verdadero plan de campaña; viendo que en Barcelona faltaban vituallas y otros elementos indispensables para sus tropas, y que Mariño y Bermúdez quedaban en Aragua con cerca de 2.000 hombres, resolvió verificar su marcha, dejando en Barcelona por repetidas é inoportunas instancias 700 hombres al mando del general Pedro M. Freites; pero dando las más eficaces órdenes á Mariño para que en caso de un ataque de los españoles ocurriera inmediatamente en auxilio de los heroicos barceloneses.

Bolívar salió para la Guayana, en dirección á Angostura, sin tropas. Los realistas, dice el *Estudio Cronológico*, fijaron todos su conatos en dar muerte al Libertador; ellos pensaban que cortando esa cabeza la revolución terminaba y la España recobraría al instante las codiciadas colonias y las gobernaría en com-

pleta quietud. Verificada la marcha de Bolívar para Angostura (20 de Marzo), junto con 15 oficiales y unos pocos asistentes, se propuso Aldama alcanzarle, y felizmente no pudo conseguirlo por falta de buenos caballos; mas esto no impidió que al llegar á Quiamare, en lo más intrincado de las selvas, le esperara una partida al mando de un pardo llamado Jesús Alemán, quien se proponía asesinar al Libertador y á su pequeño acompañamiento; no obstante las buenas disposiciones tomadas por los asesinos, el coronel Parejo, que iba delante de Bolívar, descubrió la emboscada enemiga y alertó á sus compañeros, que al momento pusieron pie en tierra, y fingiendo esperar una fuerza numerosa que les seguía, dieron algunas voces de mando por las que se ordenaba atacar los flancos y centros del punto donde se hallaban los enemigos; y como á tales voces respondiesen algunos tiros de los que venían atrás, Alemán y la guerrilla huyeron precipitadamente (1).

Apenas había salido el Libertador de Barcelona cuando comenzaron las rivalidades entre los jefes que en esa región quedaron, y aun discutieron proyectos encaminados á des-

---

(1) No olvidemos que las cabezas de Bolívar y otros jefes republicanos habían sido puestas en tasa por decreto que el entonces capitán general de Venezuela, don Salvador Moxó, hizo publicar por bando.

conocer su autoridad. Resultado de esto fué que Mariño, desobedeciendo las órdenes de su jefe, abandonó la defensa de Barcelona y la dejó perecer bajo el ataque violento de los realistas, que la abrumaron con fuerzas superiores. Nadie que quiera meditar en los actos de heroísmo sublime desplegados en la guerra de independencia y en la responsabilidad de los émulos del Libertador debe dejar de conocer la siguiente página del historiador Restrepo:

Era imposible que los republicanos pudieran resistir al número y disciplina de los realistas. Sin embargo, en algunos puntos, como en el reducto exterior, donde mandaba el coronel Francisco de Paula Vélez, hicieron una resistencia vigorosa; en todas partes los oficiales se defendieron con un valor desesperado, para morir combatiendo por su patria; así causaron á los españoles bastante pérdida. Irritados éstos, penetraron furiosos en el interior del convento, y los soldados feroces del cruel Aldama no dieron cuartel, degollaron cerca de 700 hombres de armas tomar, incluso algunos prisioneros realistas que se custodiaban en el convento. ¡Tanto así era su ciego furor! Mataron también más de 300 entre ancianos, mujeres y niños. En la iglesia del convento se refugiaron muchas personas, creyendo que les valdría aquel sagrado asilo; mas fueron asesinados sin piedad, quedando bañado en sangre aun el mismo altar y sagrario del templo.

Solamente catorce oficiales y soldados pudieron escapar, huyendo á los campos; entre ellos se contaban el general Freites y el gobernador Rivas, heridos, los que fueron aprehendidos y enviados á Caracas, donde Moxó les hizo ahorcar.

Freites se hallaba moribundo, porque los españoles tuvieron la crueldad de no curarle las heridas, que se gangrenaron. Parece que los jefes realistas querían aterrar de nuevo á los patriotas con las sangrientas ejecuciones de matanzas generales, cual lo hicieran antes Boves, Morales y Rosete. Aquella bárbara carnicería fué ejecutada por los tenientes coroneles D. Joaquín Urreistieta, D. Agustín Nogueras y D. Francisco Jiménez, así como por el sargento mayor D. Vicente Bauzá y el comandante de escuadra D. José Navas, jefes que capitaneaban el asalto á la Casa Fuerte.

Cuando Bolívar se reunía con Piar y asumía en la Guayana el comando en jefe de las fuerzas republicanas que allí pugnaban contra los españoles, Mariño siguió el rumbo por donde le impulsaba su ambición. Interpretando como le convenía las proclamas de Mayo y Diciembre del Libertador, en que hacía la convocación del Congreso, Mariño, se puso de acuerdo con el canónigo Madariaga y con otros, unos amigos y otros enemigos de Bolívar, para reunir una asamblea que restableciera el sistema federalista, que tanto repugnaba al jefe supremo. Bien sabían aquellos

señores que eso era imposible, pues todas las provincias estaban en poder de los españoles. En el fondo de la comedia lo que había era que se daba un golpe de Estado contra el Libertador.

Juntáronse, pues—dice Gil Fortoul—, el 8 de Mayo en el pueblito de San Felipe de Cariaco, Madariaga (1), Mariño, el almirante Brion, el intendente Francisco Antonio Zea, los ciudadanos Francisco Javier Mayz, Francisco Javier de Alcalá, Diego Vallenilla, Diego Antonio de Alcalá, Manuel Isaba, Francisco de Paula Navas, Diego Bautista de Urbaneja y Manuel Maneiro, titulándose á sí propios (elecciones mal pudo haber) representantes de los

(1) Bolívar había invitado al canónigo Cortés Madariaga, á Juan José Roscio y á Paz Castillo á que vinieran de Jamaica á ayudarle en las faenas de la independencia, sin duda porque quería que todos participaran de los méritos y gloria de los próceres libertadores. En la carta dirigida á Cortés Madariaga, entre otras cosas le decía: «... en vano las armas destruirán á los tiranos si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es gobierno; así, necesitamos de nuestros próceres, que escapados en tablas del naufragio de la revolución, nos conduzcan por entre los escollos á un puerto de salvación. Usted y nuestros amigos Roscio y Castillo harían un fraude á la República si no le tributaran sus virtudes y talentos, quedándose en una inacción que sería muy perjudicial á la causa pública...»—BLANCO: *Op. cit.*, t. V, pág. 497.

Estados Unidos de Venezuela. Mariño resignó en la asamblea—dice el acta—"la autoridad suprema que por resolución aprobada en Margarita (16 de Mayo 1816) fué conferida, en primer término, al general Simón Bolívar", y en segundo al mismo Mariño. En seguida la asamblea declaró que quedaba restablecido el Gobierno federal, y designó para componer el ejecutivo á los ciudadanos general Fernando de Toro, Francisco Javier Mayz, general Simón Bolívar, Francisco Antonio Zea, José Cortés Madariaga y Diego Vallenilla. Nótese que el nombre de Bolívar no viene sino en tercer lugar; que Toro estaba asilado é inválido en la colonia inglesa de Trinidad y que el acta advierte que los nombramientos de Zea y Madariaga eran para reemplazar en su ausencia á Toro y á Bolívar, en todo lo cual se transparenta aún más la ya indicada intriga.

Para formar el poder judicial eligieron á los letrados Juan Martínez, José España, Gaspar Marcano y Ramón Cádiz. A Mariño le nombraron jefe supremo del Ejército y á Brion comandante de la Armada. El 12 de Marzo se embarcaron para Pampatar, donde expiden hasta el 22 varios decretos. Cambian el nombre de Margarita por el de Nueva Esparta; declaran libre el comercio con los Estados Unidos é Inglaterra, quedando exonerados de todo derecho los buques de estos países; ofrecen á los nacionales ingleses y americanos que se establezcan en Venezuela asegurarles la libertad civil y religiosa; acuerdan enviar á Madariaga á Wáshington como agente diplomático.

Pero á fines de Mayo tuvieron que dispersarse,

amenazados por la nueva invasión de los realistas; y casi todos, arrepentidos ó desengañados, partieron para Guayana á sincerarse con Bolívar. Madariaga, que había sido el alma de la disidencia, se fué á Jamaica, llevando desde esta fecha una vida relativamente obscura, hasta que murió en Ríohacha, pobre y olvidado, por los años de 1826. Y Mariño, que con sus 2.000 hombres pretendía dominar la provincia de Cumaná, los perdió en sucesivos combates desgraciados contra las fuerzas de Morillo.

Dice el marqués de Rojas en su libro tantas veces citado, que Bolívar no paró mientes en lo de la asamblea de Cariaco. Nosotros opinamos que sí le dió toda la importancia que aquel hecho tenía como revelador de la anarquía que vigorizaba sus raíces y como consecuencia de la debilidad con que en tantas ocasiones se había portado para con sus émulos.

Tener conciencia de la rectitud de su conducta; llevar en su mente como una obsesión inquebrantable el ideal de la emancipación de la patria con su correspondiente soberanía, sin esperanza de realizarlo en tanto que el árbol del desorden no fuese extirpado por la raíz; vivir amenazado de muerte y haber sufrido tantos desengaños, y saber que combatía contra enemigos poderosos y llevaba la conspiración permanente dentro de sus mis-

mos ejércitos, no eran cosas para mirar con indiferencia el suceso del *Congresillo de Cariaco.*

En nuestro concepto, lo que hubo en realidad fué que el Libertador comprendió que en aquel acto anduvo mezclada la cizaña con el trigo; que algunos de los concurrentes obraron de buena fe y con patriotismo, aunque engañados, y que otros procedieron por ambición, de mala fe y con el ánimo deliberado de destruirle; y que Bolívar, llevando el agravio y ocultando dentro de su corazón el rayo con que había de fulminar y destruir de una vez la semilla de las conspiraciones y de la anarquía, afianzando así el orden en el Ejército y la tranquilidad de la República, dejó gran parte de su tarea encargada á la política y lo demás á una suprema resolución. Ni al Libertador ni á nadie podían ocultarse las consecuencias del ejemplo de Cariaco.

Supo Bolívar que Morillo se dirigía con toda su pujanza á someter la isla de Margarita, y entonces resolvió activar las operaciones sobre la Guayana, en donde Piar había cosechado tantos laureles, bien que contrariando algunas de las órdenes de su jefe y reviviendo la guerra á muerte, que, como hemos visto, estaba derogada.

Esa comarca era la gran posición estratégica, pues desarrolladas desde allí las ope-

raciones, podía hacerse dueño de la Nueva Granada ó de Venezuela, y, adueñado de una de ellas, era dueño de ambas. Así lo comunicó posteriormente (6 de Agosto) al marqués del Toro en carta dirigida á Jamaica: "Esta provincia es un punto capital, muy propio para ser defendido y más aún para ofender. Tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santa Fe, y poseemos un inmenso territorio en una y otra ribera del Orinoco, Apure, Meta y Arauca. Además, poseemos ganados y caballos; y como en el día la lucha se reduce á mantener el territorio y á prolongar la campaña, el que más logre esta ventaja será el vencedor."

Pero para obtener este gran resultado el Libertador tenía que emprender la campaña fluvial del Orinoco, lo cual exigía tomar previamente las fortalezas de la ciudad de Guayana la Vieja, que estaba bien guarnecida de tropas y de más de veinte cañones y goletas, y abaluartada con madera casi impenetrable. Para esta empresa sólo contaba Bolívar con once desmantelados barquichuelos y tres pequeñas embarcaciones tomadas á los realistas; el único medio era aguardar la escuadrilla de Brion que estaba saliendo de Pampatar.

Difícil era la reunión de las dos escuadrillas patriotas, toda vez que Guayana la Vieja es-

taba de por medio; cuando los españoles comprendieron que los movimientos del Libertador se dirigían á hostilizarlos mientras llegaba Brion, dieron fuego á sus piezas, alarmaron los puestos avanzados y pusieron sus barcos en persecución de la escuadrilla de Bolívar, quien hubo de retirarse y buscar refugio en el caño de Casacoima.

Es este uno de los episodios más interesantes en esa vida agitada de triunfos y reveses que llevó siempre el hombre más grande del continente americano, porque fué allí donde mejor se vió el temple de esa alma diamantina, superior á todos los ataques de la desgracia; fué allí donde mejor se reveló el ideal columbrado y acariciado por aquella inteligencia soberbiamente creadora; allí, donde se estereotipó la obsesión permanente de aquella generosa y patriótica ambición; allí, donde ese pensamiento acalorado por el roce del infortunio, con penetración vidente adivinó el futuro éxito de sus campañas y la seguridad de la independencia de su patria, así como la libertad del hemisferio americano.

Exprésase Larrazábal relativamente á lo de Casacoima, con la siguiente noticia:

Previsivo el Libertador, hizo marchar un destacamento que diese auxilio á los buques en caso de ser

atacados; y no contento con todo, fué él mismo en persona á esperar el resultado (4 de Julio). Informado el enemigo, ó bien adivinando el intento de Bolívar, desembarcó una pequeña fuerza poco más arriba de la boca del Caño, ejecutando su operación sin ser sentido, y con esto quedó falseado el destacamento por la espalda. Bolívar estaba con los generales Arismendi, Pedro León Torres, Soublette, Jacinto Lara, Briceño Méndez y otros jefes, á alguna distancia de la tropa, y era natural que los españoles dieran con ellos antes que con ésta. La sorpresa fué grande, tanto cuanto inminente el riesgo.

Alcanzáronse á ver los enemigos cuando tiraban á quemarropa. León Torres y dos más tuvieron espacio y buen discurso para tomar sus caballos y escaparse; Bolívar y los otros, se arrojaron al río, ocultándose en una rebalsa del Orinoco. Salváronse allí, por cierto, milagrosamente, pudiendo los enemigos acabar con ellos, cazándolos como ánades. Unos tiros que hicieron nuestros soldados al oir los del enemigo contuvieron á éste, que se reembarcó sin haber obtenido más resultado que el de poner en aprieto á nuestros jefes...

Ineficaces diligencias fueron las de Bolívar en aquel día, porque al fin la escuadrilla española, entrando en el memorable caño de Casacoima, rindió nuestras flecheras, salvándose en tierra la tripulación.

La noche la pasó el Libertador con sus compañeros en el estero cercano á aquel sitio donde pudo hallar una muerte sin gloria. No turbado de la fatalidad que acababa de amenazarle, les hablaba con entusiasmo y lleno de inspiración sobre sus futuras

campañas que libertarían á Cundinamarca y Quito, y que, trasladándose luego al Perú, á la tierra del Sol, llevaría victoriosa hasta el Potosí la bandera de la redención. Tales ideas, que constituían el fondo de la misión augusta de que se sentía investido Bolívar, parecieron entonces delirios de una imaginación enferma y tan extravagante, que el capitán Martel, que las oía, fué á decir á otro de sus compañeros: ¡Ahora sí que estamos perdidos! ¡El Libertador está loco!

La llegada de Brion con su escuadrilla y la ocupación de Angostura por Bermúdez, que la sitiaba, pusieron á Bolívar en posesión absoluta de la Guayana. Entonces fué cuando escribió al marqués del Toro la carta cuyo párrafo copiamos antes (1).

El Libertador estableció la residencia provisional de las primeras autoridades civiles y capital de la República en la ciudad de Angostura; durante dos meses y medio que permaneció allí dictó muchos decretos de carácter político y civil, dirigidos todos á la organización del Poder y á la armonía del derecho público, entre ellos la apertura del caudalosísimo Orinoco al comercio de todas las naciones, con lo cual aumentaba las rentas públicas; erigió la Guayana en una de las provincias

---

(1) Página 185.

autónomas de Venezuela, estableció una alta corte de Justicia, tribunales de primera instancia y uno de comercio; instituyó un Consejo provisional de Estado, que, por no poderse elegir un Congreso representativo en tales circunstancias, debería recibir y aprobar ó improbar los informes del jefe supremo, y creó un Consejo de gobierno en quien podía delegar alguna de sus facultades gubernativas en tanto que él se hallara ausente dirigiendo las operaciones militares.

Pero no fué ninguna de estas medidas la más notable de cuantas tomó para organizar el Poder, afianzar su autoridad y prestigio, y darle á la naciente República el carácter y respetabilidad para que su obra fuese hermosa é indiscutible realidad. El acto más notable, el que exigían imperiosamente las necesidades públicas, el de mayor energía y el que reveló mejor el temple moral de Bolívar, fué el que resolvió el asunto del general Piar.

El héroe legendario del Juncal y de San Félix, que tan terriblemente castigaba con sus victorias y con represalias las matanzas que en sus triunfos hacían los realistas; Manuel Piar, el incansable y valentísimo batallador que tantos laureles cosechara en beneficio de la independencia, se había convertido por otra parte en un verdadero peligro, en una temible amenaza contra esa misma inde-

pendencia: él había sido instigador y cómplice de Mariño en el infame escándalo de Güiria; él no veía con buenos ojos ni los triunfos, ni el mando, ni la superioridad moral é intelectual de Bolívar. Envanecido Piar con las memorables victorias del Juncal y San Félix, orgulloso con el prestigio que con esas victorias alcanzara sobre sus tropas y rodeado de eminentes jefes y oficiales, campeones de la libertad, ya se creía humillado por la subordinación á otro jefe. Quiso restablecer la guerra á muerte contrariando la derogatoria decretada por el Libertador, y no sólo pasaba á cuchillo á los vencidos en el campo de batalla, sino que manchó las armas republicanas con el asesinato de los misioneros capuchinos del Caroní, con lo cual se pretendía infamar el buen nombre del mismo Bolívar. Cuando tuvo noticia de la comedia de Cariaco, en que el principal tramoyista era el hipócrita y veleidoso Mariño, también Piar, de acuerdo con Arismendi, quiso imitarlo y juntos pretendieron reunir un congresillo que desconociese la autoridad del Libertador; á tiempo que se congraciaba con las tropas autorizándoles actos lesivos del derecho de gentes, confería ascensos y altos empleos á los oficiales que lo rodeaban, no sin estar sembrando simultáneamente el disgusto contra el jefe supremo y vociferando del go-

bierno de éste; y como Bolívar era noble de origen y representara en cierto modo el elemento blanco de los que componían el Ejército, Piar, que era pardo, se hacía cabeza de los mulatos y mestizos, pretendiendo entrometer la discordia de las razas. Por último, cuando por conferencia amigable quiso el Libertador reducir al buen camino á Piar, éste pidió pasaporte para salirse del país, que le fué concedido, y el uso que hizo de ese pasaporte fué el de marcharse á hacer correrías en los campamentos, sin oir ninguna llamada, hasta haber necesidad de aprehenderlo, traerlo á Angostura, someterlo á un consejo de guerra, que se compuso de los amigos del mismo Piar, porque al Libertador le convenía que así resplandeciera más la justicia de su determinación, y pasarlo por las armas, lo que se verificó á las cinco de la tarde del día 16 de Octubre de 1817, por haber sido confirmada la sentencia del consejo, en estos términos: "Vista la sentencia pronunciada por el consejo de guerra de oficiales generales contra el general Manuel Piar, por los enormes crímenes de insubordinado, desertor, sedicioso y conspirador, he venido en confirmarla sin degradación. Pásese al señor fiscal para que la haga ejecutar, conforme á ordenanza, á las cinco de la tarde del día de mañana."

Con este grande acto de energía moral, que

por más de un motivo hería las fibras más sensibles del corazón del Libertador se ve á cuántos sacrificios lo impulsaba el nobilísimo ideal que perseguía (1).

---

(1) El Libertador necesitaba hacer un escarmiento; pero no pensó obstinadamente en un sacrificio de sangre. El presidente del consejo fué Brion, compañero de Mariño en lo de Cariaco, paisano y amigo estimador de Piar, y los vocales fueron los generales Pedro León Torres y José A. Anzoátegui, los coroneles José Ucrós y José María Carreño y los tenientes coroneles Judas Tadeo Piñango y Francisco Conde, todos amigos de Piar y ascendidos por éste. Bolívar quiso que se le dejara la puerta abierta para la conmutación de la pena; pero no lo hizo así el consejo. El siguiente documento es expresivo porque es la carta que escribió á Bermúdez sobre el asunto:

»Mi deseo particular, privado, es ahora que el consejo pueda conciliar el rigor de la ley y el crédito del Gobierno con los merecimientos del reo. Escogeré para el consejo de guerra, de entre los oficiales generales con las cualidades que requiere la ley, aquellos que yo sepa que no tienen motivos de resentimientos con Piar. Brion, su paisano y su más íntimo amigo, será el presidente, y en los demás vocales se encontrarán criaturas de aquél.

»Ojalá que si el consejo aplica la pena mayor me abra camino, *camino claro*, para la conmutación, y que el Ejército ó los cuerpos más cercanos y de la capital, por sus órganos naturales, la pidan sin separarse de la disciplina. Entonces la responsabilidad del perdón, si éste fuera indiscreto, la compartiremos los que estamos levantando y sosteniendo el edificio de la República.

»Sofocada la sedición, sometidos ó castigados de al-

Era ya el tiempo de resolver una lucha que con tanta sangre y tantas lágrimas y tan grande miseria inundaba el territorio de la Patria; era ya la sazón en que debía terminar la anarquía y en que los caudillejos ó servían por la República y para la República, ó dejaban de ser un obstáculo á la grande obra de la independencia. El atentado de Cariaco daba sus frutos.

Por eso meses antes de la ejecución de Piar, á quien el mismo Bolívar se refería cuando dijo que "la victoria obtenida por el general Piar en San Félix es el más brillante suceso que hayan alcanzado nuestras armas en Venezuela", el Libertador había escrito al general Pedro Briceño Méndez, fiel secretario de Piar, expresivamente: "Usted, sin duda, se ha imaginado que estamos en una situación como la de Cartagena, Carúpano ó Güiria, en donde las circunstancias nos fueron tan desfavorables y donde el espíritu de partido triunfó de nosotros. Vamos. No tema usted una repetición de estos sucesos, que si hasta

---

guna manera los culpables, la vindicta pública estará satisfecha; se vigorizarán la disciplina y obediencia del Ejército; nuestros enemigos del extranjero no tacharán nuestra obra de falta de autoridad, y los malvados godos se encontrarán sin base para calumniarnos: no dirán *que somos una horda de vagabundos.*» —BLANCO: *Op. cit.*, t. VI, pág. 56.

ahora he sido moderado no lo seré en lo sucesivo. No crea usted que las intrigas sean tan graves que nos puedan destruir. Jamás he tenido una situación tan feliz, aunque digan lo que quieran. El Poder supremo está en mi mano, y no se tratará de quitárseme impunemente. ¡Pobre del que lo intentare! Dos mil hombres me obedecen y están dispuestos á ejecutar cuanto les mande. Deben obedecerme los ambiciosos y los intrigantes y me obedecerán...“

Y un mes después del fusilamiento de Piar, porque Mariño despertaba serias inquietudes, escribió Bolívar á Sucre, que se hallaba en Cumaná, unas instrucciones que terminaban: “... Sólo, sí, recomiendo á usted mucho que sí el general Mariño se somete voluntariamente se le trate con la mayor dignidad y como á un hombre que acaba de hacer un importante servicio por no haber manchado las armas de Venezuela con la guerra civil. La disminución del mal es un bien, y este bien debe premiarse en cuanto sea compatible con el decoro del Gobierno, que es en lo que consiste la mayor dificultad para poder ejercer la clemencia. Pero si, por el contrario, el general Mariño resiste á sus órdenes y ustedes logran aprehenderlo, es preciso enviarlo aquí con toda seguridad. Este es mi *ultimatum.*“

Mariño, atemorizado y con la hipocresía

que le caracterizaba, aparentó por lo pronto permanecer sometido á la autoridad del Libertador.

Los más apasionados, los más acres, los más irreconciliables enemigos de Bolívar, le hicieron vehementes cargos por el fusilamiento de Piar; pero la Historia, por boca de sus más autorizados voceros, colocándose en el terreno de la más justa imparcialidad, le ha hecho justicia, le ha absuelto de esos cargos apasionados y ha reconocido que aquella ejecución, dolorosa pero necesaria, salvó la Patria de una pérdida segura. Baralt, Restrepo, Blanco, Gervinus, Leonpart, Blanco-Fombona, todos los historiadores serios americanos y ultramarinos y todos los que se han ocupado en aquel acontecimiento, amigos ó malquerientes del Libertador, con crítica serena y concienzuda, han encontrado buena, justa y útil á la Patria la conducta de éste en cuestión tan discutida. Hoy no hablan contra Bolívar por el fusilamiento de Piar sino mediocres vulgaridades ó cronistas que con el pretexto de exhibirse imparciales inclinan con exageraciones el otro plato de la balanza; á los primeros les ha faltado á veces sindéresis; á éstos buena fe. Nosotros aceptamos y aplaudimos la sentencia de D. Arístides Rojas, en que dice: "De manera que no puede censurarse á Bolívar por el hecho de haber confirmado la sentencia del con-

sejo de guerra; pero la Historia no le disculpará de no haber empleado la misma severidad con otros jefes menos acreedores á su clemencia."

XII

La guerra de la independencia hispanoamericana en este tiempo parecía una hoguera inmensa, en unas partes medio apagada y en otras aún más encendida.

La Nueva Granada gemía bajo el yugo reconquistador; apenas daba alguna señal de vida en el centro, y sólo en la provincia de Casanare el coronel Francisco de P. Santander, junto con algunas personas notables que le acompañaron, logró mantener con esfuerzos y contratiempos unas guerrillas republicanas. La provincia de Quito estaba sojuzgada por las tropas realistas de allí, reforzadas con las que enviaba el virrey de Lima. En el Perú la guerra á duras penas se mostraba intermitente, como que allí estaban las principales fuerzas morales de la España, y la anarquía y las traiciones ahogaban todos los esfuerzos generosos. En las provincias de La Plata y en Chile la independencia había reaccionado por modo imponente y vigoroso.

Triunfante unas veces, derrotado muchas, Bolívar había dado respetabilidad y consistencia á la guerra, al mismo tiempo que por la organización provisional del Gobierno lograba dar á la República una apariencia de nación constituída, con lo cual ya se había granjeado crédito en el exterior para adquirir muchos elementos de guerra y para que vinieran legiones extranjeras á formar parte de los ejércitos patriotas. Páez y Santander, que también habían constituído un simulacro de Gobierno independiente, encargando del Poder ejecutivo al prócer D. Fernando Serrano, y que habían estado hostilizando con sus guerrillas á los españoles, se unieron también al Libertador con el acopio de sus tropas. Fué entonces cuando éste, con sus arraigados deseos de penetrar hasta Caracas, emprendió la desastrada campaña de 1818, en que á la audacia de sus movimientos estratégicos se opuso la dura resistencia del valor y la organización de las numerosas huestes de Morillo, y en que los triunfos que llevaron á los patriotas hasta Calabozo y San Carlos fueron compensados con tan desgraciados reveses que hubieron de regresar diezmados y abatidos á Angostura.

Fortuna fué para la Patria que en uno de los incidentes de estos contratiempos no pereciera asesinado el Libertador en otra de las

asechanzas con que continuamente era amenazada su existencia. El coronel realista Rafael López se apoderó de un desertor de los patriotas que conocía el santo y seña del campamento del *Rincón de los Toros*, y amenazando con la muerte á uno de los prisioneros se cercioró del lugar en donde dormía el Libertador. Eran altas horas de la noche del 16 de Abril cuando Bolívar se alistaba para emprender una marcha con sus disminuídas tropas; el capitán Tomás Renovales (el general Páez, por error, lo nombra Mariano), con ocho soldados, recibió la comisión de penetrar en el Estado Mayor y asesinar allí á Bolívar. Cómo cumplió Renovales su cometido lo refiere el general Páez en sus *Memorias* ó autobiografía, de la manera siguiente:

Estando en el pueblo de San José de los Tiznados esperando al Libertador, acampó éste con su fuerza en el *Rincón de los Toros*, á una legua de San José. Al llegar á dicho pueblo supo que López estaba muy cerca, y me envió al general Cedeño, con 25 jinetes, para decirme que me detuviera, pues ya él venía á unirse conmigo. En la noche de aquel mismo día un sargento de los nuestros se pasó al enemigo y reveló el santo y seña de la división, la fuerza de que constaba y el lugar donde descansaba el jefe supremo. Concibió entonces López la idea de sorprender al Libertador, y confió la comi-

sión al capitán D. Mariano Renovales, haciéndole acompañar por ocho hombres escogidos por su valor.

Entretanto Bolívar descansaba en su hamaca, colgada en unos árboles á corta distancia del campamento. Como á las cuatro de la mañana, cuando el coronel Santander, jefe del Estado Mayor, iba á comunicar al Libertador que ya todo estaba preparado para la marcha, tropezó con la gente de Renovales, y después de exigir el santo y seña le preguntó qué patrulla era aquella. Respondióle Renovales que venía de hacer un reconocimiento sobre el campo enemigo, según órdenes que había recibido del jefe supremo, que iba á darle cuenta del resultado de su comisión, pero que no daba con el lugar donde se hallara. Santander le dijo que viniera con él, pues él también iba á darle parte de que todo estaba listo para marchar.

Habiendo llegado á la orilla del grupo de árboles donde Bolívar y su séquito tenían colgadas las hamacas, les señaló una blanca, que era la de aquél; apenas lo hubo hecho cuando los realistas descargaron sus armas sobre la indicada hamaca.

Afortunadamente hacía pocos momentos que éste la había abandonado para ir á montar su mula, y ya tenía el pie en el estribo cuando ésta, espantada por los tiros, echó á correr, dejando á su dueño en tierra.

Bolívar, sorprendido con descarga tan inmediata, trató de ponerse en salvo, y en la obscuridad de la noche no pudo atinar con el lugar del campamento (1).

(1) Memorias del general José Antonio Páez, páginas 194-195. En la *Biblioteca Ayacucho*, ed. de la *Editorial-América*, Madrid.

Tampoco se libró el Libertador, en los aflictivos meses que corrían, de otra conspiración, que vino de donde menos era de esperarse. Entre los oficiales que López Méndez contrató en Inglaterra para que viniesen á auxiliar la revolución de independencia, vino el coronel H. Wilson (éste no es el que más tarde fué edecán del Libertador), á quien Bolívar destinó á las operaciones del Apure.

El coronel inglés Wilson—dice Restrepo—tomó servicio á principio de este año (1818) y fué destinado al ejército de Apure. Permanecía en San Fernando después que el Libertador siguió para Angostura. Mas prevaliéndose de las desgracias ocurridas en la última campaña, las que atribuía á culpa del jefe supremo, comenzó á intrigar sordamente con los jefes de aquel ejército para que, negando la obediencia al Libertador, proclamaran á Páez capitán general y obligaran á Bolívar á reconocerle en tal destino. Wilson logró comprometer á los jefes más distinguidos del ejército de Apure, que idolatraban á Páez, y todos firmaron *una acta*. Luego que el Libertador tuvo conocimiento de esta sedición se pronunció contra ella, pero con mucha prudencia y de una manera que no exasperaba á sus autores. El consiguió separar á Wilson del ejército de Apure, y cuando llegó á la ciudad á Angostura le hizo poner en un castillo mientras lo expelía fuera del país, según lo verificó. Súpose después de un modo indudable que Wilson era agente secreto

del embajador español en Londres, enviado para introducir la discordia entre los jefes republicanos. La prudencia y sagacidad de Bolívar conjuraron entonces la tempestad, cuyos gérmenes de desobediencia quedaron subsistentes y se reprodujeron de nuevo después de algún tiempo. Esto prueba lo que antes hemos dicho; que ninguna cosa dió tanto trabajo al Libertador, y que nada demuestra más claramente sus talentos, su tacto político y su conocimiento de los hombres, como el haber podido conservar la unión entre los diferentes jefes republicanos, y consolidar al fin su autoridad sobre todos ellos; dióle acaso esto más trabajo y sinsabores que la misma guerra con España.

El doctor Gil Fortoul, al tratar el mismo asunto, se expresa así:

Páez afirmó después que todo se hizo sin su consentimiento; que él se hallaba en Achaguas; que al conocer el acta de San Fernando corrió allí á improbarla, y que "impuesto de que el coronel inglés Wilson había tomado parte muy activa en la formación del acta, dispuso que saliese para Angostura á presentarse al general Bolívar, á fin de que lo destinase á otro punto". En cambio, el historiador O'Leary, testigo presencial, asegura que Páez oyó complacido los ofrecimientos de Wilson de "levantar en Inglaterra un cuerpo numeroso de millares de hombres que él mismo conduciría"; que el acta se leyó y firmó á presencia de Páez; pero que "an-

tes de entrar la noche hubo quien se le acercase para advertirle que había obrado mal, y reflexionando sobre lo acaecido, resolvió mandar el acta á Bolívar y dió licencia á Wilson para trasladarse á Angostura con cartas de recomendación para el mismo Bolívar".

Bolívar se apresuró á escribirle á Páez el 25 de Junio: "Esparcida en esta ciudad (Angostura), por la tripulación y pasajeros de una lancha venida de San Fernando, la noticia de la escandalosa sedición del coronel Wilson, para proclamar ó pedir á ustedes por capitán general, llegó al fin á mis oídos á tiempo que llegaba también al puerto aquel oficial. La gravedad del crimen de que era acusado me movió á hacer tomar algunas informaciones, y resultando conformes con lo que había sabido por la voz pública, mandé que se arrestase su persona y se le tomase una declaración. A pesar de que en ella ha procurado él descargarse de mil modos y hacer concebir que no ha tenido la parte principal, aparece que debe ser juzgado en consejo de guerra, conforme á nuestras ordenanzas. Para que el juicio tenga todas las formalidades legales, me remitirá usted en la primera oportunidad una representación ó acta firmada por algunos de los principales jefes del ejército que usted manda, en que nombran ó piden á usted por capitán general, y todos los demás documentos que puedan ilustrar á los jueces de esta causa... Que Páez no conociese de antemano el proyecto de sus oficiales parece cosa inverosímil; pero también es cierto que no le dió curso por su parte, y siguió sometido á Bolívar. Lo que decidió á éste á echar tierra sobre el asun-

to, contentándose con despedir del ejército á Wilson".

En otra parte el mismo Sr. Gil Fortoul se expresa así:

Aniquilada más que nunca parecía la causa republicana. Los realistas dominaban todo el centro y el Occidente; en las provincias orientales, á la amenaza de los mismos se añadía la interminable desavenencia entre Bermúdez, que obedecía á Bolívar, y Mariño, que unas veces fingía someterse y las más campeaba por su cuenta; en Margarita, Arismendi se consideraba señor feudal de la isla; finalmente, en Apure apenas podía contarse con la subordinación de Páez. Pero el alma del Libertador se engrandecía en la desgracia. No bien regresó á Angostura (5 de Junio) concibió un vasto plan que semejaba en tan tristes circunstancias pura insensatez: convocar un congreso, establecer el gobierno constitucional... y transmontar los Andes, libertar á Nueva Granada, fundar á Colombia, dándole al propio tiempo el golpe de gracia á la dominación española. Todo se realizó.

En los próximos días anteriores á la sedición de Páez, el Libertador había recibido á éste derrotado en Cogedes por La Torre, y á Cedeño, que lo había sido en la laguna de los

Patos por Morales, quien hizo degollar á todos los prisioneros. Las provincias de Barcelona y Cumaná estaban perdidas, pues Mariño acababa de perder una división de 1.500 hombres. Pero á pesar de tantos descalabros, de tantos obstáculos y de tantos sinsabores, el ánimo del Libertador no se quebrantaba. Como Anteo, al contacto de la desgracia cobraba nuevos bríos y más valor. Su ideal de libertad y hegemonía de la América del Sur no se borraba en su cerebro. A D. Juan Martín Puyrredón, supremo director de las provincias del río de La Plata, le dirigió este mensaje:

Angostura, 12 de Junio de 1818–8.°

Excelentísimo señor:

....

Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, ó que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés á entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el Cielo *nos concede este deseado voto*, podrá llamarse la Reina de las Naciones, la Ma-

dre de las Repúblicas. Yo espero que el Río de La Plata, con su poderoso influjo, cooperará eficazmente á la perfección del edificio político á que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración (1).

Y en la misma fecha dirigió á los habitantes del mismo país una bella proclama, cuyo último aparte decía:

. . . .

¡Habitantes del río de La Plata!

La República de Venezuela, auque cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará á una sola sociedad para que nuestra divisa sea *Unidad* en la América Meridional (2).

Son tales la tenacidad, el indomable brío, el empecinamiento, digamos, con que Bolívar sigue tras de su ascendente proyecto, que quien pretenda conocer la historia de las ideas políticas de este hombre extraordinario ha de

(1) Blanco: *Op. cit.*, VI, pág. 402 y *Cartas de Bolívar*, vol. I, págs. 450-452, ed. crítica de Blanco-Fombona, casa Louis-Michaud. París.

(2) Blanco: *Op. cit.*, VI, pág. 403.

quedar perplejo ante aquella prodigiosa actividad, ante esa rara previsión y ante aquellos talentos nunca eclipsados ni distraídos por la promiscuidad de atenciones de naturaleza diferente.

Llegan en abundancia los elementos de guerra que se esperaban de Inglaterra, y con ellos unos cuantos expedicionarios ingleses é irlandeses que se enganchaban con el objeto de venir á correr aventuras en el Nuevo Continente, y Bolívar, con su genial actividad, renueva la campaña, tanto más vigorosa cuanto más aleatoria parecía; inmediatamente comunicó órdenes detalladas á sus subalternos, y á otros los despachó á entenderse con el enemigo: á Monagas en Barcelona, á Bermúdez y Mariño en Cumaná, á Cedeño en las llanuras de Calabozo, á Páez en San Fernando, á Brion en el Orinoco, á Santander á maniobrar con su división en Casanare. Y por tal modo comienza á hostilizar y á estrechar las fuerzas de Morillo, de Morales y de otros jefes realistas, y con tanta confianza se siente ya triunfador sobre ellos, que con festinada y lejana anticipación dirige á los granadinos la siguiente proclama:

¡Granadinos!

Ya no existe el ejército de Morillo: nuevas expediciones que vinieron á reforzarlo, tampoco exis-

ten. Más de veinte mil españoles han empapado la tierra de Venezuela con su sangre. Centenares de combates gloriosos para las armas libertadoras han probado á la España que la América tiene tan justos vengadores como magnánimos defensores. El mundo asombrado contempla con gozo los milagros de la libertad y del valor contra la tiranía y la fuerza. El imperio español ha empleado sus inmensos recursos contra puñados de hombres desarmados y aun desnudos, pero animados por la libertad. El cielo ha coronado nuestra justicia: el cielo, que protege la libertad, ha colmado nuestros votos, y nos ha mandado armas con que defender la humanidad, la inocencia y la virtud. Extranjeros generosos y aguerridos han venido á ponerse bajo los estandartes de Venezuela. Y ¿podrán los tiranos continuar la lucha, cuando nuestra resistencia ha disminuído su fuerza y ha aumentado la nuestra? La España que aflige Fernando con su dominio exterminador toca á su término. Enjambres de nuestros corsarios aniquilan su comercio; sus campos están desiertos, porque la muerte ha segado sus hijos; sus tesoros, agotados por veinte años de guerra; el espíritu nacional, anonadado por los impuestos, las levas, la inquisición y el despotismo. La catástrofe más espantosa corre rápidamente sobre la España.

¡Granadinos! El día de la América ha llegado. Ningún poder humano puede retardar el curso de la Naturaleza, guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos á los de vuestros hermanos: Venezuela marcha conmigo á libertaros, como vosotros conmigo, en los años pasados, libertasteis á Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre

con el brillo de sus armas algunas provincias de vuestro territorio, y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, arrojará en los mares á los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares levantados á la libertad.

Cuartel general en Angostura, Agosto 15 de 1818, año 8.° de la independencia.

Simón Bolívar (1).

Esto era ya revivir el amortiguado espíritu de los granadinos, levantarles las energías y preparar los ánimos para una excursión que silenciosamente guardaba el Libertador en los limbos de su pensamiento. Pero esa obra debía ser más resonante y tener base más sólida; era preciso mostrarse al mundo con la arrogancia de una nación que aspira al reconocimiento de las potencias extranjeras, que sostiene los derechos de la beligerancia y que muestra al mundo, tanto interior como exterior, que su obra no es una quimera sino una elocuente realidad. Por eso reunió el Consejo de gobierno en Angostura, y el 1.° de Octubre, antes de salir á las operaciones de campaña, entre otras cosas le dice:

---

(1) Simon Bolívar: *Discursos y Proclamas*, páginas 194-195, ed. Garnier hermanos, París.

... El enemigo será atacado simultáneamente sobre todos los puntos que ocupa, y si la suerte nos concede la victoria, como lo promete, muy pronto llegará el dichoso día en que veamos nuestro territorio libre de tiranos y restablecido en toda su perfección el gobierno de la República. Animado de tan halagüeñas esperanzas, yo me apresuro á proponer al Consejo de Estado la convocación del Congreso de Venezuela. Y aunque el momento no ha llegado en que nuestra afligida patria goce de la tranquilidad que se requiere para deliberar con inteligencia y acierto, podemos, sin embargo, anticipar todos los pasos que aceleren la marcha de la restauración de nuestras instituciones republicanas.

Por ardua que parezca esta empresa, no deben detenernos los obstáculos; otros infinitamente mayores hemos superado, y nada parece imposible para hombres que lo han sacrificado todo por conseguir la libertad. En tanto que nuestros guerreros combaten, que nuestros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la soberanía. Todos debemos ocuparnos de la salud de la República, como debemos desear que todos á la vez la consigamos. No basta que nuestros ejércitos sean victoriosos; no basta que nuestros enemigos desaparezcan de nuestro territorio, ni que el mundo entero reconozca nuestra independencia: necesitamos aún más, ser libres bajo los auspicios liberales, emanados de la fuente más sagrada, que es la voluntad del pueblo. Yo he convocado á V. E. para que delibere sobre los saludables objetos que tengo el honor de ofrecer á su consideración, y llamo muy

particularmente la atención del Consejo sobre la inmediata convocación del Congreso nacional; sin oir su dictamen yo no me he atrevido á resolverla, no sintiéndome capaz de tomar sobre mí solo la responsabilidad ó el mérito de tan importante medida. El Consejo, si lo juzga conveniente, puede nombrar una comisión especial encargada de la formación del proyecto y modo de llevar á efecto las elecciones populares (1).

Mientras que esa comisión especial, compuesta de notabilísimos ciudadanos (2), reglamentaba el modo de hacer las elecciones de los congresales que por las provincias libres deberían componer el primer Congreso, el Libertador marchó rápidamente á inspeccionar las operaciones militares de sus tenientes. Bermúdez había sufrido un descalabro en río Caribe; Mariño, por no atender las órdenes del jefe supremo, perdía su división en el formidable desastre de Cariaco, y en la Punta de Araya la escuadra realista atacó las embarcaciones patriotas, trabándose un recio y sangriento combate en el que los españoles llevaban la ventaja del número y porte de los buques, teniendo además el viento favorable:

(1) Blanco: *Op. cit.*, t. VI, pág. 471.

(2) Juan Germán Roscio, Fernando Peñalver, Juan Martínez, Ramón García Cádiz, Luis Peraza y Diego Bautista Urbaneja, presididos por el general Urdaneta.

se arrojaron al abordaje y degollaron á los patriotas; y, terminada la lucha, el jefe guerrero dió orden—que fué cumplida—para que se asesinara á los prisioneros republicanos.

Esta es—dice Baralt—la desastrosa campaña de 1818, cuya consecuencia fué la pérdida inútil de varios jefes y oficiales distinguidos, de más de mil infantes, de 500 caballos, de armas y municiones en gran copia. Verdad es que San Fernando había sido tomado y que los realistas sufrieron mucho más que los patriotas en el personal de su ejército; pero los beligerantes quedaron en sus respectivas posiciones, orgullosos con razón, los unos, de haber rechazado la invasión; los otros, con razón también, avergonzados de tener que retirarse á sus antiguos puestos. El efecto moral de una empresa de este género frustrada debía ser grande y pernicioso; y tanto más de temer en las circunstancias de Bolívar y su patria, cuanto que á una y otro amenazaban Morillo y sus huestes, que la ambición y desenfreno de algunos de sus propios generales. La infantería, base esencial de todo ejército regular y arma en que los españoles libraban la conservación de su línea, estaba destruída; para emprender una nueva expedición era necesario reclutar en las provincias de Oriente, y de éstas, Margarita no daba sino marinos. Guayana había entregado ya fuertes contingentes, y Cumaná y Barcelona, ocupadas en gran parte por el enemigo, bastaban ape-

nas para llenar las filas de los pocos cuerpos republicanos que en ellas militaban. Mas esta situación, penosa de suyo y agravada por la falta de dinero, no era superior á las fuerzas de Bolívar; antes parece que con las desgracias adquiría mayor penetración su ingenio, mejor temple su espíritu, más actividad su cuerpo. Lo que para otros eran dificultades insuperables, él lo veía como inconvenientes pasajeros: más activo á medida que le abandonaba la fortuna, diríase que aspiraba á arrancarle por la fuerza sus favores. Y esto es lo que más distingue principalmente de las almas elevadas las comunes: para una y otras es un goce la felicidad; mas sólo para aquéllas es la desdicha ocasión de triunfos y grandeza.

Cuando estos reveses tenían lugar llegaron á Bolívar las noticias de las gestiones que hacía España para que las naciones europeas intervinieran contra las nacientes repúblicas americanas. Reunida inmediatamente en Angostura una asamblea compuesta de todas las autoridades republicanas existentes en aquella ciudad, formuló en 20 de Noviembre la siguiente declaración:

1.° Que la república de Venezuela, por derecho divino y humano, está emancipada de la nación española, y constituída en un Estado independiente, libre y soberano; 2.° Que la España no tiene justicia

para reclamar su dominación, ni la Europa derecho para intentar someterla al Gobierno español; 3.° Que no ha solicitado ni solicitará jamás su incorporación á la nación española; 4.° Que no ha solicitado la mediación de las altas potencias para reconciliarse con la España; 5.° Que no tratará jamás con la España sino de igual á igual, en paz y en guerra, como lo hacen recíprocamente todas las naciones; 6.° Que únicamente desea la mediación de las potencias extranjeras, para que interpongan sus buenos oficios en favor de la humanidad, invitando á la España á ajustar y concluir un tratado de paz y amistad con la nación venezolana, reconociéndola y tratándola como una nación libre, independiente y soberana; 7.° Ultimamente, declara la república de Venezuela que desde el 19 de Abril de 1810 está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos: que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus derechos soberanos, y que por mantenerlos ilesos, como la divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela á sepultarse todo entero en medio de sus ruinas si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español.

Esta atrevida resolución, este ultimátum severo y perentorio, es el índice más determinativo de cuánto es el poder con que la poderosa inteligencia de un hombre se ingiere y

asimila en el pensamiento de sus conciudadanos. Por boca de aquella asamblea habló el Libertador.

En la proclama de 22 de Octubre, en que Bolívar convoca al Congreso nacional, se encuentra este párrafo, que no puede pasar inadvertido:

¡Venezolanos! Nuestras armas han destruído los obstáculos que oponía la tiranía á vuestra emancipación. Y yo, á nombre del ejército libertador, os pongo en posesión del goce de vuestros imprescriptibles derechos. Nuestros soldados han combatido por salvar á sus hermanos, esposas, padres é hijos; mas no han combatido por sujetarlos. El Ejército de Venezuela sólo os impone la condición de que conservéis intacto el depósito sagrado de la libertad; yo os impongo otra no menos justa y necesaria al cumplimiento de esta preciosa condición: elegid por magistrados á los más virtuosos de vuestros conciudadanos, y olvidad, si podéis, en vuestras elecciones, á los que os han libertado. Por mi parte, yo renuncio para siempre la autoridad que me habéis conferido, y no admitiré jamás ninguna que no sea la simple militar, mientras dure la infausta guerra de Venezuela. El primer día de paz será el último de mi mando.

Dura, muy dura era la situación marcial de la República; pero esto no doblegaba el espí-

ritu del ilustre caraqueño, que, con las respectivas posiciones ocupadas por los beligerantes, permanecía en aparente tranquilidad, y que en sus viajes á Maturín y al Apure, á pesar de las derrotas y sus contingencias, tenía la calma suficiente para escribir sobre el arzón el espléndido Mensaje y el proyecto de Constitución con que regresaría á Angostura á presentarse ante los representantes del Congreso.

En ese proyecto, bien que como en forma discutible y como simple derrotero, él proponía gran número de las ideas políticas que profesaba, no á título de dogmática preconización de sus opiniones, sino más bien como *el tributo de su sumisión al Congreso*, según sus palabras; y era aquel mensaje la expresión de sus convicciones filosóficas y aplicación de sus ideas políticas, extraídas de los sabios europeos de la época unas y otras hijas de penetración y del estudio atento y concienzudo que en medio de la guerra había hecho de los pueblos que deseaba constituir. El había entrado en lo íntimo de las costumbres populares, había comparado tiempos, razas, habitudes y tendencias, y no podía perder de vista la transformación política que había de verificarse; ni las circunstancias religiosas, ni las sociológicas, ni las de etnografía escaparon á su penetración y entendimiento.

XIII

Muy dura, muy penosa y aun ocasionada á desastres fué la campaña de 1818; casi no hubo pueblo ni ciudad, ni pampa de Venezuela en donde las armas republicanas no tuvieran alguna refriega con las realistas, sin que la suerte hubiera favorecido más á unas que á otras; pero esa situación nada significaba. Bolívar era inquebrantable, había jurado independizar á su patria ó morir en la demanda, y ese juramento lo cumpliría; su ideal, como todo ideal, era la obsesión de las almas fuertes, á lo cual se agregaba que ya tenía el refuerzo de las expediciones extranjeras y elementos de guerra, y que en breve reuniría el Congreso, que, aunque fuese un simulacro de Gobierno, á lo menos produciría sus efectos morales.

Reunióse el Libertador con Páez en San Juan de Payara el día 16 de Enero de 1819, con el objeto de combatir á Morillo, para lo cual contaba ya con 4.000 hombres, de los cuales la mitad eran de caballería; pero Morillo y Latorre se encontraban reunidos en San Fernando con un ejército de cerca de 7.000 hombres, la mayor parte de excelente y bien disciplinada infantería; éstos marcharon sobre

los patriotas, quienes no cometieron la temeridad de combatir contra enemigo tan superior en número y posiciones.

Bolívar, que á todo atendía, después de ordenar la retirada de Páez al otro lado del Arauca hasta el Orinoco y hacer que en marchas y contramarchas se fatigaran las tropas enemigas, se dirigió á Angostura, y el 15 de Febrero instaló el Congreso de la República, ante el cual renunció la autoridad civil que ejercía, pero no la militar. He aquí las palabras con que lo hizo, sacadas del mensaje con que se dirigió á esa corporación:

Al transmitir á los representantes del pueblo el Poder supremo que se me había confiado, colmo los votos de mi corazón, los de mis conciudadanos y los de nuestras futuras generaciones, que todo lo esperan de vuestra sabiduría, rectitud y prudencia. Cuando cumplo con este dulce deber, me liberto de la inmensa autoridad que me agobiaba, como de la responsabilidad que pesaba sobre mis débiles fuerzas. Solamente una necesidad forzosa, unida á la voluntad imperiosa del pueblo, me había sometido al terrible y peligroso encargo de dictador, jefe supremo de la República. Pero ya respiro devolviéndoos esta autoridad, que con tanto riesgo, dificultad y pena he logrado mantener en medio de las tribulaciones más horrorosas que pueden afligir á un cuerpo social.

....

¡Legisladores! Yo deposito en vuestras manos el mando supremo de Venezuela. Vuestro es ahora el augusto deber de consagraros á la felicidad de la República: en vuestras manos está la balanza de nuestros destinos, la medida de nuestra gloria: ellas sellarán los decretos que fijen nuestra libertad. En este momento el jefe supremo de la República no es más que un simple ciudadano, y tal quiere quedar hasta la muerte. Serviré, sin embargo, en la carrera de las armas mientras haya enemigos en Venezuela. Multitud de beneméritos hijos tiene la patria capaces de dirigirla: talentos, virtudes, experiencia y cuanto se requiere para mandar á hombres libres son el patrimonio de muchos de los que aquí representan al pueblo, y fuera de este soberano cuerpo se encuentran ciudadanos que en todas épocas han mostrado valor para arrostrar los peligros, prudencia para evitarlos, y el arte, en fin, de gobernarse y gobernar á otros. Estos ilustres varones merecerán, sin duda, los sufragios del Congreso, y á ellos se encargará del Gobierno, que tan cordial y sinceramente acabo de renunciar para siempre.

Es de notarse que aunque la provincia de Casanare es de la Nueva Granada, sin embargo allí estaba representada como una base de la unión del ex nuevo reino á Venezuela, y que entre los diputados muchos eran granadinos de los más distinguidos por su patriotismo, por su inteligencia y por su ilustración. Al mensaje de Bolívar contestó el prócer

Francisco Antonio Zea, presidente provisional del Congreso, en tales términos que no podemos excursarnos de reproducir una parte aquí:

No es ahora que puede justamente apreciarse el sublime rasgo de virtud patriótica de que hemos sido admiradores más bien que testigos. Cuando nuestras instituciones hayan recibido la sanción del tiempo; cuando todo lo débil y todo lo pequeño de nuestra edad, las pasiones, los intereses y las vanidades hayan desaparecido, y sólo queden los grandes hechos y los grandes hombres, entonces se hará á la abdicación del general Bolívar toda la justicia que merece, y su nombre se pronunciará con orgullo en Venezuela y en el mundo con admiración. Prescindo de todo lo que él ha hecho por nuestra libertad; ocho años de angustias y peligros, el sacrificio de su fortuna y de su reposo, afanes y trabajos indecibles, esfuerzos de que difícilmente se citará otro ejemplo en la Historia, esa constancia á prueba de todos los reveses, esa firmeza incontrastable para no desesperar de la salud de la patria, viéndola subyugada, y él desvalido y solo: prescindo, digo, de tantos títulos que tiene á la inmortalidad, para fijar solamente la atención en lo que estamos viendo y admirando. Si él hubiera renunciado la autoridad suprema cuando ésta no ofrecía más que riesgos y pesares, cuando atraía bajo su cabeza insultos y calumnias, y cuando no era más que un título al parecer vano, nada hubiera tenido de lau-

dable y mucho de prudente; pero hacerlo en el momento en que esta autoridad comienza á tener algunos atractivos á los ojos de la ambición y cuando todo anuncia próximo el término dichoso de nuestros deseos, y hacerlo de propio movimiento y por el puro amor de la libertad, es una virtud tan heroica y tan eminente que yo no sé si ha tenido modelo, y desespero de que tenga imitadores. Pero qué, ¿permitiremos nosotros que el general Bolívar se eleve tanto sobre sus conciudadanos que los oprima con su gloria, y no trataremos á lo menos de competir con él en nobles y patrióticos sentimientos, no permitiéndole salir de este augusto recinto sin revestirlo de esa misma autoridad de que él se ha despojado por mantener inviolable la libertad, siendo éste precisamente el medio de aventurarla?

Dirigía Zea esa pregunta á la representación nacional cuando el Libertador interrumpió con energía y vivacidad: "No, no; jamás, jamás volveré á aceptar una autoridad á que para siempre he renunclado de todo corazón por principios y por sentimientos". Continuó apoyando con razones su renuncia, y en seguida, previo permiso del Congreso, se salió del recinto, acompañado de una comisión de diez diputados que fué destinada á acompañarlo hasta su casa.

El mensaje á que hemos hecho alusión, que ha sido considerado por hombres de Estado

como una pieza maestra en materias de política, que mereció los encomios de D. Manuel Palacio Fajardo (1), y que, como dijimos antes, fué escrito en el viaje que Bolívar hizo al Apure (21 de Diciembre á 8 de Febrero), finaliza con el más bello, más estético y encantador cuadro en que la poética fantasía del Libertador contempla su ideal supremo, el sue-

(1) Su mensaje de Angostura—dice Gil Fortoul—lo confió Bolívar al distinguido humanista, políglota y diplomático Manuel Palacio Fajardo, con el encargo de revisarlo (la traducción inglesa) é imprimirlo (en Londres). Fajardo le escribe, en francés, á 19 de Marzo: «... Me honra mucho vuestra excelencia al confiar la revisión de su hermoso y original discurso al Congreso... Consagraré toda mi atención á corregirlo, es decir, dejaré los pensamientos, porque son bellos todos, pero omitiré algunas cláusulas repetidas ó cuya substancia se halla expresada en otras con más calor ó propiedad. La traducción inglesa que acaba de hacer Mr. Hamilton es excelente. El discurso de vuestra excelencia no ha perdido en ella nada de su fuerza, antes bien, gana en algunos puntos, en los que el traductor ha sabido aprovecharse de las ventajas de expresión que ofrece la lengua inglesa. Otra ventaja de la traducción es la de estar en buen inglés. El español de vuestra excelencia no siempre es puro, aunque siempre escogido, cadencioso y elegante. Hay pensamientos atrevidos en el discurso; pero dependen de la originalidad con que vuestra excelencia juzga nuestra situación política, y esta originalidad será religiosamente respetada.»—*Historia Constitucional de Venezuela*, t. I, página 274.

ño más querido entre todas sus ilusiones. Hémoslo aquí:

La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y Gobierno de estas repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca mi alma se remonta á la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá con admiración y pasmo la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas entre esos Océanos que la Naturaleza había separado y que nuestra patria reune con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio á la familia humana. Ya la veo enviando á todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro. Ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida á los hombres dolientes del antiguo universo. Ya la veo comunicando sus preciosos secretos á los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces á la suma de las riquezas que le ha prodigado la Naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la Libertad, empu-

ñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno. (1)

En esa sesión inaugural del Congreso se resolvió que el Libertador continuara en el Poder durante veinticuatro horas, mientras se deliberaba lo más conveniente, al cabo de las cuales aquella corporación quiso y dispuso que Bolívar continuara en el mando. Al comunicársele así, el Libertador volvió á renunciar en largo oficio que termina:

Una dolorosa experiencia ha mostrado cuán incompatibles son las funciones de magistrado y de

(1) Esa no es retórica vana, sino la aspiración del alma grandiosa de Bolívar: esa era la patria que él quería, la que él entreveía, por la que trabajó. En cuanto al genio literario de nuestro Libertador, léase el estudio de Don Rufino Blanco-Fombona, *Bolívar escritor*, estudio inserto en la obra titulada: SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR DE LA AMÉRICA DEL SUR, *por los más grandes escritores americanos*, ed. Renacimiento, Madrid. Juzgando á Bolívar como tribuno dice el Sr. Blanco-Fombona: «Tenía del orador la simultaneidad del pensamiento con la palabra, el verbo caudaloso, la memoria, la lectura, los recuerdos, el rasgo incisivo, la réplica pronta, la imaginación encendida, el espíritu poético, la facilidad de las imágenes, la tendencia á dramatizar las cosas, el conocimiento del hombre, la conciencia de su altura mental y la confianza en sí propio» (pág. 317).

defensor de la República: muchos reveses hemos sufrido por estar reunidos el poder militar y el civil, pues que un hombre solo no puede atender á la conservación de la paz y al ejercicio de la guerra, y un hombre solo difícilmente reune las virtudes y talentos que requieren el tribunal y el campo. Además he reconocido en la práctica de los negocios públicos que mis fuerzas son insuficientes para soportar la formidable carga de un Estado militante y al mismo tiempo en la infancia. Los representantes del pueblo deben saber que apenas serían bastantes todas las facultades de todos nuestros conciudadanos para componer un Gobierno reparador de tantas calamidades; ¿qué podrá, pues, reparar un soldado?

El soberano Congreso ha nombrado un vicepresidente para suplir mi ausencia de la capital. Yo debo estar siempre, por mi estado, ausente de la residencia del Gobierno; por consiguiente; este vicepresidente será siempre el primer magistrado de la nación; y siendo tan acertada y sabia la elección que ha recaído en el honorable representante Zea, actual presidente del Congreso, yo me atrevo á rogar á los representantes del pueblo se dignen admitir la respetuosa renuncia que hago de la presidencia del Estado.

Tan reiteradas renuncias no fueron admitidas por el Congreso; el secretario de esta corporación, D. Diego Bautista Urbaneja, recibió orden para contestar en los siguientes términos:

Excelentísimo señor:

No habiendo el soberano Congreso nacional accedido á las repetidas renuncias de la presidencia interina del Estado que se confirió á V. E. en la sesión ordinaria de ayer, y confirmado este nombramiento y el de vicepresidente del mismo en la persona del señor diputado Francisco Antonio Zea, por la de hoy, hasta que estos destinos sean constitucionalmente elegidos; y á consecuencia de la comunicación que á V. E. se hizo de esta deliberación, prestado ya el juramento debido, ha acordado el soberano Congreso se publiquen sus nombramientos, se haga una salva de artillería por ellos, y se mande iluminar generalmente esta capital por la noche de este día, y que al intento V. E. comunique sus respectivas órdenes á la comandancia general. Tengo el honor de transmitirlo, etc.

Para quien esto escribe es inadmisible la duda respecto de la sinceridad con que Bolívar renunció al mando supremo en lo civil, por más que algunos historiadores y biógrafos la hayan abrigado.

Bolívar comprendía el origen de las desavenencias de muchos de sus subalternos: era objeto de las envidias, y era tenido por ambicioso; si sus repetidas renuncias no hubieran sido sinceras no las habría acompañado de tanto calor, de tantas instancias y de tantos argumentos como los que presentaba. Por otra parte, él hubiera visto con

agrado la elección del Sr. Peñalver, persona á quien respetaba, de quien tenía la más alta idea como hombre versado en los negocios públicos, á quien profesaba particular cariño y de cuyo patriotismo tenía pruebas irrecusables; Zea, á quien él llamaba Cicerón, era para el Libertador un Mecenas; de Roscio tenía un concepto tan ventajoso que á poco lo hizo nombrar vicepresidente. Debe tenerse en cuenta que en lo relativo á sus sentimientos personales, la franqueza fué virtud inseparable de Bolívar, y por esa franqueza fué por lo que siempre declaró que no quería separarse del mando militar. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que Bolívar continuó como jefe supremo de la República, en interinidad, y que á contar de esta época en adelante es cuando ya el caudillo militar aparece á la posteridad revestido de sus eximias dotes de político y grande hombre de Estado.

Eran los días en que el Libertador se preparaba para continuar las operaciones militares cuando (2 de Marzo) el ilustre Daniel O'Conell, el gran agitador y jefe de la insurrección irlandesa de 1789, escribía á Bolívar lo que sigue. En esa carta se verá cómo ya el nombre de Colombia resonaba en el antiguo mundo, porque su fundador la recomendaba desde antes de salir á la luz con las glorias de las armas libertadoras:

Dublín, Marzo 2 de 1819.

Excelentísimo señor:

Un extranjero y desconocido se toma la libertad de haceros una súplica: me animan á ello mi respeto por vuestro alto carácter y mi adhesión á la santa causa de la libertad é independencia nacional, que vuestros talentos, valor y virtudes han sostenido tan gloriosamente.

Siempre he tenido simpatías por esta noble causa. Ahora que poseo un hijo capaz de llevar una espada en su defensa, os lo envío, ilustrado señor, para que, admirando é imitando vuestro ejemplo, sirva bajo vuestras órdenes y contribuya así con sus esfuerzos, débiles pero entusiastas, al buen éxito de las armas de una juventud que ha dado ya renombre á la república de Colombia.

Las ilusiones de los afectos paternales pueden muy bien hacerme apreciar el valor de los servicios que ahora os ofrezco. No obstante, permitidme deciros que estos servicios son tan desinteresados como patrióticos, y que ellos pueden tener también su origen en el sentimiento que ha engendrado el conocimiento de la nobleza de vuestra alma, dada á conocer por los servicios y los sacrificios que habéis hecho por la independencia de vuestro país natal.

Unidos á semejantes sentimientos de amor á la libertad, otros dos poderosos motivos me inducen al presente paso. El primero es: que penetrado de vuestro amor por la causa de la libertad, quiero daros una gran prueba de mi persuasión de ser fundada la admiración de vuestra fama en grandes

y remotas regiones. El segundo es: que mi hijo puede ser capaz de propender al afecto y benévolas relaciones entre los libres hijos de Colombia y los valientes, pero infelices nativos de Irlanda. Animado de tales sentimientos mi hijo os presenta sus servicios. Dignaos aceptarlos, guiado por el mismo espíritu con que los ofrece. El acompaña cerca de vos á mi valiente amigo el honorable general D'Evereux, á cuyas inmediatas órdenes desea servir.

Que vos, excelentísimo señor, que imitáis las virtudes de un Wáshington, logréis, como él, ver á todos los enemigos de vuestra patria confundidos y exterminados; y vivid, para gozar en lo futuro el ver enteramente libre á vuestro país natal. Que durante vuestra vida seáis reverenciado y venerado cual el gran prototipo de Wáshington; y que después de larga, útil y gloriosa carrera en este mundo, vuestra fama y celebridad sean embalsamadas con lágrimas de afecto de los hombres honrados, sabios y patriotas de todas las naciones, son los votos fervientes que hace por V. E. su más humilde servidor,

Daniel O'Connell (1).

Dejando el mando en lo civil al vicepresidente Zea, el Libertador marchó otra vez á la campaña. Unido á Páez en Caujaral de Cunaviche comprendió la imposibilidad de vencer

(1) Blanco: *Doc.* etc., t. VI, pág. 611.

por lo pronto las fuerzas realistas, y determinó inquietar al enemigo con emboscadas, escaramuzas y combates parciales en las llanuras regadas por el Arauca y el Apure.

La prueba de cuánto se podía esperar, como decía el Libertador, de los valientes que luchaban por la independencia, fué dada por los centauros que comandaba Páez en la batalla de las Queseras del Medio (Abril 2 de 1819), en donde obtuvieron homérica victoria.

En los meses de Abril y Mayo el Libertador hizo algunos movimientos que parecían encaminados al centro de Venezuela, y aun se creyó que él mismo se dirigiría á Barinas ¿Pensó realmente en abrir esta arriesgada campaña? Para nosotros es evidente que no.

Ya hemos visto atrás, por una carta dirigida al marqués del Toro, la importancia que para su estrategia daba á la posesión de Casanare; él envió con anticipación á Santander á esta región, riquísima en ganados y vituallas, á mantener asegurada la independencia y á organizar una división que desde luego denominó de *vanguardia*; comunicó órdenes á Páez (que éste no cumplió, pero que fueron suplidas por otras guerrillas respetables) para que abriera operaciones sobre los valles de Cúcuta; Urdaneta fué destinado para que con las tropas de enganchados ingleses y las que le debía proporcionar Arismendi en Margarita, ocupara á Barcelona;

Bermúdez, en combinación con Urdaneta, haría la guerra en Cumaná; Mariño impediría en Oriente las operaciones del enemigo; Zaraza, Monagas y Cedeño debían hostigar por otras partes al ejército de Morillo. Acercábase ya la estación de las lluvias en los llanos de Arauca y Casanare, tiempo terrible éste en que los chaparrones torrenciales son permanentes, en que los imponentes y anchurosos ríos salen de madre y en que esas pampas se anegan, formando inmensos lagos sin que se adivine senda transitable. Abierta así una campaña por Casanare hacia el centro de la Nueva Granada, con sólo que mediara algún tiempo antes que Morillo lo supiera—el tiempo suficiente para que entre el jefe realista y el republicano quedara intermediando la inundación—, ya se podía asegurar el éxito de esa campaña. Entretanto Morillo habría de quedar enclavado en sus posiciones, resguardado contra la acción de las lluvias y amenazado por las diferentes fuerzas que le llamaban la atención. La exactitud de estos cálculos fué justificada por el éxito.

La expedición con que Bolívar marchó hacia la Nueva Granada, que tenía proyectada desde 1817 y que ahora aparentó ser resolución de una Junta de guerra para curarse de la responsabilidad de un mal evento, salió del pueblo de Rincón Hondo el día 14 de Mayo

de 1819 y llegó el 21 al Mantecal, entrando el ejército en la ciudad de Guasdalito el día 2 de Junio y pasando el río Arauca en los días 4 y 5; en todo el día y noche del 9 y parte del 10 pasó el río Ele, que estaba sumamente crecido y desbordado; el 13 llegó á Tame, y el 14 á Betoyes, población en donde se reunió con el cuartel general de Santander. Aquí, en este pueblo, y con esa fecha, debe suponerse fué expedida esa hermosa proclama dirigida á los habitantes de Nueva Granada:

¡Granadinos! Un ejército de Venezuela, reunido á los bravos de Casanare, á las órdenes del general Santander, marcha á libertaros. Los gemidos que os ha arrancado la tiranía española han herido los oídos de vuestros hermanos de Venezuela, que después de haber sacudido el yugo de nuestros comunes opresores han pensado en haceros participar de su libertad. De los más remotos climas, una legión británica ha dejado la patria de la gloria por adquirirse el renombre de salvadores de la América. En vuestro seno, granadinos, tenéis ya ejércitos de amigos y bienhechores, y el Dios que protege siempre la humanidad afligida concederá el triunfo á sus armas redentoras... (1)

(1) SIMÓN BOLÍVAR: *Discursos y Proclamas, compilados, anotados, prologados y publicados*, por R. Blanco-Fombona, pág. 205, ed. Garnier Hermanos, París.

El día 22 ocupó á Pore, capital de la provincia; el 23 llegó á Nunchía, el 26 á Morcote y el 27 derrotó á los realistas en Paya.

El ejército republicano se componía de los siguientes cuerpos: 1.° de Cazadores, 1.° de línea de Nueva Granada, 1.° de Venezuela, batallón Rifles, batallón de Barcelona, batallón Bravos de Páez, batallón Rifles ingleses, escuadrón Lanceros del Alto Llano, Guías de Apure, Guías de Casanare y Dragones. Con la acción de Paya comenzó el glorioso acontecimiento del paso de los Andes, hecho mil veces superior á la travesía de los Alpes verificada en los tiempos antiguos por Aníbal y en los modernos por Napoleón.

El mismo día en que el general Bolívar escribía para el Congreso nacional el parte de la ocupación de Paya (30 de Junio), el diputado por Casanare, D. José María Vergara, interpretando los sentimientos tantas veces manifestados por el Libertador, propuso á esa corporación la formación de la gran república de Colombia con Venezuela y el Nuevo Reino de Granada.

La unión de la Nueva Granada—dijo—y Venezuela no puede ni debe ser como la de un país conquistado ó cedido en calidad de dote por convenir al interés de dos familias ó en cambio de otra por la misma ó diferente mira política. Debe hacer-

se por medio de la expresa voluntad de los habitantes de ambos países, convencidos de la recíproca utilidad que debe resultarles. Nueva Granada se unirá en obsequio de su eterna tranquilidad, del engrandecimiento nacional, de la prosperidad general y en reconocimiento á Venezuela, de cuyo constante patriotismo y liberalidad recibe la libertad y la independencia. Venezuela, menos poblada, con menos extensión en su territorio, conocida falta de recursos por una guerra desoladora, tiene tal vez mayor interés en propender á esta unión. Ambos países conocen su utilidad, ambos han aspirado á esta grande obra; al soberano Congreso toca poner y buscar los medios de realizarla.

En el año de 1813 el general Bolívar, después de su entrada en Caracas, propuso al Congreso de Nueva Granada, por la primera vez, la unión de ambas repúblicas bajo un mismo Gobierno. El Congreso, no creyendo poder resolver por sí, consultó á los gobiernos provinciales, y casi todos contestaron prestando su consentimiento á una unión que, fundándose sobre bases de justicia y utilidad recíproca, hiciese la fuerza y prosperidad nacional.

La desgraciada campaña de 1814, que terminó con la total ocupación de Venezuela por los enemigos, impidió la continuación del proyecto, aunque el Gobierno de la Nueva Granada nunca lo perdió de vista, y, al efecto, en el reglamento dado por el Congreso á fines de 1814, en que fué creado el Gobierno general, se resolvió que se convocara la Convención constituyente para cuando la capital de Venezuela estuviese libre, con el objeto de darle á esta república la representación que le correspondiese.

El Congreso, que aún no tenía noticia de las operaciones de Bolívar, con preferencia consideró en esa sesión lo propuesto por la Diputación de Casanare, resolviendo que una comisión presentara un proyecto de unión entre Nueva Granada y Venezuela, demostrando su importancia é indicando las bases para cuando ese negocio fuese discutido constitucionalmente.

El ejército realista derrotado en Paya tomó el camino más usual, transitado y fácil, tanto para llegar á Sogamoso, centro ya de la provincia de Tunja, como para defenderse de la persecución de los republicanos. Si Bolívar hubiera seguido en esa persecución habría sido destrozado por Barreiro en el Portachuelo de Platanales, antes de llegar á Labranzagrande, ó en los estrechos y peligrosos desfiladeros de *Las Barras*, ó en las durísimas pendientes por donde se trepa á las alturas del páramo de *San Ignacio* para salir á Mongua.

Más avisado el Libertador, hizo descansar sus tropas tres días en Paya, destacando sólo al general Anzoátegui, que siguió al pueblo de Pisba, pasó el río Payero y fingió seguir tras de los españoles. Entonces el ejército republicano marchó á Pisba.

El camino recorrido es quebrado, duro, y sus cuestas llenas de piedras y guijarros resquebrajados; de esa aldea se pasa al punto de

Tobacá por una vía semejante; de aquí se sigue por camino que apenas fué transitado en tiempo de las misiones y que ya en 1819 hacía muchísimos años estaba abandonado; sus cuestas son tortuosas, sumamente pendientes, ásperas y atravesadas por riachuelos impetuosos hasta Pueblo-Viejo; de aquí se sube á *La Ramada* pasando y repasando las cascadas y caídas del torrentoso Payero por zanjas y torrenteras profundas, llenas de piedras sueltas y con escalones hasta de á dos y de á tres varas de altura; luego se sube por sendero pedregoso y cascajales á la región vecina de las nieves perpetuas (12.000 pies sobre el nivel del mar), en donde se caminan más de 12 kilómetros por la roca desnuda, pues sólo se ven algunos líquenes y algas.

Tal es el páramo de Novagote, que los expedicionarios patriotas llamaron de Pisba y que hubieron de atravesar para llegar en seguida á los risueños campos de Socha, Tasco y demás pueblos de esa parte de la provincia.

Pero desde *La Ramada* (1) hasta terminar *La Laja* de la cordillera se siente un frío polar indecible y se camina por entre una niebla espesa; allí azota un viento continuado convertido en huracán; los chubascos son diluvios

(1) En muchas partes de la República hay otros puntos con este nombre.

acompañados de granizo, y la tormenta viene preñada de rayos, relámpagos y truenos.

¿Era posible que las caballerías del ejército republicano, que venían desde las planadas del Apure y del Arauca, resistieran aquellas marchas y pudieran atravesar esta parte de la cordillera de los Andes? Y ¿cómo la pasarían aquellos soldados, acostumbrados á un clima cálido, medio desnudos, bajo el peso de las armas y con el parque conducido sobre sus hombros?

Oigamos á un testigo presencial que hizo la relación de aquella campaña.

Tiemblo todavía al recordar el lastimoso estado en que yo he visto ese ejército que nos ha restituído la vida. Un número considerable de soldados quedaron muertos al rigor del frío en el páramo de Pisba; un número mayor había llenado los hospitales, y el resto de la tropa no podía ejecutar la más pequeña marcha. Los cuerpos de caballería, en cuya audacia estaba librada una gran parte de nuestra confianza, llegaron á Socha sin un caballo, sin monturas y hasta sin armas, porque todo estorbaba al soldado para volar y salir del páramo. Las municiones de boca y guerra quedáronse abandonadas, porque no hubo caballería que pudiese salir, ni hombre que se atreviese á conducirlas. En la alternativa de morir víctimas del frío preferían encontrarse con el enemigo en cualquier estado. El ejér-

cito era un cuerpo moribundo; uno que otro jefe eran los únicos que podían hacer el servicio (1).

Estaba llegando á Socha la expedición de Bolívar cuando Morillo supo que éste había marchado para la Nueva Granada. "Inmediatamente dispuse, en vista de tales avisos—dice Morillo al ministro de Guerra—, que saliese en posta para el Nuevo Reino de Granada el mariscal de campo D. Miguel de la Torre, á quien he confiado el mando de la tercera división y de todas las tropas del virreinato, dando orden para que le siga inmediatamente el primer batallón de Navarra, que se halla en Barinas, el cual deberá llevar su marcha por Mérida, Trujillo y Pamplona, á la provincia de Tunja..." Ya era tarde (2).

(1) Véase en la *Biblioteca Popular: Campaña de la Nueva Granada en 1819*, por F. de P. Santander.

(2) Justamente en estos días (4 de Julio), es decir, cuando el Libertador salía del páramo de Pisba, Mr. James Hamilton escribía á su alteza real el duque de Sussex un largo é importantísimo bosquejo de la situación política de Venezuela y de las operaciones del Libertador. De él tomamos los siguientes apartes:

«Como británico y amante decidido de su patria no puedo menos que sentir una especie de orgullo con las alusiones frecuentes á las instituciones británicas y á su historia. Si una ley ó reglamento debe adoptarse, sus buenos efectos en la Gran Bretaña se presentan como el más fuerte argumento, y si una proposición debe re-

Con el ejército que se ha descrito, el Libertador se presentaba en Nueva Granada á combatir contra un ejército aguerrido y hasta entonces triunfador que llegaba á 10.000 hombres. De estos 10.000 hombres trataban de cerrarle el paso inmediatamente 3.700 al mando

---

chazarse se cita la historia británica como la razón. Nuestro país ha llegado á la cumbre de la grandeza terrestre. La Gran Bretaña se presenta como un ejemplo que debe seguirse.

»Es considerada como la protectora de los derechos del género humano, y cuando una nación lucha por ser libre se dirige á ella como su apoyo auxiliar...

«El sistema adoptado en esta campaña por el general Bolívar ha producido los mejores y más importantes efectos; evitando estudiosamente una acción general con fuerza muy inferior, por su modo fabiano de hacer la guerra ha forzado á Morillo á abandonar las posiciones del Arauca y Apure, y á retirarse con pérdida de toda su caballería y con su infantería fatigada, debilitada y disminuída por los ataques incesantes del terrible Páez, que con sus lanceros de los Llanos aparece y desaparece casi en el mismo instante, por el frente, por los flancos y por retaguardia...

»En efecto: el aspecto político de la República se ha cambiado con la instalación del Gobierno, y este paso ha quitado al enemigo la esperanza de la discordia y de la división. Se empieza ya á consolidar un sistema regular y á poner fin á la situación. Ya están incorporados en el Congreso los diputados de Casanare, una de las provincias de la Nueva Granada, y se esperan los de las demás á proporción que vayan recuperando su libertad. La paz y la concordia reinan por todas partes entre los hijos de la independencia, y la unión de la

del general Barreiro. Ese ejército español del virreinato granadino estaba descansado, bien pagado, alimentado y vestido, con buena disciplina é instrucción militar, con equipo completo y con los cercanos auxilios del Gobierno (1).

Nueva Granada y Venezuela no es ya una esperanza, sino una realidad.

»La unión de Venezuela y la Nueva Granada, *que es uno de los objetos preferentes* que llaman la atención del Gobierno, trae consigo ventajas incalculables por la fuerza de tres millones de almas y por los recursos reunidos de un inmenso continente apoyado sobre los dos mares con infinitos puertos cómodos en ambos—una admirable variedad de climas que prodigan cuanto la Naturaleza produce, atravesado de infinitos ríos navegables que facilitan su comercio interior—, abundante en maderas exquisitas y con minas de los más preciosos metales, con una población industriosa y morigerada y dueño de la comunicación del Atlántico y del Pacífico...»

(1) El general D. Lino Duarte Level describe las fuerzas contendoras con datos auténticos y pormenorizados en su estudio sobre *La Campaña de Nueva Granada*. De ahí copiamos lo siguiente:

«El ejército español que quedó en el reino *(Nueva Granada)*—dice Enrile al ministro de Guerra *(de España)*—en 19 de Junio de 1817 constaba de cuatro batallones venezolanos, dos colombianos y tres españoles. Total, 7.000 infantes, más 400 ginetes. Para 1819, y según estado de fuerza enviado por Santander el 19 de Enero, el total de tropas españolas era de 9.880...»

Transcribamos ahora, para mayor comprensión, la síntesis que presenta el Sr. D. Rufino Blanco-Fombona

Pero los pueblos granadinos estaban resueltos á ser libres. La dominación de Sámano con sus cadalsos, persecuciones, humillaciones é injusticias, y el recuerdo de los frustrados esfuerzos de otro tiempo les habían enseñado á amar y desear la independencia. El entusiasmo despertado por la presencia de Bolívar fué frenético, y pronto les sobraron á los patriotas soldados, caballos, monturas, víveres y cuanto producía la región, reanimada con su presencia. Hubo combates en Corrales, de Bonza, en Gámeza y en los Molinos de Tópaga; gran batalla en el Pantano de Vargas (25 de Julio), y enseguida (7 de Agosto) la primera batalla decisiva de las que engrandecieron la guerra de la Independencia. Se libró esta batalla en el Puente de Boyacá. Triunfó Bolívar, sellando esta victoria con un acto de es-

---

de la campaña trasandina sobre el Nuevo Reino de Granada en 1819. Dice: «Bolívar pasa los Andes para independizar el virreinato y regresar sobre Venezuela hasta arrojar al Caribe á los enemigos. Es decir, amplía su radio de acción militar hasta 90.000 leguas cuadradas. De su ejército de Venezuela distrae una parte, y con 3.200 hombres trasmonta los Andes. En Nueva Granada lo esperan el virrey, general Sámano, y 9.880 soldados de Fernando VII, que sumados á las tropas realistas de Venezuela—ahora á espaldas de Bolívar—, llegan á 27.000 hombres ó un poco más.»

(*Prólogo á las* Memorias de O'Leary, *ed. de la Editorial-América, Madrid, 1916*.)

tricta justicia, pues allí mismo ahorcó al traidor Francisco Fernández Vinoni, aquel que en 1812 entregó la fortaleza de Puerto Cabello (véase atrás, página 60). Triunfó Bolívar, y la Nueva Granada fué libre.

Imponderable debió ser la sorpresa que causó en el Gobierno y en los habitantes de Santa Fe (Bogotá) la noticia de la victoria obtenida por los republicanos en Boyacá el día 7 de Agosto y la de que Bolívar venía volando sobre la ciudad capital.

Oigamos al historiador Groot, espectador que fué de aquel acontecimiento:

Una chispa eléctrica no corre con más velocidad que la fatal noticia entre los españoles y demás realistas. Lo primero que se les representó fueron las escenas de 1814 y 1815, la guerra á muerte y la multitud de víctimas sacrificadas en la Nueva Granada por Morillo y Sámano, cuya sangre veían humear y cuyos miembros pendían aún en las escarpias de Egipto y la Aguanueva clamando vindicta. En Bolívar no veían sino el genio de la muerte, y por todas partes enemigos implacables de cuyas manos no podían escapar si perdían los primeros momentos de aquel día de confusión y espanto, en que la copa del placer que estaban gustando se les convirtió en acíbar.

Era preciso haber estado en Santa Fe aquella noche y la madrugada del día siguiente para formarse una idea de lo que se llama turbación, te-

rror, trastorno. El que esto escribe lo presenció, porque, con motivo de vivir en casa de uno de sus inmediatos parientes, el hermano de Aparicio, la familia se impuso de todo lo acontecido desde que éste salió de donde el virrey á dar aviso á los suyos.

Veíanse cruzar los bultos de una parte á otra silenciosos y andando á la ligera; grupos aquí y allí que hablaban paso y se disolvían prontamente. Los jefes militares aprestaban con tanto afán como silencio la tropa en sus cuarteles; todo era movimiento y silencio.

A las dos de la mañana ya se sentía ruido; en la plaza se estaban matando reses traídas de los potreros inmediatos para racionar la tropa.

Cuando aclaraba el día, el camino de la Sabana se veía cubierto de emigrados que marchaban, unos para Honda y otros para el Sur; unos á caballo y los más á pie. El virrey salió entre una guardia de caballería disfrazado con una ruana verde y sombrero grande de hule colorado. Los ministros de la real Audiencia no todos tuvieron caballo en que salir. El oidor Vallecillas y los fiscales Miota y Lupetedi tuvieron que marchar á pie. El virrey los alcanzó antes de llegar á Fontibón, y aunque pasó por junto de ellos no tuvo el comedimiento de hacer desmontar sus soldados para darles caballos. En Facativá se detuvo unos momentos mientras tomaba un pocillo de chocolate y decía á los soldados que estuvieran en observación á ver si venían por ahí *esos cobardes*.

En la turbación de que fueron sobrecogidos los españoles, muchos de ellos dejaron sus casas aban-

donadas, y los almacenes de algunos ricos comerciantes abiertos, por haber ido á tomar algunas onzas, sin detenerse á cerrar la puerta, porque creían que de cualquier momento perdido podía depender su vida. El aturdimiento se apoderó de las cabezas en tales términos, que español hubo que por coger una mochila de dinero que había puesto sobre la baranda de un balcón donde tenía un gallo, tomó éste en lugar de la mochila y no advirtió en lo que llevaba hasta la salida de la ciudad, en que, juntándose con otros, le preguntaron para qué llevaba ese gallo. Varios buenos españoles, viejos y achacosos, salieron á medio vestir, envueltos en su capa, y así fueron á dar á pie hasta donde pudieron encontrar bestia, y hubo quienes así fueran hasta Honda, uno de ellos el comerciante D. Andrés de Urquinaona, español anciano que á nadie había hecho daño, el cual murió al llegar á aquella villa, ahogado con la fatiga del camino en aquel ardiente clima. Murió también en ese lugar y en el mismo día el arcediano Barco, y en el mismo sitio donde poco tiempo antes le habían remachado los grillos al arcediano Pey (1).

Bolívar entró en Bogotá el día 10 á las cinco de la tarde. Si su imaginación y su contento lo arrastraban á apoderarse de la ciudad y recibir los cordiales abrazos de sus amigos y de las gentes agradecidas, no por eso había

(1) *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, por D. José Manuel Groot, t. IV, pág. 18.

perdido el carácter de su índole activa y previsiva; ya las tropas vencedoras habían sido distribuídas en comisiones importantísimas que debían perseguir á los fugitivos para hacer completa la victoria de Boyacá. Anzoátegui persiguió á Sámano y compañeros hasta Nare; el coronel Ambrosio Plaza siguió en persecución de Calzada, que con la guarnición salió huyendo y á quien no se pudo dar alcance en su rota á Popayán; días después salió el general Soublette para Cúcuta, y el teniente coronel José María Córdoba para Antioquía, que estaba ocupada por el coronel Tolrá y que tampoco esperó al enemigo.

Fué indecible—dice el mismo Sr. Groot—el entusiasmo que se apoderó de todos los habitantes de la ciudad al ver al Libertador. El mismo júbilo hacía derramar lágrimas, y todos, hombres, mujeres y niños corrían á abrazarlo, á echarse á sus pies, sin saber cómo manifestarle su agradecimiento. El Libertador, con aquella alma tan grande y con su habitual elocuencia, á todos contestaba, á todos atendía lleno de ternura y profundamente conmovido con aquellas demostraciones de amor y reconocimiento que explicaban muy bien los largos sufrimientos y profunda pena de que acababan de salir los espíritus como por encanto.

El mismo Bolívar tomó la iniciativa con el fin de que se hicieran unos festejos religiosos, á que asistieron entusiasmados el cabildo eclesiástico, las autoridades civiles, los habitantes de la ciudad y todos los militares presentes: el día 15 se cantó la misa solemne con tedéum. En esa misma fecha se publicó el primer número de la *Gaceta de Santa Fe de Bogotá,* órgano oficial, y el 17 dictó el Libertador su primer acto de gobierno, que fué un reglamento provisional para los gobernadores y comandantes generales de las provincias libres de Nueva Granada, que tenía por objeto delimitar las facultades y jurisdicción entre las autoridades civiles y las militares, y dar á éstas las facilidades necesarias para que llenaran su misión en las actuales circunstancias. Después se puso de acuerdo con las autoridades eclesiásticas, á fin de mantener el régimen en concordancia con el nuevo estado de cosas, y el día 8 de Septiembre expidió esa proclama que contiene en parte el final del mensaje presentado al Congreso de Angostura, como que es la expresión de la idea, que, germinada en su cerebro, seguía un desarrollo más y más efectivo. La proclama dice así:

¡Granadinos!

Desde los campos de Venezuela el grito de vuestras aflicciones penetró mis oídos y he venido por

tercera vez con el ejército libertador á serviros. La victoria, marchando siempre delante de nuestras banderas, nos ha sido fiel en vuestro país y dos veces vuestra capital nos ha visto triunfantes. En ésta, como en las otras, yo no he venido ni en busca del poder ni de la gloria. Mi ambición no ha sido sino la de libertaros de los horribles tormentos que os hacían sufrir vuestros enemigos, y restituiros al goce de vuestros derechos para que instituyáis un Gobierno de vuestra espontánea elección.

El Congreso general residente en Guayana, de quien dimana mi autoridad, y á quien obedece el ejército Libertador, es en el día el depositario de la soberanía nacional de venezolanos y granadinos. Los reglamentos y leyes que ha dictado este cuerpo legislativo son los mismos que os rigen y son los mismos que he puesto en ejecución.

¡Granadinos! *La reunión de Nueva Granada y Venezuela en una república es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos, y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana.* Pero este acto tan grande y sublime debe ser libre y, si es posible, unánime por vuestra parte. Yo espero, pues, la soberana determinación del Congreso para convocar una asamblea nacional que decida la incorporación de la Nueva Granada. Entonces enviaréis vuestros diputados al Congreso general, ó formaréis un Gobierno granadino.

Yo me despido de vosotros por poco tiempo, granadinos. Nuevas victorias esperan al ejército libertador, que no tendrá reposo mientras haya enemigos en el Norte y Sur de Colombia.

Entretanto nada tenéis que temer. Yo os dejo

valerosos soldados que os defiendan, magistrados justos que os protejan y un vicepresidente digno de gobernaros.

¡Granadinos! Ocho de vuestras provincias respiran la libertad. Conservad ileso este sagrado bien con vuestras virtudes, patriotismo y valor. No olvidéis jamás la ignominia de los ultrajes que habéis experimentado, y vosotros seréis libres.

Al día siguiente de esta proclama el Libertador dirigió al fugitivo virrey un oficio en que le proponía el canje de prisioneros; pero ese anciano, ya tan caduco y caprichoso como lleno de vanidad, no se dignó contestar; en mano de Sámano estuvo salvar de la muerte á los prisioneros de Boyacá. No lo hizo, y le responsabilidad moral así como la histórica han de recaer principalmente sobre él, ya que la legal la aceptó francamente el general Santander (1).

(1) El oficio del Libertador para Sámano decía así: «Cuartel general en Santa Fe, á 9 de Septiembre de 1819.

»Al general Sámano, comandante en jefe de las tropas del rey en Cartagena.

»El ejército español que defendía el partido del rey en la Nueva Granada está todo en nuestro poder, por consecuencia de la gloriosa jornada de Boyacá. El derecho de la guerra nos autoriza para tomar justas represalias; nos autoriza para destruir á los destructores de nuestros prisioneros y de nuestros pacíficos ciudadanos; pero yo, lejos de competir en maleficencia con nuestros

Establecidas de una manera sólida, cierta y eficaz las relaciones entre la Iglesia y el Poder civil: hechos al Libertador por una grande asamblea los suntuosos honores á que tenía derecho y que no se le hicieron cuando entró á la capital porque llegó á ella intempestivamente, y habiendo dejado el Gobierno á cargo del general Santander, á quien había nom-

---

enemigos, quiero colmarlos de generosidad por la centésima vez. Propongo un canje de prisioneros para libertar al general Barreiro y toda su oficialidad y soldados. Este canje se hará conforme á las reglas de la guerra entre las naciones civilizadas, individuo por individuo, grado por grado, empleo por empleo. La Angostura del Magdalena será el lugar señalada para efectuar este acto de humanidad y de justicia.

»Pido, en primer lugar, la oficialidad y tropa inglesa tomada en Portobelo al general Mac-Gregor.

»En segundo, la oficialidad y tropa prisionera en Cartagena y Santa Marta.

»En tercero, la oficialidad y tropa independiente condenada á servir bajo las banderas españolas.

»En cuarto, los paisanos condenados á presidio por patriotas.

»No habiendo, como no hay, suficiente número de militares prisioneros para canjear los que están en mi poder, admito dos paisanos por un soldado; tres por un sargento; cuatro por un subteniente; cinco por un teniente; seis por un capitán; siete por un mayor; ocho por un teniente coronel; nueve por un coronel, y por el general Barreiro exijo doce por lo menos.

»Dios guarde, etc.

»Bolívar».

brado vicepresidente de Cundinamarca, Bolívar resolvió hacer su rápido viaje de regreso á Angostura.

Esta campaña produjo á las armas republicanas, por lo pronto, cerca de un millón de pesos, que Sámano dejó abandonados, para los gastos de la guerra; todos los parques y arsenales del interior de la Nueva Granada; los soldados realistas que fueron incorporados en el Ejército de la República y los que por miles se presentaban á alistarse bajo las banderas de ésta, y la libertad de las provincias de Tunja, Socorro, Pamplona, Cundinamarca, Mariquita, Neiva, Antioquía, Chocó y parte de la de Popayán.

Ese era el éxito aguardado por el Libertador. Morillo supo apreciar el resultado de la derrota española cuando al saber (11 de Septiembre) lo ocurrido en Boyacá dió al ministro de Guerra español el parte oficial correspondiente. Extractamos:

Excelentísimo señor:

Por los adjuntos partes que paso á manos de V. E. para conocimiento de su majestad y oficio del virrey de Santa Fe se enterará V. E. de la desgraciada acción del 7 de Agosto último, en que fué completamente derrotada la tercera división del ejército de mi mando, á las órdenes del coronel D. José Barreiro, en las inmediaciones de Tunja,

ignorándose hasta ahora la suerte de este jefe y la de todos los oficiales y soldados de dicha división, que probablemente habrán perecido en manos de los rebeldes. Ningunos detalles puedo transmitir á V. E. de acción tan funesta, porque hasta ahora no han llegado á mi poder otros conocimientos más de los expresados.

El sedicioso Bolívar ha ocupado inmediatamente la capital de Santa Fe, y el fatal éxito de esa batalla ha puesto á su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra de estas provincias, pues los insurgentes, y menos este caudillo, no se detienen en fórmulas ni consideraciones.

Cuentan con la disposición de los habitantes, y no son responsables á ninguna ley de sus procederes.

Luego que supe la marcha de Bolívar desde Guasdualito á Casanare con direccción al reino, hice salir en posta al mariscal de campo D. Miguel de la Torre para que se encargara del mando de la tercera división y demás tropas del virreinato, según anuncié á V. E. en mi oficio de 2 de Julio último, haciendo seguir inmediatamente el primer batallón de Navarra. Pero á la llegada de aquel jefe á la villa del Rosario de Cúcuta, en los valles de este nombre, se encontró con el camino interceptado por numerosas partidas de rebeldes que cortaban enteramente la comunicación con el interior del reino, y tuvo que aguardar la llegada del Navarra, que emprendiendo su marcha desde Barinas, punto más inmediato, tenía que andar, sin embargo, más de

doscientas leguas por un país despoblado y falto de auxilios.

Así es que no pudiendo llegar (el general La Torre) á tiempo de reforzar la tercera división, Bolívar continuó sus marchas engrosando siempre su ejército con nuestros desertores, los descontentos y los hombres de todas clases y condiciones que fué sacando de los pueblos que invadía, y pudo presentarse con fuerzas tan respetables al frente de nuestras tropas que logró derrotarlas completamente.

Esta desgraciada acción entrega á los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en la mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú, en que no hay ni un soldado, queda á merced del que domina en Santa Fe, á quien al mismo tiempo se abren las casas de monedas, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el rey nuestro señor en todo el virreinato. Tres mil venezolanos aguerridos que formaban la tercera división, muy buenos oficiales y cuatro ó cinco mil fusiles aumentan ya el ejército de Bolívar... (1).

Después de establecer la alta corte de Justicia, tribunal supremo de todas las provincias; de organizar los gobiernos provinciales,

(1) *El teniente general Don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de la Puerta (1778-1837).* Estudio biográfico documentado por Antonio Rodríguez Villa, t. IV, pág. 49.

á los cuales les dió gobernador político y comandante militar; de haber restablecido el Tribunal mayor de Cuentas; de haber creado la Dirección y la Superintendencia de Hacienda y arreglado el personal de la Casa de Moneda, activando sus trabajos; de haber visitado las salinas de Zipaquirá y hacerles algunas reformas útiles, y de haber puesto en movimiento varios batallones para Antioquía, Chocó y Popayán, el Libertador salió para Angostura el lunes 20 de Septiembre.

Salieron con él hasta bien lejos de la ciudad multitud de personas que sin haberse dado cita para ello se encontraron en el palacio reunidas por la idea de acompañar al Libertador y padre de la patria.

En Tunja recibió una verdadera ovación del clero secular y regular, de los monasterios de religiosas, los funcionarios públicos, los niños, los ancianos, los pobres, los ricos, hasta los enfermos; todos se le acercaban transportados de alegría y con los más vehementes sentimientos de gratitud; y de la misma manera á su paso por Puente Real, Vélez, Socorro y demás pueblos de tránsito.

Hallábase Bolívar en el pueblo de la Salina de Chita, de paso para Angostura, cuando supo los acaecimientos que en aquella capital se sucedieron durante su ausencia. ¿Qué había sucedido en Angostura?

Hemos dicho que Bolívar, antes de marchar á la campaña de la Nueva Granada, dejó á Urdaneta encargado de ponerse á la cabeza de las tropas inglesas, aumentadas con algunos soldados que de la isla de Margarita debía proporcionarle el general Arismendi; pero éste y el gobernador Gómez, con sus influencias, se opusieron á la organización de las tropas con que Urdaneta debía obrar sobre Barcelona.

Este jefe puso preso á Arismendi y lo envió á Angostura, para que allí fuese juzgado. Mariño, que había quedado maniobrando en Oriente, que era un enemigo emboscado de Bolívar, que era diputado del Congreso y que había obtenido un triunfo brillante en Cantaura, fué llamado por el vicepresidente Zea á ocupar su puesto en el Congreso, lo cual hizo contra su voluntad. Zea era un sabio, correcto escritor, patriota aquilatado, pero su condición de hombre civil lo hacía aparecer con cierto carácter de debilidad y le había enajenado el prestigio y el respeto de los hombres de sable y bayoneta.

En Angostura—dice Gil Fortoul—, adonde llegó preso el 21 de Julio, Arismendi procuró sincerarse diciendo que quien se oponía á la expedición era el gobernador Gómez, y pidió en seguida ser juzgado por el Congreso. Este examinó el expediente en

Agosto y lo devolvió sin tomar por el pronto ninguna resolución. Pero en el mes siguiente se aprovechó de este asunto la oposición parlamentaria, cuyos directores eran el licendiado Gaspar Marcano, el doctor Domingo Alzuru, diputados de Margarita, para extremar sus ataques contra Bolívar, á quien censuraban el haber pasado á la Nueva Granada sin previa autorización del Congreso, y contra el vicepresidente Zea, de quien por ser granadino y hombre civil desconfiaban algunos generales venezolanos. Propusieron sin ambages el 14 de Septiembre que se reemplazase á Zea con un jefe militar, por de contado Arismendi. Agolpáronse al punto muchos oficiales á la barra del Congreso, y amedrentada la mayoría se convino que Zea presentase su renuncia y se eligiese á Arismendi vicepresidente. Este, sacado de la cárcel, se arrogó el título de capitán general de los Ejércitos de Venezuela y asumió de hecho la dictadura, sin sujetarse á ninguna ley, y mucho menos á la lejana autoridad de Bolívar (1). Exigió al comercio un empréstito de 4.000 pesos para atender á los gastos de la guerra; para lo mismo declaró que pertenecían al Estado todos los cueros de ganado vacuno (principal artículo de exportaciones), cualesquiera que fuesen sus dueños; dispuso que las tropas auxiliares extranjeras se equiparasen á las venezolanas

(1) Le escribió, sin embargo, el 16 de Septiembre: "En el conflicto en que me ha reducido (el Congreso), me anima la esperanza de que usted me dirigirá con sus órdenes y consejos, de los que protesto no separarme..."

para el efecto de las asignaciones de bienes confiscados; destituyó á Bermúdez del mando del ejército de Oriente, sustituyéndole con Mariño; marchó, finalmente, á Maturín, á dirigir las operaciones militares.

Así iban las cosas—creyendo Arismendi y sus parciales que el Libertador fracasaría irremediablemente en su aventurada empresa al otro lado de los Andes—cuando se tuvo noticia de la victoria de Boyacá y del próximo regreso del propio Bolívar. Llegado éste á Angostura el 11 de Diciembre se desbarató como por ensalmo el Gobierno disidente. El Congreso aclama al Libertador.

El diputado Alzuru, cabeza de la oposición y gran elector de Arismendi, no tiene ahora empacho en decir, á vuelta de otras líricas alabanzas: "Por mucho que hagamos para manifestar nuestra gratitud á nuestro amigo y conciudadano Simón Bolívar, jamás podremos recompensar dignamente á un héroe que nos ha dado patria, vida y libertad."

Arismendi se apresura á renunciar la vicepresidencia, advirtiendo que no se había determinado á ejercerla (son sus palabras) sino por el "imperio de las circunstancias, una ciega obediencia (?) y sobre todo el vehemente deseo de servir á la patria" (1).

Y dice el marqués de Rojas, refiriéndose á esta impudorosa conspiración:

(1) *Op. cit.*, t. I, pág. 286.

En esto presentóse Bolívar en Guayana, y en vez de castigar á los conspiradores y de restablecer la majestad del Congreso, ultrajada por el motín del 14 de Septiembre, no reconvino siquiera á sus autores, limitándose á expresar su desprecio personal á ciertos amigos que habían tomado parte en aquella trama (1).

El Sr. Groot también comenta el escándalo en los siguientes términos:

La ciudad de Angostura estaba en candela, era una revolución en forma lo que había, y el honor del Libertador se hallaba por los suelos, pues hasta hicieron creer que estaba en derrota, perdido el ejército y que venía prófugo. Esto era lo que corría como cierto cuando el 19 de Septiembre llega el parte oficial de la victoria de Boyacá y la completa destrucción del ejército español más respetable. Aquella noticia fué como un rayo que dejó petrificados á los revoltosos y émulos del Libertador. Toda la población, embriagada de la más grande alegría, prorrumpió en vivas y aclamaciones al Libertador. El Gobierno se afirma; los calumniantes quedan corridos y avergonzados (2).

El día 11 de Diciembre, á las diez de la mañana, entró el Libertador en la ciudad de An-

(1) *Op. cit.*, pág. 188.
(2) *Op. cit.*, t. IV, pág. 47.

gostura, no habiéndose tenido noticia de su llegada sino momentos antes.

El entuasiasmo de que estaba animado el vecindario todo era inmenso; en pocos minutos estuvo adornada de festones y palmas la calle por donde debía entrar, y á su encuentro salió el gobernador con muchos oficiales y extraordinario gentío.

Cuando se divisó el buque en que llegaba, la escuadrilla lo saludó con salvas de artillería, y cuando puso pie en tierra saludáronle los cañones de la plaza, en donde lo aguardaba una comisión del Congreso, el comandante general de la provincia con su Estado Mayor, generales, jefes y oficialidad residentes en la capital; la municipalidad, presidida por el gobernador político, y con todo el pueblo los principales ciudadanos y extranjeros.

El pueblo no pudo contener su entusiasmo al ver al Libertador, y prescindiendo de todo ceremonial se precipitó á recibirlo con vivas y aclamaciones, conduciéndolo en brazos hasta la casa del comandante general, en donde le aguardaba un respetabilísimo y numeroso grupo de señoras; éstas, recibiéndolo con indecible animación y arrebatándolo al pueblo, lo condujeron al palacio, en tanto que la multitud, sin distinciones sociales, lo aclamaba *Libertador y padre de la*

patria, destructor de la opresión y vencedor de la tiranía.

El día 13 anunció el Libertador al Congreso el ánimo que tenía de pasar personalmente á presentar á la representación nacional el homenaje de los triunfos y victorias obtenidas por el ejército de su mando en la Nueva Granada y la expresión del deseo *unánime de los pueblos granadinos de su reunión política con los de Venezuela,* por lo cual esa corporación se convocó para sesión extraordinaria del día siguiente.

El día 14, á las doce de la mañana, instalado el Congreso, fué nombrada una comisión que fué á felicitar al Libertador y á acompañarlo hasta el recinto de la corporación; al mismo tiempo que repercutían las salvas de la artillería con que se le hacían los honores, el Congreso en cuerpo salió fuera de la barra á recibir á Bolívar, á quien el presidente de la representación, por singular muestra de acatamiento, le cedió el puesto principal.

Entonces el egregio caudillo, después de hacer una reverencia al Congreso, pronunció el siguiente discurso:

¡Señores del cuerpo legislativo!

Al entrar en este augusto recinto, mi primer sentimiento es de gratitud por el honor infinito que se

ha dignado dispensarme el Congreso permitiéndome volver á ocupar esta silla, que no ha un año cedí al presidente de los representantes del pueblo.

Cuando inmerecidamente, y contra mis fuertes sentimientos, fuí encargado del Poder ejecutivo al principio de este año, representé al Congreso soberano que mi profesión, mi carácter y mis talentos eran incompatibles con las funciones de magistrado; así, desprendido de estos deberes, dejé su cumplimiento al vicepresidente, y únicamente tomé sobre mí el encargo de dirigir la guerra. Marché luego al ejército de Occidente, á cuyo frente se hallaba el general Morillo, con fuerzas superiores. Nada habría sido más aventurado que dar una batalla en circunstancias en que la capital de Caracas debía ser ocupada por las tropas expedicionarias últimamente venidas de Europa, y en momentos que esperábamos nuevos auxilios. El general Morillo, al aproximarse el invierno, abandonó las llanuras del Apure, y juzgué que más ventajas produciría á la República la libertad de la Nueva Granada que completar la de Venezuela.

Sería demasiado prolijo detallar al Congreso los esfuerzos que tuvieron que hacer las tropas del ejército libertador para conseguir la empresa que nos propusimos· El invierno en llanuras anegadizas, las cimas heladas de los Andes, la súbita mutación de climas, un triple ejército aguerrido y en posesión de las localidades más militares de la América Meridional, y otros muchos obstáculos tuvimos que superar en Paya, Gámeza, Vargas, Boyacá y Popayán, para libertar en menos de tres meses doce provincias de la Nueva Granada.

Yo recomiendo á la Soberanía nacional el mérito de estos grandes servicios por parte de mis esforzados compañeros de armas, que con una constancia sin ejemplo padecieron privaciones mortales y con un valor sin igual en los anales de Venezuela vencieron y tomaron el ejército del rey. Pero no es sólo al ejército libertador á quien debemos las ventajas adquiridas. El pueblo de la Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre. Su eficaz cooperación reparó nuestras pérdidas y aumentó nuestras fuerzas. El delirio que produce una pasión desenfrenada, es menos ardiente que el que ha sentido la Nueva Granada al recobrar la libertad.

Este pueblo generoso ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en aras de la patria, ofrendas tanto más meritorias cuanto son espontáneas. Sí, la unánime determinación de morir libres y de no vivir esclavos ha dado á la Nueva Granada un derecho á nuestra admiración y respeto. *Su anhelo por la reunión de sus provincias á las provincias de Venezuela, es también unánime. Los granadinos están íntimamente penetrados de la inmensa ventaja que resulta á uno y otro pueblo de la creación de una nueva república, compuesta de estas dos naciones.*

La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del Sur.

¡Legisladores! El tiempo de dar UNA BASE FIJA Y ETERNA á nuestra República ha llegado. A vuestra sabiduría pertenece decretar *este grande acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales*

va á fundarse ESTA VASTA REPÚBLICA. *Proclamadla á la faz del mundo, y* MIS SERVICIOS QUEDARÁN RECOMPENSADOS. (1)

A este hermosísimo discurso, tan expresivo cuanto lacónico, en que puso de manifiesto el ideal sublime que venía persiguiendo desde que por primera vez empuñó las armas, como lo acababa de expresar; á esto, que tantas veces manifestó en asambleas y reuniones, y con lo cual sugestionaba á nacionales y extranjeros, contestó el presidente del Congreso con otro en que, después de recapitular los méritos y grandes servicios del Libertador, manifestaba la justicia de premiar á este grande hombre proporcionándole la realización de su *ideal* de la siguiente manera:

¿...y qué hombre sensible á lo sublime y grande, en qué país capaz de apreciar los altos hechos y los altos hombres, dejará de pagarse á Bolívar el tributo de entusiasmo debido á tanta audacia y á tan extraordinarias proezas?—Haber llevado el rayo de las armas y de la venganza de Venezuela desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico, haber enarbolado el estandarte de la Libertad sobre los Andes del Oriente y los del Occidente; haber arrebatado

(1) SIMÓN BOLÍVAR: *Discursos y proclamas*, pags. 74-76, ed. Garnier hermanos. París.

en su rápida carrera doce provincias á la inquisición y á la tiranía; haber hecho resonar desde las llanuras de Casanare hasta las cimas heladas de los montes del Ecuador, en una extensión de más de cuarenta mil leguas cuadradas, el grito heroico de *independencia ó muerte*, que cada vez repiten los pueblos con nueva energía y más intrépida resolución, tantos prodigios obrados por la salud del mundo interesado en la independencia de la América, ¿no serán admirados, ni el genio á quien se deben obtendrá el premio á que ambiciona?

¡Qué! ¿no logrará él la unión de los pueblos que ha libertado y sigue libertando?, unión que es de necesidad para las provincias de Venezuela, las de Quito y las que propiamente constituyen la Nueva Granada; de infinito precio para la causa de la independencia; de grandes ventajas para toda la América, y de interés general para todos los países industriosos y comerciantes.

La importancia en política es proporcionada á las masas como la atracción en la naturaleza. Si Quito, Santa Fe y Venezuela se reunen en una sola República, ¿quién podrá calcular el poder y prosperidad correspondiente á tan inmensa masa? ¡Quiera el cielo bendecir esta unión, cuya consolidación es el objeto de todos mis desvelos y el voto más ardiente de mi corazón[1]...

No dejó pasar el Libertador tan propicia ocasión para dar una muestra más de su modestia, atribuyéndole sólo al ejército el mérito de su gloriosa campaña; de recordar con

gratitud á sus compañeros que fueron víctimas de la muerte, y muy especialmente al héroe del pantano de Vargas, coronel Rook, y al general Anzoátegui, muerto inesperadamente en Pamplona, y de hacer justicia al patriota é ilustrado clero secular y regular de la Nueva Granada, por lo cual decía Bolívar que estaba persuadido altamente "de que la independencia de América extendería el imperio de la religión y le daría nuevo realce y esplendor"; y al volver á hablar de los pueblos, del ejército y de la oficialidad, añadió "que unos y otros hallarían su recompensa *en la deseada unión política*, que aseguraría á todos la conservación de su fortuna, de sus derechos y de su libertad".

Una vez que el Libertador se retiró de sesión tan solemne y antes de cerrarse ésta el presidente del Congreso requirió á la respectiva comisión para que presentase el expediente y los trabajos hechos sobre el proyecto de reunión de Venezuela y la Nueva Granada, y como se manifestase que estaban elaborados el informe y el proyecto, se acordó suspender cualquiera otro asunto para ocuparse en éste próximamente.

Llegado á su palacio el Libertador, con esa actividad que hacía parte de su organismo, con esa entereza de alma que lo distinguía y con esa fortaleza de cuerpo impenetrable al

cansancio, á los cambios de climas y á las enfermedades, tomó la pluma y escribió al almirante Brion, que se encontraba en Margarita, una carta en que le decía:

Estoy de vuelta en Venezuela, con el placer de haber libertado en tres meses doce provincias de la Nueva Granada, que están perfectamente tranquilas, seguras y bien guarnecidas. Vengo á emprender sobre Venezuela, cuya suerte me parece decidida, pues con los recursos que me ha dado la Nueva Granada en hombres y dinero he formado un ejército muy superior al que puede oponerme Morillo. Además, la moral de las tropas de la República es muy superior á la del ejército del rey, que ha sido vencido y tomado en Boyacá. Las consecuencias de esta jornada son incalculables, y en mi concepto, *queda asegurada la base de la libertad de ambos Estados.*

El coronel Montilla va á esa isla á ejecutar una operación de mucha consecuencia é importancia para la realización de mi plan de operaciones en la próxima campaña. Actividad y prontitud son los principales agentes de esta empresa; sin ellos faltará mi plan y se frustrarán mis ideas, y sufriremos retardos perjudiciales y funestos á la libertad, á usted y á todos los que tanto tiempo ha combaten por ella.

La escuadra del mando de usted es en esta ocasión más necesaria que nunca. Los buques del Gobierno, de usted, los corsarios de particulares,

cuantos usted crea necesarios, deben emplearse en ella. Montilla dirá sobre medios de subsistencia y sobre todo, pues para todo tiene órdenes é instrucciones.

Si usted creyese que es más útil su presencia en la isla, que mande la escuadra al general Clemente; pero usted debe, desde el acto que llegue Montilla, desplegar la infatigable actividad que usted tiene, y principalmente en un asunto de tanta importancia, para que la escuadra se aliste pronto, pronto. Yo quedo tan confiado estando usted allá como si estuviera yo mismo. Allane usted todo (1).

Y al día siguiente escribía á sus parientes los señores Toros:

Yo estaré aquí pocos días. Montilla dirá á ustedes cuanto deseen saber, y va encargado por mí para entregarles á ustedes cuanto dinero necesiten para su viaje, el cual espero se haga lo más pronto posible, tanto porque así lo desea mi amistad como el servicio de la patria. Si aquí estuviese Fernando, ahora me ayudaría extraordinariamente en muchas cosas que sólo él puede desempeñar... (2).

---

(1) *Memorias del general O'Leary*, t. XXIX, pág. 155, y CARTAS DE BOLÍVAR, vol. I, págs. 268-270, ed. crítica de Blanco-Fombona, Louis-Michaud. París.

(2) CARTAS DE BOLÍVAR, edición crítica, pág. 271.

Día fausto, día grande, día de imborrable recordación debió de ser para Simón Bolívar el día 17 de Diciembre, fecha que llevó la ley fundamental de la *Gran Colombia*. En esas calendas memorables apareció la sublime creación del genio de la América del Sur, hermoseada con los atavíos de la guerra, de la inteligencia y de la virtud.

Ley fundamental de la república de Colombia.

El soberano Congreso de Venezuela, á cuya autoridad han querido voluntariamente sujetarse los pueblos de la Nueva Granada recientemente libertados por las armas de la República:

CONSIDERANDO:

1.° Que reunidas en una sola República las provincias de Venezuela y de la Nueva Granada tienen todas las proporciones y medios de elevarse al más alto grado de poder y prosperidad;

2.° Que constituídas en repúblicas separadas, por más estrechos que sean los lazos que las unan, bien lejos de aprovechar tantas ventajas, llegarían difícilmente á consolidar y hacer respetar su soberanía;

3.° Que estas verdades altamente penetradas por todos los hombres de talentos superiores, y de un ilustrado patriotismo, habían movido los gobiernos de las dos repúblicas á convenir en su reunión, que las vicisitudes de la guerra impidieron verificar;

Por todas estas consideraciones de necesidad y

de interes recíproco, y con arreglo al informe de una comisión especial de diputados de la Nueva Granada y de Venezuela, en el nombre y bajo los auspicios del Ser Supremo, ha decretado y decreta la siguiente ley fundamental de la república de Colombia:

Artículo 1.º Las repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola, bajo el título glorioso de república de Colombia.

Art. 2.º Su territorio será el que comprendían la antigua Capitanía general de Venezuela y el virreinato del Nuevo Reino de Granada, abrazando una extensión de 115.000 leguas cuadradas, cuyos términos precisos se fijarán en mejores circunstancias.

Art. 3.º Las deudas que las dos Repúblicas han contraído separadamente, son reconocidas *in solidum* por esta ley como deuda nacional de Colombia, á cuyo pago quedan vinculados todos los bienes y propiedades del Estado, y se destinarán los ramos más productivos de las rentas públicas.

Art. 4.º El Poder ejecutivo de la República será ejercido por un presidente, y en su defecto por un vicepresidente, nombrados ambos interinamente por el actual Congreso.

Art. 5.º La república de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá las provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santa Fe.

Art. 6.° Cada departamento tendrá una Administración superior y un jefe nombrado por ahora por este Congreso con el título de vicepresidente (1).

....

Art. 13. La república de Colombia será solemnemente proclamada en los pueblos y en los ejércitos con fiestas y regocijos públicos, verificándose en esta capital el 25 del corriente Diciembre, en celebridad del nacimiento del Salvador del mundo, bajo cuyo patrocinio se ha logrado esta deseada reunión, por la cual se regenera el Estado.

Art. 14. El aniversario de esta regeneración política se celebrará perpetuamente con una fiesta nacional, en que se premiarán como en las de Olimpia las virtudes y las luces.

La presente ley fundamental de la república de Colombia será promulgada solemnemente en los pueblos y en los ejércitos, inscrita en todos los registros públicos y depositada en todos los archivos de los cabildos, municipalidades y corporaciones así eclesiásticas como seculares.

Dada en el palacio del soberano congreso de Venezuela, en la ciudad de Santo Tomás de Angostura, á diez y siete del mes de Diciembre del año del Señor mil ochocientos diez y nueve, noveno de la independencia (2).

---

(1) Los artículos de esta Ley, que hemos copiado literalmente, son los de carácter permanente. Y hemos suprimido del artículo 7.° al 12, inclusive, por ser transitorios.

(2) En esta misma fecha le fué aceptada por el Con-

El mismo día en que el Congreso de Angostura expidió esta memorable Ley fundamental, el Libertador satisfizo los votos que había hecho durante nueve años, poniéndole sobre su firma la fórmula del *imprímase, publíquese, ejecútese y autorícese con el sello del Estado.* El día 20 de los mismos envió al vicepresidente de Cundinamarca (general Santander) un ejemplar de la ley que contenía el objeto

---

greso la renuncia del puesto de vicepresidente al general Arismendi, quien por hallarse en los campamentos de Maturín, al otro lado del Orinoco, no estuvo presente en la recepción que se le hizo al Libertador. Como una muestra del carácter de los émulos de Bolívar, copiamos algunos de los conceptos estampados en la dicha renuncia: «El imperio de las circunstancias, una ciega obediencia y, sobre todo, el vehemente deseo de servir á la patria, fueron los únicos móviles que me determinaron á admitir la vicepresidencia del Estado, que por renuncia del honorable señor Francisco Antonio Zea, tuvo á bien conferirme... Después de diversos acontecimientos, dificultades y embarazos que tuve que vencer para llenar los deberes de mi nuevo empleo, hemos tenido la gloria de ver volver á nuestra capital al excelentísimo señor presidente, de regreso de la memorable campaña de la Nueva Granada, que hará inmortal su nombre y formará una época brillante en la historia de la América. Ya, pues, que tenemos la complacencia de poseerlo en medio de nosotros, me parece ser este el momento en que la vicepresidencia del Estado se transfiera á otros á otras manos más hábiles y experimentadas que las mías...»

de sus desvelos, con una nota oficial en que se encuentran estas apreciaciones:

La ley misma contiene los poderosos motivos que ha tenido el Congreso para realizar al fin los votos de los ciudadanos de ambas naciones uniéndolos en una sola República. La perspectiva que presenta este acto memorable es tan vasta como magnífica. *Poder*, *prosperidad*, *grandeza*, *estabilidad*, *serán el resultado de esta feliz unión*. El voto unánime de los diputados de Venezuela y la Nueva Granada ha puesto la base *de un edificio sólido y permanente*, ha determinado el nombre, rango y dignidad con que debe conocerse en el mundo nuestra naciente *República*, y bajo el cual debe establecer sus relaciones políticas.

Encomia las ventajas de la unión y continúa:

La república de Colombia presenta cuantos medios y recursos son necesarios para sostener el rango y dignidad á que ha sido elevada, *é inspira á los extranjeros la confianza y la seguridad de que es capaz de conservarlos*. De aquí nace la seguridad de obtener aliados y de procurarse auxilios para consolidar su independencia. Las riquezas de Cundinamarca y Venezuela, la población de ambas, y la

ventajosa posición de la última (1), llena de puertos en el Atlántico, dará una importancia á Colombia de que no gozarían ni Venezuela ni la Nueva Granada permaneciendo separadas. Los amantes de la verdadera felicidad y esplendor de Colombia son los que más poderosamente han contribuído á la unión...

Esa movilidad vertiginosa que arrastraba á Bolívar á donde quiera que él consideraba indispensable su presencia, le hizo salir de Angostura el día 24 á inspeccionar la situación del ejército libertador, á dar órdenes á los jefes subalternos suyos y á prepararlos para la próxima campaña, que ahora más que nunca exigía actividad y destreza. Los redactores del *Correo del Orinoco*, al dar cuenta de la partida del presidente á correr nuevos riesgos, enviándole un saludo de despedida, agregan estas palabras:

Preparábase el 25 la publicación de la ley fundamental que constituye á Colombia: él (Bolívar) nos había dicho que esta *unión fué por mucho tiempo el objeto principal de sus votos*, y se había complacido en ser testigo de la promulgación de la ley; mas hay todavía enemigos dentro del territorio, y prefiere irlos á buscar.

(1) El istmo de Panamá aún estaba en poder de los realistas.

Efectivamente, el 25 de Diciembre, á las nueve de la mañana, fué promulgada en la capital, entre salvas de artillería y con todo el aparato de solemnidad correspondiente, la ley fundamental. Verificó este acto el gobernador político, y asistieron á él, lo mismo que á la solemnidad religiosa, el vicepresidente de la República, Zea, y sus secretarios; el vicepresidente de Venezuela, Roscio; todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares; la corporación municipal y demás cuerpos colegiados; todos los nacionales y extranjeros residentes en esa capital; el sacrificio de la misa lo ofreció el provisor gobernador del obispado y pronunció la oración congratulatoria el patriota presbítero José Félix Blanco, héroe también de la independencia.

XIV

Tan pronto como Bolívar estuvo con el ejército de Apure despachó comisionados á los países extranjeros en solicitud de armas, municiones y equipos militares; ordenó que la legión irlandesa que, á órdenes del general Devereux estaba en Margarita, y otras tropas marchasen, bajo el mando del coronel Mariano Montilla, sobre las provincias de Santa Marta,

Ríohacha y Cartagena, esta última amenazada ya por las expediciones de Córdoba y del teniente coronel Hermógenes Maza; comunicó órdenes al general Páez para que con sus divisiones asediara y accionara sobre el enemigo; dispuso que el general Valdés, con una división y las tropas que gobernaba el coronel Mires, siguiera al Sur de Nueva Granada á enfrentarse con las fuerzas de Calzada y los refuerzos realistas de Quito y Pasto.

Igualmente dispuso que el vicepresidente de la República, D. Francisco Antonio Zea, marchase á la Gran Bretaña, representando la nación, á gestionar allí el reconocimiento de la independencia de Colombia, la consecución de un empréstito y otros asuntos importantes, así como también fué enviado con objeto semejante el Sr. Manuel Torres á los Estados Unidos.

El Congreso, por su parte, activó sus labores, dictando muchísimos decretos útiles al bien público, y por uno de ellos determinó que Bolívar conservara el título de Libertador, usándolo antes de cualquiera otro y aun cuando no fuera empleado público.

Refiriéndose á la ley que creó la gran Colombia, el Sr. Gil Fortoul se expresa así:

Claro está que semejante ley "fundamental" era prematura desde luego, que gran parte del territorio

estaba aún en poder del enemigo. Pero Bolívar *no se paraba á reflexionar en esto;* confiando en su genio y fortuna, *anteveía la realización del ideal,* cada vez más vasto, de acabar con la dominación española, *no sólo en su patria sino también en la mayor porción de América.* Todo lo hecho en Angostura se ratificó en Bogotá por una asamblea celebrada el 27 de Febrero de 1820. En cuanto al Ecuador, la ley fundamental se retardó hasta que la ciudad de Guayaquil se puso bajo la protección de Colombia, en 1821, y la de Quito en 1822 (1).

Estamos de acuerdo con el autor copiado, menos en lo de que la ley fuera prematura, mucho menos por la causa que apunta. Al contrario: los encomios que hace Bolívar de la ley en la nota con que la envió al general Santander explican bien su oportunidad, y si él no lo hubiera hecho, como otros también lo hicieron, bastaría para reconocer la madurez de la ocasión recordar las circunstancias en que se hallaba la guerra de independencia después de la batalla de Boyacá.

En efecto: la lucha tenaz sostenida por los patriotas desde 1810 venía contrabalanceada por reveses y victorias, sin adivinarse cuándo podría decidirse ese duelo á muerte en que no se sabía qué lamentar más, si

(1) *Op. cit.*, pág. 288, t. I.

la sangre derramada ó los estragos en las riquezas, producciones é industrias; si la metrópoli no cejaba un punto en sus miras de dominación, ya los patriotas habían declarado que por sobre las ruinas de la patria sostendrían el dilema de *muerte ó independencia.* Pero por la batalla de Boyacá se decidió la suerte en favor de la independencia de la Nueva Granada, y esta porción de la Gran Colombia pesaba ya en la balanza lo suficiente para resolver el conflicto en favor de Venezuela.

Si no se hubiesen unido en esa época los dos países, la guerra se habría prolongado; dos gobiernos diferentes no habrían tenido unidad de acción y de recursos, y por sobre todo habría sobrevenido la colisión de autoridades é intereses á establecer la anarquía y á dar ocasión á una reconquista como las que habían sufrido las dos porciones: Venezuela en 1814 y Nueva Granada en 1816. Además, ¿quién no reconoce la fuerza moral y los efectos que produce ante las naciones el hecho de que la guerra deje de ser civil por volverse internacional? ¿Para los efectos de la lucha y para los arreglos y armisticios es lo mismo ser un insurgente ó rebelde que un beligerante? Nada importaba que la España reconociera ó no la beligerancia de Colombia, pero sí importaba muchísimo que las demás

potencias la reconocieran; era precisamente el tiempo en que se multiplicaban los batallones del ejército libertador y escaseaban el dinero y los elementos de guerra.

El día 18 de Enero de 1820, cuando el Libertador presidente se hallaba revistando sus ejércitos y dejándoles sus órdenes para emprender un rápido viaje al centro de la Nueva Granada, el vicepresidente de la República, que al mismo tiempo era presidente del Congreso, expidió su bellísimo manifiesto, en que analizando la grandiosidad y las imponderables ventajas de la Gran Colombia, nacida bajo los auspicios del Todopoderoso en las antiguas selvas y vastas soledades del Orinoco, encomiaba, ponderaba y sublimizaba la belleza y la altitud de aquel ideal fijo y constante del Libertador, y declaraba que la ley que le dió forma fué un "acto divino, ya desde la eternidad decretado" en favor de los colombianos. Con esa imaginación oriental, esplendente de luz y de poesía, el ilustre sabio, haciendo uso del más brillante y pulimentado estilo demostraba la necesidad y conveniencia de tan importante creación; la hegemonía política y la existencia como nación de la Gran Colombia no sólo era una necesidad patriótica sino que también debía ser fundamento de honor y de levantado orgullo; á sus ojos ni Quito, ni Venezuela, ni la Nueva Granada por

sí solas serían capaces de alcanzar ni sostener su importancia y soberanía nacionales; pero unidas, ni el imperio de Augusto ni el de Alejandro serían comparables por su posición geográfica y por los dones con que la Naturaleza favorece la gran república de Colombia: su situación entre los dos Océanos y la posesión del istmo la harían por su comercio el centro de atracción política de todas las naciones y superior á Tiro y á Cartago.

Lo extenso de este manifiesto, escrito con poética maestría y con ese entusiasmo con que el patriotismo embellece tan encantadora utopía, no nos permite reproducirlo aquí por completo, pero sí copiaremos los primeros párrafos:

¡Pueblos de Venezuela que os formasteis bajo el puñal de Boves, intrépidos patriotas!

¡Pueblos de Cundinamarca, que en la atroz escuela de Morillo habéis aprendido á ser libres!

¡Pueblos de Quito, que Ruiz de Castilla, aquel precursor horrible de Morillo en sangre y en perfidia, impelió tan violentamente hacia la independencia!

¡Vosotros todos, *pueblos de Colombia*, vosotros habéis, en fin, reconocido la necesidad de reuniros en una enorme masa cuyo solo peso oprima y hunda á vuestros tiranos. Esta obra tan digna de vosotros está hecha, vuestra concentración política se

ha verificado, y la ley fundamental que la establece y que el Congreso presenta por mi mano á vuestra sanción soberana, satisface todos los deseos, concilia todos los intereses, funda vuestra independencia sobre una base inmensa é incontrastable, *afirma la de toda la América del Sur*, y os constituye en una fuerte y sólida potencia que en el acto mismo de levantarse puede hacerse respetar. No sólo vuestra elevación política y vuestra existencia en cuerpo de nación, sino que aun la vanidad misma de los individuos se halla interesada en esta unión. Es gloria pertenecer á un grande y poderoso pueblo, cuyo nombre sólo inspira altas ideas y un sentimiento de consideración.

"Yo soy inglés", se puede decir con orgullo sobre toda la tierra, y con orgullo podrá decirse un día: "Yo soy colombiano", si vosotros todos adherís firmemente á los principios de unidad y de integrinad proclamados por esta ley y consagrados por la experiencia y por la razón.

Sería ciertamente una prueba de cortas miras y ningún conocimiento de la marcha de las naciones querer dividir en pequeñas y débiles repúblicas, incapaces de seguir el movimiento político del mundo, pueblos que estrechamente unidos formarán un fuerte y opulento Estado, cuya gloria y cuya grandeza refluirá sobre todos ellos.

Ninguno de vuestros tres grandes departamentos, Quito, Venezuela, Cundinamarca, ninguno de ellos, pongo al cielo por testigo, ninguno absolutamente, por más vasto que sea y más rico su territorio, puede ni en todo un siglo constituir por sí solo una potencia firme y respetable. Pero reunidos, ¡gran

Dios! ni el imperio de los medas, ni el de los asirios, ni el de Augusto, ni el de Alejandro pudiera jamás compararse con esa colosal República, que con un pie sobre el Atlántico y otro sobre el Pacífico, verá la Europa y el Asia multiplicar las producciones del genio y de las artes y poblar de bajeles ambos mares para permutarlas por los metales y piedras preciosas de sus minas y por los frutos aún más preciosos de sus fecundos campos y sus selvas. No hay ciertamente situación geográfica mejor proporcionada que la suya para el comercio de toda la tierra. Colombia ocupa el centro de todo el continente, con grandes y numerosos puertos en uno y otro Océano; rodeada por un lado de todas las Antillas, y por el otro igualmente distante de Chile que de Méjico; cruzada toda ella por caudalosos ríos, que en todas direcciones descienden de los Andes y á veces los cortan, y á veces se encadenan unos con otros, y extenderán un día nuestra navegación interior desde las costas opuestas hasta el interior de la República y aun hasta los nuevos Estados del Sur, desde la Guayana hasta el Perú, desde Quito y Cundinamarca hasta el Brasil, y tal vez hasta el Paraguay, y quién sabe si hasta Buenos Aires.

Ciertamente, si en un país, por la mayor parte desconocido de sus propios habitantes, se han encontrado tantas y tan extensas comunicaciones, ya más ó menos expeditas, ya más ó menos difíciles, ¡cuántas otras no serán descubiertas por el genio de la libertad. ¡Asombra las que reconoció é inquirió en sus excursiones geológicas y botánidas el ilustre Caldas, aquel sabio laborioso y modesto que Morillo sacrificó á su furor estúpido de extinguir en vuestra

sangre todas las luces y todas las virtudes de Colombia, que él tiene por enemigas! ¡Malogrado naturalista, la ciencia le habría erigido un monumento, y el bárbaro le erigió un cadalso!

Pero, ¡cuánto realce!; pero, ¡cuánto valor no da á tantas ventajas la posesión de ese istmo precioso, designado por la Naturaleza para el gran mercado del Universo! Este es el centro de atracción política, en que todas las relaciones y todos los intereses vienen á adherirse y á consolidar la República. Y ¿qué será cuando el comercio, ese fundador magnífico de Tiro y de Cartago, levante allí populosas ciudades, á que concurra el mundo, abierta una vez y facilitada la comunicación de los dos mares? ¡Honor á la memoria del magnánimo Corral, que tanto facilitó esta empresa; á la de Caldas, que formó el plana; la de Uribe, que verificados los reconocimientos y nivelaciones, levantaba ya la carta hidrográfica para la ejecución cuando arribaron á nuestras costas la inquisición y Morillo con su nueva caja de Pandora derramando fanatismo, ferocidad, barbarie, todos los horrores del despotismo, y su odio profundo á toda idea grande y liberal!

Tales son las ventajas geográficas que os resultan de la estrecha unión establecida por la ley que tan dichosamente vais á sancionar. ¡Quiera el cielo, en la efusión de su beneficencia, hacer que todos vosotros os penetréis altamente de su importancia, y quedéis para siempre convencidos de que la menor aberración no sólo os privará de esa inmensa prosperidad, de ese poder inmenso y de esa inmensa gloria, á que estáis ciertamente llamados por la Naturaleza, sino que comprometerá positivamente

vuestra existencia política! ¡Qué! ¿vuestra existencia política será comprometida? *¡Perezca el primero que concibiere la patricida idea de separar*, no digo un departamento, una provincia, *pero ni una aldea de vuestro territorio!* Perezca el que, indigno del nombre colombiano, se denegare á sostener con su espada y con su corazón la integridad y unidad de la República que habéis constituído! (1)

....

Una masa de más de tres millones y medio de hombres; un territorio de más de cien mil leguas cuadradas; una posición eminentemente comercial, un mayorazgo inmenso en minas de oro y plata, en los frutos más estimados y en las producciones naturales más preciosas: he aquí un Estado de enorme volumen que no necesita más que presentarse para ser reconocido. Vuestra unanimidad y firme resolución le darán á un tiempo la existencia y la duración. Tres millones y medio de hombres bien unidos y bien determinados, sobre todo en este continente y en vuestra posición, no pueden ni deben recibir la ley de nadie. Sería el colmo de la degradación y de la demencia que, pudiendo ser una potencia respetable y poderosa prefirieseis por apatía ser una mísera colonia y colonia de España.

Elevados á la dignidad de nación, todas vuestras ideas y vuestra atención deben dirigirse á mostraros dignos de la sociedad del género humano por una profesión solemne de consideración y de res-

(1) ¡Cuán poco fué el tiempo que pasó antes de que se cumpliera esa profecía! Pero la maldición no recayó sobre los responsables.

peto á todos los gobiernos, á las instituciones y aun á las preocupaciones de los otros pueblos. Tiempo es ya de que esas teorías y principios perturbadores del mundo, que á fines del último siglo se pusieron en circulación, á favor de muchas grandes y útiles verdades, acaben de amortizarse. Se puede en nuestra edad ser libre, como un inglés; pero no como un ateniense, mucho menos como un romano, mucho menos como un lacedemonio. Vivamos en nuestro siglo, y existamos con nuestros contemporáneos.

Penetraos bien de estas ideas, hijos de Colombia, para dar al Estado una Constitución practicable y un Gobierno justo, benéfico y liberal. No debe un pueblo constituirse abstrayéndose del género humano por teorías de perfección que no están en el orden de la Naturaleza ni de la sociedad. (1)

---

(1) ¡A cuántas meditaciones melancólicas nos somete el preciosísimo manifiesto de Zea, hoy, en el año 1912!

¡El Canal de Panamá, que fué un punto de vista de nuestros próceres, nos ha sido indignamente arrebatado á los neo-colombianos, por una nación poderosa, que se burla de nuestra debilidad; esa debilidad ha provenido de la disolución de la Gran Colombia, que se fragmentó en las tres porciones que antes la constituyeron; esa disolución tuvo por causas las »teorías de perfección, que no están en el orden de la Naturaleza ni de la sociedad«, agravadas con las desmedidas y mal encaminadas ambiciones personales de los caudillos de segundo orden, que, una vez alcanzada la independencia, más quisieron la glorificación de su persona que favorecer los grandes y permanentes intereses de la patria; y esas teorías, origen de nuestras divisiones intestinas, que

El mayor interés que por estos días movió al Libertador hacia la Nueva Granada—dice el historiador Restrepo—"era mandar publicar y ejecutar la ley fundamental de la unión con Venezuela"; pero apenas venía por la provincia de Pamplona cuando esto se estaba verificando en Bogotá bajo los auspicios y por la autoridad del general Santander. El día 12 de Febrero (1820) reunió el vicepresidente de Cundinamarca en su palacio á los ministros de la Alta corte de Justicia, á los fiscales, al superintendente general de Hacienda, á los tribunales y empleados superiores del ramo, al venerable deán y cabildo del arzobispado, al gobernador político, alcaldes y muy ilustre ayuntamiento de la capital, á los prelados de todos los conventos y á una multitud de personas notables y gentes del pueblo, y á todos les expuso las razones de conveniencia, de política y de necesidad, que justificaban la ejecución inmediata de la ley fundamental de la república de Colombia; puso de manifiesto el aumento de recursos, la mayor confianza de los pueblos y el poder de la nación; la suerte de más de tres millones y medio de habitantes unidos y dispuestos á sacrificarse por

pusieron á Venezuela bajo el yugo de Monteverde, y á la Nueva Granada bajo la cuchilla de Morillo, son las mismas que fomentan nuestras guerras civiles y debilitan el sentimiento de amor á la grandeza de la nación!

la independencia y libertad de su país; todo esto interesaría, sin duda, á las naciones civilizadas y las determinaría á un pronto y forzoso reconocimiento de la República; de esta manera se triunfaría más fácilmente de todos los enemigos que pululaban en nuestro territorio; la respetabilidad, crédito, riqueza y un gran vuelo rápido al más alto grado de prosperidad y de gloria serían el resultado de este acto memorable, que había sido deseado por ambos países desde época anterior, pero que no se había podido realizar por las vicisitudes de la guerra.

Como todos los concurrentes estuvieron unánimes en que debía darse pronta ejecución á la ley, con la reserva de que el próximo Congreso de 1821 pudiese confirmarla ó reformarla como mejor le pareciese, fueron de opinión que se tributase al Libertador presidente los más cordiales agradecimientos por sus constantes desvelos en favor de la Nueva Granada.

Entonces el general Santander, en su calidad de vicepresidente de Cundinamarca, dictó el decreto siguiente:

Palacio de Santafé de Bogotá, á 12 de Febrero de 1820.—10.°

Estando de acuerdo las autoridades generales de

la Nueva Granada, tanto civiles y militares como la eclesiástica, publíquese la ley fundamental de la república de Colombia en todos los pueblos y ejércitos de las provincias hasta hoy conocidas con el nombre de Nueva Granada; guárdese, cúmplase y ejecútese; publíquese de la manera más solemne; imprímase y circúlese, dándose cuenta al excelentísimo señor presidente de la misma República.

Francisco de Paula Santander,
Vicepresidente de la Nueva Granada.

El ministro de Guerra y Hacienda,
Alejandro Osorio.

El ministro de lo Interior y Justicia
Estanislao Vergara.

Al día siguiente (domingo 13) el sargento mayor de la plaza de Bogotá, Sr. D. José Arce, de acuerdo con las órdenes superiores que se le habían comunicado, se acompañó del ministro de la Alta corte de Justicia, doctor Nicolás Ballén; del contador del Tribunal de Cuentas, Sr. José París; del alcalde ordinario de primer voto, Sr. Juan Contreras; de una escolta que se componía de un piquete de infantería, otro de artillería con una pieza de á cuatro y una compañía de húsares montados, que iban precedidos de las bandas militares.

Las calles por donde marchaban estaban cubiertas de telas de damasco, y en cada uno de los lugares en donde se publicaba la

ley se disparaba una salva de artillería, á todo lo cual acompañaba un repique general de las campanas de todas las iglesias de la ciudad. En las noches de los días 13, 14 y 15 se hizo iluminación general, celebrándose en la mañana del segundo de estos días una misa solemne con tedéum en la iglesia metropolitana, con la más honorable y respetable concurrencia y habiendo predicado la oración alusiva el reverendo padre Francisco Florido, guardián de los franciscanos y capellán que fué del ejército patriota que sucumbió en la Cuchila del Tambo. También la mañana del 15 se celebraron misas en los templos de la capital.

Bien sabía el general Santander cuán grato era al corazón del Libertador el acto de la solemne promulgación de la ley que creaba la gran república de Colombia y cuán plausible era para él semejante noticia, y por ello se apresuró á comunicárselo al lugar en que se encontrase de camino. Con las siguientes palabras le dirigió la comunicación.

Excelentísimo señor presidente de Colombia, general Simón Bolívar:

Tuve el honor de recibir el 10 del corriente la carta de V. E. del 20 de Diciembre pasado, con que me acompaña la ley fundamental de la república de Colombia, que el soberano Congreso de nezuela tuvo á bien decretar.

La importancia de unir en una sola nación dos pueblos vecinos y que recíprocamente se han auxiliado en sus desgracias; la necesidad de reunir sus recursos y ponerlos bajo la dirección de una sola mano; y, sobre todo, la incalculable ventaja sobre estos pueblos presentados y unidos delante de las naciones cultas, si fueron en el augusto Congreso de Venezuela razones muy poderosas para sancionar aquella ley, también lo han sido en los habitantes de la antigua Nueva Granada para presentarnos á obedecerla y ejecutarla.

Encargado por V. E. de tan importante acto en esta parte de la *Nueva República de Colombia*, hice congregar el 12 del corriente las autoridades generales, a fin de hacerles conocer los motivos que obligaron al Congreso de Venezuela á anticipar su sanción, y de exigirles su libre voluntad en su obedecimiento. Yo tengo la satisfacción de presentar á V. E., en los adjuntos documentos, el voto espontáneo de las principales autoridades del departamento de Cundinamarca y la consiguiente publicación solemne que se ha hecho en su capital, la ciudad de Bogotá. El pueblo cundinamarqués ha dado la última prueba de su docilidad á lo justo y razonable, la ha dado de una consagración á la felicidad general, y de muy particular adhesión á V. E. Su conducta en esta ocasión es, sin duda, la que tal vez no habrían observado otros pueblos más celosos de sus derechos en igualdad de circunstancias. Les ha bastado á los habitantes de estas diez provincias *que V. E. les haya dicho* que la unión y el establecimiento de una sola República es necesario, útil é importante para que hayan sometido con-

tentos su voluntad *á las sublimes miras de V. E.*

Para mí, como jefe de este vasto departamento y como uno de los individuos del ejército libertador, que tantas veces V. E. ha conducido á la gloria, en nombre de todas las corporaciones y en el de estos virtuosos pueblos que tanto deben al esfuerzo de V. E., *le doy la más justa y sincera enhorabuena*. Es *V. E. solo el autor de tanto bien y el solo instrumento de nuestra prosperidad.* En ninguna ocasión como en esta merece V. E. tan *justamente el nombre glorioso de Padre de la República.* V. E. la ha libertado de sus tiranos, la ha reunido y la presentará también libre, independiente y constituída á la vista del Universo entero. *La República de Colombia es la hija única del inmortal Bolívar.*

Es imposible que haya ideal cualquiera sin un sujeto que lo ame. Lo que no se ama no atrae, no lleva tras sí la voluntad de quien lo desea, de quien tiene puestas en él sus complacencias. Quien ama su creación intelectual ó la manifestación estética que es producto de su cogitación ó de sus sentimientos, agradece cuanta estima se manifiesta en favor del objeto amado, y el grado de cariño que se le tiene á ese objeto puede medirse por la grátitud hacia los favorecedores del ideal querido.

El Libertador agradeció el interés que Santander mostró en esta ocasión en promulgar la ley fundamental de la gran Colombia, á quien llamó *la hija única del inmortal Bolívar,* y ese

agradecimiento lo manifestó en el oficio en que contestara el que acabamos de transcribir, no sólo con frases de la más alta entonación, sino con un desbordamiento de alma en que á la vez que hacía justicia á los merecimientos del vicepresidente de Cundinamarca podía despertar las ambiciones del luchador de Casanare (1).

---

(1) «Excelentísimo señor:

»La acta de reconocimiento que V. E. ha celebrado con los próceres de Cundinamarca, del Gobierno y *república de Colombia,* es el sello de nuestra libertad, es el título de inmortalidad de nuestra nación. Cuando nuestras postreras generaciones lean la acta sagrada de la creación de la *república de Colombia* y la sanción que ha recibido por los más beneméritos de Cundinamarca, no podrán impedir á su corazón reconocido el sufragio de admiración debido á los progenitores de tanto bien. En medio del esplendor, del poder, de la gloria, de la dicha, del saber, de la libertad, que será el patrimonio de nuestros hijos, ellos pronunciarán con veneración los nombres de los inmortales benefactores.

»V. E., después de haber tributado á su patria los servicios más esclarecidos, ha puesto el colmo á su gloria por su moderación, obediencia y desprendimiento. V. E. estaba llamado por su nacimiento, valor, virtudes y talentos á ser el primer jefe de la nación granadina; y V. E. ha preferido ser el primer súbdito de Colombia. Yo que sé más que otro alguno á cuánto tenía derecho V. E. á aspirar, me asombro al contemplar cuánto V. E. ha renunciado por aumentarse sus títulos á la gratitud nacional. ¡Títulos que ya parecían completos! ¿No fué V. E. el primero que levantó un ejército

Desde el cuartel general del Socorro, á 25 de Febrero, dió esa contestación, que más parece un himno de alabanza, y cuando ya estuvo en Bogotá lanzó á todos los colombianos aquella proclama de corte homérico, canto de victoria en que para dar un *¡viva!* al dios de Colombia declara que *la intención de toda su vida fué la formación de la República libre é independiente de dos pueblos hermanos.*

PROCLAMA A LOS COLOMBIANOS

SIMÓN BOLÍVAR

Libertador presidente de Colombia, general en jefe de sus ejércitos, etc., etc., etc.

¡Colombianos!

La república de Colombia, proclamada por el congreso general y sancionada por los pueblos li-

---

para oponerse á la invasión de Casanare por nuestros poderosos enemigos? ¿No fué el primero que restableció el orden y una sabia administración en las provincias libres de la Nueva Granada? ¿No fué el primero en apresurarse á dar el complemento á su libertad? ¿A abrirnos el camino por las Termópilas de Paya? ¿No fué V. E. el primero en derramar su sangre en Gámeza? ¿El primero en Vargas y en Boyacá en prodigar su vida? ¿No ha justificado V. E. mi elección por su inteligencia, economía y rectitud en el Gobierno de la Nueva Granada? Es, pues, V. E. el más acreedor á la gratitud de Colombia, que por mi órgano la manifiesta á vuestra excelencia y á esos dignos pastores, magistrados, jue-

bres de Cundinamarca y Venezuela, es el sello de vuestra independencia, de vuestra prosperidad, de vuestra gloria nacional. Las potencias extranjeras, al presentaros constituídos sobre bases sólidas y permanentes de extensión, población y riqueza, os reconocerán independientes y os respetarán por vuestra consagración á la Patria. España misma, al veros montados sobre las inmensas ruinas que ella ha aglomerado en el ámbito de Colombia, conocerá que sois hombres capaces de gozar de vuestros derechos, y de la eminente dignidad á que son destinados todos los mortales por la intención de la naturaleza. Sí, la España, agotada en recursos y en paciencia, abandonará nuestra patria al curso de su destino, recobrará la paz de que es menester para no sucumbir, y nosotros recobraremos el honor de no ser españoles.

¡Colombianos!

Los crepúsculos del día de la paz iluminan ya la esfera de Colombia. Yo contemplo con un gozo inefable este glorioso período en que van á separarse las sombras de la opresión para gozar los resplandores de la libertad. Tan majestuoso espectáculo me admira y encanta. Con anticipación me lisonjeo

---

ces, defensores y ciudadanos del departamento de Cundinamarca.

»Dios guarde á V. E. muchos años.

»Cuartel general del Socorro, á 25 de Febrero de 1820.

»*Simón Bolívar*.

»Excelentísimo señor vicepresidente del departamento de Cundinamarca, general de división, Francisco de Paula Santander.«

de vuestra colocación política en la faz del Universo, de la igualdad de la naturaleza, de los honores de la virtud, de los premios del mérito, de la fortuna del saber, de la gloria de ser hombres. Vuestra suerte va á cambiar: á las cadenas, á las tinieblas, á la ignorancia, á las miserias, van á suceder los sublimes dones de la Providencia divina: la libertad, la luz, el honor y la dicha.

¡Colombianos!

Yo os lo prometo en nombre del Congreso, que seréis regenerados: vuestras instituciones alcanzarán la perfección social, vuestros tributos abolidos, rotas vuestras trabas, grandes virtudes serán vuestro patrimonio; y sólo el talento, el valor y la virtud serán coronados.

¡Cundinamarqueses!

Quise ratificarme de si queríais aún ser colombianos; me respondisteis que sí y os llamo colombianos.

¡Venezolanos!

Siempre habéis mostrado el vivo interés de pertenecer á la gran República de Colombia, y ya vuestros votos se han cumplido. *La intención de mi vida ha sido una: la formación de la República libre é independiente de Colombia entre dos pueblos hermanos. Lo he alcanzado.* ¡Viva el Dios de Colombia!

Cuartel general en la ciudad de Bogotá, á 8 de Marzo de 1820.—10.°

Simón Bolívar.

El Sr. D. José Manuel Restrepo, inteligente y activo gobernador de Antioquía y patriota de señaladísimos quilates, que en 1812 y 1814 había sido federalista—como tantos otros ilustres ciudadanos, menos lógicos que utopistas—, persuadido de la conveniencia é importancia del establecimiento de la gran república y del error en que habían caído los partidarios del sistema federativo, aplaudió las ideas del Libertador, haciéndolo saber á éste por medio de una carta dirigida al general Santander. Esta opinión fué considerada por Bolívar, con justa razón, como de la más alta autoridad moral, y tanto la agradeció que escribió al Sr. Restrepo:

Mi estimable y apreciable gobernador:

Jamás he tenido la satisfacción de escribir á usted bajo los auspicios de la amistad y la confianza, porque jamás usted ha querido usar de estos agradables auspicios. Anoche el general Santander me ha mostrado una carta de usted, en que me manifiesta todo el aprecio con que usted quiere distinguirme, y el gozo que ha sentido con la creación de Colombia. A la verdad, *nada es más justo que celebrar una obra que nos honrará perpetuamente.* Cualquiera que sea el efecto de la creación de nuestra República, *el objeto es grande y nuestro desprendimiento laudable.* Cuando yo no estuviese cierto de la verdad de estos sentimientos y esperanzas, la

sola carta de usted me persuadiría de ellos, porque el justo respeto que profeso á su opinión es para mí una autoridad tan auténtica como la experiencia... (1).

En esta carta se ve la estima que el Libertador profesaba á su ideal y cuánto agradaba á su autor que se le encomiara su obra sublime. Ni debemos olvidar que los talentos, laboriosidad, el buen criterio político y otras dotes no menos estimables trajeron al señor Restrepo al Ministerio de Estado del general Santander, poco después al del general Bolívar mismo, y que más tarde vino á ser el historiador más notable de la revolución de la república de Colombia.

Ya para fines de Marzo las operaciones militares, dirigidas siempre por el infatigable Libertardor, habían tenido una combinación de buen éxito indubitable.

El general Latorre, amenazado por las fuerzas venezolanas, había huído hacia el ejército del general Morillo; Sámano, que había recuperado un poco de sangre fría, envió desde Cartagena una expedición que quiso remontar las aguas del Magdalena, pero fué batida por los patriotas que comandaban Maíz y Carvajal en la playa de Barbacoas; Warleta, que

(1) O'Leary: *Op. cit.*, t. XXIX, pág. 158.

invadía á Antioquía por el río Cauca, fué derrotado en Chorros Blancos por el teniente coronel José María Córdoba, que bajó á las sabanas de Corozal; la expedición realista que quiso remontar el Atrato para reconquistar la provincia del Chocó fué casi destruída en Murrí, devolviéndose el resto á Cartagena. Las fuerzas del coronel Calzada, que reforzadas por el presidente de Quito y á las cuales se había agregado *el tigre del Patía,* José María Obando, habían tomado á Popayán y restablecido en el valle del Cauca los horrores de la guerra á muerte; pero fueron detenidas por los patriotas comandados por el coronel Mires, mientras llegaba la división que desde Maturín conducía el general Valdés; el corsario inglés Juan Illingworth cruzaba victoriosamente las aguas del Pacífico, entre las islas del golfo de Panamá y las costas de Barbacoas y Tumaco; Montilla y Brion, á pesar de las graves dificultades con que tropezaban, tanto por falta de armamento como por las insubordinaciones de las tropas irlandesas (1), bloqueaban á Cartagena y Santa Marta y se apoderaban de Ríohacha.

---

(1) Para conocer la importancia de esas insurrecciones y saber cuánto entorpecieron la campaña libertadora de Cartagena y Santa Marta, conviene leer los *Recuerdos* de Francisco Burdett O'Connor (publicados en Bolivia en 1895 por Tomás O'Conor D'Alarch y recien-

Bolívar no permaneció en Bogotá más que veinte días, al fin de los cuales salió (Marzo 24) para el ejército del Norte, que quería dirigir personalmente, confiándole el mando al general Urdaneta. Desde Cúcuta se comunicaba por Ocaña con los pueblos del Bajo Magdalena y Santa Marta, con los llanos de Apure y la Guayana, y daba sus órdenes á

---

temente en Madrid, en la *Biblioteca Ayacucho*, de la Casa Editorial-América).

Allí se encuentra el siguiente dato que nos parece muy sugestivo:

«En el mes de Febrero de 1820 llegó á Margarita el teniente coronel Mariano Montilla, de orden del general Bolívar, para llevarnos á la Costa Firme, en los buques de guerra estacionados en Juan Griego al mando del almirante Brion, en cuya compañía llegó el mencionado coronel. Como ninguno de los individuos de la Legión hablaba una sola palabra de castellano, ni yo tampoco lo comprendía, conversábamos con Montilla en francés, que él lo hablaba perfectamente. No perdió tiempo el almirante en tratar de sacar su provecho de la ocasión que se presentaba, y nos indicó que presentásemos un manifiesto exponiendo una resolución de parte nuestra de ponernos á las órdenes de él. Yo no quise prestarme á ello ni permití que ningún militar del cuerpo que mandaba se prestase tampoco á semejante insinuación. Desde que esto aconteció empecé á comprender que me hallaba en un país de intrigas. El coronel Montilla lo supo todo, me habló sobre las aspiraciones del almirante Brión y se mostró altamente satisfecho de la subordinación de todos los de la legión irlandesa (*págs. 27-28, ed. de la Editorial-América*).

Bogotá para ser transmitidas al Cauca, Antioquía y el Chocó.

Su proyecto era atacar á los enemigos del litoral atlántico por el Sur y por Oriente, para libertar prontamente las provincias de la costa, toda vez que el dominio español en ellas estaba causando grandes perjuicios á los pueblos y al comercio por la falta que estaban haciendo los puertos.

Tan grandes é importantes proyectos—dice Restrepo— se hallaban paralizados en gran parte por falta de armas y municiones. Algunos batallones no las tenían absolutamente, y los fusiles de otros eran malos y escasos. En Cundinamarca se trabajaban minas de plomo y se había establecido una fábrica de pólvora; pero los rendimientos de ésta eran de inferior calidad y las minas daban plomo escasamente. Comisionados activos habían partido de Angostura en busca de fusiles y de otros elementos militares para continuar la guerra; el comerciante Anderson para los Estados Unidos y Hamilton para Inglaterra. Otros oficiales recorrían las Antillas extranjeras. El más feliz é inteligente fué el general Antonio José Sucre; éste pudo comprar en las islas de Barlovento 9.750 fusiles, que introdujo en Angostura promediando Abril. Mas era empresa harto larga y difícil conducirlos hasta Cúcuta, Bogotá y otros lugares de Cundinamarca, donde se aguardaban con temerosa ansiedad.

Morillo y sus divisiones podían atacar á los pa-

triotas antes que hubieran conseguido armar sus tropas. Persuadido de esto y en cumplimiento de las órdenes urgentes que tenía del Libertador, el general Sucre trabajó con la mayor actividad y constancia para enviar desde Guayana á Cundinamarca los fusiles, plomo y demás artículos militares que había traído. Auxiliado por los esfuerzos de oficiales activos, entre ellos por el coronel Francisco Vélez, consiguió después de algún tiempo remitir el armamento embarcando una parte por el Arauca y otra por el Meta. Era muy grande la distancia que debían recorrer las armas y municiones y graves las dificultades del tránsito; pero al fin había seguridad de recibirlas. Esta esperanza calmaba la ansiosa inquietud del Libertador y del vicepresidente de Cundinamarca, quien se lisonjeaba de conseguir otro armamento que negociaba en Chile su comisionado el capitán mayor José Antonio Muñoz.

En los últimos días de Marzo los ejércitos estaban distribuídos así:

Morillo, general en jefe de los ejércitos realistas, con 2.500 hombres en Valencia, San Carlos y Pao.

Latorre, en las provincias de Mérida y Trujillo, con 1.400, esperando el ataque de Bolívar.

Morales, con 1.300, en Calabozo.

Del Real, con 1.400, sirviendo de lazo de comunicación entre Latorre, Morillo y Morales.

En Cumaná, 1.300; en Barcelona, 1.600; en pequeños cuerpos distribuídos entre Maracaibo y Caracas, 4.000.

Entre otras pequeñas y grandes fuerzas distribuídas en el territorio de Venezuela y Nueva Granada, tenían los españoles 12.000 hombres. Y á este número hay que agregar las fuerzas de Sámano, que eran 2.000, en Cartagena; las de Calzada, que obraba en Pasto y Popayán con 3.000 hombres. No se cuentan las guerrillas, que eran numerosas.

"Bolívar—dice Loraine Petre—, con más juicio, decidió concentrar sus esfuerzos en sólo dos proyectos: en la destrucción de Morillo, y con el menor número atender á la defensa del Sur (1)." Las fuerzas del Libertador no pasaban en toda la República de 7.000 hombres.

Sin producir resultado alguno de importancia sucedíanse algunos combates ya favorables, ya adversos, entre las fuerzas pequeñas realistas y las comandadas por los generales Cedeño, Monagas, Zaraza, Bermúdez y algunos otros que acampaban en los llanos de Apure y Achaguas, en Barcelona, Cumaná y otras localidades. Morillo permanecía en expectativa de las empresas de Bolívar.

(1) SIMÓN BOLÍVAR: *El Libertador, A life of the Chief Leader in the revolt against Spain in Venezuela, New Granada & Peru, by* F. Loraine Petre, pág. 244.

Con las noticias recibidas en España de la organización de los Estados independientes de Chile y Buenos Aires y de los triunfos de los republicanos en Boyacá, el Gobierno español resolvió organizar y despachar para América una expedición de más de 20.000 hombres, al mando del general O'Donnell.

La anarquía en España era tan agria como fuerte era la tiranía del Gobierno; allí los partidos se habían exasperado, porque los unos deseaban el triunfo de la Constitución de Cádiz de 1812, y otros sostenían el despotismo de Fernando VII; por otra parte los pueblos peninsulares no querían enviar más desgraciados á la campaña de América, en donde las enfermedades, los sufrimientos consiguientes á toda campaña, y la guerra á muerte, cruelmente sostenida, eran motivo de terror para los europeos. "Hacía algún tiempo—dice D. José Manuel Restrepo—que los patriotas españoles minaban la opinión de aquel Ejército (del de España), á fin de apoyarse en él, proclamar la Constitución de 1812 y echar abajo el despotismo de Fernando VII. Preparado el movimiento, estalló el 1.° de Enero de este año, á las ocho de la mañana en el pueblo de Cabezas, donde se hallaba acantonado el batallón Asturias. Puesto á su cabeza el comandante D. Rafael Riego, proclamó la Constitución de las Cor-

tes de Cádiz, que los soldados recibieron con mucho entusiasmo. El batallón de Sevilla, al mando de su segundo comandante D. Antonio Muñoz, hizo lo mismo en Villamartín, y ambos siguieron por distintas vías contra el Cuartel general, que se hallaba en Arcos.

Riego fué el primero que arribó, sorprendiendo con la más feliz audacia al general en jefe Calleja, conde de Calderón, y á los generales Fournaz, Salvador y Blanco, sin que hubiese sucedido desgracia alguna. En seguida el coronel D. Antonio Quiroga fué puesto á la cabeza de la revolución, y varios cuerpos del mismo Ejército siguieron el ejemplo contagioso que les dieron Asturias y Sevilla. También se apoderaron de la ciudad de San Fernando, en la isla de León, donde estableció Quiroga su cuartel general.

Según las noticias de la época, se esperaba que esta revolución se generalizaría en toda la Península, pues gran número de españoles estaban cansados de sufrir el Gobierno absoluto de Fernando VII. Tales noticias llegaron á los realistas casi al mismo tiempo que á los patriotas, con la muy notable ventaja para éstos que, habiendo sido interceptada por los republicanos en Chiriguaná la correspondencia que a Morillo se le enviaba desde Cartagena, Bolívar conoció la difícil situación en que

se encontraban las tropas españolas en esta plaza.

O'Donnell resultó complicado en la revolución española, por lo cual se resolvió confiar la grande expedición á otro general, y por último ni aun éste pudo salir con los refuerzos para América.

Jurada por el rey Fernando la Constitución, hecho que imitaron las demás autoridades en las provincias de la Monarquía, y aun en Cartagena y Caracas, D. Pablo Morillo no sólo no recibió los refuerzos que con urgencia había reclamado y que tanto necesitaba para reemplazar las bajas por muerte y deserción, sino que le llegaron los manifiestos del Rey y de la Junta provisional del reino: el primero de éstos, despues de exponer los motivos que tuvo para aceptar el régimen constitucional y de llamar á la obediencia á los americanos que luchaban por la independencia, finalizaba así:

Pero si desoís los sanos consejos que salen de lo íntimo de mi corazón, y si no cogéis y estrecháis la fiel y amiga mano que la cariñosa patria os presenta; esta patria que dió el ser á muchos de vuestros padres, y que si existieran os lo mandarían con su autoridad, temed todos los males que producen los furores de una guerra civil; el desconcierto y oscilaciones que son consiguientes en los gobiernos desquiciados de su natural asiento y legitimi-

dad; las funestas consecuencias de la seducción de hombres ambiciosos que promueven la anarquía para arrancar y fijar en sus manos el cetro del mando; los robos de la insolente codicia de aventureros desconocidos; los peligros del influjo extraño, que acecha cautelosamente la ocasión de encender la tea de la discordia para dividir la opinión, que divide para dominar y domina para saciarse de riquezas; en fin, todos los horrores y confusiones que se experimentan en las crisis violentas de los Estados, cuando en la exaltación de las pasiones los principios políticos se desenvuelven sin cordura, y el fanatismo predomina. *Entonces sentiréis, además, los terribles efectos de la indignación nacional al ver ofendido su Gobierno:* este Gobierno, ya fuerte y poderoso, porque se apoya en el pueblo, que dirige y va acorde con sus principios. *¡Oh, nunca llegue el momento fatal de una inconsiderada obstinación! Nunca, para no tener el grave dolor de dejar de llamarse ni por un breve espacio de tiempo vuestro tierno padre.*

El de la Junta provisional del Reino, explicando los motivos de la instrucción para las elecciones de diputados á las Cortes y refiriéndose á la representación que debieran tener los americanos, entre otros párrafos trae el siguiente:

Quedaba todavía que resolver el modo de dar representación legítima en las Cortes *á nuestros hermanos* de Ultramar: unidos por los lazos sagra-

dos de la religión y de comunes leyes, acostumbrados á participar en todos tiempos de la felicidad y de la desgracia, descendientes de la misma sangre, formamos todos la gran familia española, y ni la inmensidad de los mares, ni las vicisitudes de los sucesos, ni las disensiones domésticas que hoy manda la patria cesar, ni los agravios mismos, si pudieran recordarse entre hermanos, bastan á disolver los tiernos vínculos con que nos unieron la Naturaleza y la fortuna; así, á pesar de los acontecimientos dolorosos de estos seis años, que nosotros llorábamos sin poder levantar nuestra voz fraternal, el territorio español comprende las mismas provincias que expresa el art. 10 de la Constitución.

No era, pues, esta la dificultad que se presentaba á la Junta, pero la enorme distancia á que se hallan de nosotros aquellos ciudadanos; las contingencias del mar, y la vasta extensión de tan ricas provincias, allegadas á la perentoriedad con que los males del Estado reclaman la reunión de las Cortes, no dejan esperar que vengan tan pronto sus representantes; y de modo alguno sería legítimo, justo ni decoroso que prescindiésemos, aun por momentos, del voto que les pertenece en todas las deliberaciones interesantes al bien de la monarquía; ahora especialmente que es llegado el tiempo de la reconciliación; el tiempo de que todos, perdonando errores y olvidando ofensas, volemos á reunirnos bajo un Gobierno sabio; es tiempo de que, cruzando el grito de libertad el espacio del inmenso piélago que divide ambos mundos, resuene, á par de sus ondas, en las playas del nuevo, y vuelva á nuestras costas diciendo paz, concordia y libertad.

No recibió Morillo los esperados refuerzos; en cambio recibió una circular dirigida á los jefes realistas principales de América, en que se les prevenía que entraran en negociaciones con los jefes republicanos, por ver de concluir la guerra que desolaba á la *España americana.*

Sobre esta circular el general Morillo fué comisionado para que presidiera unos arreglos con los jefes disidentes (ya no se les llamaba *insurgentes*, ni *rebeldes*) de Colombia. Es de suponer el despecho que se apoderó del conde de Cartagena y marqués de la Puerta al recibir semejante comisión. El general español era hombre orgulloso, de pundonor, y era la primera vez que en su vida de jefe superior solicitaba arreglos con el enemigo. "Aseguróse—dice Restrepo—que después de haber leído sus instrucciones exclamó: "Están locos: no saben lo que mandan; no conocen el país, ni los acontecimientos, ni las circunstancias; quieren que yo pase por la humillación de entrar en estas comunicaciones; entraré, porque mi profesión es la subordinación y la obediencia."

Como medida previa para desempeñar su cometido, el realista constituyó en Caracas una *Junta de Pacificación*, compuesta de los individuos que allí desempeñaban los empleos de más alta autoridad civil, eclesiástica y militar.

La primera comunicación (17 de Junio) de Morillo sobre negociaciones fué una circular dirigida á varios jefes republicanos, que recibió el Libertador en la Villa del Rosario de Cúcuta, al mismo tiempo que recibía otra carta atenta del general Latorre, en que éste le anunciaba suspender por un mes las hostilidades y el próximo envío de unos comisionados que tratarían de la reconciliación. Bolívar contestó en 7 de Julio con esas hermosas expresiones que acostumbraba, muy civiles, pero agregando á Morillo:

Pueden venir los comisionados, siempre que hayan de tratar de paz y amistad con Colombia, reconociendo *á esta República como un Estado independiente libre y soberano.* Si el objeto de la misión de esos señores es otro que el reconocimiento de la república de Colombia, V. S. se servirá significarle de mi parte que mi intención es no recicirlos, *y ni aun oir ninguna otra proposición que no tenga por base este reconocimiento.*

A Latorre le dijo:

Señor general: Acepto con la mayor satisfacción, para el ejército *estacionado aquí*, el armisticio que á

nombre del general en jefe del ejército español me propone V. S. por un mes de término, contando desde el día de ayer. Siento que los señores comisionados del Gobierno español se hayan dirigido por grandes rodeos en busca de mi cuartel general; pero V. S. podrá muy bien indicarles la ruta que deben seguir en el caso de venir á tratar con el Gobierno de Colombia, de paz y amistad, reconociendo esta República *como un Estado independiente, libre y soberano.*

Si el objeto de la misión de esos señores es otro que el reconocimiento de la república de Colombia, V. S. se servirá significarles de mi parte, que mi intención *es no recibirlos, y ni aun oir ninguna otra proposición que no tenga por base este principio.* Espero que V. S. me dará una respuesta categórica sobre la continuación ó no continuación del armisticio en el término de ocho días, pasados los cuales las hostilidades quedarán abiertas.

El presidente del Congreso (D. Fernando Peñalver) contestó á Morillo en nombre de la corporación lo que el mismo Bolívar (1):

"El soberano Congreso de Colombia, deseoso de establecer la paz, oirá con gusto todas

(1) Los comisionados fueron el brigadier D. Tomás Cires y D. Domingo Duarte. Refiriéndose á esta contestación dice Mr. Loraine Petre: "Their answer had practically been dictated by Bolívar in his letter to Soublette, and it was delivered to the spanish envois.» Página 247.

las proposiciones que se hagan de parte del Gobierno español, siempre que tengan por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia, y no admitirá ninguna que se separe de este principio, muchas veces proclamado por el Gobierno y los pueblos de la República.“

El general Páez dió á la circular la siguiente respuesta: “Dependiendo yo de un Gobierno á quien debo respetar y obedecer, no está en la esfera de mis facultades suspender por un momento las hostilidades; pero lo ejecutaré gustoso, luego que se me comuniquen otras instrucciones.“

En términos idénticos contestaron Soublette, Zaraza, Bermúdez y Monagas. En 22 de Junio volvió Morillo á escribir á Bolívar sobre el proyecto de tratados, anunciándole que le enviaba como comisionados de parte de los realistas á D. Francisco González de Linares y á D. Juan Rodríguez de Toro (1), con las correspondientes credenciales para su importante comisión. A este oficio contestó el Libertador:

Resuelto el pueblo de Colombia ha más de diez años á consagrar el último de sus miembros á la

(1) Don Juan Rodríguez de Toro era amigo y pariente del Libertador.

única causa digna del sacrificio de la paz, á la causa de la patria oprimida, y confiado en la santidad de su resolución expresada con la mayor solemnidad el 20 de Noviembre de 1818, *de combatir perpetuamente contra el dominio exterior y de no reconciliarse sino con la independencia,* me tomo la libertad de dirigir á V. E. la adjunta ley fundamental, que prescribe *las bases únicas sobre las cuales puede tratar el Gobierno de Colombia con el español.*

Con la mayor satisfacción tengo el honor de ofrecer á V. E. esta franca declaración como preliminar de toda transacción entre nuestros repectivos gobiernos, y como un testimonio de la rectitud que caracteriza á nuestro sistema liberal y representativo.

El amor á la paz, tan propio de los que defienden la causa de la justicia, no será jamás ahogado por los dolientes clamores de la humanidad, antes inmolada en el trato de tantos horrores. Vuestra excelencia puede contar con que no serán oídos el resentimiento ni el odio de aquellos intereses particulares que V. E. conceptúa como enemigos de la paz.

Un solo grito resuena en Colombia: el de la Naturaleza, que reclama todos sus derechos hollados y hundidos hasta ahora en los abismos del despotismo, que ha convertido en vasta desolación cuantos dominios fueron españoles.

El armisticio solicitado por V. E. no puede ser concedido en su totalidad sino cuando se conozca la naturaleza de la negociación de que vienen encargados los señores Toro y Linares. Ellos serán recibidos con el respeto debido á su carácter sagrado.

Entretanto, me refiero á mis comunicaciones con el señor general D. Miguel de Latorre (1).

La falta de recursos, especialmente de armas y municiones, de que ya hemos hablado, hacía que el Libertador no activara sus movimientos militares; adoptó por lo pronto un plan defensivo, conservando todas las posiciones adquiridas respecto del ejército español de Venezuela, y en tanto que llegaban los elementos de guerra aumentaba sus fuerzas por todas partes, se disciplinaban las tropas, é hizo la firme resolución de no arriesgar nada mientras no fuera por lo menos igual á la potencia de Morillo.

Con motivo de grave enfermedad de Rodríguez Toro, fué nombrado para reemplazarle en las conferencias el coronel José María Herrera. Los comisionados de Bolívar fueron ei general Rafael Urdaneta y el coronel Pedro Briceño Méndez, y dejando al primero de éstos encargado de la comandancia del ejército, el Libertador se dirigió rápidamente á darle impulso á la campaña de Magdalena, en donde Montilla y Brión tenían

(1) En estas comunicaciones daba Morillo al Libertador el tratamiento de *excelentísimo señor*, es decir, que ya se había acabado lo de insurgentes, y ambos pueblos empezaban, por medio de sus jefes, á tratarse de igual á igual.

abiertas operaciones sobre las plazas principales del litoral.

Estando Bolívar en Barranquilla, el brigadier D. Gabriel Torres, gobernador de Cartagena, quiso entrar en negociaciones de paz, y después de algunas comunicaciones comedidas y cultas entre ambos, el español le dijo al Libertador que contestara francamente si se sometía á la nación española, si juraba la Constitución de Cádiz y si enviaba diputados á las Cortes.

Este paso audaz é impolítico exacerbó al Libertador, quien falto en ese instante de serenidad y olvidando por un momento la cultura de su estilo, contestó con palabras amargas y resumiendo:

Es el colmo de la demencia, y aún más, de lo ridículo, proponer á la república de Colombia su sumisión á España...

¡Cómo! ¿Podríamos olvidar centenares de victorias obtenidas contra las armas españolas? ¿Podríamos olvidar nuestra gloria, nuestros derechos y el heroísmo de nuestros soldados?... ¿Crée V. S., señor gobernador, que la vieja y corrompida España puede gobernar el nuevo mundo?... Diga vuestra señoría á su rey y á su nación, señor gobernador, que el pueblo de Colombia está resuelto... á combatir por siglos y siglos contra los peninsulares, contra todos los hombres, y aun contra los inmortales, si éstos toman parte en la causa de España.

Prefieren los colombianos descender á los abismos eternos antes que ser españoles!... (1)

Esta dura contestación hirió lo más sensible de las fibras altamente vengativas del partido realista, y dió por consecuencia que mientras Bolívar volvía á su cuartel general de Cúcuta, las fuerzas sitiadas en Cartagena hicieran una salida hasta Turbaco, en donde sorprendieron desapercibida la guarnición que allí tenía el general Montilla, y no sólo mataron á muchos de los que manejaban las armas, sino que hicieron inmisericorde degüello en una multitud de mujeres y niños, é incendiaron la población. En seguida volvieron á encastillarse en los muros de la ciudad.

Extrañaban Restrepo, Baralt y otros historiadores la inacción del general Morillo en presencia de los movimientos de los patriotas y apenas la atribuían á las pocas noticias que el jefe español tenía de las fuerzas del Libertador, suponiendolas muy numerosas. Sin duda que esto debió de tener grande influencia en aquella inercia é inmovilidad del realista, pero es incuestionable también que Morillo estaba ya por que todo acabara por medio de esa paz

---

(1) Los puntos suspensivos corresponden á frases suprimidas, de una espantosa virulencia, hoy fuera de tono, aunque entonces muy comprensibles.

á que se le había sujetado aun causándole una humillación. Estaba disgustado, cansado; los escritores peninsulares enemigos del rey le zaherían; consideraba la insuficiencia de sus tropas; dolíase de las amarguras en que estaban abandonadas; sentía extinguirse el poder de España en las colonias; en su decadencia moral ya no quería él sino que se le relevara del mando.

La nota siguiente, en la cual vuelve á solicitar su relevo, explica perfectamente el motivo de la inacción de aquel jefe que no mucho antes se mostrara en toda ocasión activo, arrogante y valeroso:

... He creído de mi deber no demorar un momento el participar á V. E. estos sucesos que manifiestan de un modo claro, conveniente y enérgico, que la guerra sostenida en estos países contra el Gobierno español no ha tenido por objeto mejorar su sistema, ni reclamar los principios liberales que ahora nos dirigen, *sino la emancipación y absoluta independencia*, llevando el odio y el encono tanto á la nación como al Gobierno, hasta el extremo de quitar las denominaciones castellanas por sustituir nombres indios, como llamar Cundinamarca al Nuevo Reino de Granada; Bogotá, á Santa Fe, y otros semejantes.

Las gacetas del Orinoco, que acompañé á V. E., le instruirán también de las ideas que publican los del Congreso de Guayana, después que se enteraron de

nuestra gloriosa transformación política, y por todos estos documentos se impondrá V. E. que *sin el reconocimiento de la independencia, no están en ánimo de escuchar proposición alguna.*

Entretanto las hostilidades se han suspendido por unos puntos y por otros no, pues esto ha dependido de la situación, fortuna y recursos en que se encontraban los jefes á quienes me he dirigido. El caudillo José Antonio Páez, que mandaba el ejército llamado de Apure, no ha querido admitir el armisticio, mientras Bolívar, concretándolo solamente á las fuerzas que tiene en los valles de Cúcuta, sigue sus operaciones sobre la importante plaza de Cartagena de Indias, que estrechada por todas partes y bloqueada por los corsarios de Brion, no podrá resistir mucho tiempo.

Jamás, excelentísimo señor, ha sido mi situación y la de este ejército más crítica que en los momentos actuales, en que, perdida la esperanza de recibir recursos de Europa, desatendidas las negociaciones pacíficas que se han entablado, es menester volver á la guerra contra un enemigo doblemente poderoso en opinión y en fuerza desde el punto que ha concebido no tiene nada que temer del Gobierno nacional *ni de la voluntad del pueblo español*, que juzga no se presentará á prodigar sus hijos y sus tesoros por sostener sus leyes y gobierno en este continente. Esta idea, concebida del propio modo por los americanos que siguen las banderas españolas, los hace abandonar nuestras filas para aumentar las del enemigo, huyendo á la vez de la miseria de que participan en nuestro ejército, y de las desgracias que conocen van á envolvernos desde que falten

los auxilios de Europa; y temiendo la persecución de sus compatriotas con la pérdida de estos países, se pasan á su partido y dejan solos en la lucha á los desgraciados españoles europeos, que no tienen alternativa entre someterse ó morir...

Es un delirio, á mi entender, persuadirse que esta parte de la América quiera unirse á ese hemisferio adoptando la constitución política de la monarquía española. Ya otra vez se ha publicado aquí la constitución, y nunca se ha combatido con mayor encarnizamiento, porque los americanos disidentes no han peleado, como he dicho, para mejorar el sistema de gobierno, *y es un error creer que sean capaces jamás de convenir en unirse á la metrópoli.*

Ellos no quieren ser españoles, así lo han dicho altamente desde que proclamaron la independencia; así lo han sostenido sin desmentir jamás su opinión en ninguna circunstancia ni vicisitud de la Península; esto repiten ahora sin dejar las armas de la mano, lo repetirán siempre, y sea cual fuere nuestra conducta y nuestro Gobierno, *la absoluta independencia ó la guerra es el solo arbitrio que nos dejan escoger.*

Volveremos á ella otra vez, según las instrucciones comunicadas por V. E., pero ¿cuál será su pronto resultado en nuestro estado actual? Es, por cierto, bien lamentable y conocido y nadie duda del funesto término de nuestros esfuerzos.

Yo no puedo responder á la nación ni al rey de las desgracias que van á seguirse, ni es empresa al alcance humano vencer tan insuperables obstáculos en un país donde al mismo tiempo se necesita cambiar el antiguo sistema político, sacar recursos para

vivir y combatir con los que se empeñan en ser nuestros enemigos.

Dígnese V. E. ponerlo todo en conocimiento de su majestad para que se determine con la energía que conviene el remedio de tantos compromisos, y sea cual fuere el partido que se adopte, espero quiera vuestra excelencia dispensarme la singular gracia de solicitar del rey mi relevo, que he pedido por novena ó décima vez, en atención á la inutilidad física en que me constituyen mis heridas y los achaques adquiridos en las fatigas y trabajos de seis años de campaña en este continente, que han acabado con mi salud y enervado mi antigua disposición para continuar á la cabeza de este ejército, ya que no sean bastante poderosas las razones que tengo expuestas anteriormente sobre mis ningunos conocimientos políticos para seguir en una empresa como la que su majestad se dignó confiarme (1).

---

(1) *El teniente general D. Pablo Morillo*, etc., por Antonio Rodríguez Villa, t. IV, pág. 205. *Morillo al ministro de la Gobernación de Ultramar, con la contestación del general Bolivar al general Latorre, por la que se deduce que sólo desea su completa independencia de España, 26 de Julio.*

Ya en nota dirigida al ministro de la Guerra con fecha 4 de Julio, Morillo había escrito quejándose de la situación desgraciada en que se encontraba su ejército, y ponía los siguientes párrafos:

«Abandonados de este modo á nuestra propia suerte en países asolados, que cada vez se han ido arruinando más por consecuencia de los males que sufren, muy particularmente desde que perdimos á Guayana, con que se destruyó la provincia de Barinas y la capital de

Cuando el Libertador andaba por la costa y dió al gobernador Torres la dura contestación ya referida, principiaron las conferencias entre los comisionados de Morillo y los de

---

Santa Fe que nos privó de los socorros del reino, ningún general de cuantos han mandado los ejércitos españoles ha podido verse en iguales compromisos á los míos»...

«Mi relevo, señor, en el mando que obtengo es un asunto sobre que igualmente llamo la atención de V. E. No es posible que yo continúe más tiempo á la cabeza de este ejército destinado á pacificar unos súbditos que tan tenaz resistencia han opuesto á la dependencia de la monarquía, aun en los momentos que parecía haberse disipado y acabado sus fuerzas y recursos. En la clase de guerra que me han hecho y que me he visto obligado á seguir es preciso cargar con la indignación de muchos y con las prevenciones exaltadas *de los que difícilmente se conformarán con ser españoles*»...

«Suplico á V. E. ponga en consideración del rey estas sencillas verdades, que con la misma ingenuidad y franqueza he expuesto en otras ocasiones, pidiéndole acceda á mis ardientes deseos de dejar un cargo que ya no puedo desempeñar, permitiéndome regresar á la Península. *En ello se interesa el servicio nacional,* la conservación de mi destruída salud *y tal vez la felicidad de estas provincias*»...

En 6 de Agosto del mismo año de 1820 Morillo se dirigía al propio ministro de la Guerra quejándose de los insultos que se le hacían por la Prensa en España, y agregaba:

«La falta de un plan seguido y constante y del cumplimiento á los acuerdos hechos en esa corte, ha hecho perder el fruto de tantos trabajos y sacrificios, y ya, aun

Bolívar. Los realistas se dirigieron á los patriotas así:

Los infrascritos, comisionados del excelentísimo señor general en jefe del ejército pacificador don Pablo Morillo, persuadidos de las ventajas que necesariamente deben resultar á estos pueblos de ser copartícipes del sistema actual de la España, que sin duda elevará la nación al más supremo grado de prosperidad y gloria, proponen á sus señorías, con arreglo á los deseos de su majestad y á las ins-

---

cuando la nación trate de repetirlos y de reparar con un sabio sistema las desgracias que hemos experimentado, *no soy quien puede llevar á cabo una empresa en que tan poco me ha favorecido la fortuna*. V. E., que ha estado á la cabeza de los Ejércitos y conoce las dificultades que tiene que vencer un general para mantener la disciplina de sus tropas, comprenderá la suerte que me ha cabido desde que llegué á América y hará la justicia que se merecen mis esfuerzos y á la razón con que reclamo y pido después de tanto tiempo se me releve de este mando que yo no puedo desempeñar, por muy poderosas razones, en estos países, mucho más después de publicada en ellos la constitución política de la monarquía española, pues *se me insulta descaradamente, se me forman cargos inicuos y falsos*, se alucinan los pueblos *con siniestras detracciones*, y *mi honor ofendido* y la justicia exigen que yo me presente ante el Congreso nacional á dar cuenta de mi conducta, mientras la pacificación de estos países y sumisión á la metrópoli se encomienda á quien tenga los talentos que á mí me faltan é inspire la confianza que da una reputación que nadie puede combatir por anteriores resentimientos...»

trucciones que han recibido de S. E. el general Morillo, lo siguiente: 1.° Que se adopte y jure en estas provincias la constitución política de la monarquía española, y que se nombren y envíen inmediatamente diputados á las Cortes en conformidad de lo que dispone la misma constitución. 2.° Que en caso de adoptarse y jurarse la constitución española por los pueblos disidentes, su majestad reserva á sus actuales jefes el mando de las provincias que ocupan, por tiempo ilimitado, con subordinación al general en jefe del ejército pacificador ó bien al Gobierno de la metrópoli directamente.

San Cristóbal, Agosto 20 de 1810.

Francisco G. de Linares.—José M. Herrera.

S. S. comisionados, general de división comandante en jefe de la guardia, D. Rafael Urdaneta, y coronel D. Pedro Briceño Méndez, ministro de la Guerra.

A la nota anterior contestaron los colombianos de la manera siguiente:

Los comisionados del excelentísimo señor Libertador presidente de Colombia para recibir y tratar con los de S. E. el general Morillo ó cualesquiera otros del Gobierno español, han tenido el honor de recibir la nota oficial que con esta fecha se han servido VV. SS. dirigirles proponiendo: primero, que se jure y adopte en Colombia la Constitución

española, y se envíen, conforme á ella, diputados á las Cortes; y segundo, que en este caso los jefes de Colombia conservarán el mando del país libre, subordinados inmediatamente al gobierno del general en jefe del ejército español, ó al Gobierno de la metrópoli directamente.

Los sacrificios consagrados por Colombia á su libertad é independencia en diez años de combates; la gloria de que se han cubierto sus armas; la resolución de sus hijos pronunciada solemne y claramente mucho tiempo ha, y repetida ahora por S. E. el Libertador presidente en sus comunicaciones con los generales Morillo y Latorre, nos daban derecho para esperar que nos ahorrasen VV. SS. la pena de oir proposiciones de sujeción ó dependencia de la España, cualquiera que sea su título y forma. Parece que VV. SS. han olvidado el objeto de nuestra contienda cuando han dictado la nota que contestamos.

Los defensores de la justicia y de la libertad, lejos de ser halagados con ofertas de un mando ilimitado, reciben un verdadero ultraje al verse confundidos con las almas groseras que anteponen la opresión y el poder á la sublime gloria de ser los libertadores de su patria. No hay un colombiano ni un hombre imparcial que perciba las ventajas que reporte Colombia de su servidumbre. La Constitución española no le concede ninguna. Pero sea enhorabuena ese Código el de la felicidad, Colombia ha sentido su propia fuerza y robustez y no quiere deber á otro el bien que ella misma se ha procurado, y que ella sola puede multiplicar según sus necesidades é intereses.

Al renovar á VV. SS los sentimientos del pueblo, cuyo Gobierno representamos, nos atrevemos á informarles que no estamos autorizados para sellar los males de Colombia, sometiéndola á la España, sino para promover y someter sus intereses y derechos, constituyéndola libre, independiente y soberana.

Si la misión de VV. SS. tiene, pues, relación con estos objetos, procederemos con satisfacción á oir á VV. SS., bajo la protesta firme é irrevocable de que no responderemos siquiera á ninguna proposición que se aparte de este principio ó tienda á des honrarnos, degradando á Colombia del rango á que sus gloriosos esfuerzos la han elevado.

San Cristóbal, Agosto 20 de 1820.

Rafael Urdaneta.—Pedro Briceño Méndez.

S. S. comisionados D. Francisco González de Linares y D. José M. Herrera.

Segunda nota de los realistas:

Los que suscriben, en vista de la repuesta que VV. SS. se han servido dar á la nota que han tenido el honor de dirigirles, con esta misma fecha, dicen: que ni el rey, ni el general Morillo, de quien emana su comisión, han podido autorizarles para establecer una negociación que es opuesta á las leyes fundamentales del Código nacional que acaban de jurar solemnemente. Sólo un arreglo provisional, que hiciese cesar la efusión de sangre y los

males y desgracias consiguientes á una guerra destructora podría tener lugar en este momento y llenaría el objeto de su comisión y los deseos de su majestad.

Mas como VV. SS. nos dicen que no responderán á proposiciones ningunas que se aparten del principio que establecen, no nos detenemos á indicar las bases de este arreglo. Su majestad desea vivamente la paz y la prosperidad de estos países, y si en las presentas circunstancias, en que felizmente se halla reunido el cuerpo de representantes de la nación, el Gobierno, por quien VV. SS. representan, tuviese á bien enviar sus comisionados á las Cortes con amplios poderes para exponer á su majestad lo que desean, se les dará un salvoconducto necesario, en la inteligencia de que su majestad los recibirá benignamente y oirá sus proposiciones.

San Cristóbal, Agosto 20 de 1820.

Francisco G. de Linares.—José M. Herrera.

Respuesta á esta segunda nota:

Los comisionados del Gobierno de Colombia han tenido el honor de recibir la segunda nota, fecha de ayer, en que se sirven VV. SS. responder á la contestación que en la misma fecha dieron á su primera comunicación. Los comisionados de Colombia sienten que las leyes fundamentales de la República, así como las de la nación á quienes VV. SS.

representan, sean un obstáculo para terminar las discordias y la desastrosa guerra en que están envueltos uno y otro pueblo.

Mas ellos no pueden conciliar los vivos deseos por la paz y prosperidad de este país, que VV. SS. les anuncian de parte de su majestad católica, con la imposibilidad que por otra parte se opone á una justa transacción. Si aquellos deseos fuesen sinceros, los poderes de VV. SS. habrían sido más extensos y menos ofensivos á la dignidad del pueblo libre con quien vienen á tratar y del que los envía. . *Limitada la misión de VV. SS. á ofrecer ignominia en lugar de paz, no es extraño que Colombia rehuse oirlos.* Si tienen VV. SS. otro objeto más importante que anunciar, es decir, si las nuevas proposiciones que VV. SS. pueden hacer tienen alguna relación ó tendencia directa ó indirecta con el único y exclusivo término que se ha propuesto Colombia, fundada en sus derechos y en su fuerza, los comisionados que hablan las oirán con satisfacción como medio para llegar al fin recíprocamente deseado.

San Cristóbal, Agosto 21 de 1820.

Rafael Urdaneta-Pedro Briceño Méndez (1).

Como se ve, era imposible el acuerdo entre estos dos extremos (2).

---

(1) Blanco: *Op. cit.*, pág. 329.

(2) Con motivo de estos oficios se dirigió Morillo al ministro de la gobernación de Ultramar enviándole los documentos el 8 de Septiembre y una nota en que le decía: «... Los expresados documentos eran suficientes

La renovación de la guerra á muerte con que Calzada y José María Obando prosiguieron su campaña realista en la provincia de Popayán; la crueldad con que seguía tratándose á los prisioneros de ambas partes en los

---

á persuadir la constante opinión de los disidentes para sostener la independencia de estos países; pero como á pesar de todo los comisionados que nombré para que personalmente pasasen al Congreso de Guayana y cerca del general Bolívar, continuaron á desempeñar su misión, sin detenerse en las dificultades y riesgos que ofrecían las primeras negativas, remito ahora á manos de V. E. los partes que me han dado el brigadier Cires y el intendente Duarte, que fueron á Angostura, y don José María Herrera y D. Francisco González Linares, que se dirigieron á los valles de Cúcuta, al cuartel general de Bolívar. Es digno de la mayor atención el desaire sufrido por los primeros jefes en las fortalezas de Guayana, de donde ni los dejaron pasar ni permitieron saltar en tierra, negándose á toda comunicación con ellos por no ir autorizados para el reconocimiento de la independencia, libertad y soberanía de Colombia; y no merecen menos consideración las notas oficiales dirigidas por los agentes de Bolívar á los comisionados Linares y Herrera. Pido á V. E. se digne poner en conocimiento del rey los expresados documentos, para que en su virtud tome las providencias que sean de su real agrado; reproduciendo á V. E. con este motivo las reflexiones que me atreví á exponerle en mi citada carta sobre la arriesgada situación de estos países, que empeorada en el corto intervalo de un mes con la pérdida de la provincia de Barcelona, sublevación del batallón de Clarines, que se pasó á los enemigos, y la de varios cantones y Partidas que han seguido tan pernicioso ejemplo,

diferentes hechos de armas de Venezuela; el acontecimiento de Turbaco, y de otro lado el carácter eminentemente humanitario de Bolívar, hacían que por dictados de la naturaleza el Libertador deseara poner lenitivo á los horrores de la matanza.

Además, diez años de guerra en que se paralizó la industria, se destruía la población, se consumían los elementos de vida y los tesoros públicos y particulares, hasta el punto de que ya los ejércitos á duras penas encontraban provisiones, eran causas más que suficientes para desear que la lucha por la independencia terminara con un tratado de paz. Ya se había resuelto que Colombia preferiría sepultarse bajo las ruinas antes que volver á la dominación española; pero era mejor para los países combatientes terminar la contienda por medio de un tratado. Era, pues, la ocasión en que las potencias enfrentadas habían de patentizar con el más alto relieve de su cultura, sus aptitudes militares y sus habilidades diplomáticas.

Inmediatamente que el Libertador regresó

---

acercan su próxima ruina y la destrucción de este ejército y habitantes comprometidos, que no podrán evitar la desgraciada suerte que les espera, si por el Gobierno no se toman con tiempo medidas eficaces que puedan libertarlos de tantos desastres...»—ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA: *Op. cit.*, pág. 227.

de Cartagena á los valles de Cúcuta y se presentó en San Cristóbal (21 de Septiembre), dirigió á Morillo el siguiente oficio:

... Al abrir esta campaña no puedo menos que dirigirme á V. E. para darle la última prueba de la franqueza del Gobierno de Colombia y de la fuerza de sus intenciones. V. E. nos ha convidado con un armisticio, cuyo objeto parecía *ser la paz de la América.* Pero un armisticio semejante, sin ofrecer siquiera el reconocimiento de nuestro Gobierno, es demasiado perjudicial á los intereses de la República, cuando ella se lisonjea de su triunfo final y completo, según todas las probabilidades.

La continuación de las hostilidades debe producirnos la ocupación del *resto de Venezuela y Quito*, libertándonos al mismo tiempo de las enormes erogaciones que nos causa un ejército demasiado numeroso para Colombia y la suspensión de ellas en la estación más propia para la guerra y en momentos críticos para nuestros enemigos, trae consigo la pérdida de todas las ventajas que podrían resultarnos de nuestros constantes, prolongados y dolorosos sacrificios.

Sin embargo, el Gobierno de Colombia quiere manifestar á V. E. y á toda la nación española que prefiere la paz á la guerra, aun á su propia costa, y propone, en consecuencia, entrar en comunicaciones con V. E. para transigir las dificultades que ocurran sobre el armisticio con que le ha convidado, siempre que en calidad de indemnización se le den á Colombia las seguridades y garantías que ella

exige, como gaje de este empeño. Para facilitar y abreviar nuestras recíprocas comunicaciones, yo estableceré mi cuartel general en San Fernando de Apure para fines del próximo Octubre. Allí espero la respuesta de V. E. ó los comisionados que quiera V. E. dirigirme, si lo tuviere por conveniente. Entretanto, no suspenderemos nuestras operaciones.

El general Bolívar no pudo seguir á San Fernando por haber enfermado gravemente el general Urdaneta, á cuyo cargo estaba la parte de ejército comandada directamente por el Libertador (1), y el cual no podía abandonar en manos de cualquier jefe, puesto que aún debían continuar las hostilidades ínterin se hacían las negociaciones.

---

(1) Que Bolívar habló con sinceridad á Morillo cuando le dijo que pensaba trasladarse á San Fernando lo demuestra el siguiente párrafo de la carta que escribió al señor Peñalver el día 24 de Septiembre; dice así: «Si usted quiere verme en Apure, á fines de Octubre estaré por allá, y si usted tiene á quien librar algún dinero, lo pagaré, pues aunque por allá tenía algunas onzas, ya las he mandado repartir entre algunos menesterosos de mis amigos y compañeros de armas; y después dirán que tengo depósito; ¡ojalá tuviera para mandar á usted siquiera 1.000 pesos para que pagara sus cuentas!»

Hacemos esta aclaración, porque en aquel tiempo los realistas llegaron á imaginarse que había sido un ardid del Libertador.

De aquí que mientras le llegaba á Morillo, que ya se hallaba en San Carlos, la comunicación que hemos copiado, con toda la actividad que el republicano acostumbraba movió su ejército sobre las provincias de Mérida y Trujillo, las cuales libertó venciendo la tercera división del ejército realista en varios encuentros de no mucha importancia, pero que el coronel Tello, que la mandaba, no pudo contrarrestar en el paso de las serranías y páramo de Mucuchíes (1).

(1) En parte oficial dirigido al ministro de Guerra, Morillo daba cuenta de la situación en que continuaba el ejército realista. De su nota de 15 de Octubre copiamos el siguiente párrafo: «... Las marchas rápidas de los disidentes que vienen del Nuevo Reino de Granada, la sumisión voluntaria de los pueblos y el incremento que toman con sus habitantes y las tropas del país que se les unen, han reducido el que ocupan las armas nacionales á muy estrechos límites, en términos que habiendo evacuado el brigadier Real la ciudad de Guanare para no ser cortado por las fuerzas enemigas que llegaron á Trujillo, queda abandonada la provincia de Barinas y una gran parte de la de Caracas hasta San Carlos, donde se replega (*sic*) dicho jefe; al mismo tiempo que perdida la provincia de Barcelona y los valles de Barlovento, están á la vez los enemigos á las puertas de la capital de Caracas, y amenazando ocupar el pequeño territorio de los valles de Aragua y las plazas de Cumaná, Guaira y Puerto Cabello, que es el que dominamos actualmente. Mientras los enemigos atacan el ejército por estos puntos, otra división rebelde, al mando del general disidente Zaraza, se ha situado en Chara-

Luego que recibió Morillo la comunicación de Bolívar, aquél envió á San Fernando á los señores brigadier D. Ramón Correa, á don Juan Rodríguez de Toro y á D. Francisco González Linares para que se entendieran con el Libertador sobre las proyectadas negociaciones.

---

guamas, y ha dirigido sus intimaciones al comandante y guarnición de San Rafael de Orituco, que cubren una de las principales avenidas de la capital, cuyo oficial, americano como la tropa que tiene á sus órdenes, ha resistido hasta ahora á las falaces promesas de sus seductores, dando parte con inclusión de los documentos que en copia acompaño á V. E.; pero la fidelidad de estos habitantes llega hasta el caso de verse amenazados de un inminente peligro, que entonces el más leal cede y se une á la causa de los disidentes. Las fuerzas de llaneros de caballería que se hallan en los llanos de Apure á las órdenes del caudillo Páez se han puesto también en movimiento para contribuir á la operación general con que se propone Bolívar terminar la reconquista de estos países y el exterminio del ejército de mi mando en esta campaña; y estas orgullosas pretensiones, que acabarían con él y sus esperanzas, asegurando por muchos años la paz de Venezuela y el gobierno y prosperidad nacional, si de la madre patria hubiésemos recibido algunos socorros ó por lo menos dinero para haber conservado las tropas que la miseria ha arrancado de nuestras filas, van desgraciadamente á verse realizadas, aunque para ello se oponga la constante y firme resolución de este valiente y sufrido ejército de hacer los últimos sacrificios por defender esta importante parte de la Monarquía española...» — Rodríguez Villa: *Op. cit.*, t. IV, pág. 245.

Apenas iban esos señores por Calabozo cuando el jefe realista recibió la nota de 26 de Octubre en que Bolívar le avisaba que por enfermedad de Urdaneta no había podido dirigirse á la ciudad antes indicada y le manifestaba la conveniencia de que los comisionados pasaran al cuartel general de Trujillo; en esta nota indicaba el jefe republicano las bases sobre que podrían hacerse los tratados, así: 1.°, un armisticio general por cuatro ó seis meses en todos los departamentos de Colombia: 2.°, el ejército republicano conservaría las posiciones en que se encontrara en el acto de la ratificación de los tratados; 3.°, la división de la costa ocuparía las ciudades de Santa Marta, Ríohacha y Maracaibo, sobre las cuales estaba en marcha y pronta á someterlas; 4.°, la división de Apure conservaría sus posiciones, más las provincias de Barinas y el territorio de Guanare, abandonados ya por los españoles; 5.°, la división de Oriente conservaría el territorio que tuviese ocupado al acto de la ratificación del tratado; 6.°, la división de Cartagena conservaría las posiciones que tuviera al acto de la misma ratificación, y 7.°, la división del Sur conservaría el territorio que hubiese dejado á retaguardia en su marcha hacia Quito y se mantendría en las posiciones que tuviera al acto de la notificación del armisticio; pero, agregaba Bolívar:

Si alguno de estos artículos pareciere á V. E. contrario á los intereses de España, y no sea, por consiguiente admisible, suprimiremos dicho artículo ó artículos, dejando por aquella parte abiertas las hostilidades. Esta es la prueba más convincente de la moderación de nuestras pretensiones, pues que cuanto pedimos tenemos verosímilmente la esperanza de obtenerlo por la fuerza, sin aventurar la suerte de ninguno de estos cuerpos de operaciones.

Nada exigimos que, á costa de muy pocos sacrificios, no hayamos de conseguir, y yo conceptúo justo que se nos indemnice, por las cesiones del artículo 3.º (que quizás no lo serán para cuando llegue el caso), de los inmensos gastos que tenemos que hacer para mantener tropas tan numerosas, y en momentos tan favorables al éxito de nuestra causa.

Y puede estar cierto V. E. que sólo un vehemente deseo de allanar las dificultades, diferencias que debemos transigir para terminar la guerra, me hacen posponer los brillantes resultados de esta campaña al fruto de una negociación que nada nos promete por ahora de decisivo (1).

Morillo contestó á esta nota avisándole al Libertador que en consecuencia de la de 21 de Septiembre ya los comisionados Correa, de Toro y Linares estaban en viaje para San

---

(1) Blanco: *Op. cit.*, pág. 443, t. VII.

Fernando, habiendo llegado á Calabozo para que trataran con Bolívar las bases sobre que debía arreglarse el armisticio y el término de la guerra, y agregaba:

...Las proposiciones que vuestra excelencia se adelanta á hacerme en esta segunda no pueden algunas convenir á los intereses de la nación española, ni me considero autorizado para admitirlas; pero los comisionados que vendrán ahora á mi cuartel general, y pasarán al de vuestra excelencia inmediatamente, discutirán los artículos que comprende su citada carta, abrirán la negociación en virtud de sus poderes y de las instrucciones que llevan, y convendrán definitivamente sobre las bases en que deba fundarse el armisticio, y la paz y unión que tanto desea el Gobierno constitucional de la monarquía.

Mis deseos por conseguirla son los más sinceros; la buena fe y la franqueza de mis gestiones, desde el punto en que me hallé interesado para dar estos pasos tan conformes con mis sentimientos y al bien de la humanidad, no pueden interpretarse; y vuestra excelencia debe conocer que para obtener la tranquilidad y entendernos, necesitamos suspender las armas, sin experimentar los graves perjuicios que se han seguido ya á la causa de la nación, desde que envié á vuestra excelencia mis primeros comisionados—perjuicios de mucha transcendencia que pesan sobre mi responsabilidad.

Entretanto llegan los comisionados que vienen de Calabozo, continuaremos nuestras operaciones (1).

Continuaban las comunicaciones entre los dos generales en jefe, tratando sobre el armisticio; pero no suspendían sus operaciones ni cesaban las hostilidades entre los ejércitos enemigos. Ya Barcelona y casi toda esa provincia habían caído en poder de los independientes comandados por Monagas; y el famoso indio Reyes Vargas, que en años anteriores conducía las armas realistas y había sido cruel perseguidor de los patriotas, acababa de abjurar de sus convicciones y se pasaba á la causa republicana; en tal situación resolvió Morillo activar sus operaciones contra Bolívar, y como éste preocupábase en sumo grado con los estragos que hacía la guerra á muerte, al mismo tiempo que presentía un choque terrible si no se adelantaban las negociaciones, el Libertador, que ya había comisionado al general Sucre y al coronel Plaza como parlamentarios, dirigió también una expresiva carta al jefe español pidiéndole autorizara plenamente á sus comisionados para ajustar con el Gobierno de la República un tratado *verdaderamente santo* que regularizara la guerra

(1) Rodríguez Villa: *Op. cit.*, t. IV, pág. 280.

y la hiciera más culta y filantrópica. Esa carta decía así:

República de Colombia.--Cuartel general de Carache, á 3 de Noviembre de 1820.

SIMÓN BOLÍVAR
Libertador presidente, etc.

Al Excmo. Sr. D. Pablo Morillo:

Tengo el honor de acusar á vuestra excelencia el recibo de sus notas oficiales de 20 y 29 del próximo pasado que ha puesto en mis manos el capitán Real. Considerando que los señores diputados que vuestra excelencia dirige á mi cuartel general son bien dignos de emplear sus buenos oficios en favor de la humanidad, aprovecho de esta oportunidad para suplicar á vuestra excelencia se sirva autorizarlos plenamente para que concluyan con el Gobierno de la República un tratado *verdaderamente santo* que regularice la guerra de horrores y crímenes que hasta ahora ha inundado de lágrimas y de sangre á Colombia, y que sea un monumento entre las naciones más cultas, de civilización, liberalidad y filantropía.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Bolívar.

A los comisionados de Morillo se dirigió en los siguientes términos:

República de Colombia.—Cuartel general de Trujillo, á 9 de Noviembre de 1820.

SIMÓN BOLÍVAR
Libertador presidente, etc.

Señores:

He tenido la honra y la satisfacción de saber por las comunicaciones de su excelencia el general Morillo, que vuestras señorías están nombrados para negociar con el Gobierno de Colombia un armisticio que prepare el término final de las calamidades que nos afligen con una guerra devastadora. Me felicito por la acertada y sabia elección que se ha hecho de vuestras señorías para llenar deberes tan agradables y honrosos como los que les están encargados, en alivio de la humanidad doliente. Nada, yo creo, es más conforme á los sentimientos de vuestras señorías como esta benéfica misión, y, por tanto, me lisonjeo que hombres tan dignos de emplear sus talentos y virtudes en el bien común de ambas naciones lograrán dar este inmenso paso hacia la felicidad de los pueblos de Colombia y España.

Pero como es muy posible que las instrucciones y poderes que hayan recibido vuestras señorías del Gobierno su comitente, sean demasiado estrictos y limitados, juzgo conveniente anticipar á vuestras señorías la presente comunicación, que tendrán el honor de poner en manos de vuestras señorías los señores general Sucre y coronel Plaza, encargados por mí para darles la explicación más lata. Vuestras señorías deben creerme: cuanto he propuesto

al general Morillo es cuanto es absolutamente indispensable para que tenga lugar el armisticio que se desea.

Protesto á vuestras señorías y á toda la nación española, que las miras del Gobierno de Colombia son las más moderadas y las más legítimas; pero si le fuerza aún la guerra después de la dichosa transformación del Gobierno español, siempre que la victoria nos sea favorable, nuestras miras se extenderán *sobre toda la América. Esta protesta la hago en presencia de vuestras señorías para que la transmitan al Gobierno su comitente, asegurándole de mi parte en tregua ó paz la mayor franqueza y buena fe.*

Tengo el honor de ser con la más alta consideración de vuestras señorías su más atento y obediente servidor.

Simón Bolívar.

Señores comisionados del jefe del ejército español expedicionario, brigadier D. Ramón Correa, D. Juan de Toro y D. Francisco Linares (1).

A tiempo que así se comunicaba el Libertador con los realistas, Morillo, con más de dos mil quinientos hombres de infantería y caballería, y con su genial arrogancia, se adelantó rápidamente abriendo operaciones sobre los campamentos de Bolívar; movió sus tropas

(1) Rodríguez Villa: *Ob. cit.*, t. IV, pág. 293. El historial del armisticio se encuentra en los *Documentos para la historia de la vida del Libertador*, por Blanco y Azpurúa, t. VII, págs. 481 á 487.

desde Barquisimeto y el 11 de Noviembre establecía su cuartel general en Humúcaro Bajo; allí recibió á Sucre y á Plaza, quienes hubieron de regresar á Trujillo porque aún no habían venido de Calabozo Correa, Rodríguez de Toro y González Linares.

Morillo avanzó hacia Agua Obispos, y el Libertador, que no era menos arrogante que su enemigo, pero sí más previsivo, abandonó el campo y se retiró en busca de otro mejor para combatir. A poco la vanguardia republicana abandonó á Carache, que inmediatamente fué ocupado por los realistas. En este punto estableció su cuartel general el jefe Morillo; el Libertador, que lo estableció en Trujillo y que se encontró en sitios apropiados para medir sus armas con la del español, con la fiereza que el caso requería escribió á éste haciéndole ver que la expectativa de las negociaciones no sería obstáculo para rechazar sus amenazadores movimientos; he aquí la imponente arrogancia del Libertador:

República de Colombia.—Cuartel general de Trujillo, á 13 de Noviembre de 1820.

SIMON BOLIVAR
Libertador presidente, etc., etc.

Al Excmo. Sr. D. Pablo Morillo:

Con la mayor satisfacción he recibido la nota de V. E. de su cuartel general de Humúcaro Bajo,

donde tuvieron el honor de conferenciar con vuestra excelencia los señores general Sucre y coronel Plaza sobre la naturaleza y base del armisticio que se nos ha propuesto por V. E.; V. E. nos convida nuevamente á una suspensión de armas, que yo he aceptado mucho tiempo ha y que no se ha concluído por las circunstancias del tiempo y el retardo de los negociadores de V. E., pero no por falta de disposición por parte del Gobierno de Colombia, que no ha tratado hasta ahora más que de colocar sus tropas de un modo conveniente á su seguridad y subsistencia.

El Gobierno de Colombia no ha tenido jamás miras de conquista: ha tenido, sí, las del restablecimiento del Gobierno de su patria, destruído y hollado por nuestros invasores. Desde luego convengo con V. E. en que haya una suspensión de hostilidades provisoria, mientras se arregla el tratado definitivo con los señores brigadier Correa, D. Juan Toro y D. Francisco Linares. *Mas si V. E. adelanta sus posiciones, pensando venir á dictar las condiciones de este armisticio, yo aseguro á V. E. que no lo aceptaré jamás y que V. E. será responsable ante la humanidad y su nación de la continuación de esta sangrienta lucha, cuyo resultado final será la emancipación de toda la América ó su completo exterminio si aún se pretende someterla*. V. E. puede, si gusta, suspender sus operaciones. Yo he suspendido las mías desde que establecí mi cuartel general en esta ciudad, poniéndome sólo á la defensiva en la esperanza de transigir nuestras diferencias.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Bolívar.

Bolívar había retirado sus tropas á Sabanalarga con el fin de dar allí una gran batalla si Morillo no atendía la protesta que hemos copiado; pero el realista no sólo la atendió, sino que la contestó excusando sus avances con la razón de cubrir á Maracaibo y otros puntos amenazados por los patriotas.

Entonces llegaron á Carache los comisionados Correa, Rodríguez de Toro y González Linares, que debían pasar á Trujillo á entenderse con los de Bolívar, que ahora eran Sucre, Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez; Morillo quiso que Bolívar tuviese noticia anticipada de la marcha á Trujillo de los parlamentarios, y con tal objeto despachó al teniente coronel Pita, quien fué bien recibido é invitado á comer por el Libertador; en la mesa estuvo locuaz el oficial conductor de los pliegos, y en la conversación llegó á darle á entender al Libertador que Morillo exigiría para las negociaciones que previamente se retirase el ejército republicano á sus antiguos vivaques de los valles de Cúcuta. Tal despropósito no era para el general Bolívar: indignado se paró, diciéndole á Pita:

Vaya usted y dígale á su jefe que él se retirará á sus posiciones de Cádiz antes que yo á Cúcuta.

Y al punto escribió á Morillo:

Cuartel General de Trujillo, á 20 de Noviembre de 1820.

Al Excmo. Sr. D. Pablo Morillo.

Excelentísimo señor:

Tengo el honor de decir á vuestra excelencia que el teniente coronel Pita ha puesto en mis manos el despacho de vuestra excelencia de ayer, y que celebro la pronta llegada de los señores Correa, Toro y Linares, para que juntos demos el primer paso á la prosperidad de ambas naciones. Pero si esos señores vienen encargados de la misma misión insultante que repetidas veces se nos ha dirigido, *nada me será tan agradable como no verlos.*

El teniente coronel Pita ha tenido la imprudencia de decirme que Vuestra Excelencia piensa que yo debo evacuar el territorio libre de Venezuela para volver á ocupar mis posiciones de Cúcuta. *No es el gobierno español el que puede dictarme á mí condiciones tan ultrajantes y altamente ofensivas á los intereses de la república de Colombia, que hemos elevado sobre las ruinas de nuestros opresores, y arrancado de las manos del ejército expedicionario.*

Dios guarde á V. E. muchos años.

Bolívar (1).

---

(1) Bolívar era pariente y amigo íntimo de Rodríguez de Toro; estaba en Sabanalarga, y cuando supo que éste se hallaba en Trujillo, y aún no repuesto del

El general realista se apresuró á contestar á su enojado rival con la carta explicativa siguiente:

Excelentísimo señor:

El teniente coronel Pita puso en mis manos el despacho de V. E. de ayer, y me ha sido bien sensible que se dé V. E. por entendido en su correspondencia conmigo de las materias que no tienen relación con el contenido de mis notas oficiales. El carácter de Pita cerca de V. E. no ha sido otro que el de mero conductor del pliego que tuve la honra de dirigirle; y la sorpresa que haya producido con mayor ó menor ligereza, debe reputarse como efecto de una conversación particular que ninguna influencia puede causar en nuestras negociaciones, cuyo objeto,

---

disgusto que le causó el oficial Pita, le escribió la siguiente carta:

«Sabanalarga, Noviembre 21 de 1820.

»Señor Juan Rodríguez de Toro.

»Mi querido Juan:

»Hoy he tenido una emoción tiernamente agradable al recibir tus letras. Ellas reunieron en un momento muchos recuerdos y sentimientos de mil especies. Al saberte al alcance de mi vista he olvidado que vienes empleado por el enemigo; y sólo he sentido que eres el antiguo, bueno y compasivo Juan Toro. Si el pobre Marqués y Fernando estuvieran aquí con nosotros, qué agradable momento habrían experimentado. La cosa del teniente coronel Pita me produjo una irritación de que no puedes formar idea: todavía estoy malo de ella. Yo

por su naturaleza, no debe estar al alcance en estos momentos de ningún oficial subalterno.

La moderación y buena fe que dirige nuestros pasos, el espíritu de fraternidad que nos anima, en conformidad de las intenciones del Gobierno liberal de las Españas, que sólo desea la paz, unión y el término de los desastrosos males que han afligido estos países, no pueden permitir que yo dirija á V. E. misiones ofensivas y ultrajantes, y los insultos y amenazas no podían preceder á un tratado de reconciliación. Los despachos que he tenido el honor de dirigir á V. E. son el garante más seguro de la noble y franca conducta que he observado, y las proposiciones que ya había oído V. E. de mis comisionados la prueba más auténtica de nuestros pacíficos deseos. Si ellos, por desgracia de la humanidad, no fuesen atendidos, si la exaltación y las pasiones toman el lugar de la cordura y el buen juicio, los pueblos juzgarán de nosotros y podrán designar sin equivocación quiénes son el verdadero

---

no puedo menos que pensar que nuestra moderación habría animado á nuestros enemigos á ultrajarnos; y como ustedes venían empleados por ellos, era su deber cumplir con las instrucciones que hubiesen recibido.

Por consiguiente, teniendo yo la mayor consideración y respeto por ustedes, me pareció prudente evitar una escena de dolor con personas que me tienen arrebatado el corazón. Mañana en todo el día podré ir á Trujillo, si acaso mejoro del cólico que he padecido de ayer á hoy; mientras tanto puedes ofrecer á los señores Correa y Linares los sentimientos más puros de mi aprecio y consideración. Adiós, mi querido Juan; recibe un abrazo de tu tierno amigo, *Bolívar.*»—O'LEARY: t. XXIX, pág. 176.

origen y la causa de la continuación de una guerra de hermanos que tiene horrorizado al Universo.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Cuartel general de Carache, 21 de Noviembre de 1820.

Pablo Morillo.

Al Excmo. Sr. D. Simón Bolivar (1).

Al fin, después de varias discusiones en que estuvieron á punto de frustrarse los tratados, éstos fueron concluídos en 15 artículos el día 26 de Noviembre y ratificados el 27 por los dos generales en jefe, estando el español en el pueblo de Santa Ana.

No fueron, ciertamente, de una paz definitiva en que España reconociera la independencia de Colombia, pero fueron de una suspensión de armas provechosa para la causa de los patriotas y de alta filantropía: estipulóse la conservación, buen trato y canje de los prisioneros de guerra; los desertores de una y otra parte que fueran aprehendidos sirviendo bajo las banderas de la otra no podrían ser castigados con la pena de muerte, ni los conspiradores ó desafectos; los pueblos que fueran ocupados por las tropas de los dos gobiernos serían muy bien tratados y respetados; los cadáveres de los muertos en el campo de batalla

(1) RODRÍGUEZ VILLA: *Op. cit.*, t. IV, pág. 300.

serían enterrados ó quemados; la suspensión de las hostilidades duraría seis meses, prorrogables previo convenio de las partes, ó podrían reanudarse antes de ese plazo, dándose aviso con cuarenta días de anticipación; los ejércitos enemigos conservarían sus actuales posiciones. El Gobierno de Colombia mandaría comisionados á España á gestionar ante la corte el reconocimiento de la independencia.

En aquel hermoso día—dice Restrepo—se acabó esa guerra de feroz exterminio iniciada por los españoles sin decirlo para castigar á los rebeldes venezolanos, y retaliada por éstos bajo de una declaración expresa en 1812; ella fué la causa de que se destruyera por mil crueldades y diferentes modos una gran parte de la población, especialmente de Venezuela.

Los cadáveres insepultos, los huesos esparcidos por los campos y la carnicería que difundió sus bárbaros estragos por doquiera, aún hacen estremecer á todo hombre sensible. En lo venidero no tendrá nuestra pluma que describir escenas tan horrorosas, y podrá presentar espectáculos y cuadros más consoladores para la humanidad y para la civilización.

Después de ratificados los tratados, y por invitación de Morillo, se dirigió Bolívar al pueblo de Santa Ana—lugar intermedio entre

Trujillo y Carache—, y allí se dieron estrecho y fraternal abrazo los dos generales en jefe enemigos; la entrevista fué efusiva, poniéndose en competencia la hidalguía castellana de ambas partes, ya por los nobles sentimientos en que abundaron los dos caudillos y sus respetables y dignas comitivas, ya por el señalado proyecto que concibieron de levantar en el mismo punto en que se abrazaron una pirámide, para lo cual los mismos personajes condujeron y colocaron la primera piedra; mas esta idea, que fué acompañada con el placer de una comida de campaña, con brindis expresivos y con el recuerdo de una noche en que bajo una misma tienda hubo fraternidad en el alma y expansión de cordiales manifestaciones, no llegó á realizarse.

Quedaron los ejércitos de los dos gobiernos descansando y moviéndose dentro de sus respectivas posiciones y territorios. El general español recibió orden de trasladarse á España, dejando encargado del comando en jefe al mariscal Latorre; con rumbo á su patria se embarcó Morillo en la Guaira el día 17 de Diciembre, es decir, á los seis años de haber estado haciendo la campaña de América, al año completo de constituída la *Gran Colombia* y el mismo día en que diez años más tarde el *Libertador*, satisfecho su ideal sublime, pasó á las regiones de la eternidad, dejando su nom-

bre á la admiración y aprecio de las generaciones posteriores. ¡Qué coincidencias!

Bolívar, después de distribuir y situar convenientemente sus tropas y de dictar las medidas que creyó más convenientes á la policía interior de ellas, se dirigió á San Cristóbal, ciudad en donde resolvió marchar para Bogotá con ánimo de seguir camino hacia las provincias del Sur.

XV

Ya hemos visto cómo el ideal único de Bolívar, perseguido con inalterable constancia, ha sido el de ver libre á su patria del yugo español. Como, instrumento ciego del destino, sin contar el número ni las dificultades, lleno de fe, se arrojó en la lucha.

Vencedor unas veces, muchas veces vencido, pisando el territorio de Venezuela ó lejos de su cuna, su mirada, su pensamiento, su alma han estado adheridos, como la ostra á la roca, á esa única idea, móvil de todas sus acciones.

Nada abate su valor, y cuando le vemos más distante de la meta, más rodeado de inconvenientes, casi imposibilitado para la lucha, le vemos más decidido y más enhiesto. Enton-

ces es cuando le oímos decir con aliento profético: "¡Venceré!" Y rodeado de un puñado de amigos entristecidos y arrecida el alma, sin armas, sin soldados, derrotado y perseguido, les pinta con vivísimos colores y con convencimiento profundo sus planes futuros, su definitivo triunfo.

Mas no será libre su país si de las naciones limítrofes pueden salir los enjambres de enemigos que vuelan á subyugarlos. La libertad es con ellos solidaria. Nueva Granada y Venezuela forman un vasto territorio sin solución de continuidad.

Ambas tienen que ser libres ó las dos han de ser esclavas, motivo por el cual las vemos, según las circunstancias, luchando unas veces acá, otras más allá del Táchira. (1)

Las proclamas de Bolívar, llenas de contagioso entusiasmo, nos hablan constantemente de la unión de Venezuela y Nueva Granada en una sola república. ¡Y cómo rebosa de jú-

---

(1) Y bueno es que comprendan y se repitan ambos pueblos que así será en lo presente y en lo futuro: ambos tienen que ser libres ó ambos esclavos; en una palabra: está dispuesto que ambos países corran la misma suerte. Lo más discreto parece unirse, siguiendo la enseñanza de nuestro Libertador, hasta donde hoy sea posible, para unidos positivamente correr la suerte común, y juntos salvarnos en los peligros y juntos encaminarnos á risueños destinos.

bilo cuando ha logrado formar de las dos una sola nación, con unas mismas aspiraciones, con una sola existencia!

Y no paran aquí sus proyectos. Cada triunfo le abre nuevos deseos y otros horizontes. Es preciso, para consolidar la libertad de su país, que toda la América sea libre, que no quede á los castellanos un palmo de territorio en el continente donde poner el pie y proseguir sus amenazas.

Siguiendo su bien forjado proyecto deberá principiar por despejar el Ecuador y reunirlo á la gran Colombia.

Con tal objeto escribe repetidas cartas á Valdés para que apresure sus movimientos sobre Quito, al mismo tiempo que encarga á Sucre del mando del ejercito del Sur; sabia elección que más tarde debía dar inmarcesible brillo á nuestras armas, porque aquellas dos almas se comprendían, estaban poseídas del mismo ideal. Había entre ellas similitud de aspiraciones, de virtudes, de energías, de talentos; parecía que Dios hubiera creado á Sucre como brazo derecho de Bolívar.

Por sus propios ojos Bolívar quiso estimar la situación del Sur, y allá se encaminó. Al llegar á Bogotá recibió larga correspondencia de Latorre, en que le comunicaba haberse hecho cargo del mando del ejército realista por

ausencia del general Morillo, y que de España habían llegado comisionados con el objeto de terminar la guerra. El Libertador, viendo que era más útil asunto tan humanitario y que era conveniente no dejar enemigos atrás, volvió grupas desde La Mesa y se dirigió á Caracas.

Desde Bogotá Bolívar había tratado de mover los sentimientos de Morillo y de Latorre á favor de estos países.

Aun cuando su elemento era la lucha, aquel corazón sensible, esa alma humanitaria y amante de su suelo y de sus hermanos, cuya suerte le interesaba, se conmovía ante el espectro de la nueva lucha, sus ojos derramaban lágrimas al pensar que se iba á verter más sangre todavía. Pero ¿cómo habría que combatir?

Bolívar se esforzaba en dulcificar la guerra y en mezclar las voces de aliento con los sentimientos de fraternidad; en su proclama de 17 de Abril vemos esos sentimientos suyos expresados de tan elocuente manera:

... Ya me parece—les dice á sus soldados—que leo en vuestros ojos la alegría que inspira la libertad y la tristeza que causa una victoria contra hermanos...

Y agrega:

¡Soldados! Interponed vuestros pechos entre los rendidos y vuestras armas victoriosas y mostraos tan grandes en generosidad como en valor (1).

La misma idea la desarrolla en el manifiesto que en esta misma fecha lanza á los pueblos de Colombia desde su cuartel general en Barinas:

Esta guerra, sin embargo, no será á muerte, ni aun regular siquiera. Será una guerra santa: se luchará por desarmar al adversario, no por destruirlo (2).

El 28 de Mayo había terminado el armisticio de Santa Ana, y no habiéndose llegado á una solución satisfactoria y definitiva con los comisionados españoles, pues el general Bolívar ponía como condición *sine qua non* que se reconociera la independencia de Colombia, los dos ejércitos prosiguieron sus operaciones y hostilidades.

Un mes después (25 de Abril), siempre fiel á sus mismos principios, dirigió proclamas á sus tropas y á los soldados españoles. A los

(1) SIMÓN BOLÍVAR: *Discursos y proclamas*, ed. cit., pág. 222.

(2) SIMÓN BOLÍVAR: *Discursos y Proclamas*, pág. 223.

primeros les decía que "todo nos promete una nueva victoria final" (1); y hasta amenazaba con la pena capital á los que infringiesen cualquier artículo de la regularización de la guerra, aun cuando el enemigo así lo hiciera. Decía á los enemigos:

> Vosotros venís á degollarnos, y nosotros os perdonamos; vosotros habéis convertido en horrorosa soledad nuestra afligida patria, y nuestro más ardiente anhelo es volveros á la vuestra.

Entretanto, Sucre, á quien el Libertador había enviado á conseguir la atenuación de la guerra en el Sur y con el encargo de atizar la chispa revolucionaria y de levantar el patriotismo de aquellos pueblos, había informado que aunque se obtuvo la regularización y fué comprendido en la tregua de Santa Ana el territorio de Quito, sin embargo el presidente Aymerich no quiso que fuese comprendido en el tratado la provincia de Guayaquil, pretextando que ésta dependía del virreinato del Perú y saberse oficialmente que ésta se había puesto bajo la protección del general San Martín.

Bolívar, pues, separó del mando de la división del Sur al general Sucre y lo comisionó

(1) SIMÓN BOLÍVAR: *Discursos y Proclamas*, pág., 223.

para que negociase con los gobiernos de Guayaquil, Cuenca y demás que se hubieran establecido en el departamento de Quito, su incorporación en la república de Colombia, conforme á las bases establecidas en la ley expedida por el Congreso de Angostura, teniéndose en cuenta que esas provincias no habían pertenecido al Perú sino en lo comercial y en lo militar, y que por todo lo demás era territorio de la presidencia de Quito, que hacía parte integrante del virreinato de la Nueva Granada. Debía tambien Sucre manifestarles que cometiendo el grave error en política de erigir pequeñas repúblicas, jamás seríamos reconocidos por las pctencias europeas.

El segundo punto que á Sucre se le encargó fué "conseguir que se le confiriese al mismo Sucre el mando en jefe de las tropas de los diferentes gobiernos, á fin de obrar con ellas contra los españoles de Quito, unidas á la columna de colombianos que debía conducir á Guayaquil, para afirmar así la independencia de dicho departamento". Diósele además la instrucción de que si no podía conseguir el comando en jefe, obrara como auxiliar de esos nuevos gobiernos, á quienes les ofrecería armas, municiones y cuantos elementos necesitaran para asegurar su independencia. Para en el caso de que nada de esto fuera

aceptado, se le prevenía que regresase á Cundinamarca.

La actividad, prestigio, inteligencia, el tacto delicado y las relevantes prendas personales del comisionado hicieron que tan importante comisión fuese despachada á maravilla, sin embargo de que había un partido que procuraba la anexión al Perú, porque San Martín halagaba al incipiente Gobierno de Guayaquil prometiéndole abundantes auxilios. Mientras el Congreso de Cúcuta, reunido el día 6 de Mayo, proseguía sus sabias tareas legislativas, Bolívar sólo se ocupaba en sus operaciones militares y en regularizar la guerra.

Su proclama de 3 de Junio, dictada en San Carlos y dirigida á los caraqueños, es un llamamiento sincero, hecho de todo corazón, sin odio á los entonces jefes españoles, á quienes consideraba como hombres leales.

El 24 se libró la batalla de Carabobo. Desde Valencia el Libertador comunicó, lleno de júbilo, tan transcendental suceso. "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la república de Colombia." Estaba ganada la segunda etapa. La tercera la daba por realizada, pues la fe nunca le abandonó.

Así fué que al llegar á Caracas y anunciar la terminación de la guerra de Venezuela, pudo decir con fecha 30 de Junio: "Ya sois

libres." Y al recomendarles la unión, base de la fuerza: "La unión de Cundinamarca, Venezuela y Quito ha dado un nuevo realce á vuestra existencia política y cimentado para siempre vuestra estabilidad." Con estas palabras hay para demostrar los sentimientos de Bolívar.

La victoria de Carabobo – dice Baralt –, obtenida con sólo una parte muy pequeña del ejército colombiano, fué completa y brillante; ella coronó al cabo de once años la empresa que Caracas empezó el 19 de Abril de 1810: fué gloriosa para las armas de la República y su jefe, de gran prez y honor para Páez y de inmortal renombre y fama para la Legión británica, que contribuyó poderosamente á ella, haciendo prodigios de valor.

El Congreso, reunido ya en el Rosario de Cúcuta, decretó á Bolívar y á su ejército los honores del triunfo, y ordenó que el retrato del hijo ilustre de Caracas fuese colocado en los salones de las Cámaras legislativas, con esta inscripción: SIMÓN BOLÍVAR, *Libertador de Colombia.* En todos los pueblos de la República y en las divisiones de sus ejércitos se dedicaría un día del año á regocijos públicos en honor de la victoria de Carabobo.

A Páez se le concedía el empleo de general en jefe, que "por su extraordinario valor y sus virtudes militares, le había ofrecido el Libertador, á nombre del Congreso, en el mismo campo de batalla". Y, finalmente, entre otras cosas se ordenó levantar una

columna ática en la llanura de Carabobo, para recordar á la posterioridad la gloria de aquel día y los nombres de Bolívar, de Cedeño y de Plaza. De paso diremos que la tal columna ática tuvo la misma suerte que otros monumentos mandados erigir en honor del Libertador ó para perpetuar la memoria de otras épocas más ó menos importantes.

Las atenciones de la guerra, las tempestades civiles que á ésta siguieron, un fondo grave de levedad y de indolencia en el carácter nacional, y mucha dosis de ingratitud, hizo que pasados los primeros instantes de alborozo se olvidaran los triunfos, los triunfadores y los monumentos.

¡Que se compare la conducta posterior de Páez para que se vea si no es infantil la extrañeza del historiador citado!

Mientras en el Perú discutían si les convendría ó no ser libres, Bolívar duplicaba sus esfuerzos por pacificar á Venezuela, haciendo uso de su benevolencia y tratando diplomáticamente con el coronel Pereira la entrega de la división que éste comandaba y con la cual se había restituído á La Guaira; y al mismo tiempo, impaciente, dirigía sus miradas hacia el Sur, ansioso de arrojar del suelo americano hasta el último vestigio de las huestes españolas.

Ninguna nota magnánima y generosa se había dado igual desde que principió la guerra

de la independencia, ningún acto que pueda compararse con la capitulación concedida á Pereira, la cual hizo que 500 hombres de la fuerza realista, llenos de admiración hacia el vencedor, autorizados para embarcarse con dirección á su patria, prefirieran acogerse á las banderas de la República, no obstante el cariño que profesaban á su esforzado y caballeroso jefe. Bolívar no quería exterminar al enemigo, sino desarmarlo. ¡Cuánto hubiera dado él por ver á su patria libre, sin tener que derramar sangre ni amontonar ruinas! La nota que á Bolívar dirigió Latorre desde Puerto Cabello dándole las gracias por su conducta con los prisioneros, nota es que honra tanto al que la escribiócomo al que la recibió.

Después de la entrada del Libertador en Caracas, de haber reorganizado varios ramos del servicio público y de haber dictado muchas y justas providencias, entre éstas la devolución de los bienes que los españoles habían confiscado á los patriotas, Bolívar se dirigió con casi todo su ejército al Occidente de Venezuela; durante la reunión del Congreso en el Rosario de Cúcuta, ninguna clase de tropas, ni oficiales, ni jefes, ni soldados se acercaron á esta ciudad.

El Libertador procedió en esto con una delicadeza cual no se ha visto ni aun en tiempos en que sus enemigos han extremado contra él

toda especie de censuras; dejó en plena libertad á los representantes de los pueblos, con el fin de que adoptaran para Colombia las leyes é instituciones que mejores estimaran. Y dice el historiador Restrepo:

Acaso en la República no ha existido Congreso alguno que gozara de más libertad en sus discusiones y deliberaciones. En el Rosario de Cúcuta ni aun había quien las oyera.

Con motivo de la reunión de este Congreso veremos resaltar no una vez más, sino á cada paso, que Bolívar no sólo no tenía ambición alguna de mando, sino que le desagradaba hasta el pensamiento de quedarse inactivo dictando leyes mientras hubiera enemigos que combatir. El 1.° de Mayo, dirigiéndose al Congreso, le decía:

Nombrado por el Congreso general de Colombia, presidente interino del Estado, y siendo vuestra representación la de Colombia, no soy yo el presidente de esta República, porque no he sido nombrado por ella; porque no tengo los talentos que ella exige para la adquisición de su gloria y bienestar; porque mi oficio de soldado es incompatible con el de magistrado. . y porque mi carácter y sentimientos me oponen repugnancia insuperable.

Y más adelante:

Pues si el Congreso soberano persiste, como lo temo, en continuarme aún en la presidencia del Estado, renuncio desde ahora para siempre el glorioso título de ciudadano de Colombia y abandono de hecho las banderas de mi patria (1).

---

(1) En carta fechada en Barinas á 21 de Abril de 1821, escribía el Libertador á D. Fernando Peñalver entre otras cosas lo siguiente:

«Mi querido Peñalver:

«... Mi edecán Clemente, lleva un pliego para el vicepresidente Nariño, por el cual doy mi dimisión al Congreso... Mi opinión es que el presidente debe ser militar de Cundinamarca, y el vicepresidente paisano de Venezuela. Tome usted interés en que esto se haga así, si es de su aprobación; mas interésese usted, aunque sea contra su conciencia, en que se me admita la dimisión. Esté usted bien cierto que jamás seré presidente, aunque se me nombre una y mil veces, terminando al fin por desertar.

Estoy cansado de mandar esta República de ingratos; estoy cansado de que me llamen usurpador, tirano, déspota; y más cansado aún de ellos y de funciones tan contrarias á mi natural. Por otra parte, yo creo que para ejercer la administración de un Estado se requieren ciertos conocimientos que no tengo, y á los que profeso un odio mortal. Sepa usted que yo no he visto nunca una cuenta, ni quiero saber lo que se gasta en mi casa; tampoco sirvo para la diplomacia, porque soy excesivamente ingenuo, muchas veces violento, y de ella no conozco más que el nombre. En nada sé nada; pero como gusto por inclinación de la libertad y de las bue-

Como se ve, Bolívar prefería al mando, objeto de todas sus repugnancias, los peligros de la guerra, la lucha franca, en campo abierto, contra los enemigos de la patria. La lucha sorda é hipócrita de las pasiones políticas le aterraba.

---

nas leyes, pelearé con el mismo gusto por mi patria; defenderé en un Congreso las leyes que en mi opinión crea mejores. Yo no sirvo ni aun para vicepresidente de un departamento, y quizás serviré para pacificarlo cuando la necesidad lo exija. Usted no se engañe en su concepto con respecto á mí, porque será usted burlado por mí mismo, y entonces mis enemigos lo aborrecerán á usted más, porque estoy muy resuelto á no mandar más y todo se perderá en la ausencia del Gobierno.

»Yo creo firmemente que entre los generales Nariño y Santander se puede sacar el presidente. Usted puede ser el vicepresidente, y si no quiere serlo, á Gual no le pueden faltar algunos votos, ó á algún otro de tantos que estarán desesperados por serlo. En una palabra: usted forme la resolución de no volverme á ver mandando; quiera volverme á ver aunque sea de general.

»No se olvide usted de que el único modo de preservar la unión de Colombia es el de nombrar un general de Cundinamarca para presidente; y entienda usted que con más gusto verán á éste que á mí mismo en el Poder ejecutivo, aunque creo que los diputados de Cundinamarca tendrán para mí mucha deferencia. Mas los diputados no son el pueblo, y ya usted sabe que nuestra gente no es querida en el reino; considere usted también que ni usted ni yo veremos en el curso de nuestra vejez aquella armonía cordial que debe reinar en la gran familia del Estado. Así, cuantos pasos demos para conseguir este fin deseado, nunca estarán de más...»

El Congreso de Cúcuta, el primero de Colombia, se reunió el 6 de Mayo, y uno de sus primeros actos fué contestar á Bolívar suplicándole que retirara su renuncia, y lejos de aceptársela, de 59 diputados que componían el Congreso, el Libertador obtuvo 50 votos desde el primer escrutinio, y fué declarado presidente de la República el día 7 de Septiembre, "quedando á algunos diputados la pena de que su elección no hubiera sido unánime, cual lo merecían sus largos y brillantes servicios".

Los amigos del caudillo, entre los que se distinguía de manera especial D. Pedro Gual, le suplicaban que se presentara en donde tenía su asiento el Gobierno; y como el general Santander había sido elegido para vicepresidente á instancias del mismo Libertador y por los votos de las dos terceras partes, dos correos extraordinarios partieron el mismo día, el uno á Maracaibo á llamar á Bolívar, y el otro á Bogotá á llamar á Santander, para que se presentasen en el Rosario de Cúcuta á posesionarse y prestar el juramento constitucional.

Con su acostumbrada franqueza el Libertador contestó á Gual que él (Bolívar) sólo servía para la pelea, y con convincente persuasión sostenía que para él era más importante completar la emancipación del nuevo

continente y redondear la obra de Colombia que tomar posesión de la presidencia.

Usted me dice—escribía—*que la historia dirá de mí cosas magníficas.* Yo creo que no dirá nada tan grande como mi desprendimiento del mando y mi consagración absoluta á las armas para salvar al Gobierno y á la Patria

Usted conjura á los dioses—estampaba en la misma carta—para que me muevan á ir á Cúcuta. ¿A qué, cuando tengo expediciones importantes entre manos, en momentos preciosos y únicos? Yo conozco lo que puedo hacer, amigo, y sé dónde soy útil; persuádase usted que no sirvo sino para pelear, ó por lo menos para andar con soldados, impidiendo que otros los conduzcan peor que yo. Todo lo demás es ilusión de mis amigos. Porque me han visto dirigir una barca en una tempestad creen que yo sirvo para almirante de una escuadra.

Suele, en caso semejante, hacerlo mejor un simple piloto que un almirante, y no por esto mudarse los talentos ni las condiciones de ambos (1).

Bolívar no quería, pues, ejercer la presidencia: él no creía que hubiera para Colombia más enemigos que los españoles; al mismo tiempo deseaba desviar los tiros de sus émulos.

(1) Carta á D. Pedro Gual, fechada en 16 de Septiembre de 1821.

Sólo los godos son nuestros enemigos; los otros son enemigos del general Bolívar, y á éstos no se les presenta batalla: se les debe huir para vencerlos.

Y ya antes, en carta dirigida desde Guanare con fecha 24 de Mayo á su íntimo amigo y confidente Peñalver, le explanaba sus bellísimos y abnegados sentimientos en las siguientes palabras:

De todos modos estoy resuelto á no mandar más que en lo militar: servir mientras dure Colombia ó mi vida, pero nada más que en la guerra. Deseo que el Congreso se ocupe muy particularmente en autorizar al vicepresidente de Colombia para que mande todo bajo su responsabilidad, exceptuando la parte militar y sus inmediatas concesiones, de que me encargaré gustoso. Si ustedes quieren que lleve el nombre de presidente, yo no quiero ser más que un general en jefe del Gobierno de Colombia...

Terminada la guerra podrán terminar mis facultades y todo lo demás que se me quiera quitar, pues mi intención es gobernar lo menos que me sea posible. Añado que mi salud está ya delabrada, que comienzo ya á sentir las flaquezas de una vejez prematura y, que, por consiguiente, nada me puede obligar á llevar más largo tiempo un timón siempre combatido por las olas de una borrasca continuada (1).

(1) *Memorias del general O'Leary*, t. XXIX, pág. 204.

En la respuesta que con fecha 1.° de Octubre dió al presidente del Congreso, Bolívar le hacía algunas reflexiones: "antes que obligarme á aceptar un destino que tantas veces he renunciado", agregando que desde que se principió la lucha por la emancipación tomó parte en ella resuelto á sacrificar sus bienes, su tranquilidad y su vida por la libertad, pero que nunca con el *arrière pensée* de gobernar; que nació para la vida de cuartel, no para el bufete, que era para él un lugar de suplicio; que no entendía de asuntos de administración, razón por la cual el aceptar el mando lo consideraba como contrario al bien de la causa pública y á su propia honra; que si el Congreso general insistía, aceptaría, pero sólo por el tiempo que durara la guerra y bajo la condición de que se le autorizara para continuar la campaña á la cabeza del ejército, dejando todo el gobierno del Estado á S. E. el general Santander, que tan justamente había merecido la elección del Congreso para la vicepresidencia, y cuyos talentos, virtudes, celo y actividad ofrecía á la República el éxito más completo en su administración (1).

El presidente le contestó pidiéndole que tomara posesión de la suprema magistratura,

---

(1) Folleto titulado *Colombia constituída*. París, Imprenta de Moreau, 1822; pág. 7.

pues que la Constitución le autorizaba no sólo para dirigir las operaciones de mar y tierra, sino también para ponerse, si fuera preciso, á la cabeza de los ejércitos.

Bolívar aceptó, y al tomar posesión juró cumplir la carta fundamental y tomó la palabra para significar, después de agradecer el para él inmerecido honor que se le hacía, que por amor á la independencia marcharía "á las extremidades de Colombia á romper las cadenas de los hijos del Ecuador y á convidarlos con Colombia después de hacerlos libres".

Todas estas frases ponían de manifiesto que no era la ambición de mando la que se anidaba en aquel corazón tan magnánimo como abnegado, y que su eterno ideal era el de ver á su patria libre y el de asegurar su independencia, haciéndola fuerte por su unión con Nueva Granada y Ecuador. Luego trataría de apartar todo peligro de reconquista, arrojando el poder español al otro lado del Océano, allá de donde vino desde hace tres siglos á adueñarse de este Nuevo Mundo.

Oigamos, además, estas otras hermosas frases de su discurso:

Señor, espero que me autoricéis para unir con los vínculos de la beneficencia *á los pueblos que la*

naturaleza y el cielo nos han dado por hermanos. Completada esta obra de vuestra sabiduría *y de mi celo,* nada más que la paz nos puede faltar para dar á Colombia todo: dicha, reposo y gloria. Entonces, señor, yo ruego ardientemente no os mostréis sordo al clamor de mi conciencia y de mi honor, que me piden á grandes gritos que no sea más que ciudadano.

Yo siento la necesidad de dejar el primer puesto de la República al que el pueblo señale como al jefe de su corazón. Yo soy el hijo de la guerra; el hombre que los combates han elevado á la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango, y la victoria lo ha confirmado. Pero estos no son los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional.

La espada que ha gobernado á Colombia no es la balanza de Astrea, es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer á la tierra para el castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de paz, y este debe ser el último de mi poder, porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido á Colombia, y porque no puede haber república donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades. Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular: es una amenaza inmediata á la soberanía nacional.

Yo quiero ser ciudadano, para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra y aquél emana de las leyes. Cambiadme,

señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano (1).

De esta norma fiel de conducta que siempre acompañó á Bolívar, nunca hicieron caso sus enemigos implacables.

En la sesión misma en que Bolívar tomó posesión del Poder ejecutivo, el presidente del Congreso le contestó haciendo un merecido elogio de su conducta, diciéndole que su presidencia nunca sería un peligro para la patria, sino, al contrario, el más firme apoyo de los derechos de los colombianos. En 30 de

---

(1) *Gaceta de Bogatá* de 4 de Noviembre de 1821.

Comentando este mismo periódico el discurso de Bolívar dice, entre otras cosas:

«¡Oh maravilla! Bolívar fué infinitamente más héroe en el salón del Congreso que lo había sido antes en el campo de batalla, y se acreditó de mejor ciudadano que lo estaba ya de buen general. No sólo, pues, juró obedecer la ley que nivelaba sus derechos con los del más miserable jornalero; no sólo renunció espontáneamente á la justa influencia que sus virtudes y hazañas ejercían sobre el espíritu de sus compatriotas; no sólo solicitó, nuevo Cincinato, volver á la obscuridad tranquila de los campos, después de haber vencido á la cabeza de los ejércitos ó brillado en las ciudades con todos los prestigios del triunfo y de la soberanía, sino que llevó su amor á la libertad y su noble franqueza hasta el punto increíble de delatarse á sí mismo, para privarse de los medios con que pudiera dañar algún día á su patria.»

Agosto fué firmada por los diputados la Constitución, que Bolívar juró obedecer y defender con su espada, y en caso necesario con su vida. Este estatuto fundamental decía en su artículo primero:

La nación colombiana es para siempre é irrevocablemente, libre é independiente de la Monarquía española y de cualquiera otra potencia ó dominación extranjera, y no es, ni será nunca, el patrimonio de ninguna familia ni persona.

Y el artículo 6.° decía:

El territorio de Colombia es el mismo que comprendía el antiguo virreinato de la Nueva Granada y Capitanía general de Venezuela.

Y el artículo 7.°:

Los pueblos de la extensión expresada, que están aún bajo el yugo español, en cualquier tiempo en que se liberten harán parte de la República con derechos y representación iguales á todos los demás que la componen.

¡Día feliz, día de inmarcesible orgullo, de íntimo júbilo y de cordialísima satisfacción

debió ser el día 6 de Octubre, fecha en que al noble, abnegado, constante y valeroso caudillo le tocó sancionar con su firma autógrafa aquel decreto estampado en su alma y acariciado por su mente durante once años de fatigas, de triunfos, de reveses y martirios. Ideal sublime cuya realización, ya vislumbrada, abrillantaba el esfuerzo poderoso de una alma superhumana!

El Libertador—comenta Restrepo—, después de haber mandado ejecutar la Constitución, la presentó á los pueblos para su observancia, acompañándola con una hermosa proclama. Decía en ella á los colombianos que el Congreso general había dado á la nación lo que ella necesitaba: una ley de unión, de libertad y de igualdad, que formaba de muchos pueblos una sola familia. Excitaba á los venezolanos y granadinos al exacto cumplimiento de la Constitución y ofrecía á los quiteños su libertad. Manifestaba finalmente á los colombianos que, debiendo él marchar á campaña, el vicepresidente quedaría encargado del Poder ejecutivo y sería digno conductor de Colombia.

En realidad Bolívar, que poseía el don de avaluación de los hombres, tenía una idea cabal de las cualidades de Santander, y la sabía estimar y aprovechar. Muy de otra ma-

nera comenta el Sr. Baralt el nombramiento del general Santander:

En este último nombramiento—dice—tuvo por su mal el Libertador una gran parte, pues no era ni podía ser general en el Congreso la buena disposición hacia aquel funcionario granadino; menos por odio á su persona ó desconfianza de su capacidad, que por haber otros hombres más dignos por sus servicios de ocupar tan alto puesto. Nariño, por ejemplo, que lo servía interinamente, era con igual ó mayor suma de conocimientos más respetado, más querido y digno.

No sabemos por qué Bolívar, que lo nombrara poco antes en Achaguas, rehusó empeñar por él su valimiento en el Congreso: acaso no fué esto repugnancia hacia Nariño, sino confianza excesiva en Santander, exagerada idea de sus talentos administrativos y el deseo vivísimo que siente el hombre de elevar más y más á sus hechuras.

La voz de este historiador es el eco aún no apagado de las pasiones irreductibles con que los venezolanos ofendieron al Libertador á causa de que el futuro encargado del Poder ejecutivo, mientras el fundador de Colombia realizaba su grandioso ideal marcando con su espada un derrotero de victorias, no era un venezolano.

Como hemos visto en nota anterior, Bolívar no sólo recomendaba á Nariño, sino que lo hizo aún para la más alta magistratura; pero es sabido que desde antes de reunirse el Congreso de Cúcuta ya las pasiones mezquinas estaban haciendo su juego; Páez, émulo de Santander desde que en Casanare se mostraba la superioridad de las letras y la cultura sobre la fuerza bruta, y los otros militares que veían cerrada la esperanza del caudillaje con la abrogación del sistema federal, y que se sentían agraviados porque no había sido designada Caracas para capital de la República, concibieron dos odios profundos: uno contra Santander, por pura emulación; otro contra el Libertador, porque no puso el prestigio de su gloriosa espada al servicio de los intereses regionales; y esos odios, que, como la voz del Yago de todos los dramas, habían de cebarse en sus víctimas, no se apagó jamás, y aún perdura, según hemos visto en escritos ulteriores.

En este año de 1821, como en los anteriores y como lo veremos en los demás, el corazón de Bolívar rebosaba á cada paso en sentimientos generosos. Organizó la guerra de la manera más humanitaria; hizo con sus enemigos vencidos tratados que hoy honrarían á cualquiera nación civilizada; ordenó que se devolviera á los patriotas los bienes que por

los españoles les fueron expropiados; solicitó del Congreso que se devolviesen los bienes del caballero D. Francisco de Iturbe, quien en ocasión solemne le había salvado la vida (1).

Si los bienes de D. Francisco de Iturbe—dijo—se han de confiscar, yo ofrezco los míos como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso soberano quiere hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben.

Al vicepresidente Santander le dijo en nota oficial de 8 de Noviembre:

La viuda del más respetable ciudadano de la antigua república de Nueva Granada se halla reducida á una espantosa miseria, mientras yo gozo de treinta mil pesos de sueldo. Así, he venido en ceder á la señora Francisca Prieto mil pesos anuales de los que á mí me corresponden. En consecuencia, sírvase V. E. ordenar se le satisfaga la mesada corespondiente, descontándoseme á mí.

(Este respetable ciudadano era el mártir Camilo Torres.)

Debido á este desprendimiento y generosidad, Bolívar, que como él mismo lo expresa-

(1) Véase atrás la página 66.

ba, no sabía lo que era llevar una cuenta, casi nunca tuvo dinero disponible en sus alforjas; caso hubo en que ordenara á su sirviente sacase de su equipaje la vajilla de plata ó sus joyas y se las entregara á un amigo necesitado para que las vendiera y así se proporcionara dinero. Rasgos de esta especie se encuentran á cada paso en la vida del Libertador.

En su proclama del 8 de Octubre demostró nuevamente su desprendimiento del mando y ser su ideal ver *á la América libre de enemigos.*

Después de dirigirse á cundinamarqueses y venezolanos, decía á los quiteños:

El ruido de vuestras cadenas hiere el corazón del ejército libertador. Él marcha al Ecuador. ¿Podéis dudar de vuestra libertad? Y libres, ¿podréis dejar de abrazar á los que os convidan con independencia, patria y leyes?

Y terminaba descargándose del poder con estas palabras:

¡Colombianos! La ley ha señalado al vicepresidente de Colombia para que sea el jefe del Estado, mientras yo soy soldado. El será justo, benéfico, diligente, incontrastable, digno conductor de Colombia. Yo os aseguro que hará vuestro bien.

Es decir, que otro goce de los honores del triunfo, organice la República y haga cumplir las leyes, que yo persigo mi ideal. Hay que independizar á Quito, marchar si es preciso al Perú, libertar toda la América española, formar de estos virreinatos gobernaciones y capitanías, una sola entidad; unirlas, amasarlas en un solo bloque para oponer una fuerza irresistible á nuevas tentativas de conquista.

Autorizado por el decreto de 9 de Octubre, según el cual el Congreso concedía al Ejecutivo, en dondequiera que se hallara, facultades extraordinarias para mandar el Ejército y aumentar las fuerzas de mar y tierra, Bolívar se dirigió al Sur.

XVI

En tanto que Bolívar disfrutaba del triunfo de Carabobo, atendiendo en gran parte á las labores del Congreso de Cúcuta, organizando el Ejército, dictando medidas de utilidad general y meditando sobre el modo de llevar á cabo la independencia de todo el territorio que debía componer á Colombia, Páez y sus compañeros atendían á los restos de las fuerzas realistas, muy pequeñas y de escasa importancia, que aún quedaban en Venezuela; el

general Montilla asediaba á Cartagena, próxima ya á caer en poder de las tropas libertadoras, y preparaba la expedición que con el almirante Padilla debía rescatar la importante plaza de Maracaibo y dirigía otras fuerzas á Panamá; todo bajo la ordenación del Libertador y en combinación, naturalmente, con su plan general.

Por su parte, Sucre correspondía con rara habilidad y energía inteligente á la confianza que en él se había depositado al enviársele con la delicadísima comisión de que ya se habló. El coronel Diego Ibarra había seguido también en busca de San Martín, del vicealmirante chileno lord Cochrane y del Gobierno de Guayaquil, llevándoles pliegos del Libertador en que les anunciada los planes que había concebido para libertar á toda la América del Sur, siendo uno de éstos auxiliarlos con una fuerza de 4.000 hombres del ejército colombiano, que, adueñándose de Panamá y pasando á las costas del Pacífico, expeliesen del Perú á las huestes españolas.

Poco importada, en concepto de Bolívar, que mientras esto se verificase permaneciesen algunas guerrillas realistas en las cimas de los Andes. Para el desarrollo de sus planes en el Sur solicitaba del Gobierno de Guayaquil algunas embarcaciones en que transportar las tropas desde los puertos de Chocó y

de Panamá; la misma petición le hacía á San Martín.

Por estar carenándose la escuadra de Chile en Guayaquil y no poder disponer de ella San Martín, Ibarra suspendió su viaje á Lima; pero Sucre comunicó al protector los planes meditados, lo cual le complació sobremanera y ofreció suministrar los transportes y todo cuanto fuese necesario para la más pronta conducción de las fuerzas colombianas.

Entonces San Martín, con el deseo de acelerar la combinación, envió al general Francisco Salazar á Guayaquil con dos comisiones, la una ostensible y la otra reservada. La primera para que felicitara al Libertador de Colombia, tan pronto como llegara á esa ciudad, y le proporcionara los recursos; y la segunda era la de promover secretamente la incorporación de Guayaquil en el Perú.

Pero la marcha del Libertador se habia retardado más de lo que se creyera. Habíase dirigido á Bogotá por Santa Marta, y las noticias tenidas del Sur lo indujeron á cambiar el plan, dirigiéndose por tierra desde la capital hacia Quito. A mediados de Enero de 1822 estaba Bolívar en Cali; tenía fe en las capacidades de Sucre, pero para todo evento había de estar listo, poniéndose al frente de las tropas.

Con una ojeada comprendió la situación del

Sur. Existía en el Cauca un partido republicano en que apoyarse, y otro monarquista, fanático, empedernido y valiente, que era preciso dominar, parte por la simpatía de la causa y la diplomacia, parte por la fuerza de las armas. Con fecha 17 lanzó su proclama á los colombianos del Sur, anunciándoles que el ejército libertador iba á llevarles la paz y la libertad. Avisó á los caucanos que habia llegado para ellos el día de la recompensa.

¡Colombianos del Sur!

"El ejército libertador viene á traeros reposo y libertad.

¡Caucanos!

El día de vuestra recompensa ha llegado. El heroísmo de vuestros sacrificios asegura para siempre vuestra dicha: él será el patrimonio de vuestros hijos, el fruto de vuestra gloria.

¡Pastusos!

Habéis costado llanto, sangre y cadenas al Sur; pero Colombia olvida su dolor y se consuela acogiendo en su regazo maternal á sus desgraciados hijos. Para ella todos son inocentes; ninguno culpable. No la temáis, que sus armas son de custodia, no son armas parricidas.

¡Quiteños!

La guardia colombiana dirige sus pasos hacia el antiguo templo del padre de la luz. Confiadle vues-

tra esperanza. Bien pronto veréis las banderas del iris sostenidas por el ángel de la victoria (1).

Llegado que hubo á Popayán procedió á organizar un ejército con elementos numerosos, es cierto, pero dispersos y desorientados por entonces, con que contaba la causa de la libertad.

Con fecha 18 de Febrero lanzó una nueva proclama que, como todas las anteriores, sólo respiraba unión, armonía, amistad, perdón; quería que desapareciera hasta el nombre de enemigos, sin embargo de que se dirigía á patianos, pastusos y españoles.

Ofreció á estos últimos repatriarlos si deseaban regresar á sus hogares, tratarlos como á los demás ciudadanos si querían permanecer en nuestro suelo; llegó hasta ofrecerles destinos y empleos, y terminaba diciéndoles:

Españoles: Si os conducís como debéis, seréis tratados con una generosidad sin límites; pero si sois obstinados, temed el rigor de las leyes de la guerra.

Varios triunfos habían coronado los esfuerzos de Sucre; pero también tenía al frente un

(1) Simón Bolívar: *Discursos y Proclamas*, pág. 236.

enemigo poderoso: la situación del Sur no se despejaba. Los pastusos seguían oponiendo un serio obstáculo á los progresos de la libertad, y Bolívar no podía dejar entorpecer sus operaciones, porque ellas estaban combinadas con las del general Sucre, á quien se le habían enviado las mejores tropas colombianas.

El general Valdés se hallaba bien colocado en aquellas montañas en que tenía al frente las fuerzas realistas bajo el comando de don Basilio García, y no lejos del mismo lugar en donde el propio Valdés había sido derrotado poco antes (en Genoy, 2 de Febrero). Una nueva derrota sería un verdadero fracaso, tal vez un desastre.

Las posiciones del enemigo eran verdaderamente inexpugnables; pero se hacía indispensable triunfar; era preciso pasar adelante. Después de dar varios rodeos y de indagar todas las circunstancias de la castrametación del campamento realista, dijo:

Bien: la posición es formidable, pero no podemos permanecer aquí, ni podemos retroceder. Tenemos que vencer, y venceremos.

Haciéndose cargo de la dirección del combate, comunicó sus disposiciones. Una orden

mal interpretada por Torres pudo comprometer el éxito; reprendido por Bolívar y depuesto del mando, Torres tomó un rifle y se puso á pelear como un granadero, ya que como jefe no podía cumplir su deber; ante tan heroica actitud, Bolívar, apeándose de su caballo le abrazó y lo restableció en su puesto á la cabeza de la división.

Torres, loco de entusiasmo, deseoso de borrar su falta, se arrojaba ciego de saña y de furor sobre el enemigo.

Los obstáculos del camino y del fuego que lo rodeaban aniquilaban sus fuerzas. Tras de Torres siguió París, después de éste Barreto, Sanders en seguida, luego Carvajal... Y mientras iba cayendo uno tras otro, Bolívar pudo observar cada vez que se disipaba el humo de la pólvora, que las fuerzas de Valdés iban coronando las al parecer inaccesibles posiciones del enemigo; dirigiéndose al batallón *Vencedores* lo arrojó por el centro, gritándole:

¡Batallón *Vencedor:* vuestro nombre sólo basta para la victoria! ¡Corred y asegurar el triunfo!

Poco después llenaban el espacio los vítores de ¡Viva Colombia! ¡Viva el Libertador! Este triunfo, que tanto costó á nuestras armas, debióse á esa maravillosa fe de que Bolívar

estaba poseído y que sabía comunicar á cuantos se le acercaban (1).

Por desgracia Pasto seguía empedernida defendiendo una monarquía que ella misma no alcanzaba á comprender. El 23 de Mayo

---

(1) Tan grande importancia tuvo la batalla de Bombóná en la independencia de las naciones sur-americanas, que no podemos prescindir de presentar aquí una descripción de ella, prestándola de una pluma tan autorizada como es la del general Manuel Antonio López. Oigamos lo que dice en sus *Recuerdos históricos de la guerra de la Independencia:*

«El Libertador, después de haber ordenado la marcha del ejército, se adelantó, llegó á Bombóná y se puso á observar atentamente al enemigo. El coronel Barreto se le acercó á darle cuenta del reconocimiento, á tiempo que llegaba el general Pedro León Torres á la cabeza de su división, y al pasar con ella le dijo el Libertador: "Vaya usted á batir á los enemigos.« No entendió el general Torres que esta fuese una orden terminante ó de ejecución inmediata: siguió con su división, y se paró donde estaban cogiendo el ganado, en la creencia de que se iba á racionar al ejército. El Libertador, visto que el general Torres no había comprendido la orden, lo reconvino algo enfadado, á lo cual éste le contestó que no creía que aquella hubiera sido una orden terminante y de inmediata ejecución. Entonces le ordenó que atacara, y como á las diez de la mañana se abrieron los fuegos sobre el puente y el centro del ejército español, que eran los puntos más fuertes de sus posiciones. Al mismo tiempo el general Manuel Valdés recibió orden de atacar con el batallón *Rifles* la trinchera que demoraba en las alturas del flanco derecho del enemigo.

»El combate se empeñó con ardor á pesar de todas las

Bolívar se dirigió á García, comandante general de esos valientes obcecados, con un ultimátum en que les ofrecia una capitulación honrosa: si no la aceptaban, los consideraría á jefes, soldados y súbditos, como prisioneros de guerra.

---

desventajas de la posición, pues los batallones *Bogotá* y *Vargas*, con el mayor arrojo pasaron el puente, bajo los fuegos de su artillería, para ir á estrellarse al pie de la loma que principalmente defendía el enemigo al abrigo de sus parapetos. Al principio de la batalla fué herido el general Torres, y tomó la dirección personal del ataque el teniente coronel venezolano Lucas Carvajal (diferente del comandante Lucas Carvajal que murió en Genoy); herido también lo reemplazó el teniente coronel Joaquín París; herido igualmente París, le sucedió el teniente coronel Ignacio Luque; hirieron á Luque, y ocupó su lugar el teniente coronel Pedro Antonio García; herido García, el sargento mayor León Galindo; herido Galindo como los otros, el sargento mayor Federico Valencia le siguió, y de la misma manera fué herido, con lo cual, á la media hora de fuego, todos los jefes de la división de vanguardia estaban fuera de combate, y tuvieron que mandarla oficiales de menor graduación. Desde que se empeñó la lucha no dejó de combatirse con tesón, á pesar del horrible destrozo que hacía el fuego enemigo en nuestras filas. A las cinco y media de la tarde la batalla estaba indecisa, y tan encarnizado el combate como al principio; y el número de muertos y heridos entre jefes, oficiales y tropa era tan considerable, que los batallones *Bogotá* y *Vargas* habían quedado reducidos, el uno á setenta y cuatro plazas y el otro á menos de setenta. En esos momentos el batallón *Vencedor*, que formaba la reserva, entró en combate, pasó el puente ha-

Les pintó la situación desesperada en que se encontraba el ejército español, especialmente en Quito y en esa provincia; hacíales una comparación con la situación brillante en que se encontraban sus fuerzas y las de Sucre, y

---

ciendo esfuerzos sobrehumanos, pisando no el suelo, sino cadáveres, y fué á estrellarse también como los otros en la tremenda posición de los enemigos. Así es que en los pocos momentos que restaban de crepúsculo quedó reducido á casi un cuadro. La noche sobrevino y sus sombras salvaron á aquella heroica división de una destrucción completa.

»Entretanto el batallón *Rifles*, que había marchado por nuestro flanco izquierdo, subió por la orilla de la quebrada, y muy arriba encontró un difícil paso, en que tuvo que demorarse para atravesarla; luego bajó por el pie de la loma, se encontró con una fuerte columna situada en la parte baja de la altura atrincherada; dos de sus compañías desalojaron aquella fuerza, obligándola á replegarse á la trinchera, y allí fué lo más reñido del combate de flanco. El capitán Felherstenhaw murió de un bayonetazo al saltar sobre la trinchera; quedaron fuera de combate los tenientes Vicente G. de Piñeres y Justo Franco y el alférez Ramón Bravo y cincuenta y cinco individuos de tropa entre muertos y heridos, á tiempo que por un último esfuerzo el enemigo fué desalojado de la trinchera, coronada la altura y la bandera del *Rifles* enarbolada por el valiente abanderado Domingo Delgado, en el mismo lugar donde poco antes flameaba la española.

»El coronel Artuto Sanders, que perdido en las honduras de las faldas del cerro con el resto del batallón, tomó al acaso una pendiente cañada, donde los soldados tenían que clavar la bayoneta para apoyarse; subió

les demostraba que más valía una honrosa capitulación que un castigo ejemplar.

Don Basilio García, á quien la nota iba dirigida, contestó mostrándose muy de acuerdo con las ventajas que pudieran derivarse de un buen arreglo; pero que dependiendo de un jefe superior—el general Aymerich—, nada podría hacer sin su consentimiento.

No obstante lo muy disgustado que Bolívar se hallaba con los pastusos y los patianos, á ellos y á las tropas del rey se dirigió nuevamente desde Berruecos (5 de Junio), elogiando el valor y constancia de los primeros y haciendo á los últimos mil promesas, diciéndoles,

---

así á la cumbre, y se reunió á las dos compañías que ocupaban la trinchera.

»Las tropas derrotadas allí llevaron á su campo la noticia de que estaban flanqueados por muchas fuerzas enemigas, y D. Basilio se puso sigilosamente en retirada, abandonando su artillería y unos pocos heridos.

»Este último resultado se alcanzaba cuando, ya puesto sol, las sombras de la noche, que tanto se adelantan en los terrenos quebrados y montañosos, impidieron que se viera flamear aquella bandera, y el Libertador no pudo tener conocimiento del triunfo obtenido en aquel punto antes de las doce de la noche, cuando el ayudante Coello, del *Rifles*, le llevó el parte, que le mandó el coronel Arturo Sanders, de haberse coronado la altura, quedando flanqueado el enemigo, y que ocupaba su campamento.

»El Libertador se declaró vencedor, porque quedó dueño del campo, de su artillería y de algunos heridos.»

además, que ellos serían los favorecidos de Colombia.

Tres días después capitulaba D. Basilio García, atraído por la generosidad de Bolívar, que le concedió cuantas garantías quiso pedir. La capitulación de Pasto, humana y generosa como todas las que Bolívar concedía á sus enemigos, dió entrada al Ejército colombiano en un país jamás hasta entonces hollado por plantas republicanas; país de superstición y de fanatismo, de valor y constancia, de energía y crueldad en aquel tiempo; país, en fin, como decía el Libertador en su lenguaje pintoresco:

Cadena de escollos en donde hombres por extremo tenaces defendían las posiciones más formidables que la Naturaleza haya creado para la guerra (1).

Apenas se había firmado la capitulación —dice el señor Restrepo—cuando el Libertador marchó á Pasto, á la cabeza de una columna de cazadores, sin aguardar á que se ratificara: paso arriesgado en que Bolívar se confió en el prestigio de su nombre y en la buena fe de sus enemigos. El 8 de Junio entró en Pasto, donde fué recibido con aclamaciones y solemnidad por los jefes y oficiales que se hallaban en aquella ciudad, así como por el obispo Jiménez, defensor tan entusiasta de la causa de

(1) Baralt: t. II, pág. 89.

España, á la que había servido con tanto celo. Este envió al encuentro á su provisor, el doctor José María Grueso, y á su secretario, D. Félix de Liñán y Haro, con el objeto de rendirle sus respectos y obediencia. La capitulación de Pasto y su territorio valía, en concepto de Bolívar, más que diez victorias.

Mientras que así andaban las cosas en la provincia de Pasto, dura y encarnizada estaba la guerra por los lados de Guayaquil entre el esforzado Sucre y el presidente Aymerich, que estaba á la cabeza de los realistas en los asuntos políticos y militares.

En reemplazo del batallón *Numancia*, compuesto de venezolanos, que había por compulsión servido á los españoles y que se había incorporado á las fuerzas republicanas, vino á servir con carácter de canje provisional, bajo las órdenes de Sucre, alguna tropa auxiliar peruana enviada por San Martín. El general colombiano, después de atravesar la cordillera occidental por las cumbres de Machalá, y habiendo ocupado sucesivamente con sus batallones las plazas de Saraguro y otros pueblos de la provincia de Loja, y habiendo caído en su poder las ciudades de Cuenca y Alausí, persiguió á los realistas que se retiraron hasta Ríobamba, en donde el 22 de Abril les infligió sangrienta derrota, y obtu-

vo con su escasa caballería un triunfo brillantísimo.

En seguida movióse Sucre de Ríobamba sobre Quito, dando un rodeo para evitar las inexpugnables posiciones con que las fragosidades del terreno favorecían á los españoles; dirigiéndose á la retaguardia del enemigo por la llanura de Turubamba, se situó hacia uno de los flancos entre los pueblos de la Magdalena y Chillogallo, apoyado en las alturas dominantes que forman la cúspide del volcán de Pichincha.

Este movimiento, como todos los de aquel insigne capitán—dice el historiador venezolano—, tenía un objeto útil, y era el de colocarse entre Quito y Pasto, impidiendo que se reuniese al presidente Aymerich un cuerpo que iba en su auxilio desde esta provincia. Confiados los realistas en la superioridad de su infantería, y queriendo privar á Sucre de la cooperación de su caballería, muy temible para ellos desde la acción de Ríobamba, intentaron desalojar á los colombianos de su posición; la lucha sangrienta que entonces se trabó, defendiendo unos lo adquirido, queriendo los otros recuperar lo que perdían, es la que llama la historia batalla de Pichincha, eterno honor de Sucre.

Los realistas, enteramente derrotados, sin refugio seguro, sin esperanza racional de defensa, rindieron por capitulación la ciudad de Quito, entregándose prisionero Aymerich y el resto de sus

tropas el 25 de Mayo, día precisamente en que doscientos ochenta años antes flameó por la primera vez en su recinto el pabellón temido de Castilla (1).

---

(1) Oigamos la descripción que uno de los combatientes de Pichincha nos hace de tan memorable hecho de armas:

«A las nueve de la noche el ejército emprendió la marcha por aquella ruta apenas transitable, se anduvo sin descanso, y cuando aclaró el día no habíamos llegado á la cumbre del Pichincha, á cuyas faldas está situada la ciudad de Quito, lo mismo que Bogotá á las del Guadalupe. Como á las ocho y media de la mañana del 24, nuestra vanguardia coronó la altura, donde hizo alto para reunir el ejército que iba disperso, y aguardar el parque, el cual se había atrasado, bajo la custodia del batallón *Albión*. Como habíamos hecho la marcha por detrás de las colinas bajas del Pichincha para ocultar el movimiento, nos quedamos al descenso de la loma, á fin de no ser vistos de la ciudad. El enemigo, que cuando aclaró el día vió que nuestro ejército no se encontraba ya en el pueblo, ni sabía qué camino había tomado, empezó á informarse mandando espías por todas partes, hasta que supo á punto fijo la dirección que llevábamos, y sin pérdida de tiempo marchó á la ciudad, donde los coroneles D. Carlos Tolrá y D. Nicolás López juzgaron temeraria nuestra marcha por aquella ruta, y se propusieron subir el Pichincha, ocupar su cima y tomar una posición para impedirnos el paso y batirnos en detall. Pero esta operación fué tardía: nuestro ejército se encontraba reunido, menos el batallón *Albión* y el parque; había descansado de la penosa marcha de la noche, y estaba acabando de almorzar, cuando á las diez de la mañana anunciaron nuestros espías al general en jefe, por tres distintos conductos, que el enemigo se aproximaba

Creyendo Bolívar definitivamente despejada la retaguardia y sometidas las provincias del Sur, lanzó su mirada sobre el Perú. Por conducto del general Sucre comunicó al ministro de Guerra de aquella nación que estaba

---

subiendo el Pichincha. El coronel Antonio Morales (después general), jefe de Estado Mayor del ejército, nos dió la voz de alarma y mandó salir en tiradores la compañía de cazadores de *Paya*, apoyada por otra de la división del Perú; éstas ocuparon la cumbre de la loma; al divisar la ciudad dieron un grito de alegría vitoreando á la patria, y el resto del ejército siguió su movimiento.

„Los enemigos casi coronaban la altura por entre la maleza del terreno cubierto de matorrales y sumamente quebrado cuando nuestros tiradores descendieron como media cuadra, se encontraron con ellos á tiro de pistola y rompieron el fuego, empeñándose la lucha entre las descubiertas á pie firme. A los primeros tiros los batallones números 4 y 8 del Perú ocuparon el ala derecha, encontrándose con los batallones que subían por entre el bosque á tomar una pequeña altura sobre la cima, y comprometieron la batalla; fué necesario reforzar los tiradores por el centro, y el batallón *Yaguachi* ocupó inmediatamente la línea; el coronel Córdoba, con el batallón *Alto Magdalena*, ocupó el ala izquierda, sin entrar en combate por entonces, porque la tropa enemiga destinada á cargar por ese lado se había dilatado en subir, por lo áspero del terreno; el batallón *Paya* quedó de reserva, y el *Albión*, con el parque, no había llegado. El general en jefe mandó precipitadamente al comandante Daniel F. O'Leary (después general) á que lo hiciera llegar lo más pronto posible, aunque fuera á espaldas de los indios. Los batallones del Perú, al encontrarse con el enemigo, lo arrollaron por más de una cuadra,

dispuesto á coadyuvar á su independencia con los hombres y elementos de que pudiera disponer.

Ya le había comunicado á su amigo el señor Peñalver, antes de terminar el año, el des-

---

hasta donde halló una posición ventajosa y se paró á combatir á pie firme; nuestros tiradores y el batallón *Yaguachí* lo hicieron descender en el centro de la línea hasta donde encontró medio batallón de *Aragón*, que lo reforzó y se mantuvo también á pie firme. El otro medio batallón de *Aragón* subía por nuestra ala izquierda, y tenía que flanquear una pequeña ondulación de la loma para llegar adonde estaba el coronel Córdoba con el batallón *Alto Magdalena*, que, descansando sobre las armas, estaba preparado á recibirlos. El fuego era nutrido por ambas partes, sin interrupción alguna, y por momentos crecía el ardor del combate. El general en jefe se dirigía á un lado y á otro, buscando un punto desde donde pudiese ver la tropa que combatía; pero fué en vano: el terreno no se lo permitía. Eran las once y el parque no llegaba; un ayudante salió á todo escape encargado de hacerlo conducir á todo trance, porque la tropa que estaba combatiendo casi había agotado las municiones, y, sin embargo, el fuego se sostenía vivamente. Eran cerca de las doce cuando los cuerpos del Perú, sin municiones, empezaron á hacer fuego en retirada; el enemigo, aprovechándose de esta ventaja, recuperó la posición que había perdido y adelantó hasta muy cerca de la cumbre. En aquellos momentos llegó el parque, y el batallón *Albión* fué destinado á proteger el flanco derecho del *Alto Magdalena*, á quien ya había atacado el medio batallón de *Aragón*, y otro batallón que ya llegaba á la altura trataba de cortarlo interponiéndose por el flanco izquierdo de la línea que sostenía

pacho de 2.500 colombianos; Bolívar dirigía las operaciones, quedándose en el Sur de Colombia en expectativa, pues en caso de un improbable fracaso tendría que hacer esfuerzos extraordinarios para terminar la guerra por este lado.

---

el *Yaguachi*. *Albión* salió al encuentro de aquel cuerpo y lo rechazó hasta la quiebra de la loma, al mismo tiempo que el coronel Córdoba batía el medio batallón de *Aragón*.

»Retirados los batallones del Perú, fué necesario reemplazarlos y reforzar á *Yaguachi*, que había agotado las municiones; de suerte que casi se había apagado el fuego en la línea. Sin perder un instante se le mandaron algunos cajones, se reanimó el combate, el general Mires, desmontándose de su caballo, desenvainó su espada, se puso á la cabeza del *Paya* y cargó con él al enemigo por nuestra ala drrecha, que, con la retirada de los peruanos, había quedado descubierta. La carga fué tan impetuosa que lo desalojó de la posición que había ganado. Rechazado, tomó otra más ventajosa, y después de pocos minutos fué también desalojado de ella, y así siguió, forzado á ceder el campo de trecho en trecho; todos los cuerpos cargaron con resolución á un mismo tiempo y arrollaron al enemigo en todas direcciones. Su reserva trató de restablecer el combate en la falda de la loma; pero apenas pudo sostenerse poco rato, porque se le cargó por todas partes y se declaró en derrota dejando en nuestro poder muchos prisioneros y entrándose á las calles de la ciudad para ir á refugiarse al Panecillo, úitimo baluarte que les quedaba. Varios oficiales y tropa del batallón *Paya*, y yo, abanderado del cuerpo, llegamos hasta la Recoleta de la Merced, en cuya torre vieron los quiteños, por la primera vez,

Después de organizar el territorio de la provincia de Pasto, compuesto de todo el que se extiende desde el Carchi hasta el Mayo, agregándola al Cauca, y de dictar varias medidas militares y administrativas, Bolívar se puso en marcha para Quito.

---

ondear triunfante el pabellón de Colombia. El coronel D. Carlos Tolrá, que con la caballería formada en el ejido de Añaquito había estado observando el combate, luego que vió su decisión, y que se le unió el batallón *Tiradores de Cádiz* y parte del de *Cataluña*, se puso en retirada para Pasto con el objeto de reunirse á la división que mandaba D. Basilio García. El general en jefe hizo bajar precipitadamente la caballería en su persecución, y despachó al comandante O'Leary á la ciudad á intimarles que se rindieran. La caballería salió al instante, bajando la loma en el menor tiempo que le permitía lo malo del camino; pero cuando llegó al ejido, llevaban de ventaja más de una legua y no fué posible alcanzarlos...

»La pérdida de los españoles en esta jornada consistió en dos oficiales y 400 de tropa muertos, 193 heridos, 160 jefes y oficiales y 2.100 de tropa prisioneros y capitulados; 14 cañones, 1.700 fusiles y fornituras, banderas, cornetas, cajas de guerra, municiones y cuantos elementos tenían en su poder. Por nuestra parte tuvimos que lamentar la muerte del teniente Molina, la del subteniente Mendoza y la de 200 valientes de tropa, entre éstos algunos de los prisioneros de *Yaguachi*. Salieron heridos los capitanes Castro, Cabal y Alzuru, los tecientes Calderón y Ramírez y los subtenientes Arango y Domingo Borrero y 140 de tropa. De estos oficiales murió la misma noche del día de la batalla el teniente Abdón Calderón, cuya conducta fué tal que bien merece

De Bogotá había partido, como ministro plenipotenciario de Colombia, el Sr. D. Joaquín Mosquera, provisto de las instrucciones que por orden del Libertador le dió el Sr. D. Pedro Gual, ministro de Relaciones Exteriores, para que negociara con el Perú, Chile y la Argentina un tratado de unión, liga y confederación ofensiva y defensiva, para llevar á cabo y mantener la independencia de estas naciones (1), y para que arreglara ciertas cuestiones colombo-peruanas.

---

que consagremos un artículo especial á conmemorarlo; y cinco días después murió el subteniente Borrero, primo hermano del autor de estas memorias.» (Manuel Antonio López: *Recuerdos históricos de la guerra de la Independencia.)*

(1) Incapaces los peruanos para libertarse por sí mismos, y siendo una amenaza para las naciones americanas la esclavitud del Perú, el Gobierno de Chile resolvió mandar una expedición libertadora compuesta de chilenos y argentinos, cuyo personal se componía en su mayor parte de los triunfadores de Maipo y Chacabuco, y cuyo comandante en jefe era el general José de San Martín, que tomó el título de protector del Perú. En esa campaña se encontraba cuando el Libertador ganó el triunfo de Carabobo. El héroe caraqueño comprendió al punto que ya la independencia de Colombia era indiscutible y que verificados algunos combates más ya las tropas colombianas quedarían en aptitud de auxiliar la independencia del Perú. Su primera aspiración al recoger los laureles de Carabobo fué, pues, realizar y establecer la hegemonía de Colombia en Sur-América. Dirigióse á San Martín, lord Cochrane, Pueyrredón (gober-

Llegado al Callao en los primeros días de Mayo el Sr. Mosquera, y reconocido en su carácter oficial, encontró un conflicto entre la oficialidad del batallón *Numancia* y las autoridades peruanas, por ser de público conoci-

---

nante de las provincias de La Plata) y O'Higgins, director supremo de Chile. A este último le volvía á escribir desde Cali lo que copiamos:

«República de Colombia.—Simón Bolívar, Libertador y presidente de la República, general en jefe del Ejército, etc., etc., etc.

»Al excelentísimo señor director supremo de Chile.

»Excelentísimo señor:

»De cuantas épocas señala la historia de las naciones americanas ninguna es tan gloriosa como la presente, en que desprendidos los imperios del Nuevo Mundo de las cadenas que desde el otro hemisferio les había echado la cruel España, han recobrado su libertad, dándose una existencia nacional. Pero el gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado á nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas, y fundado instituciones legítimas; mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de repúblicas.

»V. E., colocado al frente de Chile, está llamado, por una suerte muy afortunada, á sellar con su nombre la libertad eterna y la salud de América. Es V. E. el hombre á quien esa bella nación deberá en su más remota posteridad, no solamente su creación política, sino su estabilidad social y su reposo doméstico.

»La asociación de los cinco grandes Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá á ser motivo de asombro para la Europa. La imaginación

miento la resolución que en el Perú había de declararle la guerra á Colombia, con el objeto de impedir que Guayaquil se incorporara en esta República; el ministro Mosquera interpretó fielmente los deseos y sentimientos de Bolívar, y con cordura, prudencia y tacto delicado consiguió que se mantuviera el batallón *Numancia* á disposición de Sucre, que se firmaran el tratado sobre liga y confederación y un convenio provisional sobre límites de los dos países, y otro en que las Repúblicas de Colombia y del Perú se comprometían á promover por todos los medios posibles un congreso anfictiónico, en que los plenipotenciarios de todos los estados americanos discu-

---

no puede concebir sin pasmo la magnitud de un coloso, que, semejante al Júpiter de Homero, hará temblar la tierra de una ojeada. ¿Quién resistirá á la América reunida de corazón, sumisa á una ley y guiada por la antorcha de la libertad? Tal es el *designio que se ha propuesto el Gobierno de Colombia* al dirigir cerca de V. E. á nuestro ministro plenipotenciario, Sr. Joaquín Mosquera.

»Dígnese acoger esta misión con toda su bondad. Ella es la expresión del interés de la América. Ella debe ser *la salvación del mundo nuevo*.

»Acepte V. E. los homenajes de la alta consideración con que tengo el honor de ser de V. E. su obediente servidor,

«*Bolívar.*»

»Cuartel general en Cali, á 8 de Enero de 1822».

tiesen y acordasen todo lo más conveniente para mantener y proteger los grandes intereses de la América.

Idea grandiosa y nunca bien alabada, que el gran genio del Libertador abrigaba como expansión de su imperturbable ideal desde los primeros años de su carrera pública, como lo hemos visto en un escrito suyo de 1815.

Respecto de Guayaquil, puerto y ciudad la más importante del Sur de Colombia, y que siempre había pertenecido á la presidencia de Quito, y, por consiguiente, al virreinato de la Nueva Granada, el Sr. Mosquera consiguió que á esa provincia se le dejara en libertad para que ella eligiera la nación á que quisiera pertenecer.

El mismo día en que el Libertador tuvo la fausta noticia del triunfo de las armas colombianas obtenido en la batalla de Pichincha expidió su proclama fechada en Pasto á 8 de Junio, diciendo:

¡Colombianos!

Ya toda vuestra hermosa patria es libre. Las victorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra de vuestro heroísmo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército libertador, marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras, toda la extension de Colombia. Una sola plaza resiste; pero caerá.

¡Colombianos del Sur!

¡La sangre de vuestros hermanos os ha redimido de los horrores de la guerra! Ella os ha abierto la entrada al goce de los más sagrados derechos de libertad y de igualdad. Las leyes colombianas consagran la alianza de las prerrogativas sociales con los fueros de la Naturaleza La Constitución de Colombia es el modelo de un Gobierno representativo, republicano y fuerte. No esperéis encontrar otro mejor en las instituciones políticas del mundo, sino cuando él mismo alcance su perfección. Regocijaos de pertenecer *á una gran familia que ya reposa á la sombra de bosques de laureles* y que nada puede desear sino ver acelerar la marcha del tiempo, para que desarrolle los principios eternos del bien que encierran nuestras santas leyes.

¡Colombianos!

Participad del océano de gozo que inunda mi corazón y elevad en los vuestros altares al ejército libertador, que os ha dado gloria, paz y libertad.

Esta concisa y expresiva proclama da á entender bien con cuál estremecimiento de placer fué dictada. Estaba á la vista el resplandor glorioso de la realización de un ideal supremo, muchos años llevado en la mente y que pronto debería ser realizado.

El día 16 de Junio llegó el Libertador á Quito. El ejército salió á recibirlo en el ejido de Añaquito, lleno de entusiasmo, de alegría, con

la embriaguez de júbilo que produjo la nueva victoria decisiva, y con el orgullo de presentarle los laureles alcanzados en su ausencia, pero bajo su dirección.

Formado en batalla al orden de parada, le hizo los honores que le correspondían á su calidad de presidente de la República y de generalísimo. El general Sucre dió la orden de reunión al centro, y lo hizo plegar en masa, de manera que pudiese oir la atronadora y entusiasta voz del gran caudillo; entonces el Libertador, poniéndose al frente de él:

Le arengó—refiere el general Manuel Antonio López—con aquella elocuencia y laconismo que le eran naturales. Empezó por saludar á los vencedores en Pichincha, y después de hacer el elogio de su bizarro comportamiento, concluyó con estas palabras: "Los ecuatorianos no podrán olvidar jamás que en esa cumbre (señalando con el dedo el cerro de Pichincha que se presentaba despejado), inmortal testigo de vuestro valor, 3.000 bravos del Perú y de Colombia destrozaron para siempre las cadenas que los oprimían, reconquistándoles su patria y restituyéndoles el goce de su libertad perdida hacía tres siglos. ¡Viva Colombia! ¡Viva la libertad!"

La entrada—dice Restrepo—del presidente de Colombia en la capital (Junio 16) fué un verdadero triunfo, sin duda más glorioso que el de los conquistadores. Los habitantes de Quito, sin excepción de edad, sexo ni condición, se esmeraron á

porfía en manifestar el alto precio que hacían de su Libertador, y el profundo reconocimiento que sentían por el inmenso beneficio que les había hecho de libertarlos del yugo español. Cuando esto sucedía, ya las autoridades, corporaciones, empleados y personas notables de Quito habían resuelto la unión de todo aquel vasto departamento á la república de Colombia; en el acta en que tal cosa se decidió dábanse los agradecimientos á sus libertadores y se les concedían distinciones honrosas, mandábase erigir monumentos en su honor y se acordaba que se promulgase y se jurara la Constitución de la República el día 13 de Junio. Así entraron á formar parte de la grandiosa obra de Bolívar las provincias de Quito, Cuenca y Loja, componiendo el departamento del Ecuador, á quien se le señaló como gobernante al ilustre general Sucre.

Y aunque éste hubo de salir en comisión á Pasto á debelar, como prontamente lo hizo, forzando las agrias posiciones del Guáitara y Juanambú, una rebelión encabezada por José Boves (sobrino del sanguinario exterminador de Venezuela), y aunque hubo otro movimiento realista dirigido por Francisco Labarcés en Santa Marta y La Ciénaga, que al punto fué apagado por el general Montilla, la independencia fué un hecho consumado.

La obra del Libertador, tan hermosamente anunciada y poéticamente descripta por Zea en el Congreso de Angostura, fué una reali-

dad. ¡De entre las obscuridades del pasado y por entre los nubarrones de la guerra surgió *Colombia* como un faro de luz resplandeciente!

Ni el placer de ver completada la Gran Colombia, ni las mil preocupaciones que embargaban su mente distraían á Bolívar de los asuntos políticos, á los cuales no podía ser ajeno, pues de su marcha dependía la conservación de los países emancipados. El espíritu veleidoso de los colombianos le preocupaba en gran manera.

El quería un gobierno liberal, pero fuerte y ordenado. La Constitución de Colombia le satisfacía y era necesario gobernarse con ella; abrir la puerta á los cambios y modificaciones era abrirla á la anarquía. Además, le interesaba la integridad de la República y no podía dejar de pensar en ella.

Al favor de los tratados con el Perú, Bolívar podía obrar como le pareciese en la cuestión de Guayaquil, y por esto determinóse á marchar á esa importante ciudad, en donde encontró tres partidos acalorados y recalcitrantes: uno por la anexión á Colombia, otro por el Perú y otro por la independencia; éstos últimos, ingratos y desconocedores de todos los sacrificios y esfuerzos que los colombianos habían hecho en favor de su libertad.

Aunque desde hacía muchos días habían

sido convocados los representantes de toda la provincia con el objeto de que se deliberara y resolviera el triunfo de uno de los mencionados partidos, asamblea que debía reunirse el día 28, la llegada del Libertador produjo una explosión de entusiasmo incontenible: grandes reuniones populares, multitud de personas de las más altas clases sociales, numerosos padres de familia y los empleados públicos dirigieron al ayuntamiento una enérgica petición en que se reclamaba la incorporación de aquella provincia á la nación colombiana.

El movimiento dice el historiador—iba degenerando en furor, y se temía por la suerte de los que eran de opinión contraria.

Entonces Bolívar expidió su proclama de 13 de Julio, dirigida á los guayaquileños, en que les decía:

El ejército libertador no ha dejado á su espalda un pueblo que no se halle bajo la custodia de la Constitución y de las armas de la República Sólo vosotros os veíais reducidos á la situación más falsa, más ambigua, más absurda, para la política como para la guerra. Vuestra posición era un fenómeno, que estaba amenazando la anarquía; pero yo he

venido, guayaquileños, á traeros el arca de salvación. Colombia os ofrece por mi boca justicia y orden, paz y gloria.

¡Guayaquileños!

Vosotros sois colombianos de corazón, porque todos vuestros votos y vuestros clamores han sido por Colombia, y porque de tiempo inmemorial habéis pertenecido al territorio que hoy tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo; mas yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que no ame su patria y leyes.

Sin embargo de que el Libertador declaró que en todo caso respetaba y garantizaba la libertad de los miembros de la asamblea que había de resolver la cuestión, después de varias sesiones los representantes acordaron (30 de Julio), por aclamación, reunir la capital y toda la provincia á la república de Colombia.

Con este acontecimiento Bolívar acababa de fijar la fisonomía completa de su ideal, y después de vencer las armas y la fuerza de la monarquía española en lo que se refiere á Colombia, les ganaba la parada al Perú y á San Martín.

Desde principios de este año los enemigos del Libertador, que le miraban acercarse á la

meta por tantos años perseguida, principiaron á propalar por modo solapado que, á imitación de Bonaparte en Francia y de Iturbide, en Méjico, quería ceñirse la corona de emperador de los Andes. Tales calumnias eran fáciles de destruir, pues que contra la malicia y la pasión desenfrenada existían pruebas irrecusables en contrario; pero entonces, como después, como ayer y como hoy mismo, las rivalidades políticas, los resentimientos personales, la oposición de intereses, las vanidades resentidas, acostumbraron y acostumbran hacer que los pecadores sean los que arrojan la primera piedra; que los indignos atribuyan á otros sus propios sentimientos, y que la maldad, la sevicia y los odios sean hereditarios para que se transmitan de generación en generación (1).

---

(1) El Libertador no solamente era enemigo del régimen monárquico, sino que no consentía ni aun su vecindad. Basta para demostrarlo la carta que con fecha 22 de Noviembre de 1821 dirigió al general Soublette, al tener conocimiento de que en Méjico se implantaría el sistema monárquico. Dicha carta es como sigue:

«Bogotá, Noviembre 22 de 1821.

»Mi querido general:

»El aspecto que ha tomado la revolución de Méjico en estos últimos días deja ver claramente su resultado: una monarquía, á que son llamados príncipes europeos de la Casa de Borbón, se establecerá allí, y cuando con-

Para refutar una calumnia de que en aquellos días se hizo uso contra el Libertador, y que más tarde fué activamente explotada, recordaremos brevemente la entrevista que en Guayaquil tuvo con San Martín el día 26

---

tra todas las probabilidades no venga alguno de ellos, la corona recaerá necesariamente sobre el que tenga más audacia y resolución en Méjico; de todas maneras, el sistema bajo el cual se regirá aquella vasta región será monárquico.

»Establecido en Méjico un Borbón, será de su interés conservar estrechas relaciones con el que reine en España y con las demás potencias europeas; todos deberán, por su interés particular, auxiliarlo y sostenerlo, y el trono de Méjico tendrá constantemente pretensiones sobre su limítrofe Colombia, cuyo sistema debe alarmarlo. El Gobierno de Méjico establecerá el más riguroso espionaje en el nuestro, para volar á aprovecharse de la primera ocasión que se le presente de invadirnos con suceso; tocará todos los medios naturales que existen entre nosotros de dividirnos, debilitarnos y aun aniquilarnos, destruyendo nuestro sistema republicano. Son innumerables los medios y recursos de un Gobierno enérgico, como el monárquico, para atacar á un vecino que no lo es tanto, y son muchas las alianzas y pactos que puede formar con poderosos que tienen el mismo interés que él, mientras que hasta hoy nuestra República no cuenta más que con el valor, virtud y heroísmo de sus ciudadanos.

»Estos caracteres serán escollos en que se estrellarán todos los esfuerzos de nuestros enemigos, cualesquiera que sean, siempre que se conserven inalterables, siempre que permanezcan todos perfectamente unidos, siempre que el interés sea el mismo y siem-

de Julio. Esta entrevista, que á tantas anécdotas, comentarios é inexactitudes ha dado lugar, que de tan diversos modos ha sido interpretada, que ha dado margen á conceptos tan distintos, ya fantásticos, ya misteriosos, no pasó

---

pre que Colombia sea lo que ha sido hasta hoy. Pero si la sagacidad y la intriga de nuestros enemigos logran sembrar la discordia, suscitar las rivalidades en las clases de nuestra sociedad, dividir nuestros corazones, nuestros deseos y nuestros intereses, entonces seremos infaliblemente la presa del invasor. Todo es de temerse de parte del nuevo sistema de Méjico, y del origen, carácter y pretensiones de su monarca.

»Usted es el mejor órgano para hacer conocer estas ideas al pueblo de Caracas y á todos los demás de Venezuela; usted es muy á propósito para hacerles conocer todos los peligros á que estamos expuestos y toda la necesidad que tenemos, por su propia felicidad, de que sean en lo sucesivo lo que han sido hasta aquí. Usted debe hacerles sentir todo el interés que deben tener en mantenerse unidos, fuertes y sumisos al Gobierno, y si no, ellos y Colombia serán otra vez esclavos de un extranjero y de un sistema á que *hemos hecho tan gloriosamente la guerra.*

»Es necesario ir infundiendo á nuestro pueblo, aún ignorante, estas ideas para prevenir al enemigo; es preciso hacerle concebir la posibilidad de que esto suceda y enseñarle el remedio para preservarle del mal, que no es otro que la unidad. Sobre estos principios puede usted arreglar su conducta para evitar en ese departamento males de una transcendencia y de una naturaleza peligrosísima, pues esté usted seguro de que el Borbón que venga á Méjico va á hacer en nuestra pobre Colombia las mayores tentativas para someterla á su domi-

de ser una conferencia en que los dos jefes no se pusieron de acuerdo en varios detalles, y en la que triunfaron el prestigio americano, el genio político, la fogosidad de Bolívar, su expresión fácil y nerviosa, la palabra que traducía con tanta elocuencia los pensamientos de su atrevida y brillante imaginación.

Allí se trató por primera vez entre los dos hombres que podemos considerar entonces como dueños de la suerte de Sur-América, si debieran adoptarse los principios monárquicos ó los republicanos, sobre la anexión de Guayaquil, sobre la federación sur-americana, sobre los límites de Colombia con el Perú y sobre arreglos pacíficos entre las naciones insurreccionadas y los comisarios de España.

En cuanto al primer punto no estuvieron de acuerdo, pues San Martín, como monarquista que era, opinaba que la forma de gobierno debía ser monárquica y no republicana en el Perú, deseando que viniese de Europa un príncipe aislado á gobernar aquel Estado; Bolívar protestó contra esta forma de gobierno,

---

nación ó para que lo sea de algún pariente suyo. Nada omitirá, y si logra desunir las clases y los intereses, desaparecerá el fruto de tantas acciones heroicas y tantas virtudes dignas de la libertad, de la independencia y de la paz.

»Soy de usted afectísimo que lo ama de corazón,

«Bolívar.»

declarando que no convenía ni á América ni á Colombia semejante idea, y que él se opondría, respetando, sin embargo, la libertad que cada Estado tiene para darse su forma de gobierno.

En cuanto á la anexión de Guayaquil, el protector, profundamente despechado, como viese que no podía volver los acontecimientos al revés, trató el asunto despectivamente y tornó la conversación á los asuntos militares relativos á la próxima expedición.

Respecto de la federación sur-americana, grandioso proyecto acariciado por Bolívar como verdadera efectividad de la independencia de estas naciones, ambos estuvieron de acuerdo sobre su importancia, indicando el protector del Perú la conveniencia de que el lugar de reunión fuese la ciudad de Guayaquil. Sobre la cuestión límites de las dos repúblicas, San Martín estuvo de acuerdo con los deseos de Bolívar, y aun le ofreció promover un arreglo en el Congreso peruano, y en cuanto á los arreglos con los comisarios españoles, ambos estuvieron de acuerdo.

Bolívar, que estando en París no quiso asistir á la coronación de Napoleón por no presenciar aquel acto que establecía el dominio de un solo hombre sobre sus conciudadanos; él, que tanto había censurado á Iturbide cuando ciñó sus sienes con la corona imperial;

él que desde niño había trabajado por la libertad; él, que acababa de jurar una Constitución eminentemente republicana y que prefería el título de ciudadano al de gobernante; él, en fin, que había dado libertad á los esclavos, ¿cómo podría aceptar un proyecto monárquico que encadenaría medio mundo? (1).

---

(1) »Cuenca, Septiembre 26 de 1822.

»Sr. Fernando Peñalver.

»Mi querido Peñalver:

....

»El general San Martín vino á verme á Guayaquil, y me pareció lo mismo que ha parecido á los que más favorablemente juzgan de él, como Francisco Rivas, Juancho Castillo y otros. Yo he mandado 2.500 hombres de Colombia al Perú, y han llegado y deben haber entrado en campaña. No siendo adivino no sé cuál será el resultado de esta lucha, porque las fuerzas son relativamente iguales. Pienso quedarme en el Sur hasta la decisión de la suerte del Perú, porque, en caso fatal, tenemos que hacer esfuerzos inauditos prra terminar la guerra por esta parte.

»Chile ha instalado ya su Congreso; Lima habrá hecho lo mismo; los gobiernos de estos dos Estados son realistas y los pueblos republicanos, así es que hay una lucha cruel, y quién sabe si justa, por parte de los jefes. Iturbide ya sabrá usted que se hizo emperador por la gracia de Pío, primer sargento; sin duda será muy buen emperador. Su imperio será muy grande y muy dichoso, porque sus derechos son legítimos, según Voltaire, por aquello que dice: *el primero que fué rey fué un soldado feliz*, aludiendo, sin duda, al buen Nemrod. Mucho temo »que las cuatro planchas cubiertas de carmesí que lla-

Pues si era imposible que Bolívar aceptase las ideas monárquicas, también era imposible que aquellos dos grandes hombres pudieran parearse y seguir con sus energías un mismo derrotero, perseguir un mismo ideal y hallar una misma solución al problema que ellos mismos se planteaban.

En aquella conferencia de cuarenta horas, sigilosa, verificada entre dos caballeros, premunida contra la curiosidad é indiscreción de edecanes, secretarios, ayudantes y de cualesquiera otros testigos, todo concurría para que las dos almas se entendieran con franqueza, con sinceridad y con consideración, en atención á los intereses que cada uno representaba.

Esa conferencia, sin embargo, decidió para siempre de la suerte de San Martín, que se

---

man trono cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquietudes que reposo. Están creyendo algunos que es muy fácil ponerse una corona y que todos los adoren, y yo creo que *el tiempo de las monarquías fué, y que hasta que la corrupción de los hombres no llegue á ahogar el amor á la libertad* los tronos no volverán á ser de moda en la opinión. Usted me dirá que toda la tierra tiene tronos y altares; pero yo responderé que estos monumentos antiguos están todos minados con la pólvora moderna, y que las mechas encendidas las tienen los furiosos, que poco caso hacen de los estragos.

»Adiós, mi querido Peñalver; escríbame usted mucho y créame su mejor amigo,

»*Bolívar.*«

separó desde entonces de la política, alejándose á Europa, y puso én manos del Libertador la suerte de la América del Sur. Desde entonces Bolívar quedó siendo, según la expresión del argentino Mitre, en su *Historia de San Martín:* "el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos".

San Martín, que había vencido las tempestades de la guerra, dando gloria y libertad á su patria, se encontraba ya cansado por las dificultades que le oponía el carácter intrigante y ambiguo de los peruanos; ya no tenía el entusiasmo de quien pretende coronar una empresa comenzada, pues que la daba por concluída; adolecía del carácter frío de su zona, era calmado y calculador y de imaginación taciturna; no lo impulsaba el entusiasmo; ambicionaba el retiro y el reposo, y entraba en la plenitud del desaliento.

Bolívar había también triunfado sobre las más duras tempestades que produjo la guerra americana, libertando y dando gloria á su patria; pero, lejos de sentirse cansado, hervíanle los alientos para dominar las dificultades de las intrigas políticas; instilaba ánimo en los cobardes y hacía definir á los ambiguos; sabía avivar el entusiasmo ajeno; de genio ardoroso y sobreexcitada imaginación, nunca entró el cálculo egoísta en sus acciones; conser-

vaba el corazón joven é intacto, y si ambicionaba el alejamiento de las tramoyas políticas, su espíritu amaba el estruendo de las aclamaciones, las peripecias de las campañas, las sensaciones de los peligros, los favores de la fortuna, aunque se expusiera á las pruebas de la adversidad: era luchador por temperamento.

San Martín era un esclavo y obraba en nombre de la Logia Lautarina y no daba ningún relieve á su individualidad, "porque para él no había ni caudillos, ni partidos, ni principios" (1).

Bolívar tenía el sello propio de su personalidad: era hombre indomable, obraba por sí mismo, por propias convicciones, sin sujeción á nadie, aceptaba y usufructuaba la autoridad del prestigio, conocía á fondo científica y prácticamente los partidos, obedecía á principios fijos y derroteros estudiados, y marchaba siempre tras de sus ideales (2).

---

(1) B. VICUÑA MACKENNA: *Vida del capitán general D. Bernardo O'Higgins*, pág. 454.

(2) Muchos paralelos se han hecho entre ambos personajes, que no se parecían en nada. Transcribamos aquí la sucinta pintura del Sr. Blanco-Fombona.

"Nunca fueron juntados por el destino á colaborar en la misma obra dos seres más desemejantes que Bolívar y San Martín. San Martín era taciturno, astuto, intrigante, desconfiado. Amunátegui y Vicuña Mackenna, sus admiradores, escriben en LA DICTADURA DE O'HIGGINS, respecto al ríoplatense: *En política no tenía ni conciencia*

El héroe de Chacabuco había emprendido viaje desde las playas del Callao hasta Guayaquil á fomentar un partido que agregase este importantísimo departamento al territorio del Perú, llegando hasta intentar una guerra contra Colombia; el héroe de Carabobo, que había marchado desde el mar Caribe, al invitarlo para que se diesen el abrazo fraternal en la ciudad del Guayas, le decía: "Usted no dejará burlada el ansia que tengo de estre-

---

ni moralidad. Todo lo creía permitido. Para él todos los medios, sin excepción, eran lícitos. Por temible que fuera en un campo de batalla, lo era todavía más dentro de su gabinete, fraguando tramoyas, armando celadas, maquinando ardides.

San Martín era un hombre de cuartel y amaba el licor. Bolívar era un hombre de mundo y amaba á las mujeres. San Martín era meticuloso en los detalles; Bolívar, de un golpe, abarcaba la síntesis. San Martín, hombre de instrucción rudimentaria, que ignoraba hasta la ortografía, era un silencioso; Bolívar, hombre de libros y de viajes, era un tribuno. San Martín era un estoico; Bolívar, más bien un epicúreo. San Martín, monárquico, buscaba un rey á quien someterse; Bolívar, republicano, convocaba congresos, dictaba constituciones y no quiso someterse, ni que América se sometiera, á nadie sino á la ley, y cuando más, al dominio estratocrático de los libertadores. San Martín era un militar como Fabio; Bolívar un guerrero como César. San Martín era un soldado; Bolívar era un caudillo. San Martín era un grande hombre; Bolívar era un gran genio." (R. Blanco-Fombona: *Bolivar y San Martin*, en *Cartas de Bolivar*, I. 391.)

char *en el suelo de Colombia* al primer amigo de mi corazón y de mi patria."

El protector del Perú había escrito desde su retiro de *La Magdalena* al general O'Higgins: "Estoy persuadido de que mis miras serán de la aprobación de usted, convencido de la imposibilidad de erigir estos países en repúblicas"; y en Diciembre de 1821 dictó las instrucciones para que fueran á Europa "los señores García del Río y Paroissien á aceptar que el príncipe Saxe Cobourgo, ó en su defecto uno de los de la dinastía reinante de la Gran Bretaña, *pase á coronarse emperador del Perú* ó cualquiera otro de Rusia, Brunswick, Austria, Francia ó Portugal". El Libertador de Colombia, por el contrario, desde 1815 había dicho: "No soy partidario de las monarquías americanas. Hé aquí mis razones..." (1) y después de darlas agrega: "Por estas razones pienso que los americanos, ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirán las repúblicas á los reinos, y me parece que estos deseos se conforman con las miras de la Europa. "En 1.° de Octubre de 1818 había manifestado al Consejo de Angostura:

Y aunque el momento no ha llegado en que nuestra afligida patria goce de la tranquilidad que

(1) Véase atrás, pág. 152.

se requiere para deliberar con inteligencia y acierto, podemos, sin embargo, anticipar todos los pasos que aceleren la marcha de la restauración de nuestras instituciones republicanas. Por ardua que parezca esta empresa no deben detenernos los obstáculos; otros infinitamente mayores hemos superado, y nada parece imposible para hombres que lo han sacrificado todo por conseguir la libertad.

En tanto que nuestros guerreros combaten, *que nuestros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la soberanía. Todos debemos ocuparnos* de la salud de la República, como debemos desear que *todos á la vez* la consigamos. No basta que nuestros ejércitos sean victoriosos; no basta que nuestros enemigos desaparezcan de nuestro territorio; ni que el mundo entero reconozca nuestra independencia; necesitamos aún más: *ser libres bajo los auspicios liberales, emanados de la fuente más sagrada, que es la voluntad del pueblo.*

Bolívar, que había comparado á Iturbide con el buen Nemrod, que no quería la vecindad de la monarquía mejicana, y que se burlaba de "las cuatro tablas forradas en terciopelo carmesí que llaman trono,"—según su pintoresca expresión—, era la contraposición de ideas, sentimientos, aspiraciones, principios y conducta de San Martín. De éste dijeron los comentadores de la célebre conferencia que había aspirado á coronarse como monarca del Perú. Calumnia fué.

Ya es del dominio de la Historia que el general argentino aspiraba á desprenderse del mando y á salir del caos, confusión y anarquía en que estaban revueltos los descendientes de los incas, tan corrompidos por el oro y los esclavos; también es del dominio de la Historia que San Martín se había hallado incapaz de poner término á tan deplorable situación. También al colombiano se le calumnió, obra en que tomaron parte quienes le debían mil favores, sus antiguos copartidarios y aduladores, sus émulos, algunos ex monarquistas, contra los cuales combatió en las calles de Bogotá en 1814, y... ¡cosas del cielo!, hasta los mismos esclavos á quienes había ido á redimir (1).

---

(1) Pudiera decirse que ya se puso punto final en las discusiones sobre la renombrada entrevista de Guayaquil. El señor doctor José Manuel Goenaga ha logrado publicar, con permiso del Gobierno de Colombia, un precioso documento, el único fehaciente que pudiera encontrarse de fuente autorizada sobre el asunto. Tal es la carta del general José Gabriel Pérez, secretario de Bolívar en aquella ocasión, dirigida con el carácter de *reservada* al secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno colombiano. Al menos avisado se le ocurre quién dictó ó inspiró esa carta Sin duda el doctor Goenaga ha hecho un notabilísimo favor á la Historia en general, y en particular á los dos caudillos sur-americanos.—Véase José Manuel Goenaga: *La entrevista de Guayaquil (Bolivar y San Martin)*. 1911, Bogotá (Colombia), imp. de J. C .carrera 6.ª, 254. Apartado núm. 13, pág. 29.

En el mensaje que al finalizar el año dirigió al Congreso que había de reunirse en Enero de 1823 anunciaba que Pasto había vuelto á entrar bajo el imperio de las leyes tutelares de Colombia, que los departamentos del Sur estaban tranquilos, y "eminentemente adictos á la sacrosanta ley que ha dado vida á la gloriosa república de Colombia". Por su parte, recordaba su adhesión á la Constitución, la que "no se violará impunemente mientras mi sangre corra por mis venas y estén á mis órdenes los libertadores" (1).

En carta al vicepresidente, de la misma fecha, le decía á éste:

La nación espera las más grandes ventajas del Congreso, que debe necesariamente dictar aquellas mejoras que el pueblo desea para el complemento de su prosperidad; pero no me puedo persuadir que los legisladores se dejen llevar del espíritu de innovación que ha cundido en esa capital... Mi política ha sido siempre por la estabilidad, por la fuerza y por la verdadera libertad...

... La soberanía del pueblo no es ilimitada porque la justicia es su base, y la utilidad perfecta le pone término (2).

En el mismo documento defendía la Constitución, que decía pudiera servir para diez

(1) Blanco: *Doc.* cit., t. VIII, pág. 585

(2) Idem íd., pág. 586.

años, hasta para la vida de una generación. "¿Pero adónde iremos si la cambiamos constantemente? ¿De dónde pueden creerse autorizados los representantes del pueblo *para cambiar constantemente la organización social?*

¿Cuál será entonces el fundamento de los derechos, de las propiedades, del honor, de la vida de los ciudadanos?" Su temor á las inconsultas innovaciones, á los ensayos que pudieran conducir á las prácticas exageradas, opuestas al régimen existente, lo hacían exclamar:

Yo, excelentísimo señor, me creo autorizado á instar al Poder ejecutivo para que haga los esfuerzos más eficaces al efecto de procurar que la actual legislatura no altere en nada el código fundamental de Colombia.

Yo declaro por mi parte que, ligado por un juramento á este código, no debo obedecer á ninguna ley que lo vulnere y viole; que mi resolución *es separarme de Colombia antes de dar asenso á las leyes que aniquilen la obra maravillosa del ejército libertador.*

Por estas consideraciones, y muchas otras, suplico á V. E. presente al Congreso general, oportunamente y cuando las circunstancias imperiosas lo exijan, mi protesta solemne de no reconocer durante mi presidencia *acto ninguno del Congreso que revoque, altere ó modifique las leyes fundamentales de la república de Colombia.*

No es el dictador ni el ambicioso de mando, como algunos escritores han interpretado el contenido de esta pieza, el que se trasluce en ella: es el ciudadano que ha jurado sostener la Constitución y que recuerda con energía su juramento al acordarse de la multitud de febricitantes cerebros que quisieran ensayar diariamente otros proyectos de gobierno, nuevas leyes que vendrían á desquiciar la Constitución existente.

Los enemigos de todo gobierno, los rebeldes á todo régimen, los ambiciosos vulgares, los amigos de las novedades políticas, todos estos eran los que comenzaban la tarea de la difamación hipócrita, los que socavaban las instituciones y los que se aprovechaban de la ausencia del Libertador para arrojar sus redes en el río revuelto. Y las expresiones que Bolívar escribía al general Santander, como las del Mensaje que hemos copiado, eran consecuentes con las que en privado manifestaba á sus amigos, pues eran la expresión sincera de sus sentimientos. Pocas bastan para muestra; en carta particular decía al general Santander:

Encargado vuestra excelencia del Poder ejecutivo, goza el pueblo de la beneficencia de las leyes, mientras que yo, en la frontera más expuesta ó peligrosa, espero las circunstancias de obrar conforme ellas lo exijan.

Esta determinación, fundada sobre tan sólido principio, se apoya también en mi *resolución decidida y manifestada francamente al Congreso de no ejercer el Poder ejecutivo*, y de servir á mi patria mientras tenga enemigos, *sin mezclarme jamás en la Administración* (1).

Al coronel Pedro Briceño Méndez, amigo de su íntima confianza, le decía en carta de 11 de Agosto, es decir, quince días después de la entrevista con San Martín:

He dicho y lo cumpliré: que el primer día de paz será el último de mi carrera pública. Seré en las elecciones del Sur lo que he sido en las de todas partes.

Quiero decir, que no tendré en ellas la menor intervención, como no la he tenido jamás. Que los pueblos hagan lo que quieran y los Estados lo que les parezca bien. *Sólo me interesa la libertad de mi patria y el que los enemigos no se apoderen de ella;* para este género de servicio estoy siempre dispuesto (2).

A su pariente el marqués de Toro, á quien siempre le abría el corazón para hablarle de sus deseos y ambiciones, le decía:

(1) *Memorias del general O'Leary (Cartas del Libertador)*. t. XXIX, pág. 253.
(2) *Idem íd.*, pág. 254.

Mi querido marqués, crea usted que en cuanto me pueda desembarazar de aquí me voy á vivir á Venezuela para consagrar todos mis servicios á mi desgraciada patria y á mis amigos, parientes y compañeros. *Yo no quiero el mando supremo*, para poder estar entre los míos y ayudarlos á padecer sus miserias. *Tampoco me conviene este mando*, *porque mi reputación sufre la nota de ambicioso*, y porque *estoy cansado de mandar y de servir*. Iré á Caracas y mi autoridad servirá para los casos graves y para intervenir como mediador entre los que me quieran consultar ó me quieran oir (1).

Ya antes, en carta íntima de ocurrencias particulares y de asuntos privados, había escrito á uno de sus parientes de más confianza:

Yo no quiero el rifle ni las pistolas de que me hablas. Dile al general Soublette que tenga la bondad de ver esta carta para que te proteja en la defensa de mis bienes, pues no es razón que me quieran quitar lo poco que me ha dejado la revolución. *Mañana*, *que se hará la paz*, *dejaré la presidencia*, *y no tendré nada de qué vivir*, *no siendo mi intención recibir sueldos del Gobierno* (2).

(1) *Memorias del general O'Leary*, t. XXIX, pág. 287.
(2) *Idem id.*, pág. 234.

XVII

En el año de 1823, que principió para Bolívar con la dolorosa noticia de que la guerra continuaba sangrienta en Venezuela, y de que Morales había logrado algunos triunfos, también iba á hallarse el Libertador colocado entre la nube de incienso, las incertidumbres, las falaces promesas y el espíritu variable y falso de aquella nación pervertida por el oro y la esclavitud, como él mismo la había pintado en años anteriores.

Mucho habían alarmado las noticias que del Norte le comunicara el general Santander, pero Bolívar, atento siempre á la prosecución de su ideal, y puesto el oído á las noticias pormenorizadas que recibía del Perú, se decidió (Marzo 13) á tomar la resolución de enviar á Lima inmediatamente el auxilio de 3.000 hombres que tenía listos y que serían convoyados por los buques de guerra *Bombonó* y *Chimborazo*.

Encontrábase íntimamente convencido de que era mejor para la república de Colombia y para él ir á combatir en el Perú contra los ejércitos españoles que atender por acá á tropas realistas diseminadas y ocuparse en parloteos y minuciosidades de la política partida-

rista; creía que si los peninsulares continuaban dueños del Perú se mantendrían siempre dueños de los recursos que proporciona un país tan importante como el virreinato del Perú y de las ventajas de una plaza tan valiocomo el Callao, con las cuales quedaría amenazada la tranquilidad de Colombia, y hubiesen venido Guayaquil y el Ecuador á ser sangriento teatro de la guerra. A tiempo que Bolívar se hallaba con semejante preocupación (era el mes de Marzo), el Perú, por conducto de Riva Agüero, pidió á Colombia los recursos que ante repugnara aceptar, y al efecto avisó haber ordenado el envío de transportes hasta para 6.000 hombres.

El general Mariano Portocarrero se presentó en Guayaquil, como ministro del Perú, suplicándole al Libertador el pronto despacho de los refuerzos de Colombia. En pocas palabras pintó la situación de su patria, y refiriéndose á Riva Agüero, decía: "Este digno jefe á lo primero que aspira es á buscar los recursos de que carece, en el héroe de América, en el gran Bolívar, á quien todo elogio es corto si pensara mesurar sus grandes méritos."

El Libertador le dió esta respuesta: "Sí, Colombia hará su deber en el Perú, llevará sus soldados hasta el Potosí, y estos bravos volverán á sus hogares con la recompensa de

haber contribuído á destruir á los tiranos del Nuevo Mundo. Colombia no pretende un grano de terreno del Perú, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fincan en conservar la libertad para sí y en dejar independencia á sus hermanos."

Conforme á tan generosas ofertas obró Bolívar.

Deshízose en elogios á Bolívar el hipócrita Portocarrero por haber mandado el Libertador embarcar la primera división de 3.000 hombres y estar preparada sobre la marcha, por manera fulminante, la segunda. "La presencia sola del Libertador Simón Bolívar—le decía—quitará el eclipse que padece el hermoso sol del Perú", etc. A semejante prólogo de adulaciones con que seguía mortificando al Libertador, éste le contestaba en muy distinto modo, confirmando su oferta de que muy pronto habría 6.000 colombianos en territorio, del virreinato peruviano, y agregaba: "En cuanto á mí, estoy pronto á marchar con mis queridos compañeros de armas á los confines de la tierra que sea oprimida por tiranos, y el primero será el Perú cuando necesite mis servicios" (1).

No se necesitaba de que se le hicieran tantas súplicas al Libertador, ni de que éste hi-

(1) Blanco: *Doc.* cit., t. VIII, páginas 606 y 607.

ciera tantas promesas. ¿Para qué, siendo su ideal la libertad de toda la América, la existencia de Colombia y la seguridad y la soberanía del Continente?

Fueron muy grandes los sacrificios que la República tuvo que hacer—dice Restrepo—para los aprestos de tan hermosa expedición. Armas, municiones, vestuario, víveres, transportes, todo fué necesario alistarlo con una prontitud extraordinaria y con un erario exhausto. Empero, los talentos y la actividad de Bolívar sacaban recursos de donde parecía no haberlos. El sabía inspirar á los pueblos su mismo entusiasmo cuando se trataba de atrevidas empresas para dar la independencia á la América del Sur, venciendo á los españoles en su último albergue. Estos sacrificios, que aseguraron para siempre su independencia, no deben olvidarse por la patria agradecida.

La libertad del Perú absorbía toda la atención del Libertador: él estaba en Guayaquil; pero su pensamiento no se apartaba de las regiones peruanas; y como sus divisiones iban á entenderse con un grande ejército nuevamente reformado, poderoso en elementos de toda clase, orgulloso, triunfador en recios combates y regido por el estratégico más notable que España había mandado aquende el Océano, resolvió enviar al general Sucre con

el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del Gobierno del Perú para tratar todo lo relativo á la prosecución de la guerra contra los españoles, para que dirigiera las operaciones militares mientras tanto, y para reclamar la devolución de las provincias de Jaén y Mainas, provincias que habiendo pertenecido al virreinato de Nueva Granada debían ser ahora de la república de Colombia.

Sucre llevaba, además, un plan de campaña sumamente completo y ordenado á las más estrictas exigencias de la estrategia militar, y las instrucciones más generosas y de más perfecta amistad hacia el Perú.

Durante las festividades con que el Libertador fué agasajado por el pueblo guayaquileño, ebrio de alegría y de patriotismo, se le ofreció á Bolívar un espléndido banquete en la casa de la Legación que la Argentina había acreditado ante el naciente Estado de Guayaquil; allí, cuando el entusiasmo del festín espaciaba los sentimientos y abría los corazones, pronunciados varios discursos y hechos los más lisonjeros votos, el Libertador tomó la palabra, y con su peculiar elocuencia, entre otras cosas, dijo: "Brindo, señores, porque cuanto antes tremole el pabellón de Colombia en la plaza de Buenos Aires, dando un abrazo de paz á los que con tanto valor como decisión

han sabido sostener los derechos de la libertad" (1).

Este brindis, como tantas otras expresiones de las ideas del Libertador, revela que estuvo pensando constantemente en la emancipación sur-americana, y que la expedición que ahora proyectaba al Perú no era obra de las circunstancias actuales.

El Perú se sentía inseguro y no tenía fe en sus hombres ni en los hombres de otros países que habían contribuído á revolucionarlo. Miraba á Bolívar como único hombre capaz de libertarlo y lo llamaba con ahinco, lo colmaba de alabanzas. Es preciso conocer la situación del Perú en los días en que Bolívar, con la mirada puesta más alto de donde las dificultades se interponen, no abandonaba su ideal de independencia continental, para poder estimar todo el mérito de la obra del Libertador y comprender cuán grande había de ser el alma de quien la acometiera.

En su entrevista con San Martín en Guayaquil "el protector se quejó altamente del mando, y sobre todo se quejó de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba á retirarse á Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso; renun-

(1) *Entrevista de Guayaquil*, por el coronel (argentino) de artillería D. Jerónimo Espejo, pág. 85.

ciando el protectorado; que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar sin esperar á ver el término de la guerra" (1).

En carta que el mismo San Martín le escribió desde Lima, después de la renombrada conferencia (29 de Agosto), le dice:

En fin, general: mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide á usted venir al Perú con el ejército de su mando.

Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse.

La tempestad de dolores morales causados en mucha parte por las infamias de los peruanos había destruído á San Martín y empezaba á amenazar á Bolívar. A este último respecto recuérdese la carta que desde Octubre del año

(1) Documento del Secretario de Bolívar, don José Gabriel Pérez al Gobierno de Colombia. *Archivo de Relaciones Exteriores,* Bogotá.

anterior se había visto precisado á escribir el Libertador al general José de la Mar, en la cual se encuentra este párrafo:

Mucho siento tener que indicar á usted, de paso, que las imprentas de Lima no me tratan tan bien como la decencia parecía exigir. Quiero suponer que mi conducta ó la del Gobierno sea viciosa; no basta, sin embargo, esta causa, para empeñarse naciones amigas en increparle una á otra sus defectos.

Colombia ha podido manifestar desaprobación á algunas operaciones de los gobiernos americanos, y Colombia se ha abstenido de la murmuración, influyendo así para impedir el uso de un arma que no es dado á todos manejar con acierto y justicia.

Yo espero, mi amigo, que usted impedirá este abuso que se está haciendo contra mí, para no verme obligado á mandar órdenes al general Castillo, que me serán desagradables, pues no es de razón que la moderación de Colombia se retribuya con ultrajes (1).

En cuanto á la situación militar del Perú es preciso tener en cuenta que el general Tristán, á quien San Martín había confiado gran parte del Ejército, había dejado desmoralizar las tropas, y que por movimientos absurdos y disposiciones ineficaces se encontraba ya diez-

(1) O'Leady: t. XXIX, pág. 260.

mado, al propio tiempo que el general Alvarado había dejado sacrificar miserablemente las tropas aliadas, en los combates de Toratá y Moquegua.

La desastrada situación política, aparte de lo que se trasluce por las cartas de San Martín, quien salió huyendo de aquel desconcierto, la muestran bien las siguientes líneas de la carta que el mismo Bolívar escribió al general Rafael Urdaneta, con fecha 27 de Octubre:

San Martín se ha marchado para Chile y ha dejado el Perú entregado á todos los horrores de la guerra y de la anarquía; yo preferiría que los peruanos se despedazasen vencedores, á que sean subyugados por los españoles, porque aquel caso haría menos daño que el último.

Pero quien mejor nos pinta aquella situación es el notable escritor D. Benjamín Vicuña Mackenna en su *Vida del capitán general Don Bernardo O'Higgins*, diciendo:

Entretanto, al desembarcar el general O'Higgins en la playa del Perú, no era éste un país: era el caos y su imagen.

Pueblo profundamente desmoralizado por el régimen de la colonia, por el clima, el negro y el oro hasta la médula del alma, desde que San

Martín le desamparase de su potente voluntad por un acto incomprensible de desfallecimiento, y del cual más tarde hondamente se arrepintiera, todos los furores de la anarquía se habían precipitado sobre sus pueblos y todos los pánicos de la derrota sobre sus ejércitos.

Insistía Riva Agüero en que Bolívar se pusiera á la cabeza de las tropas: "El vencedor de Boyacá y Carabobo—escribía—, cuya fama llena todo el Universo, no necesita sino presentarse para vencer: su nombre sólo vale millones de soldados."

El 26 de Abril llegaron los nuevos comisionados D. Francisco Mendoza y el marqués de Villafuerte, enviados por el mismo Riva Agüero á implorar á Bolívar que pasase pronto al territorio de los incas. Esos mensajeros presentaron la ratificación del convenio de 13 de Marzo hecho con Portocarrero sobre los auxilios y pago de todos los gastos hechos por Colombia, y trajeron cartas urgentes de Santa Cruz, Gamarra, Salazar, Herrera, Portocarrero y otros personajes que actuaban en las altas regiones oficiales del Perú; todas esas cartas suplicaban á Bolívar fuese á mandar los ejércitos independientes, "pues de otra suerte sería muy incierto el éxito final de la guerra". Mientras tanto, el Gobierno de Lima, que ya veía nuestras fuerzas en su suelo, trataba de

variar á su beneplácito los arreglos de los comisionados Castillo y Portocarrero sobre provisión y pago de nuestros soldados.

El 5 de Mayo el Congreso del Perú decretó "al inmortal Simón Bolívar una solemne acción de gracias por los particulares servicios que ha hecho últimamente al Perú con el auxilio de sus tropas, siempre vencedoras".

Así se lo comunica el presidente en nota que encabeza con estas frases: "El soberano Congreso, penetrado del más vivo reconocimiento por la actividad y empeño con que se ha prestado V. E. á socorrer al Perú en los críticos momentos en que su liberalidad (¿querría decir libertad?) acababa de recibir una herida tal vez mortal, sin la pronta y eficaz colaboración de la república de Colombia...", y terminaba con estas palabras: "Los talentos militares y el crédito de V. E. son necesarios en esta República."

Los peruanos querían que se les diera libertad, pero sin mayores sacrificios; trataban de embriagar al Libertador con lisonjas y eufemismos, mientras veían el modo de infringir las obligaciones que el tratado Castillo-Portocarrero les imponía y cuyo cumplimiento les exigía Bolívar.

A mediados de Mayo el presidente y el Congreso insistían con el Libertador para que fuera á ponerse al frente de las tropas: "Está

principiada la obra—le decían—con los poderosos auxilios que V. E. nos manda; pero falta para su completo que venga V. E. mismo, cuyo nombre vale más que numerosos ejércitos.“ “Haga V. E. presente al Congreso de Colombia el ansia con que lo desea el Perú, del mismo modo que el Gobierno y el pueblo.“

Mala idea tendríamos de cómo estaba empeñado el Libertador en asegurar la existencia de Colombia, y de llevar á cabo la libertad del Nuevo Mundo, sus dos persistentes ideales, si supusiéramos que él había permanecido en inacción, aguardando solamente el permiso que había solicitado del Congreso para trasladarse al Perú á proseguir la campaña contra los ejércitos realistas.

No; mientras llegaba el anhelado permiso del Congreso colombiano, Bolívar atendía á todo: ora trataba con los gabinetes extranjeros sobre el reconocimiento de la soberanía de la República, ora dirigía incesante correspondencia á las autoridades civiles y militares de Colombia, recordándoles sus deberes, estimulándolas á obrar con energía y actividad; ora solicitaba las más importantes noticias sobre el estado de la guerra en Maracaibo y Puerto Cabello; ya dictaba las disposiciones que le parecían más convenientes á fin de conservar sin menoscabo las

divisiones colombianas y sus aliadas en el territorio peruano, sin que fueran á comprometerse en aventuras descabelladas; ya combinaba los planes más acertados y de acuerdo con las prescripciones estratégicas más prudentes y acertadas; ya fijaba el oído en las necesidades de la Administración pública; y, por último, en medio de tantas exigencias, de tan gran laberinto de asuntos importantes, de tantos detalles y minuciosidades, además de atender á la marcha de la política europea, hubo de ponerse en campaña en la provincia de los Pastos, donde después de tomar proporciones alarmantísimas la insurrección de Agualongo y Merchancano con el triunfo que éstos obtuvieron peleando en favor de los realistas y derrotando al general Flórez en el combate de Catambuco, el mismo Bolívar, con unos pocos pelotones de reclutas, les dió combate en las cercanías de Ibarra, obteniendo sobre los insurrectos la sangrienta victoria que les hizo dejar á los enemigos más de 800 cadáveres en el camino que hay entre Chota y Alaburo. El Libertador regresó inmediatamente á Guayaquil.

Mientras el Libertador abría y terminaba rápidamente la campaña contra los Pastos, se había reunido en Bogotá el Congreso nacional que había de concederle el permiso para marchar á proseguir la guerra del Perú.

Este Congreso, por iniciativa del general Santander, sin conocimiento de Bolívar y sin que á éste se consultara su voluntad, le decretó una pensión de treinta mil pesos anuales, de que disfrutaría después que dejara de ser presidente de la República, y mandó que se hiciera una liquidación para que de la Tesorería se le pagasen las cantidades procedentes de sus sueldos no satisfechos y del haber militar que debía tener en las arcas nacionales.

El Libertador, con ese desprendimiento que en todos los actos de la vida demostró, con esa grandeza de alma que siempre ennoblecía sus ideales y con esa apostura gallarda con que hacía resaltar su patriotismo, no admitió la espléndida gracia con que se le quiso favorecer.

Otra comisión del Perú, encabezada por Olmedo—que había sido tan enemigo de Bolívar—, y comisión enviada por el Congreso de aquél país, vino á suplicarle nuevamente que fuese á ponerse á la cabeza de las tropas.

Pintábale Olmedo la triste situación del Perú, donde había valientes resueltos á vengar la última injusticia que en Toratá les hizo la fortuna. "Todos, señor, son elementos que sólo esperan una voz que los una, una mano que los dirija, un genio que los lleve á la victoria."

Ese hombre era Bolívar, á quien parecía que los dioses destinaban como al Alquiles que

debía conducirlos á la victoria. El Libertador contestaba por centésima vez que sólo aguardaba la autorización del Congreso colombiano, pues ansiaba por ver llegado el momento de partir á redondear la emancipación sur-americana (1).

No era Bolívar renuente á las súplicas y excitaciones del país vecino; bien comprendía él toda la importancia de la independencia del Perú, para todo el continente, y bien la estimaba él como brillo de su gloria refulgente; pero deseoso más que nadie de dar el ejemplo de respeto á la Constitución de su patria, y habiéndola interpretado en el sentido de que la autorización que se le había dado para dirigir la guerra de independencia, dejando á cargo del vicepresidente el ejercicio del Poder ejecutivo, era solamente para usarla dentro del territorio colombiano, él no quería, como César, pasar el Rubicón, aunque fuese para traer á su patria la gloria de ser la libertadora del Nuevo Mundo y presentar ante la humanidad á los libertadores agobiados bajo los laureles con que los coronara la victoria. Ya él había dicho que se le cambiaran todos sus títulos por el de "buen ciudadano".

El día 5 de Julio de este año (1823) fué sancionada la ley que permitía al Libertador tras-

---

(1) Blanco: *Doc.* cit., t. VIII, pág. 706.

ladarse al Perú á independizar esta nación, continuando la guerra contra los españoles; pero ese acto legislativo y el oficio con que se le comunicaba no llegó á sus manos sino á fines del mes, por la interrupción de noticias ocasionada por el alzamiento de los pastusos.

Entretanto, las accidencias peruanas habíanse aumentado; las previsiones de Bolívar se habían cumplido. Santa Cruz, que había salido con una grande expedición á reparar los desastres de Moquegua y Torata, se había internado, contra los consejos del Libertador, en el Alto-Perú llevando más de 5.000 hombres, y en tres meses fueron deshechos á fuerza de marchas y contramarchas en que iban siendo burlados por los talentos estratégicos del general español Canterac (1). Este, después

(1) «En los momentos en que á Sucre sonreía la esperanza de obtener inmediatas ventajas y en que había logrado ponerse en comunicación con Santa Cruz y ofrecerle auxilios, recibió la noticia de que el Ejército peruano, mandado por este último y perseguido por el activo general español Valdés, había huído con su jefe á la cabeza y se encontraba en las playas de Arica. Apenas puede referirse un suceso más vergonzoso. Santa Cruz, que era el primero en enardecer el espíritu nacional en contra de los ejércitos auxiliares, avanzó orgulloso, pero desprevenido, con su tropa hasta ocupar el departamento de La Paz. La división de Valdés le seguía, y cuando llegó el caso de dar una batalla y

de tan notable ventaja, descendía de la cordillera de Jauja con 9.000 hombres aguerridos y bien municionados, dispersando los restos del Congreso, disuelto por Riva Agüero, quien habiendo asumido la dictadura, gobernaba y traicionaba en Trujillo, al propio tiempo que el pusilánime Torre-Tagle manejaba también las riendas del Gobierno en el Callao.

Por fortuna, Canterac, después de su regreso de Jauja, al sentir las pisadas de los corceles colombianos que Sucre había conservado ilesos, abandonó á Lima y les dejó un respiro á los patriotas.

Afortunadamente para el Perú y la causa de la independencia americana—dice Vicuña Mackenna—, aparecióse un mes más tarde en medio de aquella insondable confusión y desgreño, el hombre que con el acero de su genio y de su espada traía la luz

---

derramar la sangre peruana con honor, la torpeza del jefe principalmente y la falta de denuedo en los soldados trajeron una completa deserción, sin que fuera necesario á los españoles mover un gatillo ni quemar un cartucho. A Santa Cruz no le quedó otro partido que un bochornoso escape, para venir á ser él mismo portador de una noticia que bastaba ella sola para que se le hubiera borrado ignominiosamente del escalafón del Ejército.» —*Memoria histórica sobre los sucesos ocurridos desde la caída de Don Bernardo O'Higgins en 1823 hasta la promulgación de la Constitución dictada en el mismo año*, por Domingo Santamaría, pág. 137.

y la cohesión de la fuerza. El 1.° de Septiembre de 1823 anclaba en el Callao el bergantín *Chimborazo*, y á su bordo venía Bolívar.

Apenas se supo en Lima el arribo del Libertador, parecía que despertaran de su letargo los amigos de la independencia. D. Bernardo Torre-Tagle, á quien Sucre, en fuerza de las circunstancias y de acuerdo con una parte del disuelto Congreso, había nombrado presidente de la República, dictó un decreto en que se determinaba la manera de recibirlo.

El mismo presidente, rodeado de los jefes más distinguidos, salió á su encuentro hasta el Callao. Las multitudes, atraídas por el entusiasmo, la simpatía y la curiosidad, llenaban los caminos, las calles y las plazas. La *Gaceta*, al dar cuenta de su entrada triunfal, se deshizo en elogios y ditirambos á Bolívar, tantos y tan laudatorios cual nunca quizás se habían prodigado á ningún otro héroe.

Pronto conoció Bolívar el suelo que pisaba, el calvario que había de seguir hasta llegar á redimir á la nación de los incas. Pero marcharía imperturbable entre el incienso y las calumnias, apartando á los enemigos internos, dominando la anarquía y combatiendo al ejército español. Como un iluminado seguía tras de su ideal, que era la emancipación de todo

el continente, sin que nada lo apartara del camino. No bien se había presentado el Libertador en Lima, un decreto del Congreso le comisionó para que terminase las ocurrencias y desorden provenientes de la continuación del gobierno de Riva Agüero en una parte de la República después de la disolución del Congreso (1).

---

(1) Decreto de Riva Agüero:

«Por cuanto en esta fecha he proveído el decreto siguiente:

»Debiendo considerarse ya como un crimen contra la patria disimular por más tiempo la conducta sediciosa de muchos de los diputados del Congreso que, sin reparar en los vicios de su personería, se avanzan á todos los excesos, alteran la paz de los pueblos, promueven la guerra intestina y tratan por todos medios de producir la anarquía y el desorden, bajo cuya sombra aspiran á empresas indignas del nombre de peruanos... he venido en decretar lo siguiente:

»1.° Queda desde este acto disuelto el Congreso, y sus diputados sin el uso de atribución ni privilegio alguno de los que se habían arrogado.

»2.° Conforme á voluntad de la parte sana de los pueblos independientes, se establecerá un Senado compuesto de diez vocales, elegidos de entre los mismos diputados actuales, uno para cada departamento.

»3.° El sueldo de los senadores, sus atribuciones y preeminencia se detallarán en decreto separado.

»4.° Los diputados que anteriormente obtenían empleos volverán al ejercicio de ellos, salvo que el Gobierno crea útil á los intereses del Estado darles otra comisión ó destino.

»5.° Intimidado este auto á los referidos diputados,

Aquel pueblo tenía oro y esclavos; pero carecía de hombres para la guerra y no abundaban capacidades para el manejo de los asuntos civiles. El mismo presidente del Congreso decía en la nota remisoria del decreto: "Bajo tales principios espera el Congreso que todo será concluído breve y favorablemente á los intereses de la República y al honor de los peruanos que deben aparecer ante el mundo político como consagrados á la virtud y, de consiguiente, al sacrificio de pasiones viles." Bolívar nombró inmediatamente los comisionados que deberían arreglar el asunto.

Excitado por el Congreso para que hiciera las observaciones que le pareciesen convenientes á la buena marcha del Gobierno, el presidente del Congreso peruano le decía:

La representación nacional no aspira á otra cosa que á librar sus deliberaciones en el brazo fuerte de V. E., el único capaz de salvar el país; sin que por lo demás haya otra razón que la indicada para

---

se publicará por bando para que llegue á común noticia y tenga este noble vecindario la satisfacción de ver realizadas sus miras y apagada la tea de la discordia, que tanto influía en que se temiesen resultados funestos contra la causa de América.

»Por tanto, ordeno y mando se guarde, cumpla y ejecute por quienes convenga.

»Dado en Trujillo á 19 de Julio de 1823.

»Riva Agüero.»

dirigir esta nota; pues está cierto el Congreso de *las virtudes políticas y militares del Libertador de Colombia.*

Bolívar contestó:

... Al pisar las riberas del Callao supe con inefable gozo que el Congreso del Perú había noble y denodadamente restablecido su poder soberano, y nombrado un Gobierno de su espontánea elección.

Desde aquel momento creí llenada la parte capital de mi misión; ya no dirigí más solicitudes y meditaciones sino al fin *único de mi vida: la guerra americana.* Yo, excelentísimo señor, he salido de Bogotá *á buscar los enemigos de la América dondequiera que se hallen*, y éstos huellan aún el territorio del Perú. Yo abandoné la capital de Colombia huyendo, por decirlo así, del mando civil; mi repugnancia á emplearme en la administración del gobierno supera con mucho toda exageración, y así *he renunciado para siempre el poder civil*, que no tiene una íntima conexión con las operaciones militares; mejor diré, he conservado aquella parte del gobierno que contribuye como el cañón *á la destrucción de nuestros enemigos.* En este concepto vuelvo á ofrecer al Congreso del Perú mi activa cooperación á *la salvación de su patria;* pero esta oferta no puede extenderse más que al empleo de mi espada.

¿Habrá quien sostenga, después de esta declaración, cuando un pueblo acostumbrado á

la servidumbre doblegaba la cerviz y uncíase el yugo con sus propias manos, que Bolívar iba llevado por la ambición de mando? Él desechaba esa idea como renunció los 50.000 pesos anuales que el mismo Congreso le decretara. Su desinterés por los honores y su desprendimiento de las riquezas y su generosidad eran iguales.

El Perú se hundía; sólo Bolívar podía salvarlo. Así lo comprendió el Congreso peruano, quien con fecha 10 de Septiembre depositó en manos del Libertador la suprema autoridad militar en todo el territorio de la República, con facultades ordinarias y extraordinarias" (1).

---

(1) *Ley del Congreso constituyente del Perú.*

»Lima, á 10 de Septiembre de 1823.

»Considerando que sólo un poder extraordinario en su actividad y facultades es capaz de poner término á la presente guerra, y salvar la República de los graves males en que se halla envuelta á consecuencia de la última agresión española y demás incidencias posteriores, y viendo felizmente cumplido el voto nacional por la presencia del Libertador presidente de Colombia, Simón Bolívar, en esta capital, como el único que puede llenar los objetos indicados, á cuyo fin se le invitó solemnemente por el órgano de una comisión del seno de la representación nacional, y á que tan generosamente se ha prestado,

«Ha venido en decretar y decreta lo siguiente:

«1.° El Congreso deposita en el Libertador presiden-

En el banquete que antes de su salida á campaña le dieron en Lima, llovieron sobre su cabeza las alabanzas. "Hijo predilecto de la vic-

---

te de Colombia *Simón Bolívar, bajo la denominación de Libertador*, la suprema autoridad militar en todo el territorio de la República, con las facultades ordinarias y extraordinarias que la actual situación de ésta demanda;

»2.° Le compete igualmente la autoridad política directorial, como conexa con las necesidades de la guerra, á que no puede subvenirse sino por medio de auxilios provenientes de los recursos y relaciones interiores y exteriores en que está fincada la Hacienda pública;

»3.° La latitud del poder que indican los artículos anteriores es tal cual lo exige la salvación del país, con cuyo único determinado objeto se invitó al *Libertador* para que se trasladase al territorio;

»4.° A fin de que el Poder ejecutivo de la República conferido por la representación nacional al gran mariscal D. José Bernardo Tagle, no embarace el efecto de las declaraciones anteriores, se pondrá éste de acuerdo con el Libertador en todos los casos que sean de su atribución natural y que no estén en oposición con las facultades otorgadas al Libertador;

«5.° Los honores del Libertador en todo el territorio de la República serán los mismos que están decretados para el Poder ejecutivo.

«Tendréislo entendido y dispondréis lo necesario á su cumplimiento, mandándolo imprimir, publicar y circular.

«Dado en la sala del Congreso en Lima á 10 de Septiembre de 1823.—4 y 2.

»*Manuel Antonio Colmenares*, diputado secretario.

«*Jerónimo Agüero*, diputado secretario.»

toria", le dice el presidente del Congreso. El de la República le trata de "héroe de Colombia, nuestro Libertador." Unanue le dice que "marcha para ceñir su frente vencedora con el círculo de Capricornio en que termina esta tierra de los incas." Guido, San Donas... todos se desatan en meliflua verbosidad. A todos contestaba Bolívar con la elocuencia de su corazón y la sencillez de su sinceridad, y debió llamar la atención el conciso brindis con que en tan solemne ocasión, ya que no lo hacían los peruanos, él recordó al general San Martín, que le precediera en sus labores libertadoras, y al general O'Higgins allí presente, quien, como primer magistrado de Chile, había sido iniciador de las expediciones que habían de libertar al Perú, diciendo así: "Por el buen genio de la América que trajo al general San Martín con su ejército libertador desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas del Perú; por el general O'Higgins, que generosamente le envió desde Chile".

Reconocida su autoridad por los jefes civiles y los militares, la primera medida del Libertador consistió en mandar comisionados á los jefes de la división del Norte que estaban en pugna con el Congreso y celosos de las fuerzas colombianas. Antes de marchar contra el enemigo común era preciso acabar con la

anarquía y unirse para la general defensa, desligándose de cuestiones personales.

Los aliados no debían inmiscuirse en las disensiones políticas internas, sino en sostener el Gobierno establecido, y si no lograba su objeto retiraría las tropas del Perú y éste "se verá entregado á sus propios esfuerzos, que no son suficientes para dar una sola batalla al enemigo". Su amor á la paz interna le llevaba hasta ofrecerles la más completa y absoluta amnistía, llegando á conservar á los disidentes en sus grados militares si deponían las armas.

El día 13 se presentó el general Bolívar, "el exterminador de los tiranos y el héroe de la libertad", en el salón del Congreso, adonde había sido llamado. Allí anunció á los peruanos la próxima victoria, diciéndoles que los soldados colombianos "no volverán á su patria sino cubiertos de laureles, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre al Perú, ó todos morirán. Yo lo prometo".

Al salir de esta sesión escribía Bolívar al general Salom: "Creen las gentes que yo sé hacer milagros y que con algunos decretos y algunas alabanzas ya tienen salvado al país de enemigos."

Bolívar no hacía caso de obstáculos, y mientras los miembros del Gobierno llevaban una

vida cortesana y sibarita, él dirigía á Chile y á Inglaterra comisionados en solicitud de dinero para los gastos de la guerra, estudiaba la geografía del país y las ventajas ó inconvenientes que para la movilización de tropas presentaba cada provincia, establecía un cuerpo de espionaje para conocer con precisión los movimientos del enemigo, escribía con insistencia y por cada correo pidiendo auxilios de armas y soldados para prevenir cualquier contratiempo (1).

---

(1) «Lima, 13 de Octubre de 1823.

»Señor general Bartolomé Salom.

»Mi querido general:

»Hoy hemos sabido que la división del general Santa Cruz, compuesta de 5.000 hombres, se ha dispersado casi enteramente entre La Paz y el Desaguadero. La división del general Sucre, que iba á reunirse á Santa Cruz, debe haberse reembarcado en Quilca para volver aquí. A consecuencia de esta desgracia debemos hacer sacrificios extraordinarios *para defender á Colombia* desde el Perú. Si no contenemos á los enemigos, desolarán los departamentos del Sur, y por lo mismo debemos hacer esfuerzos infinitos.

»Lima está arruinada; esta gente está loca de padecer; y, en fin, este es un desierto *sembrado de vicios y de necesidades* urgentes; pero que *debemos conservar á todo trance para salvar á Colombia* de la esclavitud y de la ruina.

«Necesitamos, pues:

«1.° Que usted se venga á Guayaquil y mande á Castillo á Quito.

«2.° Que se ponga expedita la comunicación con Po-

Al par que profetizaba la próxima definitiva victoria sobre las armas españolas, organizaba el régimen militar, tomaba en sus manos el lábaro de la unidad nacional y oteaba con su aquilina mirada todo el inmenso campo

---

poyán, con el plan de hacer marchar toda la tropa necesaria.

«3.° Que los batallones de Yaguachí y Quito se aumenten á 1.000 plazas y se pongan en el mejor pie posible.

«4.° Que se disciplinen las milicias.

«5.° Que se cobren con todo rigor las contribuciones que se hayan puesto al departamento de Quito.

«6.° Que mande usted al Callao galleta de harina del país, arroz, menestras y carne salada en cantidad de 25.000 pesos mensuales para mantener allí una guarnición de balandras, procurando proporcionar las cantidades de toda cosa á las raciones de la tropa.

«7.° Que mande usted á buscar al Istmo los 3.000 hombres que deben haber llegado allí de las costas del Norte, para que vengan á las costas de Trujillo, debiendo dar órdenes á los jefes y transportes para que desembarquen en los puertos de Trujillo, Lambayeque y Piura.

«8.° Mande usted suspender todo pagamento de deudas en el Tesoro público por ahora y mientras duren estas circunstancias.

«9.° Tenga usted entendido que se piden 3.000 hombres más al poder ejecutivo, que deben venir del Istmo, y usted debe mandarlos buscar luego que se sepa que vienen efectivamente, tomando de antemano todas las providencias necesarias por si vinieren, y avise usted esto á Carreño.

«10. Deberá usted tomar cuantas providencias con-

que se ofrecía para librar las batallas decisivas de la libertad hispano-americana.

Dice el historiador chileno Vicuña Mackenna refiriéndose al Libertador:

Acatado éste por el pueblo y el Congreso limeños en sus últimas agonías, era proclamado dictador el día 10 de ese mes, y mientras Torre Tagle le prestaba fingida sumisión para pasarse al enemigo y morir en sus castillos como traidor rematado, Riva Agüero maquinaba en Trujillo con todas las artes de la perfidia para sustraerse á su dominio, hasta que uno de sus lugartenientes, y el hombre de su mayor confianza (el comandante Lafuente), lo amarró una noche junto con sus postreros secuaces.

Entre éstos, los más importantes eran los hermanos D. José María y D. Ramón Novoa, antiguos carrerinos, dispersados por el huracán de las persecuciones, y el coronel D. Ramón Herrera. Los tres eran chilenos, y el primero su ministro de la Guerra y su consejero más íntimo.

---

ceptúe convenientes para poner á cubierto el territorio de su mando y para llenar todas estas instrucciones, que son de la mayor importancia para *salvar la Patria*, en los mismos momentos en que estamos tratando de hacer la paz con España y ser reconocidos independientes.

«Agote usted, mi querido general, toda su actividad y su celo en obsequio de Colombia, y también para sacarme á mí del abismo en que estoy metido.

«Soy de usted de todo mi corazón,

«*Bolívar.*»

Nadie acertaría á estimar el esfuerzo de ánimo, la gran paciencia, la actividad indomable y el espíritu de tenaz persistencia que impulsaban á Bolívar en prosecución de su ideal, la independencia de Sur-América, si no conociera la situación en que llegó á verse aquel hombre extraordinario.

Oigamos cómo la describe en 22 de Diciembre de aquel año el secretario general del Libertador en carta oficial que desde el cuartel general en Trujillo dirigía al secretario de Guerra y Marina de Colombia:

Señor secretario:

Acaba de saberse que los enemigos han ocupado á Ica, Pisco y Cañete, y que se hallan, por consiguiente, con su ejército á veinte leguas de la capital. Esta operación es muy conforme á las circunstancias, pues habiendo vencido al general Lanza en una batalla que acababa de presentarles en Cochabamba, ya han sido cuatro veces victoriosos.

Saben también que la expedición chilena ha regresado á Coquimbo; sabían que la escuadra peruana se dirigía á bloquear estos puertos; sabían que el ejército del Norte que tenía Riva Agüero nos tenía declarada la guerra; cuentan con muchos amigos en la capital, y aunque no ignoran que de Colombia deben llegar nuevos refuerzos, todo lo esperan de su audacia y han querido anticiparse á la llegada de dichas tropas. Dueños del Alto Perú, han pretendido dominar el Bajo antes que tuviese

lugar el armisticio general que se ha propuesto por el Gobierno de Buenos Aires.

Por consiguiente, es extremadamente embarazosa la posición en que se halla S. E. el Libertador, porque no contando más que con 4 000 colombianos, de los cuales deben quedar 1.000 en el Callao para su indispensable guarnición, apenas se pueden presentar contra el enemigo 8.000 hombres de naciones diferentes, entre los cuales apenas habrá 4.000 veteranos.

Además, las fortalezas del Callao necesitan para su defensa 3.000 hombres, porque la conservación de aquella plaza es de la más grande importancia.

De aquí es que no pueden salir á campaña más que 5.000 hombres, mientras los enemigos traerán más de 12.000, y pueden presentarse en donde quieran con todo su ejército.

Una desproporción tan remarcable suministra bastante fundamento para temer la pérdida del Perú antes de cuatro meses, y entonces la pérdida del Callao será inevitable, pues que teniendo ya los enemigos en el Pacífico cuatro buques de guerra y poseyendo algunos puertos, nada les será más fácil que sitiar y bloquear á un tiempo la plaza del Callao.

Las ventajas de los españoles serán decisivas desde que adquieran, como es probable, la preponderancia marítima.

Poseyendo los españoles las principales fuentes de riqueza en los minerales del Alto y Bajo Perú, y sobrándoles todo, porque tienen sistema y rigor, mientras nosotros no podemos mantener nuestra

escuadra por falta de numerario, es más que verosímil que los enemigos armen en breve una escuadra numerosa; con ella podrán ejecutar sus desembarcos en Guayaquil y Esmeraldas, mientras que por tierra marcharán á Loja y Cuenca. Así es que á merced de las corrientes se trasladarán en cuatro ó seis días al corazón del Sur de Colombia; amagarán á Guayaquil desde la Puná y harán su desembarco en Esmeraldas, desde donde penetrarán á Quito sin resistencia.

Entretanto nuestro ejército nada podrá hacer, porque no podrá bilocarse. Si se concentra en Quito entrarán los enemigos por Loja ó Guayaquil y adquirirán todos los medios de subsistencia y de movilidad para emprender. Si nuestro ejército se dirige á Guayaquil y Loja á la vez, puede quedar dividido, debilitado y aun cortado por Esmeraldas y aun por Barbacoas.

Los pastusos y patianos, tomándonos la espalda, nos impedirán la retirada y las comunicaciones con Bogotá. Además, la posición de Pasto es insostenible con poca tropa por la mala voluntad de sus habitantes, y con mucha por la falta de recursos.

Patia y Popayán de nada valen. El Cauca está destruído, y así es que Neiva y Bogotá vendrán á ser un nuevo teatro de guerra.

Nadie dudará que es más fácil defender á Colombia aquí con 8.000 hombres que en Quito con 12.000, porque la plaza del Callao, los desiertos de la costa y los riscos de la sierra prestan obstáculos difíciles de superar.

El dar una batalla en el Perú es inevitable y

aun conveniente, porque aunque su éxito sea dudoso, el ejército se pierde infaliblemente en una retirada; los peruanos se quedarán en su país, los quiteños desertarán al suyo y no nos quedarán sino algunos cuadros de colombianos vivos.

No pudiendo contar con tropas chilenas, porque regresaron á su país; ni con argentinas, porque se irán en breve; ni con peruanos por ineptos para la guerra, debemos resolvernos á sostener esta lucha con sólo colombianos.

El ejército de Colombia ha sufrido 3.000 bajas entre muertos y desertores; pero en recompensa nos han quedado los más excelentes soldados.

Su excelencia el Libertador, que en trece años de la más cruda guerra ha hecho los más grandes sacrificios *por la salud de la república de Colombia*, cree necesario hacer otro nuevo, y el más grande de su reputación en el Perú, *por alejar la guerra del Sur de Colombia* y economizar la sangre y los sacrificios *de una nación á quien dió el ser*.

S. E. quiere que el Poder ejecutivo someta á la contemplación del soberano Congreso todas las reflexiones que á su nombre he tenido el honor de anunciar á V. S. para que en su consecuencia se sirva acceder á la remisión de 12.000 colombianos en estos términos...

A pesar de los vehementes deseos que el Libertador tiene de ir á Colombia para pedir personalmente estos auxilios, los peligros que inmediatamente amenazan al Perú y al ejército de Colombia no permiten á S. E. abandonar el Perú á discreción de su enemigos, y sería nada la pérdida del Perú,

si en seguida no quedase expuesto á los mismos peligros el Sur de Colombia.

Dios guarde á V. S.

El secretario general interino,
José de Espinar (1).

---

(1) Ya desde el 14 de Diciembre había escrito el Libertador al general Sucre desde su cuartel general de Cajamarca, indicándole la situación angustiosa en que se hallaba, en estos términos:

«El negocio de la guerra del Perú requiere una contracción inmensa y recursos inagotables. No se puede ejecutar sin una gran masa de tropas; para estas tropas no creo que los recursos sean proporcionados, á menos que los reunamos todos con mucha anticipación, mucha proporción y mucha inteligencia.

„Necesitamos, ante todo, conocer el país y contar con los medios; después, discutir si nuestros medios son ofensivos ó defensivos; después, colocar estos medios, y luego emplearlos. Sobre todo esto yo ruego á usted, mi querido general, que me ayude con toda su alma á formar y llevar á cabo este plan. Si no es usted, no tengo á nadie que me pueda ayudar con sus auxilios intelectuales. Por el contrario, reina una dislocación de cosas, hombres y principios, que me desconcierta á cada instante: *llego á desanimarme á veces. Tan sólo el amor á la patria me vuelve el brío que pierdo al contemplar los obstáculos.* Por una parte se acaban los inconvenientes y por otra se aumentan; ahora se acaba la guerra civil y empieza el desorden de esa expedición de Arica, que nadie sabe adónde irá á parar. Tres buques han llegado al Callao, Cauta y Huamachuco con tropas y elementos de guerra; los demás se irán adonde Dios quiera.

„A todo esto estamos sin dinero, á pesar de las bellas esperanzas que teníamos; tampoco tenemos noticias de

Muchas y muy grandes fueron las dificultades con que tuvo que luchar Bolívar durante el año. A cada paso, instante por instante, tropezaba con nuevos obstáculos, no pasaba momento sin que llegara á sus oídos alguna mala

---

la expedición de Panamá; no debemos contar más que con 2.000 hombres de las tropas de Riva Agüero; el país es patriota, pero no quiere el servicio militar; es bueno, pero apático; tiene víveres y bagajes, pero no muchas ganas de darlos, aunque se les puede tomar por la fuerza.

Por conclusión: si nos viene la expedición de Chile y Panamá, si reunimos los víveres y bagajes, si no sufrimos nuevas defecciones, si nos viene dinero de Lima, debemos obrar ofensivamente en el mes de Mayo. De otro modo, debemos estarnos á la defensiva, en observación, recogiendo todo, y prontos á replegar hasta este país ó á Lambayeque, que son los de más recursos del Bajo Perú...»

En cartas que con la misma fecha escribió el Libertador al coronel Tomás Heres, le decía, entre otras cosas:

«Como mi intento es que toda la expedición chilena se interne en la Sierra, para preservarla del contagio de las enfermedades de la costa y para suministrarle víveres en abundancia, insto á usted para que tome el mayor interés en que así se haga, luego que llegue la tropa de Chile, á cualquier punto que aborde y en cualquier número, que tiempo habrá para arreglarlo todo.

»Pienso ir por allá antes de un mes á tomar las providencias más necesarias para emprender la campaña, si es que tenemos lo que necesitamos, y si tenemos los medios para ello. A la verdad, es obra magna la que tenemos entre manos; es un campo inmenso de dificul-

noticia; pero el Libertador, que en todo pensaba, jamás abandonó ni de día ni de noche su plan general de ataque, ni en su desarrollo ni en sus más nimios detalles, y cuando más se hubiera creído que estaba poseído de negro pesimismo, exclamaba: "Hay que morir ó vencer, y venceremos, porque el cielo no quiere nuestras cadenas" (1).

Por otra parte, la idea de que la pérdida del Perú refluyese sobre el resto de Sur-América,—Chile y Argentina por el Sur y por el Norte Colombia—le asediaba, lo perseguía y lo mantenía obseso.

En sus comunicaciones al Gobierno de Colombia, al de Chile y al de Buenos Aires, en sus cartas privadas, y en particular en las que constantemente dirigía á Sucre, pintaba el peligro general y diseñaba el plan que se había formado para en caso de una even-

---

tades, porque reina un desconcierto que desalienta *al más determinado.*

»El campo de batalla *es la América meridional*: *nuestros enemigos son todas las cosas;* y nuestros soldados son los hombres de todos los partidos y de todos los países, que cada uno tiene su lengua, su color, su ley y su interés aparte. *Sólo la Providencia puede ordenar este caos con su dedo omnipotente,* y hasta que no lo vea no creo en tal milagro.«—O'Leary: *Op. cit.*, t. XXIX, páginas 348 y 352.

(1) Larrazábal: *Op. cit.*—Blanco: *Op. cit.*, t. IX, pág. 192.

tualidad contraria ó para contrarrestar sus efectos.

De la misma manera que se alternan el dolor y el placer, como lo hacen las sombras y la luz, sucedíanse los disgustos y las satisfacciones en el alma del Libertador. En medio de tantos contratiempos, de tantos afanes y de tantas angustias, llegábanle los ecos de las dianas victoriosas y de los triunfadores vítores con que sus ejércitos del Norte expulsaban á las huestes españolas de las fortalezas de Maracaibo y de Puerto Cabello, últimos baluartes en que presentaran resistencia los restos organizados del ejército destrozado en Carabobo; noticias felices, faustos acontecimientos que á la par que le descargaban de urgentes cuidados le prometían abundantes refuerzos de las heroicísimas tropas de Venezuela y gran suma de tranquilidad para concentrar el pensamiento en la ardua empresa adelantada en el Perú.

Mas si con tan buenos auspicios se compensaba en parte lo duro de la situación presente al finalizar el año de 1823, de otro lado aparecía el negro nubarrón que presagiaba la tempestad política intestina, monstruo ése que por tantos años había de devorar las entrañas de la Patria, y al cual no podía ser indiferente el talento previsivo de Bolívar.

No había cohesión en los elementos guber-

namentales de la república de Colombia, promovíanse rivalidades entre los hombres de influencias, despertábanse ambiciones desmedidas é injustas, las intrigas se multiplicaban, abríase campo el sectarismo político personal, aparecían los partidos, interesados unos en que el Libertador permaneciese ausente de Colombia y otros en su pronto regreso; éstos en la supremacía del gremio militar, aquéllos en la de los hombres puramente civiles, y muy pocos llegaron á levantar el corazón y la mente á las altas cimas del ideal.

Los que sin fe en los principios quisieran dar pábulo á sus cálculos personales en la Independencia empuñaban la encendida tea de la discordia para fomentar desavenencias y animosidades entre los jefes principales, adulándoles sus pasiones, dando oídos á la maledicencia y escribiendo á dondequiera extrañas habladurías propias para hacer germinar y desarrollar el desorden y acedar los frutos de la libertad.

Uno de estos asuntos, que tenía muy mortificado á Bolívar, era el temor á las innovaciones que en nuestra carta constitucional quisieron introducir los ideólogos granadinos. Grande fué su descanso al recibir carta de Santander en que le avisaba que el Congreso no haría reformas en la Constitución.

Las ideas de federación que empezaron á infundirse en Colombia—decía el vicepresidente—confieso que me alarmaron, porque veía derrocado el edificio levantado sobre montones de cadáveres é inutilizados tantos y tan costosos sacrificios para dar á la República el grado de poder y de estabilidad que sólo pueda sostenerla (1).

Al contestar Bolívar al vicepresidente se ve su regocijo y la satisfacción que experimentó al ver que fueron disipados sus temores. La federación le aterraba, pues traía á la memoria los males que causó en los primeros años de nuestra lucha por la libertad. El quería un Gobierno fuerte y, por lo tanto, unitario, centralizado, mas no monárquico, como muy bien lo expresó en el famoso banquete que le dieron en Lima en el mes de Septiembre:

Porque los pueblos americanos no consientan jamás en elevar un trono en todo su territorio: que así como Napoleón fué sumergido en la inmensidad del Océano, y el nuevo emperador Iturbide derrocado del trono de Méjico, caigan los usurpadores de los derechos del pueblo americano, sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada extensión del Nuevo Mundo (2).

---

(1) O'Leary: *Op. cit.*, t. III, pág. 125.
(2) Blanco: *Op. cit.*, t. IX, pág. 80.

Y en carta confidencial á Riva Agüero comparaba la conducta de éste con la de Bonaparte é Iturbide, hombres extraordinarios ambos y que, sin embargo, no pudieron escapar á su ruina por "razón de su sacrilegio político de profanar el templo de las leyes y el santuario de los derechos sociales. Y á esto ha agregado usted el ultraje contra la persona de sus ministros".

Le demostraba cómo era ese "el más negro borrón que ha manchado la independencia de América"; "por consiguiente, nada puede usted esperar—le decía—sino maldiciones en este país y desaprobación en Europa."

Luego le presentaba modo honroso de arreglar los asuntos que traían divididos á los peruanos: "Es inevitable la ruina del Perú si se dilata la aceptación de estas ofertas. Rehusándolas usted no puede esperar más que la esclavitud de su patria y la execración de todo americano."

Bolívar tenía sus ideas bien definidas en materia de gobierno, como lo demostraban sus acciones y sus escritos, aunque todavía, por el momento, lo dominase su amor á las glorias militares.

XVIII

El Congreso peruano seguía haciendo esfuerzos para complacer á Bolívar y obligarlo á hacerse cargo de la emancipación de la Patria. Por decreto especial de 3 de Enero le dió las gracias por haber pacificado el Norte; mas en vista de que la anarquía, sostenida por la traición, era incontenible, resolvió entregar ciegamente su suerte en brazos del Libertador (10 de Febrero), poniendo en sus manos un poder dictatorial ilimitado, concentrando en su sola persona la autoridad política y militar que creyese conveniente para la salvación de la República.

Quedaban, en consecuencia, suspendido el mando del presidente y sin cumplimiento los artículos de la Constitución y las leyes y decretos que fueran incompatibles con este alto fin. El Congreso mismo se ponía en receso y sólo podría convocarlo el dictador, cuando lo juzgase conveniente (1).

Y ya era tiempo de dar semejante paso, porque el Perú rodaba precipitadamente á su ruina.

El presidente Torre Tagle y el ministro de

(1) Blanco: *Op., cit.*, t. IX, pág. 212.

Guerra Berindoaga estaban á punto de entregar el país á los españoles; el general Portocarrero se había pasado cobardemente al enemigo, siguiendo su ejemplo más de cien oficiales peruanos; diarias eran las noticias de nuevas deserciones, de traiciones nuevas.

Bolívar, rodeado únicamente de su Estado Mayor, se veía como un islote en medio de aquel océano de corrupción, de engaño, de cobardía, de infamia; y, sin embargo, decía:

"Vamos á libertar este país de la anarquía, de la opresión y de la ignominia."

Otro que no hubiese estado como Bolívar estaba, resuelto y obstinado en independizar la América, único modo para asegurar la libertad de su patria, hubiera roto su espada en Pativilca al verse entre tanta podredumbre, sacrificándose por hombres que no merecían la libertad, puesto que pedían cadenas.

No exageramos al delinear semejante situación. El mismo Congreso, en su proclama, decía:

¡Peruanos!... Vosotros sabéis los peligros que amenazan á la Patria, desde que una horrenda perfidia trocó el pendón patrio por el pendón de la ignominia y de la muerte en las fortalezas del Callao. Lo habéis visto, y el furor os ha hecho estremer... pero seréis vengados...

¡Peruanos! ¡Poned toda vuestra confianza en el héroe de Colombia! (1).

Sucre también escribía por esta misma época comparando aquel país "como un hombre con enfermedad peligrosa de la muerte".

"Los jefes mismos de esta República, es decir, su Gobierno—decía—, por la traición más infame le han puesto casi en poder del enemigo." Sin embargo, gracias á la actividad del Libertador, superior siempre á los contrastes, ya á mediados del año tenía un ejército disciplinado y capaz de hacer frente al enemigo. "Libertar nosotros al Perú—repetía el mismo Sucre—será la obra de resucitar un muerto (2).

Este mismo estado de cosas lo presentaba con más vívidos colores aún el mismo Bolívar en carta al vicepresidente de Colombia, en la que le expresa su gratitud por el envío de refuerzos:

El Perú sería por muchos años afligido por las cadenas españolas si el Ejército de Colombia no hubiera volado á su socorro. Apenas hace año y medio que las tropas de Colombia pisan este suelo anegado en lágrimas y sangre por las derrotas, las

(1) Blanco: *Op., cit.*, t. IX, pág. 214.
(2) Blanco: *Op., cit.*, t. IX, pág. 368.

traiciones, las defecciones y las perfidias de sus propios magistrados. La guerra civil ocupaba el Norte y los opresores ocupaban el Sur. El Callao fué vendido por el ejército que lo guarnecía y Lima por su propio Gobierno. Pero el Ejército de Colombia estaba en el Perú y todo se ha rescatado de la guerra intestina y de la tiranía, en menos de un año.

En carta anterior (de 6 de Febrero) decía á Sucre que una vez que le llegaran los refuerzos nada habría que temer; pero que mientras tanto convendría mucho que se pusiesen de acuerdo para determinar algunas cosas capitales sobre el ejército y sobre las negociaciones con el enemigo, y que con el Gobierno del Perú también deberían entenderse de una manera sólida y estable, *porque el tal Gobierno estaba que se deshacía en las manos* (son sus palabras), y no deberían dejarlo deshacer para que sus cascos no les rompiesen la cabeza (1).

Al general Salom le escribía:

Por resultado de la infame conducta de los libertos del Perú están en estado de perderse Lima y el Callao. Estos infames están de acuerdo con los españoles y les entregarán la llave del Perú... En una palabra: todo está perdido en el Perú... Esto está lleno de partidos, y todo plagado de traidores: unos

(1) O'Leary: *Op., cit.*, t. 29, pág. 424.

por Torre Tagle, otros por Riva Agüero, otros por los españoles y muy pocos por la independencia. Pero todos empiezan ya á tenerme miedo y dicen que pronto se compondrá todo con la receta de las cuatro onzas de plomo y los cuatro adarmes de pólvora que estoy propinando para aliviar la Patria de la apoplejía de traidores que tiene (1).

El traidor Torre-Tagle, presidente que fué del Perú, que creyó borrar el infamante estigma que de por vida había de llevar en la frente, en una proclama á sus gobernados les decía que Bolívar era un tirano y sus colaboradores indecentes satélites.

Propúsoles como ventajosa la unión con los españoles si querían evitar la ruina que les traía Bolívar, y pintaba al Libertador como asesino que quiso matarle "lo mismo que á otros caballeros notables" (2). Felón y traidor, el último presidente, quería disculpar su crimen de lesa patria derramando contumelia sobre aquel denodado capitán que venía á sacrificarlo todo, hasta su reputación, para salvar la tierra que él entregaba al yugo extranjero.

"Las bribonadas de Torre de Tagle" (así las llama Bolívar en su carta á Sucre), y la mala fe de tantos peruanos entristecían el ánimo

(1) O'Leary: *Op., cit.*, páginas 431 y 455.
(2) Blanco: *Op. cit.*, t. IX, pág. 226.

del Libertador, pero ni por un instante le desviaban del camino trazado. Se comprende que aquella proclama lanzada desde Trujillo fué escrita en momentos de despecho, con el corazón acibarado.

Recordemos estas frases:

¡Peruanos!

Los desastres del ejército y el conflicto de los partidos parricidas han reducido al Perú al lamentable estado de recurrir al poder tiránico de una dictadura para salvarse. El Congreso constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad, que no he podido rehusar por no hacer traición á Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la justicia, de la libertad y del interés nacional. *Yo hubiera preferido no haber visto jamás el Perú*, y prefiriera también vuestra pérdida misma al espantoso título de *Dictador*. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte y no me ha sido posible vacilar (1).

Recordando las calumnias de Tagle y sus parciales, tomó allí mismo la defensa de sus soldados, zaheridos por aquellos mismos por cuya libertad habían ido á ofrendar su sangre:

¡Peruanos! - les dice—Vuestros jefes, vuestros internos enemigos han calumniado á Colombia, á sus

(1) *Proclamas de Bolívar*, pág. 60.

bravos y á mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra independencia. Yo os declaro á nombre de Colombia y por el sagrado del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos á la victoria; que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa, seréis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y vuestros magistrados.

Y concluía:

¡Peruanos!

El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad; ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la dictadura; *y de allí me volveré á Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú y dejándoos la libertad.*

Con fecha 25 de Febrero Bolívar comunicaba al Gobierno de Colombia la traición del Callao, la marcha del general español Rodil sobre Lima, el peligro de la reunión de Valdés y sus 4.000 hombres con los 7.000 de Canterac; y la falta de soldados, pues sólo contaba con 4.000 colombianos. "El Ejército del Perú—decía—asciende á 3.000 hombres bisoños, llenos de vicios por los partidos en que han estado en-

vueltos, y no son dignos de confianza" (1).

Es cierto que Bolívar exageraba un poco la mala situación con el objeto de espolear al Gobierno á fin de que le aumentase los recursos, pero no por eso dejaba de ser sumamente delicada. Las fuerzas del enemigo, muy veteranas, eran superiores en número y disciplina, era el ejército más respetable y aguerrido que por entonces tenía España en América.

Las fuerzas colombianas, aun cuando "cada soldado valía por tres españoles", hallábanse solas sobre un volcán de envidias y rivalidades, agitadas por el puntillo de la vanidad territorial entre los pocos aliados argentinos y chilenos que aún quedaban, pues tras la traición de Torre Tagle se pasaron al enemigo varios cuerpos de los ejércitos aliados de Buenos Aires y de Chile. Bolívar, sin embargo, nada temía; conservaba inquebrantable fe en el triunfo, y quería asegurarlo rápidamente y completo.

Los refuerzos y auxilios que pedía á Colombia tardarían en llegar; si él pedía diez ó doce mil hombres armados y equipados, lo hacía para conseguir siquiera cinco ó seis mil.

En medio de tanta mezquindad, acosado por mil contrariedades, Bolívar daba principal importancia, y para ello no había obstáculo que

---

(1) Blanco: *Op. cit.*, t. IX, pág. 216.

no venciera, á poner termino al dominio español. Su primer acto después de hallarse revestido de la dictadura fué el de tratar de levantar el ánimo abatido de los peruanos.

Bolívar—dice Restrepo—, con una extraordinaria energía de alma, acepta en 13 de Febrero la tremenda magistratura que se le encarga, y lo anuncia á los peruanos por medio de una proclama, excitando su confianza con los auxilios que les ofrece de las repúblicas hermanas que volarán á su socorro.

"¡Peruanos!—les decía—. Las circunstancias son horribles para vuestra patria; vosotros lo sabéis, pero no desesperéis de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aún. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperamos además 10.000 bravos que vienen de la patria de los héroes de Colombia. ¿Queréis más esperanzas?

¡Peruanos! En cinco meses hemos experimentado cinco traiciones y defecciones; pero os quedan contra millón y medio de enemigos catorce millones de americanos que os cubrirán con el escudo de sus armas. La justicia también os favorece, y cuando se combate por ella el cielo no deja de conceder la victoria."

Esto les decía desde Pativilca, y desde allí iba dándole las instrucciones al general Sucre, á quien después de escoger como jefe en

una de sus grandes inspiraciones, le iba conduciendo á la victoria, aconsejándole y prescribiéndole la ruta que debería tomar con sus divisiones, las cualidades que deberían tener los lugares para vivaquear, el modo de acantonar y destacar las tropas, las comodidades de los tambos sustitutivos de las tiendas de campaña, la manera de proveerse de ganados y vituallas; le alentaba con halagadoras noticias sobre la situación general y anunciábale el pronto envío de los refuerzos que había solicitado; y luego, consumado estratego, acaso como si su claro talento le mostrara en un espejo los movimientos que lógicamente había de emprender el enemigo, le indicaba al general Sucre las maniobras que había de ejecutar, la colocación que había de dar al hospital, á las ambulancias é impedimenta, y al material de guerra; los ejercicios que habían de hacer los soldados, la campaña de posiciones, y le describía, en fin, como si se tratara de una partida de ajedrez, los puntos que debería ocupar con su Ejército, previendo los movimientos del adversario, é indicándole cómo debería obrar para batirlo.

Estas instrucciones que por cada correo le enviaba y que vinieron á formar gran parte de la correspondencia en que tanto se ocupó, vinieron á dar por resultado las espléndidas victorias de Junín y de Ayacucho; no las im-

ponía Bolívar al general Sucre sino en cuanto vinieran á ser sus auxiliares; por lo demás, conociendo la importancia de la iniciativa propia que debe tener un general en jefe para asumir las responsabilidades que le son anexas, lo dejaba en plena libertad de acción; y si el Libertador insistía en ciertos detalles era "para la salvación del Perú y el honor de Colombia", que era lo que más podía preocuparle (1).

Para deshacerse de la amenaza constante de los pastusos daba órdenes terminantes á Salom de destruir las tropas de los facciosos, ante todo, y después de enumerarle las precauciones que debería tomar para evitar un desastre y los preparativos que debería hacer, le agregaba:

Sí, mi querido general; yo respondo del éxito de esta campaña, si el Poder ejecutivo no olvida mi demanda, y usted hace lo que el interés de la patria exige. Del general Santander y de usted están pendientes nuestro destino y mi gloria; y ciertamente yo me felicito de tener en tan buenas manos un depósito tan sagrado (2).

En fin, á Sucre le pinta la situación tal cual es hoy y tal cual será mañana. "Estoy resuel-

(1) O'Leary: *Op. cit.*, t. XXIX, pág. 422.
(2) O'Leary: *Op. cit.*, t. XXIX, pág. 440.

to á no ahorrar medida ninguna y á comprometerme hasta el alma para que se salve este país." Todo lo hacía sin afán:

Puesto que esperamos refuerzos - le decía - es imprudencia todo lo que no sea dar tiempo á que lleguen; ellos vendrán más tarde ó más temprano; pero vendrán, y entonces no tendremos necesidad de otra cosa que de enemigos; entonces nada nos detendrá.... (1). Por ahora lo que nos conviene es conservarnos intactos, y conservarnos á toda costa, que no se terminará el año sin que estemos en el Potosí (2).

La fe del Libertador continuaba inquebrantable, como bien lo manifestaba al vicealmirante de la escuadra peruana: "Es indubitable la libertad del Perú, sea cual fuere la actitud que tomemos" (3).

En Abril le comunicaba á Sucre las noticias que tenía del mal estado en que se hallaba el enemigo, y que debía prepararse para buscar y provocar á Canterac, y le indicaba la vía que debía seguir y el plan que debía desarrollar (4).

---

(1) O'Leary: *Op. cit.*, pág. 445.
(2) O'Leary: *Op. cit.*, t. IX, pág. 446.
(3) Blanco: *Op. cit.*, t. IX, pág. 264.
(4) O'Leary: *Memorias*, t. XXIX, pág. 472.

Para conocer mejor y comprender cuánto era el amor que Bolívar profesaba á su ideal, á esa fascinadora visión que su mente contemplaba á cada instante, á ese ensueño que le arrastraba en éxtasis cuasi divino, precisa estudiar el alma, el estado moral é intelectual del gran caudillo, que por estos días no era ya el que pensara en la formación de la nacionalidad colombiana, sino el gran padre de la Patria.

¿Cuál sería el porvenir de esa patria cuya existencia llevaba ya catorce años de dolorosa gestación? ¿Sería como el presente? ¿Sería como acababa de serlo en el tiempo inmediatamente anterior? Amagos de guerra civil, ambiciones, rivalidades, conspiraciones en el interior; amenazas del enemigo común, peligros contra la soberanía y contra la independencia; ¿así había de continuar la vida de la patria, en tanto que su genio creador pretendía perfeccionar la obra redimiendo á todos los pueblos de Sur América? ¡Quién sabe!

Al contemplar á Bolívar enfermo, cadavérico, febricitante y macilento en Pativilca, en ese pueblo miserable y playa ardiente constreñida entre las solitarias y perezosas ondas del Pacífico y las abruptas y malsanas vertientes de la sierra, se siente una mezcla de conmiseración y de desaliento que se torna en admiración la más profunda hacia aquel

héroe que, como Atlante, llevaba sobre sus hombros el peso de la libertad del Nuevo Mundo.

Allí Bolívar debía repasar en silencio y acrecentar en su imaginación aquellas ideas que tanto le atormentaban. ¿Sería Colombia, su ideal predilecto, la nación feliz que él entreviera en sus ilusiones? "Es imposible servir entre tanta gente *non sancta*", había escrito á su amigo Peñalver (1). "Estoy desesperado por terminar la campaña de Venezuela—había dicho al general Páez—y también para salir yo de la responsabilidad en que estoy, é irme lo más lejos que pueda á descansar de tanta pena que me dan los males ajenos que yo no puedo remediar" (2); en vista de las rivalidades y disputas que se suscitaban entre los jefes, había escrito á Montilla: "Estoy cansado de oir hablar de cuestiones y disputas entre la autoridades" (3).

¡Cuánto le amargaba ver los pueblos descontentos unos de otros, y los abusos, y el favoritismo; y puede imaginarse cualquiera cuánto le debía doler el conocimiento que tenía de la falta de honradez de algunos libertadores (4).

(1) O'LEARY: *Memorias*, t. XXIX, pág. 175.
(2) Idem íd. íd., pág. 181.
(3) Idem íd. íd., t. XXIX, pág. 185.
(4) Idem, íd., íd., pág. 205.
El general Joaquín Posada Gutiérrez dice en las pá-

"Persuádase usted, Gual—le había dicho á este amigo suyo—, que estamos sobre un abis-

---

ginas 10 y 11 de sus *Memorias histórico-políticas* (t. I) «Desde que se aprobó por el Congreso constituyente de 1821 en Cúcuta la unión de los pueblos del antiguo virreinato de la Nueva Granada y de la capitanía general de Venezuela en una república que llevara el nombre de Colombia, la municipalidad de Caracas protestó contra tal unión, y se formó en dicha ciudad un partido que pretendía separar de nuevo á Venezuela y constituirla en una república independiente. El Congreso de Angostura (hoy ciudad Bolívar), había decretado esta unión en 17 de Diciembre de 1819, sin la concurrencia de los representantes de los pueblos de Nueva Granada; de modo que el Congreso de Cúcuta, donde ya los hubo, no hizo más que ratificarla. Los periódicos de Caracas predicaban la disolución, ó, cuando menos, que se adoptase el sistema federativo, á pesar de la oposición del Libertador y de otros venezolanos de juicio y patriotismo, que temblaban al solo nombre de un sistema que tantos estragos había causado en los primeros años de la revolución, en que fué adoptado, abriendo la puerta á la reconquista después de haber inundado el suelo de la patria en guerras civiles.

»Los celos, la rivalidad, la emulación contra Bogotá (llamada entonces Santa Fe), que por su situación central, por su grandeza, salubridad de su clima é ilustración, fué designada por capital de la nueva gran República, no se disimulaban; se ridiculizaba á los granadinos, y las censuras más amargas é infundadas abundaban contra el Gobierno colombiano, por la doble razón de ejercerlo un granadino (el general Santander como vicepresidente encargado del Poder ejecutivo) y de residir en Bogotá; buscóse, pues, desde entonces una oca-

mo, ó más bien sobre un volcán pronto á hacer su explosión. *Yo temo más la paz que la*

sión de romper abiertamente y ésta se presentó con la acusación del general Páez.»

Carta de Santander á Bolívar:

«Bogotá, Marzo 21 de 1824.

»Mi pensado general:

»Mucho tarda una comunicación de usted; estoy impaciente, tanto por esto como por la tardanza del Congreso, de cuya deliberación debe emanar el negocio de auxilios al Perú. Ya usted sabrá el bochinche que quiso Ante acaudillar en Quito. Los escritores del *venezolano* cada día están más insolentes y federalistas. Yo temo que primero reviente la desunión de la constitución que lo de las cartas, porque esto parece sosegado por ahora.

»Nada serían los periodistas si los mismos diputados del Congreso no estuviesen provocando desde aquí la desunión: Osío y Arvelo (de Caracas), los tres de Quito, Herrera (el tuso), Sanmiguel, Viana y otros de este jaez son enfadosos federalistas; pero muy particularmente el clérigo Osío. En el Senado no hay uno que sea federalista; al menos no se ha dejado notar, y esta es la fortuna, aunque trasluzco que la mayoría de la otra Cámara es constitucional por principios y por miedo á los godos. No puede usted figurarse, mi general, cuánto padezco con todas estas cosas, cuánto sufre mi orgullo y amor propio y cuánto expongo mi pequeña reputación. ¡Qué horrible es gobernar una República naciente, donde sus instituciones son como para una nación vieja; donde sus ciudadanos son envidiosos unos é ignorantes otros y muy pocos ilustrados, donde hay libertad de hablar y escribir ilimitadamente; donde hay godos, zambos, provincialistas, demonios y diablos! Vaya que este mi noviciado me tiene con canas... y si siquiera lo agrade-

guerra" (1). Ya se comprende con cuánto despecho escribiría el señor Escalona: "Si no me ayudan por allá el general Páez y los otros buenos jefes de Colombia, prefiero emigrar á España ó conquistar cualquiera tierra que esté en pleito con Colombia" (2).

Si tales habían sido sus impresiones, no era en 1824 el tiempo más propicio para cambiarlas por otras más agradables; el cielo se había obscurecido y la tempestad política anunciábase con sordos rumores; las vergonzosas noticias de rivalidades entre Páez y Escalona, y Soublette, y Bermúdez, y Mariño, en Venezuela, no le respetarían ese sistema nervioso sensible y delicado que tanto le afectó la fiebre gástrica sufrida en el playón de Pativilca; ni tampoco las enemistades entre Santander y Nariño, que le fueron comunicadas á fines de 1823, y que, con la muerte del último, dieron campo á otras más duras y desesperantes, pues en Nueva Granada también se dividieron las opiniones; unos, los que de nada habían servido á la independencia, pero ahora querían recoger el fruto del trabajo ajeno, desea-

---

cieran; pero hay una mayoría de ingratos que resfriarán el patriotismo más depurado, si no tuviera uno que acudir á la filosofía.—O'Leary: *Op. cit.*, t. III, pág. 143.

(1) O'Leary: *Memorias, (Cartas del Libertador)* t. XXIX, pág. 207.

(2) Idem íd. íd., pág. 248.

ban que el Libertador obtuviese triunfos, y coronas, y honores, en el Perú, con el objeto de que allí se detuviera indefinidamente y el general Santander y su círculo no se desprendieran del Poder ejecutivo; al contrario, los émulos del vicepresidente, deseosos de explotar las influencias del Libertador, instaban por que éste se restituyera cuanto antes á Colombia.

Y en medio de tantas amarguras, de tanta hiel instilada gota á gota en aquel corazón que no palpitaba sino por y para la grandeza y libertad de Colombia, Bolívar no pensaba sino en asegurar la soberanía de la patria y mantener el prestigio de su gloria. A Montilla le había dicho:

> En caso de ser nosotros batidos va á recomenzar la guerra con Colombia como si nada hubiéramos hecho... Espero que usted hará los mayores esfuerzos para que se complete nuestra gloria y libertad; mandándome todas las tropas que ordene el Poder ejecutivo para el Istmo, y que esa operación se ejecute con la mayor rapidez posible (1).

Y al instar á Salom para el envío de los elementos pedidos, le decía que si éstos no ve-

(1) O'Leary: *Memorias* (*Cartas del Libertador*), t. XXIX, pág. 358.

nían, el Perú se perdería y tendrían que replegarse sobre Colombia, adonde sería llevada la guerra (1). Sin embargo, en medio de todo, esa alma indómita, ese espíritu batallador, animado por los dioses de la patria, no se doblegaba ni al peso de sus íntimas tristezas, ni al desfallecimiento impuesto por la debilidad física; con ojo previsor y perspicaz había seguido el rumbo de la política internacional; había contemplado con júbilo la presentación de los primeros diplomáticos con que los Estados Unidos, Inglaterra y Holanda habían reconocido la independencia y soberanía de Colombia; él había considerado y medido las peripecias que afligían á España en su guerra con Francia; había calculado el poder de la Santa Alianza; comprendido las combinaciones de Rusia y los Estados Unidos, adivinado la suerte de Méjico y previsto la nueva faz de la política brasilera; todo esto le ponía en actividad ese cerebro poderoso.

Para el Libertador, luchar era vivir; tener esperanza firme en sus victorias y fe ciega en su destino era poner dichoso fin á sus proyectos. Al coronel Heres escribía: "Todo nos anuncia independencia y triunfo" (2). "La insurrección del Callao es ciertamente una com-

(1) O'Leary: *Memorias* (*Cartas del Libertador*), t. XXIX, pág. 383.

(2) Idem íd. íd., pág. 359.

binación con los godos—escribía Sucre—, los que dentro de cuatro ó seis días estarán en Lima y en el Callao mismo. Pocas esperanzas tengo de que se salve. La que sí tengo es la de derrotar á los godos, que vendrán á buscarnos probablemente antes de dos meses" (1). Y á Salom:

"Puede usted asegurar á esos señores del Sur, yo le respondo con mi palabra y con mi honor, que si me dan los refuerzos que les pido, no profanarán los enemigos su territorio y yo tendré la gloria de destruirlos para siempre" (2). Y cuando más enfermo, abatido y moribundo se encontraba, como el señor Joaquín Mosquera lo interrogara sobre lo que pensaba hacer al salir de tan cruel enfermedad, le contestó: *triunfar*. Era la conciencia fiel de su predestinación; aquí se repetía el pronóstico de Casacoima, que de sus labios se oyó seis años antes.

Con esa confianza absoluta que el Libertador tenía de ser suya la victoria; obedeciendo ciegamente á ese impulso que lo conducía en persecución de la libertad del continente americano, garantía de la soberanía de Colombia; con esa ambición de glorias y respetabilidad para su patria; y apenas tuvo noticia de que

---

(1) O'Leary: *Memorias (Cartas del Libertador)*, t. XXIX, pág. 429.

(2) Idem íd. íd., pág. 432.

el Congreso colombiano había resuelto el envío de los elementos y refuerzos tantas veces solicitados, abrió sus operaciones y marchas militares en busca del enemigo aun antes de completar todo el ejército que deseaba tener bajo sus órdenes para prevenir cualquier desastre.

Esa confianza le inspiró aquella proclama napoleónica que dirigió al ejército libertador en Pasco el día 29 de Julio, y con que el día 2 de Agosto arengó á sus tropas al revistarlas en la explanada del Sacramento, frente á los campamentos españoles, en las más altas y bellas mesetas de los andes peruanos:

¡Soldados!

Vais á completar la obra más grande que el cielo ha encargado á los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

¡Soldados!

Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, por esto, son dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

¡Soldados!

El Perú y toda la América aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y, como la Europa liberal, os contempla con admiración: porque la libertad

del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo: ¿la burlaréis? ¡No! ¡no! Vosotros sois invencibles.

Y recordándoles á tiempo de marchar varios nombres gloriosos á los colombianos, les dice:

¡Soldados!

La esperanza de las naciones está pendiente de vosotros. En este mismo mes vosotros habéis triunfado en Caracas y en Boyacá: dad un nuevo día de gloria á vuestra patria (1).

El triunfo no se hizo esperar. Día feliz en los anales de Venezuela fué aquel en que el sol del 6 de Agosto vió entrar en Caracas (1813) el ejército libertador que, á órdenes de

---

(1) Hablando de Bolívar, dice uno de los próceres ingleses de la Independencia sur-americana:

"Su metal de voz, suave y agradable, era áspero en sus momentos de mal humor, y parecía adquirir el fragor del trueno cuando proclamaba ó daba voces de mando en el campo de batalla.

»Va á hacer medio siglo que vi por última vez á este héroe inmortal, á este genio extraordinario, y todavía, al recordarlo en los postreros días de mi existencia, me parece que mi oído escucha su acento y que mi alma se baña en los efluvios de su mirada de fuego, altiva y penetrante." FRANCISCO BURDETT O'CONNOR: *Recuerdos*, pág. 70, ed. de Bolivia.

Simón Bolívar, envió el Gobierno de Nueva Granada á libertar á sus hermanos; día venturoso aquel en que los resplandores del sol de Boyacá se reflejaron en las bayonetas victoriosas (7 de Agosto de 1819) que expulsaron el ejército de Morillo, y día fausto y mil veces afortunado aquel en que ese mismo sol, al irradiar sobre las espadas y lanzas de los libertadores, presagiaba con sus visos refulgentes el último día de la guerra de emancipación; era el mismo astro que tres siglos antes desde las cumbres de Monserrate y Guadalupe alumbró en Teusaquillo por última vez los ritos salvajes de los aborígenes y al día siguiente contempló el amanecer de la civilización cristiana en el que vino á llamarse Nuevo Reino de Granada, hoy república de Colombia.

Desde la victoria de Junín, alcanzada por el gran caudillo americano, pudieron los volcanes y las argentadas cimeras de los Andes exclamar, repitiendo la expresión del poeta:

Nosotros vimos de Junín el campo;
Vimos que al desplegarse
Del Perú y de Colombia las banderas,
Se turban las legiones altaneras;
Huye el fiero español despavorido,
O pide paz rendido.
Venció Bolívar, el Perú fué libre:

Y en triunfal pompa *Libertad* sagrada,
En el templo del sol fué colocada (1).

Mas los triunfos—dice el ilustre prócer de la independencia argentina señor general José Tomás

(1) José Joaquín de Olmedo: *La victoria de Junín.*

El parte oficial de la batalla de Junín es como sigue:

«Cuartel general en Reyes, Agosto 7 de 1824.

„Al ministro general de los Negocios del Perú:

»Por orden de S. E. el Libertador tengo la satisfacción de anunciar á V. S. que ayer á las cinco de la tarde experimentó el ejército español una horrible humillación en las llanuras de Junín, á dos y media leguas de esta plaza. La caballería, en que confiaba principalmente el enemigo para volver á sujetar al Perú al yugo español, ha sido batida de tal suerte que nunca volverá á presentarse en el campo.

»S. E., informado de que el enemigo se había aproximado á fin de reconocernos con toda su fuerza unida, empezó á marchar con el ejército libertador desde Conochanca, determinado á obligarlo á una acción decisiva; el enemigo, entretanto, que había avanzado hasta Pasca, retrocedió por marchas forzadas á consecuencia de la noticia qne había recibido de la dirección que había tomado nuestro ejército. S. E. se proponía forzarlo á un combate general, situándose á retaguardia en el camino que ellos debían haber emprendido hacia Jauja; pero la precipitación con que marchaban les facilitó llegar y aun pasar del punto en que debíamos haberlos atacado, algunas horas antes que llegase nuestro ejército, que tenía que hacer una larga jornada por un terreno escabroso y difícil.

Así, pues, observando S. E. que el enemigo continuaba en retirada, sin intermisión, y considerando,

Guido, mentor y secretario del general San Martín—, el fruto de los sacrificios del vencedor de Chacabuco y Maipo, en su expedición sobre Lima, estaban á punto de malograrse, complicándose el proble-

---

por otra parte, que se le había escapado la ocasión de libertar de la opresión este desgraciado país, y decidirse la suerte, empezó á avanzar en persona, al trote, con la caballería que estaba al mando del intrépido general Necochea, y la situó en la misma llanura ocupada por el enemigo, esperando que, cuando nos viese, aprovechara la oportunidad de satisfacer sus deseos, ó que, al considerar la inferioridad de nuestra caballería, aventurase una acción para salvar todo el país. El suceso correspondió á estas esperanzas, pues el enemigo, llevado de una ciega confianza en su caballería, cargó la nuestra en una situación muy desventajosa para nosotros. Fué tremendo el choque de estos dos cuerpos, y, al fin, después de varios encuentros en que ambas partes parecían obtener la ventaja, la caballería del enemigo, aunque superior en número y mejor montada que la nuestra, fué puesta en confusión, batida y rechazada con mortandad á las filas de la infantería, la cual, durante la acción, había continuado su marcha hacia Jauja, y se hallaba á muchas leguas del campo cuando se decidió el combate. Nuestra caballería ha mostrado un valor que mi pluma es incapaz de expresar, y que solamente puede concebirse recordando los siglos caballerescos.

»El resultado de esta brillante batalla han sido doscientos treinta y cinco muertos en el campo, entre los cuales había diez jefes y oficiales, más de ochenta prisioneros, muchos heridos y una infinidad de dispersos. Se han cogido más de trescientos caballos bien equipados, y el campo está cubierto de toda especie de despojos.

»La pérdida por nuestra parte es de sesenta. En los

ma de la salvación de aquel país. La anarquía de los ciudadanos, la deserción de los soldados, la traición horrible de los gobernantes y la posesión de las fortalezas del Callao por una guarnición enemiga no eran los únicos motivos de zozobra.

---

primeros están el capitán Urbina, de los granaderos de á caballo de Colombia, y el teniente Cortés, del primer regimiento de caballería del Perú. En los segundos está el brigadier general Necochea con siete heridas, pero ninguna peligrosa; el coronel Carvajal, de los granaderos de á caballo de Colombia; el comandante Sobervi, de la segunda división del regimiento del Perú; el mayor Felipe Brum y el capitán Peraza, ambos de la caballería de Colombia. El primero y los segundos últimos, ligeramente, pero el segundo de algún cuidado; de los demás hay pocos en peligro.

»La guerra del Perú se habría concluído ayer si la infantería del enemigo no hubiese continuado su marcha sin cesar á un paso rápido, y si la nuestra hubiese sido capaz de volar, según debíamos haberlo hecho para alcanzarlo, porque todos ardían en deseos de destruir á sus enemigos.

»Ellos han escarmentado, y su terror es tan grande, que desde ayer por la mañana no han cesado de marchar, ni aun durante la noche.

»Mañana continuará el ejército sus operaciones, y me lisonjeo que dentro de poco fecharé mis comunicaciones á V. S. desde el valle de Jauja.

»Congratulo á V. S. y á todo el Perú por el suceso de ayer, que siendo el principio de la campaña, pronostica un resultado más feliz. La tierra de los incas está regada con la sangre de sus opresores, y espontáneamente ofrecerá á los oprimidos las hermosas campiñas en que se ha levantado el árbol precioso de la libertad; y los que han sido conquistadores durante catorce años

Bolívar aceptó la tremenda responsabilidad que se le imponía, y haciéndose dar cuenta exacta de la situación, no se dejó adormecer por las fiestas limeñas ni por el humo de la más estudiada lisonja, sino que se aprestó á nuevas lides.

La batalla de Junín, mandada en persona por él, y en que se entrelazaron los colores peruanos, argentinos y colombianos, tuvo transcendente importancia, no solamente como combinación estratégica, sino como causa disolvente de la resistencia de los antiguos señores de aquel suelo. El entusiasmo de una raza tan impresionable como la que remontaba sus tradiciones hasta los adoradores del Sol, era un resorte inapreciable para vivificar sus esfuerzos (1).

Desde la acción de Junín los españoles emprendieron una desastrosa derrota por los valles profundos y elevadas cimas de los Andes, perdiendo hombres, fusiles, municiones, ganados y otros muchos elementos, y, lo que era peor, la moral de las tropas, mientras que en una grandísima extensión los patriotas ocuparon territorios poblados, ricos y abundantes en recursos hasta el río Apurimac.

---

no se alejarán de estos humillados habitantes sin traer á la memoria los crímenes que han cometido en el tiempo de su prosperidad.

»S. E. desea que V. S. circule esta noticia entre todos los habitantes y autoridades del país.

»*Tomás de Heres*, secretario general del Interior.

(1) *Fastos de la libertad*, pág. 84.

El ejército unido – dice el historiador Restrepo— atravesó el territorio recién libertado en un verdadero triunfo, por el entusiasmo patriótico con que le recibían los pueblos. Distinguióse Huamanga, en cuya ciudad y en sus alrededores se detuvo un mes entero descansando de tantas fatigas y de tan dilatadas marchas. Con los soldados que se pasaron del enemigo, con los destacamentos y dispersos que recogió, y con los demás auxilios administrados generosamente por los pueblos, el ejército republicano se halló en la misma brillante situación que tenía cuando emprendió su marcha desde las provincias del Norte del Perú.

En su proclama de Huancayo, el Libertador, al dar cuenta á los peruanos de la victoria de Junín, les decía que el enemigo había perdido la tercera parte de su fuerza, toda su moral, y que huía despavorido de la persecución de los republicanos. "Pronto visitaremos—les decía —la cuna del imperio peruano y el templo del Sol."

La noticia que acababa de recibir de que nada había que temer por el lado del Norte, por haber terminado la guerra con los pastusos, daba nuevas alas á su espíritu para proseguir la campaña, y con visión profética le escribía desde Chancay (Noviembre 10) á don José Manuel Restrepo:

No hace un año que salí de Lima á tomar quince provincias que estaban en manos de los disidentes, y á libertar más de veinte que estaban en poder de los opresores. He logrado todo sin un tiro de fusil. Desde Tumbes al Apurimac, el Perú se ha librado de la anarquía ó de la tiranía; hemos sepultado la guerra civil en el abismo del olvido... A principios del año que viene la paz nacerá del último tiro de cañón, y no habrá más españoles en América (1).

A fines de Noviembre, Sucre daba cuenta á Bolívar de que el virrey Laserna se movía con el ejército español unido sobre nuestras fuerzas, con el objeto de vengar la derrota de Junín. El Libertador, que sentía llegar el anhelado día de la victoria, le contestó que si esos señores bajasen á la costa, perderían su ejército, pero pondrían en salvo sus personas, y si daban una batalla en donde se encontraban, la perderían, siendo muy natural que cayesen prisioneros (2); y le aconsejaba que el ejército siguiera al enemigo adonde quiera que se moviese, tratando siempre de estar lo más unido que fuera posible y en todo caso conservando el buen estado de las tropas, porque mientras así las conservasen serían invenci-

(1) O'Leary: *Memorias* (*Cartas del Libertador*), t. XXX, pág. 14.
(2) Idem. íd. íd., pág. 23.

bles. Bolívar, con el interés de aumentar las tropas y recibir personalmente los refuerzos que llegaban de Colombia, para atender mejor á la organización del ejército y á los planes de la campaña, para darles con su presencia más seguridad á las provincias libertadas, y también por ciertas heridas que en su amor propio y su delicadeza había recibido de las intrigas y malas artes de la política bogotana, había resuelto encargar al general Sucre del comando en jefe del ejército, y dirigir las operaciones militares como primer magistrado de la República del Perú.

El 9 de Diciembre, "gracias á los planes de Bolívar, á la acertada dirección de Sucre y al empuje y valor de nuestros soldadcs, se ganó la batalla de Ayacucho á los gritos de ¡Viva el Libertador! ¡Viva Bolívar, el salvador del Perú!"

Este triunfo selló la libertad de toda la América del Sur, y acabó con el dominio español en el continente.

Bolívar, siempre generoso y noble, declinó en Sucre todos los honores y méritos de esta campaña; le escribió á éste anunciándole el título de gran mariscal de Ayacucho, y añadía:

El 9 de diciembre de 1824, en que usted ha triunfado de los enemigos de la independencia, será eternamente un día que mil y mil generaciones re-

cordarán, bendiciendo siempre al patriota y al guerrero que lo ha hecho célebre en los anales de la América. Mientras exista Ayacucho se tendrá presente el nombre del general Sucre; él durará tanto como el tiempo (1).

Pero la inmaculada honradez de Sucre no le permitía desconocer la mente y mano que lo guiara en el camino de la gloria; la vanidad (que nunca tuvo) no lo llevó á desconocer que la victoria de Ayacucho se debía al triunfador en Junín. En su carta oficial al Libertador, Sucre le decía:

El Ejército Unido siente una inmensa satisfacción al presentar á vuestra excelencia el territorio completo del Perú sometido á la autoridad de vuestra excelencia, antes de cinco meses de campaña. Todo el ejército real, todas las provincias que éste ocupaba en la República, todas sus plazas, sus parques, almacenes y quince generales españoles son los trofeos que el ejército unido ofrece á vuestra excelencia como gajes que corresponden al ilustre salvador del Perú, *que desde Junín señaló al ejército los campos de Ayacucho* para completar las glorias de las armas libertadoras (2).

Bolívar no descansaba mientras los enemigos pisaran el territorio. El 10 de Diciembre

(1) BLANCO: *Op. cit.*, t. IX, pág. 451.
(2) Idem íd.

regresó á Lima, en donde se ocupó en los preparativos para la rendición del Callao y en otros asuntos interesantísimos de la Administración pública.

"Fué tanto el gozo y el entusiasmo de los moradores de Lima con la presencia del Libertador—dice Restrepo—, que todos se atropaban á su derredor y le llevaban en peso de un lugar á otro; hubo momentos en que Bolívar corrió peligro de ser ahogado por el tumulto."

Aquel entusiasmo rayaba en locura; las multitudes no se contentaban con verle, sino que se atropellaban para palpar siquiera sus vestidos.

Pudiera darse por terminada en Ayacucho la misión militar de Bolívar; pero su ideal no se limitaba únicamente á ver á la América libre de extraño yugo, pues también quería consolidarla para hacerla fuerte contra nuevas tentativas de conquista y proporcionarle un Gobierno estable á cuya sombra crecieran y prosperasen estos países.

El quisiera conseguir todo esto como complemento de su obra, ayudar al engrandecimiento de América, concurriendo con todo el entusiasmo de su generosa índole, con su genio privilegiado, con la fe que acompañaba todas sus acciones, pero esquivando su nombre para la suprema magistratura.

De tiempo atrás vino constantemente demostrando su desprendimiento del mando civil, y en este año, como en los anteriores, esa ambición no había podido hallar cabida en él, no obstante las adulaciones de los pueblos y el haber tenido empuñadas las riendas del destino de toda la América española. Él ambicionaba la grandeza de su nación y no la suya propia.

Desde el 6 de Enero, disgustado por la conducta de los diputados de Quito y por indignas vocinglerías de algunos guayaquileños contra los jefes libertadores y por un memorial en que los quiteños decían en tono enfático que en el Sur había diputados capaces de acusar aun al mismo presidente de la República cuando delinquiera, Bolívar se quejó amargamente y presentó ante el Congreso su renuncia de la presidencia.

Decía que mientras los pueblos habían compensado exuberantemente su consagración al servicio militar, había podido soportar la carga de tan enorme peso; "pero ahora que los frutos de la paz empiezan á embriagar á estos mismos pueblos, también es tiempo de alejarse del horrible peligro de las disensiones civiles y poner á salvo mi único tesoro, mi reputación". Y agregaba: "Yo, pues, renuncio por última vez á la presidencia de Colombia; jamás la he ejercido; así, pues, no puedo ha-

cer la menor falta." Repetía que si su patria necesitaba de un soldado, su brazo estaría siempre listo para defenderla (1), y en esa misma comunicación renunciaba la pensión de 30.000 pesos anuales que se le había asignado, diciendo que más que él la necesitaba el angustiado Tesoro de la República.

En su ya tan conocida carta de 17 del mismo mes á su ayo, instructor y amigo D. Simón Ródríguez, carta llena de poesía y escrita acaso en uno de aquellos arranques en que el alma aprisionada por los recuerdos y torturada por los dolores de aguda enfermedad reclamaba su albedrío, con franqueza de sentimientos y en las expansiones de la amistad le recordó el juramento que el mismo Bolívar hizo en su presencia en el Monte Sacro de libertar á su patria; recordábale cómo él le formó el corazón "para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo bello" (2). La repugnancia por el mando la manifestaba diariamente; al general Sucre le escribía:

El señor Mosquera se ha ido para Bogotá llevando la comisión, de mi parte, de hacer la notificación al Gobierno y al pueblo de que estoy resuelto á irme á Bogotá y dejar la guerra del Sur si no me

(1) O'Leary: *Memorias (Cartas del Libertador)*, t. XXIX, pág. 379.

(2) Idem íd. íd., pág. 392.

mandan los 12.000 hombres que he pedido. Además, he mandado mi dimisión al Congreso, manifestando mucho disgusto por la ingratitud de los pueblos.

Este paso no dejará de producir algún provecho, lo mismo que en Lima. Si no hubiere provecho, tendré ocasión de separarme totalmente del servicio, pues estoy resuelto á no dejar perder á Colombia en mis manos, y mucho menos á librarla segunda vez; obra semejante no es para repetirse.

Estoy pronto á dar una batalla á los españoles para terminar la guerra de América; pero no más. Me hallo cansado, estoy viejo y ya no tengo nada que esperar de la suerte; por el contrario, estoy como un rico aunque avaro, que tengo mucho miedo de que me roben mi dinero: todos son temores é inquietudes, y me parece que de un momento á otro pierdo mi reputación, que es la recompensa y la fortuna que he sacado de tan inmenso sacrificio... (1)

Y al general Santander le dijo:

Yo insto de nuevo por esta vía, por que se acepte mi dimisión á fin de que no me obliguen á seguir á mi compañero San Martín... Conque así, usted haga sus esfuerzos para que me den mi licencia del servicio, pues yo me hallo desesperado por mil y una razones... Hasta ahora he combatido por la

(1) O'Leary, *Memorias: (Cartas del Libertador)* t. XXIX, pág. 489.

libertad; en adelante quiero combatir por mi gloria, aunque sea á costa de todo el mundo. Mi gloria consiste ahora en no mandar más y en no saber de nada más que de mí mismo; siempre he tenido esta resolución, pero de día en día se me aumenta en progresión geométrica (1).

En sus conversaciones de entonces, transcrita una de ellas por un oficial de la Marina de los Estados Unidos, comisionado por el comodoro Hull, acerca de su persona, en Huaraz, hay frases de las cuales reproducimos éstas:

Dicen que quiero fundar un imperio en el Perú ó agregar el Perú á Colombia para establecer un Gobierno absoluto, poniéndome yo á la cabeza; pero todo es falso, y me hacen un grande agravio. Si el corazón no me engaña, más bien seguiré los pasos de Wáshington, y preferiré tener una muerte como la suya á ser monarca de toda la tierra, y esto lo saben todos los que me conocen. *Mi única ambición es la gloria de Colombia, y ver á mi patria colocada en la línea de las naciones ilustradas.*

El mismo comisionado escribía más tarde que, no obstante todo lo que decían sobre el cambio de ideas de Bolívar, él estaba convencido de que no sólo todo lo que entonces

(1) O'Leary: *Memorias* (*Cartas del Libertador*), t. XXIX, páginas 400 y 401.

aseguraba el Libertador era sincero, sino de que nada de cuanto en sus actos se traducía después le daba margen para variar su concepto, formado desde un principio, de que Bolívar era apasionado por un gobierno liberal; "y no debe olvidarse—añadía—de que ha sido altamente calumniado por ciertos jefes que tenían en ello miras particulares". También le decía Bolívar que deseaba para los Estados Unidos un gobierno más fuerte, y agregaba:

Toda la Europa vendrá á ser libre en bebiendo los principios de América y viendo los efectos de la libertad en la prosperidad de los pueblos, y el mundo civilizado en menos de cien años será gobernado por la filosofía, y no existirán los reyes. El pueblo conocerá su poder y las ventajas de la libertad.

Y agrega el comisionado: "¿Pudiera aspirar á la corona un hombre de estos principios?" (1).

Nunca abandonó á Bolívar el temor á las guerras civiles, y aunque, como se ha visto, deseaba separarse del mando, el miedo á éstas lo atormentaba sin descanso. "Cada día—escribía á Sucre—se confirma la idea de que Colombia se conservará unida mientras los

(1) *Rasgo de Bolívar en campaña.* Biblioteca Nacional.

libertadores se conserven unidos á mí; pero después habrá guerras civiles" (1).

Al terminar el año, el Libertador, dirigiéndose al presidente del Senado, le decía que ya su misión había terminado, pues "con la más gloriosa batalla del Nuevo Mundo ya no quedan más enemigos en el territorio colombiano ni en el de sus vecinos". Era, pues, tiempo de cumplir su promesa de no aceptar el mando cuando ya no hubiese enemigos. Su permanencia en Colombia ya era innecesaria, su gloria había llegado á su colmo "viendo á su patria libre, constituída y tranquila". "Yo quiero que la Europa y la América se convenzan de mi horror al poder supremo bajo cualquier aspecto ó nombre que se le dé...

"Noche y día me atormenta la idea en que están mis enemigos de que mis servicios por la libertad son dirigidos por la ambición."

En fin, él creía que la gloria de Colombia sufría con su presencia, porque siempre se la suponía amenazada por un tirano. La ofensa que con esto se le hacía manchaba una parte del brillo de sus virtudes, en atención á que él también componía una parte, aunque mínima, de la República. En vista de todas estas

---

(1) O'Leary: *Memorias* (*Cartas del Libertador*), t. XXIX, pág. 466.

consideraciones sometió á la sabiduría del Senado su renuncia de la presidencia (1).

Hablando de esta renuncia dice el historiador Baralt:

El primer arduo negocio que tomó en consideración el tercer Congreso constitucional reunido en Bogotá el 2 de Enero de este año (1825) fué la renuncia que hizo de la presidencia el general Bolívar, desde Lima, en 22 de Diciembre del año anterior. Ya antes había dirigido desde Pativilca, en el Perú, otra renuncia de que no juzgó conveniente dar cuenta á la legislatura el vicepresidente. Creyendo el Congreso, como entonces creían la América y la Europa, que la cesación del mando de Bolívar era una calamidad irreparable para un país que él solo podía conservar unido y tranquilo en los primeros y difíciles años de su organización política, se apresuró á negar su dimisión por unanimidad de votos.

En su proclama á los peruanos del 25 de Diciembre, Bolívar les decía que estaba terminada la guerra con la más gloriosa victoria de cuantas habían obtenido las armas del Nuevo Mundo. "Así el Ejército ha llenado la promesa que á su nombre os hice de completar en este año la libertad del Perú"; que era, pues, el tiempo de cumplir su palabra empeñada y devolver el poder dictatorial de que

(1) Blanco: *Op. cit.*, t. II, pág. 471.

había sido revestido, para lo cual sólo aguardaba la reunión del Congreso, por él mismo convocado para el 10 de Febrero; hacía una sucinta relación de cómo encontró el país: las tropas haciéndole la guerra al Congreso, la Marina desobedeciendo al Gobierno; Riva Agüero, usurpador, rebelde y traidor á la vez, combatiendo á su patria y á los aliados: las fuerzas de Chile abandonando el campo; las de Buenos Aires pasándose al enemigo; Torre Tagle, presidente del Perú, llamando á los españoles á ocupar la capital.

"La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo, reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía, todo estaba disuelto. La lealtad, la constancia y el Ejército de Colombia lo han hecho todo." Por esta causa les podía entregar el suelo limpio de enemigos, pues el Callao pronto habría de capitular.

Y añadía: "El día que se reúna vuestro Congreso, será el día de mi gloria; el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición: no mandar más" (1).

Compañera de ésta expidió en la misma fecha otra proclama al ejército vencedor en Ayacucho, ponderándole la magnitud de su victoria y dándole las gracias por el valor con que había combatido y sacrificios que había hecho.

(1) Simón Bolívar, *ob. cit.* págs. 256-257.

He aquí la célebre proclama:

¡Soldados! Habéis dado la libertad á la América Meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria ¿Dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo.

¡Soldados! Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudoras de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. ¡Contemplad, pues, el bien que habéis hecho á la humanidad con vuestros heroicos sacrificios!

¡Soldados! Recibid la ilimitada gratitud que os tributo á nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis antes de volveros á vuestra hermosa patria. Mas no... jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

¡Soldados peruanos! Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

¡Soldados colombianos! Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo (1).

---

(1) Simón Bolívar: *Op. cit.*, páginas 258-259. La descripción que nos da Baralt de la batalla de Ayacucho en su *Resumen de la historia de Venezuela* es como sigue:

«Amaneció el famoso 9 de Diciembre, en que debía

Emancipada, constituída y libertada Colombia, ideal que germinara en la mente creadora y fecunda del Libertador, y al cual persiguió con admirable persistencia durante tantos años de sacrificios, esfuerzos y sinsabores,

---

decidirse la suerte de un pueblo. Formó Sucre su ejército en tres divisiones y una reserva que se apoyaban sobre los barrancos laterales, teniendo á su frente otro barranco que cortaba casi en su totalidad la llanura. Dadas las disposiciones necesarias, recorrió las filas y arengó á los diversos cuerpos, recordándoles sus glorias y su patria. Mil vivas al Libertador resonaron entonces, y nunca—dice Sucre—se mostró el entusiasmo con más orgullo en la frente de los guerreros. Dióse, en fin, la señal del conflicto, y los españoles, bajando con velocidad sus columnas, se precipitaron sobre los patriotas.

»Tocó al general español Valdés la suerte de comenzar vivamente el ataque por la izquierda de los patriotras, los cuales, reforzados por su parte con algunos cuerpos de la reserva, los sostuvieron con valor. Si en los otros puntos de la línea hubieran estado tan equilibrados el ataque y la defensa, más tiempo hubiera sido dudoso el éxito del combate; pero no tardó mucho en decidirse, porque unos cometieron errores y fueron los otros prontos y felices en aprovecharlos. Dos batallones realistas que con el objeto de llamar la atención por la derecha se habían adelantado temerariamente en la llanura, fueron envueltos y destruídos antes de poder ser socorridos por la división á que pertenecían. La del centro, que mandaba el general Monet, se empeñó con el objeto de auxiliarlos en el paso del barranco, y en el desorden causado por este intempestivo movimiento le opuso Sucre la división Córdoba y la caballería. Córdo-

era preciso asegurar la existencia de tan sublime obra, y para esto destruir toda amenaza de peligro arrebatando á los españoles la base de operaciones que tenían en el Perú contra Colombia, por una parte, y contra Chile y

---

ba (José María) emprendió su marcha contra Monet arma á discreción, y despreciando el horroroso fuego de sus contrarios llegó, sin disparar, á cien pasos de sus filas. Cargado entonces por ocho escuadrones españoles, trabó la pelea, y ayudado por la caballería que mandaba el intrépido Miller, de nación inglés, lo hizo plegar todo á su frente.

Derrotados por la derecha y por el centro de la línea, hacía aún Valdés una viva oposición á los esfuerzos del general Lamar (colombiano que poco antes había abandonado el servicio de los españoles), que por el flanco izquierdo le atacaba; pero no pudiendo resistir el choque del ejército, que por todas partes victorioso se dirigió contra él, hubo de ceder el terreno y el triunfo, disputándolos sí heroicamente y salvándose con pocos á las alturas de retaguardia.

»Allí lograron reunirse á Canterac, que en la reserva de los realistas había intentado inútilmente restablecer el combate. Todo estaba perdido para el ejército real. Las tropas se hallaban deshechas, el virrey prisionero; un número inmenso de jefes, oficiales y soldados habían rendido las armas en el campo; bagajes, artillería, pertrechos, todo estaba en poder del vencedor. Manifestó Sucre entonces que era digno de los favores de la fortuna, sellando su espléndido triunfo con la heroica generosidad de un valiente. En circunstancias en que, según la expresión de un español, «podía considerarse como una gracia cuanto les fuera otorgado por su orgulloso enemigo», concedió á los restos del ejército

Argentina por la otra. Con las victorias de Junín y Ayacucho les hizo abandonar toda esperanza de reconquista. Las miras del Libertador consistían ahora en apagar los últimos fogonazos, reforzar á Colombia y pre-

---

vencido una honrosísima capitulación de que ofrece la Historia pocos ejemplos.

Por ella se comprometió á asegurar las vidas y propiedades de los realistas; á costear el viaje á la Península de los individuos del ejército que quisieran hacerlo; á permitir que los buques mercantes ó de guerra españoles se proveyesen de víveres en cualquier punto de la costa; á conservar á los vencidos los honores y distinciones de su rango; á reconocer como peruanos á todos los que habían seguido el partido del Rey, y aun á permitirles su incorporación al ejército libertador con sus mismos grados; al olvido de lo pasado y á la suministración de la mitad de los sueldos á los capitulados para sostenerlos hasta su salida del territorio.

„Los españoles, por su parte, se obligaron á entregar la plaza del Callao y los países que aún dominaban sus armas en Alto y Bajo Perú. Inmensos fueron, á la par de sus ventajas, los trofeos de este triunfo. Por él cayeron en poder del vencedor 16 generales, incluso el virrey, 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 sargentos mayores y oficiales, más de 2.000 soldados, 11 piezas de artillería, gran cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían los españoles.

„Este era el más brillante, numeroso y aguerrido de sus ejércitos y el último que combatiera bajo el pendón de Castilla contra los pueblos de América. Contaba al comenzar la batalla con la fuerza disponible de 9.310 hombres; el ejército de Sucre sólo alcanzaba á 5.780.»

munirla contra toda conquista posterior. Era, pues, el tiempo de poner en práctica la idea acariciada desde 1815 (1), que en 1818 hubiera querido llevar á efecto: formar de la América española un confederación que pudiera premunir las nacionalidades federadas contra toda agresión europea ó de raza; defenderse del viejo continente y equilibrar las probables ambiciones de Norte-América, formando un todo homogéneo, tan poderoso y respetable como aquella nueva república.

Para obtener este resultado dirigióse desde Lima á las Repúblicas hermanas por medio de una circular en la que, entre otras cosas, les decía que libertada la América después de quince años de sacrificios, precisaba estrechar relaciones para eternizar, si era posible, la duración de sus gobiernos. Para ello sería conveniente que cada una de las nuevas naciones mandara sus representantes á un Congreso general (2).

---

(1) Véase atrás, pág. 152.

(2) Parécenos que es aquí la oportunidad de rebatir los conceptos del donairoso y elegante escritor bonaerense D. Mariano Pelliza, quien para rendir tributo de admiración y alabanzas á la memoria del general San Martín, dejando á un lado la verdad histórica se hizo eco de los errores y calumnias que algunos escritores heredaron de los partidarios de Rivadavia, Riva Agüero y Torre Tagle, y del aborrecimiento que los realistas damnificados por la independencia cobraron al Libertador Bo-

Ya el mismo Bolívar, en 1822, había invitado á los gobiernos de Méjico, Perú, Chile y Buenos Aires á reunirse, por medio de embajadores ó diputados, en Panamá, con el objeto de formar esa confederación y establecer un

---

lívar, y de las envidias del paisanaje entre los elementos del ejército aliado, y del encono con que varios ambiciosos chasqueados quisieron mancillar la reputación y empañar las glorias de aquel grande hombre.

Dice el Sr. Pelliza en su obra *Monteagudo, su vida y sus escritos*, que á continuación del triunfo de Ayacucho «fué el doctor Bernardo Monteagudo el iniciador del plan de una Confederación continental», y agrega lo siguiente:

Bolívar, viviendo esclavo de una pasión—la guerra—y dominado por una sola esperanza—la victoria—no se preocupó jamás en la carrera de sus triunfos sino de sus marciales empresas.

El proyecto de Monteagudo le sedujo por su grandeza, y porque en su desmedida ambición no faltaba sitio para una dictadura que reuniese en sus manos los centros de Atahualpa y Montezuma; y si no por esta consideración, se decidió á favor del proyecto esperando organizar la resistencia americana contra las agresiones de España y los planes monarquistas de la Santa Alianza.

No puede ir más lejos la ignorancia presuntuosa de un escritor.

Por la primera de las ideas que acabamos de copiar se ve que el Sr. Pelliza no conoció ni el manifiesto que con fecha de 1815 escribió el Libertador, en Kingston, con el título de *Contestación de un americano meridional á un caballero de esta isla*. Allí, con patriótico entusiasmo y como viendo reunida una asamblea pan-americana, exclamaba el Libertador: «¡Qué bello sería que el istmo

alto cuerpo político, internacional, "que sirviera de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias".

---

de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos é imperios, á tratar y díscutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras partes del mundo.»

Ni conoció el mensaje del Libertador, ni la nota al Congreso de Angostura en 1819, donde propone algunas de las materias en que debería ocuparse aquella corporación; ni tuvo en cuenta los tratados públicos celebrados entre Colombia, Perú, Chile, Buenos Aires y Méjico, para una liga y confederación defensiva y ofensiva.

Si el Sr. Pelliza hubiese escrito más concienzudamente, y no según la ya conocida moda argentina; si hubiese buscado mejor información, en lugar de haber estampado semejante inexactitud, habría rendido culto á la verdad afirmando que el doctor Monteagudo no hizo otra cosa que lisonjear al todopoderoso Libertador, comentando la idea favorita del grande hombre y desarrollando en un opúsculo la idea culminante que se advierte en el *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los Estados hispano-americanos y plan de su organización.*

En cuanto á que el Libertador tuviese tan desmedida ambición, como para desear una dictadura que pusiese en sus manos los cetros de Atahualpa y Montezuma, ello queda refutado con todo lo que en este estudio se ha dicho y repetido. Si Bolívar hubiera tenido, en efecto, esa

Con el Perú (1822) y con Méjico (1823) firmó Colombia tratados en que estos países se comprometían á interponer sus buenos oficios con las demás Repúblicas hispano-americanas para llegar á un acuerdo. Como se ve, Bolívar

---

ambición, nada imposible le hubiera sido realizarla. ¿Qué hombre, qué pueblo de América no lo hubiera seguido, ó no se hubiera plegado entonces? Recuérdese que la Argentina, aunque tan distante, lo mismo que Chile y que Méjico, lo llamaban, al igual que Bolivia y las Antillas, como lo patentizó, con documentos, en la primera parte de su estudio sobre *Bolívar escritor*, el señor Blanco-Fombona. Recuérdese que el mismo San Martín, después de todos sus triunfos, no tuvo más ambición que la de servir á las órdenes del Libertador (a).

Más acertado anduvo el Sr. Pelliza al pensar que el

(*a*) En la carta de San Martín á Bolívar, de que atrás hicimos mención, y que lleva fecha de 29 de Agosto de 1822, en Lima, se encuentra lo siguiente:

"Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, ó que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro de que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame, general, le diga no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto á la segunda, estoy muy persuadido de que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación, cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la República que preside...

"Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse." GOENAGA: *La entrevista de Guayaquil*, páginas 14 y 16.

no sólo quería instituir el gran Congreso con el objeto de formar la alianza ofensiva y defensiva, sino que, anticipándose á la idea del Tribunal de La Haya, quiso, para dirimir toda contienda que posteriormente pudiera suscitarse entre dos ó más de estas naciones, que este mismo Congreso sirviera de tribunal, de vínculo de alianza y de paz. Bien comprendía el Libertador que nuestra fuerza residía en la unión, y fué siempre su temor el ver aparecer la guerra civil ó la lucha entre las naciones hermanas.

Bolívar no quiso diferir la reunión de esta asamblea, la que podía y debía de hacerse en un plazo de seis meses, y para ello había elegido á Panamá como punto más céntrico.

Parece —decía—que si el mundo hubiese de elegir su capital, el istmo de Panamá sería elegido para este augusto destino, colocado, como está, en el centro del globo, viendo por una parte el Asia y por la otra el Africa y la Europa. El istmo de Pa-

proyecto del Congreso anfictiónico obedecía á la idea que abrigaba el Libertador de organizar la resistencia america contra España, y los peligros con que amenazaba la Santa Alianza, aunque es verdad que Bolívar dirigía mucho más lejos su mirada escrutadora: el gran caudillo pensaba en la seguridad que la unión debe dar á los débiles en todo tiempo, y con esa previsión llevada á la práctica, hubiérase puesto una valla al imperialismo Norte.

namá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia para este fin, en los tratados existentes. El Istmo está á igual distancia de las extremidades, y por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera asamblea de los confederados.

Y luego concluía:

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro Derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto comparado con el de Panamá? (1).

---

(1) Circular de Bolívar para los gobiernos de las Repúblicas de América.—Blanco y Azpurúa: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*. vol. IX, pág. 417.

ÍNDICE

Páginas

III

IV

V

Páginas

VI

Páginas

XII

XIII

XIV

XVII

HSAm.B
B6895
.Ym o

Bolívar, Simón
Monsalve, J.D.
El ideal político del libertador Simón Bolivar.
Vol.1. (1783-1824).

414602

DATE.
NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

